

GRIGORI MEDVÉDEV
La verdad sobre Chernóbil

I

Antes de Chernóbil

El mito de la seguridad

«La muerte de la tripulación del Challenger y la avería en la central nuclear de Chernóbil aumentaron la preocupación y nos recordaron de un modo cruel que los hombres todavía están aprendiendo a manejar las poderosas fuerzas que han desatado para que sirvan al progreso», declaró Mijaíl Gorbachov a la televisión soviética el 18 de agosto de 1986.

En treinta y cinco años de desarrollo de la energía atómica en la URSS, era la primera vez que se escuchaba un comentario tan lúcido sobre las aplicaciones civiles de lo nuclear. Con esas palabras, se dejó sentir el signo de los tiempos que corren, el soplo de la glasnost purificadora y de la perestroika, que recorren nuestro país.

Sin embargo, y con el fin de aprender de nuestro pasado, debemos recordar que a lo largo de más de tres decenios, nuestros científicos decían a la sociedad todo lo contrario a través de la prensa, la radio y la televisión. Las aplicaciones civiles de la energía nuclear eran ofrecidas casi como una panacea universal, el invento más seguro de todos, el garante máximo de la pureza ecológica. Se hablaba de la seguridad de las centrales nucleares con un entusiasmo casi infantil.

«¡Las centrales nucleares son estrellas que brillan en el firmamento a plena luz del día! —exclamaba el académico M. A. Stirikóvich en 1980 en la revista Ogoniok—. Cubriremos con ellas todo el país. ¡Son completamente inofensivas!». Y lo cubrimos...

«Los reactores nucleares son iguales a las calderas de calefacción corrientes y los operadores que los manejan son unos simples fogoneros...» —explicaba el vicepresidente del Comité estatal para la energía atómica de la URSS, N. M. Sinev—. Equiparaba los reactores nucleares a simples calderas de vapor y colocaba a los operadores de los reactores al nivel de los fogoneros que remueven el carbón en el horno.

Era una postura cómoda en todos los sentidos. En primer lugar, se tranquilizaba así a la opinión pública. En segundo lugar, los salarios de los empleados de las centrales nucleares podían equipararse a los recibidos por los empleados de las centrales térmicas, y en algunos casos incluso se les pagaba menos. Como la seguridad es total y el trabajo sencillo, el salario tampoco ha de ser muy alto. Así es que, a principios de los años ochenta, los salarios de los trabajadores de las centrales térmicas ya superaban los salarios de los

operadores de las CN.

Pero, sigamos con las opiniones optimistas acerca de la seguridad total de las centrales nucleares.

«Los residuos nucleares, potencialmente muy peligrosos, son tan compactos que pueden ser almacenados en lugares completamente aislados del medio ambiente» —escribía en el diario Pravda del 25 de junio de 1984 el director del Instituto Físico-Energético O. D. Kazachkovski—.

Señalemos que, cuando la explosión de Chernóbil, no se encontró ningún lugar donde pudiera ser llevado el combustible nuclear utilizado. A lo largo de los decenios precedentes no se construyó ningún depósito para los residuos del combustible nuclear y, después del accidente, hubo que construirlo al lado del reactor averiado, en condiciones de alta radiactividad. Los obreros y montadores recibían diariamente sobredosis de radiación.

«Vivimos en la era atómica. Las CN demostraron ser cómodas y seguras a la hora de su explotación. Los reactores nucleares se preparan para proporcionar el calor a las ciudades y a los pueblos...» —escribía O. D. Kazachkovski en el mismo número de Pravda, olvidando mencionar que las centrales nucleares iban a ser construidas al lado de grandes aglomeraciones urbanas.

Un mes más tarde, el académico A. Sheidlin declaró en la Gaceta Literaria:

«Con gran satisfacción fue acogida la noticia de un fantástico logro: la puesta en funcionamiento del bloque n.º 4 de un millón de megavatios de potencia en la central nuclear V. I. Lenin de Chernóbil». ¿Cómo no le dio un vuelco el corazón mientras escribía esas líneas? Justo del bloque n.º 4 vendría el trueno nuclear que resonaría en el despejado horizonte de la garantizada seguridad de las CN...

Más tarde, en otro de sus discursos, a la pregunta de un corresponsal que sugirió que la construcción masiva de CN podría alertar a la población, el académico contestó: «Se trata más bien de una reacción emocional. Las centrales nucleares de nuestro país no presentan ningún peligro para las poblaciones vecinas. No existe absolutamente ninguna razón para preocuparse».

El que más ha contribuido a la propaganda de la absoluta seguridad de las CN fue el presidente del Comité estatal para la energía atómica de la URSS, A. Petrosiantz.

«Hay que reconocer —escribía catorce años antes de la explosión de Chernóbil—, que la energía atómica tiene un brillante porvenir... La energía atómica posee determinadas ventajas frente a las clásicas fuentes de energía.

Las CN son completamente independientes de las fuentes de materias primas (minas de uranio), gracias a lo compacto del combustible nuclear y su larga duración. Las CN presentan grandes perspectivas en cuanto al aprovechamiento de su capacidad energética...». Y llegaba a la siguiente conclusión tranquilizadora: «Las CN son fuente de energía limpia que no contribuye a la contaminación del medio ambiente».

Petrosiantz habla del futuro desarrollo de la energía nuclear y de su papel en la sociedad posterior al año 2000. Le preocupa si habrá suficiente mineral de uranio, pero no le importa el peligro que puede resultar de una amplia red de CN extendida a lo largo de los territorios más poblados de la parte europea de la URSS.

«El aprovechamiento más racional de las milagrosas cualidades del combustible nuclear es la cuestión fundamental para la energía atómica...», reseña Petrosiantz en el mismo libro. Aquí tampoco es la seguridad de las CN lo que más le preocupa, sino el máximo aprovechamiento del combustible nuclear. Luego, continúa: «Cierta escepticismo y desconfianza hacia las centrales nucleares que aún subsisten, son provocados por el exagerado miedo ante el peligro de que la radiactividad pudiera afectar al personal de las centrales y, sobre todo, a la población que vive cerca de ellas... La explotación de las CN en la URSS y en el extranjero, incluyendo los EE. UU., Gran Bretaña, Francia, Canadá, Italia, Japón, RDA, RFA, demuestran la total seguridad de su funcionamiento, siempre y cuando se observen las normas de funcionamiento establecidas. Es más, incluso se podría apostar sobre cuáles son las centrales eléctricas más dañinas para el organismo humano y para el medio ambiente: las nucleares o las que trabajan con carbón...».

Petrosiantz no menciona que las centrales térmicas no tienen que trabajar obligatoriamente con carbón o con petróleo (la contaminación de esos productos tiene un carácter local y no trae consigo consecuencias mortales), sino que pueden funcionar también con combustible gaseoso, que en la URSS se extrae en cantidades gigantescas y, como se sabe, incluso se exporta a Europa Occidental. Por tanto, la sustitución del combustible de las centrales térmicas de la parte europea de nuestro país por el gas de combustión, podría solucionar completamente el problema de la contaminación del medio ambiente provocado por la ceniza y el anhídrido de azufre. Sin embargo, Petrosiantz también en ese caso cambió deliberadamente los acentos, dedicando un capítulo entero de su libro al tema de la contaminación del medio ambiente por las centrales térmicas que trabajan con carbón, y callando los hechos, sin duda conocidos por él, de la contaminación del medio ambiente por los escapes radiactivos de las CN.

No era una casualidad. Petrosiantz lo explicaba así, a propósito, con el fin de presentar la siguiente conclusión optimista: «Los datos mencionados más

arriba acerca de los niveles normales de radiactividad en los lugares de emplazamiento de las centrales nucleares de Novovorónezh y Beloyarsk, son extensibles a todas las CN de la Unión Soviética. Niveles similares, siempre dentro de lo normal, también son característicos para las centrales nucleares de otros países...» —concluye, mostrando de esta manera su solidaridad corporativa con las compañías electronucleares extranjeras—.

Mientras tanto, A. Petrosiantz debía saber por fuerza que a lo largo de todo el período de explotación, desde el mismo año 1964, el primer reactor de circuito único de la CN de Beloyarsk se averiaba constantemente: los componentes del combustible de uranio entraban en fusión y su reparación se llevaba a cabo en condiciones de sobreexposición del personal a la radiación.

Esa historia radiactiva duró casi sin interrupción los quince años siguientes. Habría que mencionar también que en 1977, en el segundo reactor, también de circuito único, de la misma central, fueron fundidos el cincuenta por ciento de los componentes del combustible del reactor nuclear. La reparación duró cerca de un año. Muy pronto el personal de la CN de Beloyarsk recibió sobredosis de radiación y para participar en el contaminante trabajo de reparación fueron enviadas personas de otras centrales nucleares. Petrosiantz tampoco debía ignorar que en la ciudad de Melekess, provincia de Uliánovsk, residuos altamente tóxicos se bombean a pozos profundos, especialmente perforados; que los reactores atómicos ingleses de Windscale, Winfrith y Dounreay vierten las aguas radiactivas en el mar de Irlanda desde los años cincuenta y hasta hoy. Se podría continuar mencionando hechos similares, pero...

Por ahora, no quisiera sacar conclusiones, pero, para terminar, diré que A. Petrosiantz, en la conferencia de prensa celebrada en Moscú el 6 de mayo de 1986, al comentar la tragedia de Chernóbil, declaró, para asombro de todos: «La ciencia exige sacrificios». Eso no se puede olvidar.

Pero sigamos con nuestra historia del desarrollo de la energía nuclear en la URSS.

Naturalmente, sobre el camino de la nueva rama energética también surgían obstáculos. El colaborador de Kurchátov, Yu. V. Sivintsev, rememora en su libro I. V. Kurchátov y la energía nuclear interesantes acontecimientos de la época en la que se comenzó a introducir en la conciencia social la idea del «átomo pacífico» y las dificultades que surgieron entonces.

«Los enemigos del progreso de la energía atómica en el extranjero y en nuestro país, a veces obtienen “victorias” en su lucha contra lo nuevo. Una de las más sonoras fue la prohibición de poner en marcha una central nuclear, decidida recientemente en Austria tras una ruidosa campaña antinuclear. Esa CN ya fue bautizada por los periodistas occidentales como “el mausoleo que

costó un millón de dólares”». (Cabría mencionar un detalle que Sivintsev pasó de largo, y es que la población austríaca aportó donativos voluntarios al tesoro público, después de lo cual el gobierno pagó a las firmas constructoras y clausuró la central. Grigori Medvédev).

«El desarrollo de la energía atómica en nuestro país también tropezó con dificultades —continúa Sivintsev—. A finales de los años cincuenta, los partidarios de las tradicionales fuentes de energía prepararon y casi lograron sacar adelante la Decisión del CC (Comité Central) del PCUS y del Consejo de Ministros, de parar las obras en la CN de Novovorónezh, y de construir en su lugar una central térmica corriente. El argumento más importante esgrimido por ellos era que la CN no era rentable en aquel momento. Al saberlo, Kurchátov dejó todos sus asuntos, fue al Kremlin, consiguió que se convocara una nueva reunión de los dirigentes y, tras una agitada discusión con los pesimistas, logró que se confirmara la anterior decisión de construir la CN. Uno de los secretarios del CC del PCUS le preguntó entonces: “¿Y qué obtendremos con esto?”. Kurchátov contestó: “¡Nada! Durante los próximos treinta años será sólo un experimento bastante caro”. Al final, Kurchátov consiguió lo que quería. No en vano muchos de nosotros le llamábamos “reactor atómico”, “hombre-tanque” e incluso “bomba”...».

Ya es hora de decir que los pronósticos y las afirmaciones optimistas de nuestros sabios nunca fueron compartidos por los operadores de las centrales nucleares, es decir, por aquellos que tenían que vérselas diariamente con el átomo pacífico en su lugar de trabajo, y no desde los cómodos despachos y laboratorios. En aquellos años, toda la información acerca de las averías y los problemas de las CN se filtraban cautelosamente en el Ministerio y se hacía público sólo aquello que se quería dar a conocer. Recuerdo perfectamente un acontecimiento significativo de aquellos años: la avería ocurrida en la CN norteamericana de Three Mile Island, el 28 de marzo de 1979, que asestó el primer golpe serio a la energética nuclear e hizo añicos las ilusiones que muchos tenían sobre la absoluta seguridad de las CN. Pero no de todos.

En aquellos tiempos yo trabajaba como jefe de sección en la firma Soyuzatomenergo, del Ministerio de Energía y Electrificación de la URSS, y recuerdo la impresión que nos causó a mí y a mis colegas aquel triste acontecimiento.

Habiendo trabajado antes durante muchos años en el montaje, reparación y explotación de las CN, y conociendo de cerca su grado de seguridad, que podría formular en pocas palabras como «sobre el filo», «a un pelo de la avería o de la catástrofe», nosotros decíamos entonces: «Eso tenía que suceder antes o después... Lo mismo puede pasar aquí...».

Pero ni yo ni aquellos que trabajaron antes en la explotación de las

centrales nucleares tuvimos suficiente información sobre el accidente. La información detallada acerca de los acontecimientos de Pennsylvania apareció en la «Hoja de información» que se distribuyó entre los jefes y los subjefes de las Direcciones generales. La pregunta es, ¿para qué hacía falta convertir en algo secreto la avería de la que había oído hablar todo el mundo? Se sabe que el análisis de las experiencias negativas permite no repetir los mismos errores en el futuro. Pero..., entonces era así: la información negativa sólo se proporcionaba a los altos jefes. A los de abajo se les proporcionaba una información recortada. Sin embargo, incluso esa información incompleta permitía a uno preguntarse sobre las consecuencias que podía tener un escape radiactivo si por desgracia se llegaba a producir, y sobre la necesidad de informar de todo ello a la opinión pública. Pero por aquellos años era imposible pensar en prevenir a la población. Semejante iniciativa iría contra las directrices oficiales sobre la total seguridad de las CN.

Entonces decidí actuar por cuenta propia. Escribí cuatro relatos en los que describía la vida y el trabajo del personal empleado en las centrales nucleares. Los relatos se titulaban: «Los operadores», «El peritaje», «El bloque energético» y «Bronceado nuclear». Cuando llevé mis obras a distintas redacciones, me contestaron: «¡Es imposible! Los académicos escriben en todos lados que las CN soviéticas son absolutamente seguras. El académico Kirilin incluso piensa plantar una huerta al lado de una central, mientras usted se dedica a escribir historias raras... ¡En Occidente sí que podría pasar algo, pero aquí no!».

El redactor jefe de una revista literaria importante, tras alabar mis relatos, incluso dijo: «Si la acción se situara “allí” (en Occidente), tal vez los publicásemos».

De todos modos, conseguí publicar «Los operadores» en 1981. Me alegro de que al menos la gente que lo haya leído quedase advertida.

En cualquier caso, los tiempos avanzaban a su paso y no quiero precipitar los acontecimientos. Porque, al final, sucedió lo que tenía que suceder. En los círculos científicos seguía predominando una despreocupación total. Las voces discordantes que advertían del posible peligro para el medio ambiente por parte de las CN eran acusadas de querer quebrantar la autoridad de la ciencia...

En 1974, durante la reunión anual en la Academia de Ciencias de la URSS, el académico A. P. Alexándrov dijo, por ejemplo:

«Nos acusan diciendo que la energía atómica es peligrosa y que podría contaminar con radiactividad el medio ambiente... Pero, camaradas, y si se nos viene encima la guerra nuclear, ¿qué contaminación habría entonces?».

¡Una lógica sorprendente!

Diez años después, en la reunión de los cuadros del partido del Ministerio de Energía de la URSS (un año antes de Chernóbil), el mismo A. P. Alexándrov declaró con tristeza:

«Camaradas, se ve que tenemos suerte, porque todavía no hemos tenido aquí otra Pennsylvania». Sí, sí...

Como podemos observar, las opiniones del presidente de la Academia de Ciencias de la URSS habían evolucionado mucho en esos diez años. Aunque diez años representan un tramo de tiempo suficiente para pensar. A. P. Alexándrov había intuido el peligro. A lo largo de esos años se habían producido muchos cambios: hubo serios problemas y averías, la potencia energética había aumentado espectacularmente, el prestigio de las centrales nucleares fue aumentando hasta llegar a niveles desmesurados, mientras las responsabilidades se puede decir que habían disminuido. Y, además, ¿por qué se iba a pedir una responsabilidad especial si resultaba que las CN funcionaban de forma tan sencilla y segura?

Aproximadamente en los mismos años, comenzó a renovarse el personal de explotación de las centrales nucleares con el paralelo y brusco aumento del déficit de operadores. Si antes en esa área buscaban trabajo los verdaderos entusiastas de la energía atómica, profundamente enamorados de su labor, ahora llegaba mucha gente de forma ocasional. Naturalmente, no eran los salarios, bastante bajos, los que los atraían, sino lo prestigioso del campo. Parecía que uno ya lo tenía todo, había ganado suficiente dinero, pero no era un especialista en nucleares. No en vano tantos años se repetía que no había peligro. ¡Así que adelante! ¡Fuera los especialistas! ¡Dejad el pastel atómico a los enchufados y a la parentela! Y realmente consiguieron arrinconar a los especialistas... Pero, ya volveremos al tema más adelante. Ahora hablemos con más detalle sobre Pennsylvania, la predecesora de Chernóbil.

El accidente de Three Mile Island

Fragmento de un artículo sacado de la revista norteamericana Nuclear News, del 6 de abril de 1979:

«... El 28 de marzo de 1979, por la mañana temprano, tuvo lugar una gran avería en el reactor n.º 2 de 880 megavatios de potencia (eléctrica) en la CN de Three Mile Island, situada a veinte kilómetros de la ciudad de Harrisburg (estado de Pennsylvania) y perteneciente a la compañía Metropolitan Edison».

El gobierno de los EE. UU. enseguida abrió una investigación. El 29 de marzo, los representantes de la comisión reguladora de la energía nuclear (NRC) fueron invitados al subcomité de la cámara de representantes del Congreso encargado de los problemas energéticos y de la protección del medio

ambiente. Debían analizar las causas de la avería y proponer medidas destinadas a la reparación de los daños y a la prevención de sucesos semejantes en el futuro. Al mismo tiempo, se mandó comprobar el buen funcionamiento de los ocho reactores en las CN de Oconee, Crystal River, Rancho Seco, Arkansas One y Davis Bass. Las instalaciones para esos reactores, lo mismo que para los de la CN de Three Mile Island, fueron fabricados por la compañía Babcock and Wilcox. Actualmente (es decir, en abril de 1979), de los ocho reactores (de construcción muy similar) sólo funcionan cinco. El resto pasan revisión técnica.

Resultó que el reactor n.º 2 de la CN de Three Mile Island no poseía el sistema de seguridad suplementario, aunque en los otros reactores de la misma CN sí existían. La NRC exigió que se revisaran todas las instalaciones y el régimen de trabajo en todos los reactores fabricados por la compañía Babcock and Wilcox. El funcionario de la NRC responsable de la entrega de los permisos para la construcción y explotación de complejos nucleares, declaró en una rueda de prensa, el 4 de abril, que en todas las CN del país inmediatamente se tomarían las medidas necesarias para su seguro funcionamiento.

La avería tuvo un gran eco en los medios sociales y políticos. Provocó una gran preocupación no sólo en Pennsylvania, sino en muchos otros estados. El gobernador del estado de California propuso detener el funcionamiento de la CN de Rancho Seco, de 913 megavatios de potencia, situada cerca de la ciudad de Sacramento, hasta que no se determinasen las causas que provocaron la avería en la CN de Three Mile Island y no se tomasen medidas para impedir que algo semejante ocurriera en el futuro.

El Ministerio de Recursos Energéticos de los EE. UU. procuró tranquilizar a la opinión pública. Dos días después del accidente, el ministro de Recursos Energéticos, Schlessinger, declaró que era la primera vez que ocurría una avería así en toda la historia de la explotación de los reactores nucleares industriales, y que había que valorar objetivamente los sucesos de Three Mile Island, sin caer en las reacciones emocionales y sin sacar conclusiones precipitadas. El ministro subrayó que el programa de desarrollo de la energética nuclear seguiría adelante, con el fin de procurar en un futuro muy próximo la independencia energética de los EE. UU.

Según Schlessinger, la contaminación radiactiva del terreno que rodeaba la CN era «mínima» y la población no tenía ningún motivo para preocuparse. Mientras tanto, sólo en los días del 31 de marzo y el 1 de abril, 80.000 personas de las 250.000 que viven en un radio de treinta y cinco kilómetros a la redonda de la central, habían abandonado sus casas. La gente se negó a creer las palabras de los representantes de la compañía Metropolitan Edison, que intentaron convencerles que no había sucedido nada peligroso. Por orden

del gobernador del estado, se elaboró un plan de rápida evacuación de toda la población de la región afectada. En el lugar de emplazamiento de la CN fueron cerradas siete escuelas. El gobernador ordenó evacuar a todas las mujeres embarazadas y niños de edad preescolar residentes en un radio de ocho kilómetros alrededor de la central. Recomendó no salir a la calle a la población que vivía en un radio de dieciséis kilómetros. Estas medidas fueron tomadas siguiendo el consejo del representante de la NRC J. Henry, después de que se detectase un escape de gases radiactivos a la atmósfera. La situación más crítica se vivió los días 30-31 de marzo y el 1 de abril, cuando dentro del reactor se formó una enorme burbuja de hidrógeno que amenazaba con la explosión del armazón del reactor. En ese caso, todo el territorio alrededor de la central hubiera sufrido una fuerte contaminación radiactiva.

En Harrisburg se abrió urgentemente una sucursal de la Sociedad americana aseguradora de las catástrofes nucleares, que hasta el 3 de abril pagó doscientos mil dólares de indemnizaciones.

El 1 de abril, la central fue visitada por el presidente Carter, quien pidió a la población realizar la evacuación, si fuera necesaria, con tranquilidad y disciplina.

En su discurso del 5 de abril dedicado a los problemas energéticos, el presidente Carter se detuvo en distintos métodos alternativos, como la energía solar, el reciclaje de las pizarras bituminosas, la gasificación del carbón, etc., sin mencionar en ningún momento la energía nuclear, ya fuera la producida por la desintegración nuclear o por la síntesis termonuclear controlada.

Muchos senadores declararon que la avería podría traer consigo una «difícil revalorización» de la energía nuclear, pero, en su opinión, el país seguiría produciendo la energía eléctrica a través de las CN, pues para los EE. UU. no existe otra alternativa. Esa doble postura de los senadores demuestra con toda evidencia la difícil situación del gobierno estadounidense tras la avería.

Descripción del accidente.

Las primeras señales de la avería fueron detectadas a las cuatro de la madrugada, cuando, por causas desconocidas, se cortó el agua de alimentación suministrada por las bombas principales al generador de vapor. Las tres bombas de repuesto, destinadas a proporcionar agua en caso de avería, ya llevaban unas dos semanas en reparación, lo cual quebrantaba las normas de explotación de las CN.

Como resultado, el generador del vapor se quedó sin el agua de alimentación y no pudo liberar el calor producido por el reactor del primer circuito. La turbina se desconectó automáticamente, al incumplirse los

parámetros de vapor. En el primer circuito del reactor aumentaron bruscamente entonces la temperatura y la presión del agua. A través de la válvula de seguridad, la mezcla de agua y vapor fue cayendo al depósito de descarga. Sin embargo, después de que la presión del agua en el primer circuito bajó a su nivel normal (160 kg/cm²), la válvula no volvió a su posición original, por lo que también la presión aumentó por encima de lo permitido. La capa de seguridad del depósito quedó así destruida, y cerca de trescientos setenta metros cúbicos de agua radiactiva caliente se derramaron sobre el suelo de hormigón del almacén del reactor (en la sala central).

Automáticamente se conectaron las bombas de drenaje. Comenzaron a bombear el agua acumulada a las cisternas situadas en el edificio auxiliar de la CN. El personal tenía que haber desconectado inmediatamente las bombas de drenaje para dejar toda el agua radiactiva dentro del almacén de protección, pero dicha operación no fue realizada.

En el edificio auxiliar de la CN había tres cisternas y, sin embargo, toda el agua radiactiva fue acumulada sólo en una de ellas. La cisterna se llenó demasiado y el agua se derramó, llenando el suelo hasta alcanzar una altura de varios centímetros. El agua comenzó a evaporarse y los gases radiactivos, junto con el vapor, llegaron hasta la atmósfera a través del tubo de ventilación. Fue una de las causas principales de la subsiguiente contaminación radiactiva del terreno.

En el momento de apertura de la válvula de seguridad, funcionó el sistema de protección de emergencia del reactor, que lanzó fuera las barras absorbentes, por lo que se detuvo la reacción en cadena y el reactor prácticamente se paró. El proceso de la fisión nuclear de uranio dentro de las varillas de combustible se había detenido, pero prosiguió la desintegración nuclear de los fragmentos, con la consiguiente generación de calor del diez por ciento de la potencia eléctrica nominal, o aproximadamente de 260 megavatios térmicos.

Como la válvula de seguridad seguía abierta, la presión del agua de refrigeración dentro del reactor decaía rápidamente. La temperatura aumentaba con la misma rapidez, y causó, al parecer, la aparición de una mezcla de agua y vapor, así como la ruptura de las bombas de circulación, que se detuvieron.

En cuanto la presión bajó hasta los 11,2 kg/cm², automáticamente se puso en funcionamiento el sistema de refrigeración de emergencia del núcleo y los ensamblajes del combustible comenzaron a enfriarse. Eso sucedió dos minutos después de que se iniciase la avería. (La situación se parece a la de Chernóbil veinte segundos antes de la explosión. Pero en Chernóbil el sistema de refrigeración de emergencia del núcleo había sido desconectado de antemano

por el personal. G. M.). Por causas aún desconocidas, el operador desconectó las dos bombas que accionaban el dispositivo de refrigeración de emergencia cuatro o cinco minutos después de comenzar la avería. Al parecer, debió suponer que toda la parte superior del núcleo estaba inundada. Lo más probable es que el operador calculase mal por el manómetro la presión del agua en el primer circuito y decidió que no era necesaria la refrigeración urgente del núcleo. Mientras tanto, el agua del reactor seguía evaporándose. La válvula de seguridad debió de atascarse y los operadores no consiguieron cerrarla mediante el mando a distancia. Puesto que la válvula está situada en la parte superior del compensador de volumen o presurizador, situado bajo el armazón de protección, es imposible abrirlo o cerrarlo manualmente.

La válvula se quedó abierta durante tanto tiempo que el nivel de agua del reactor descendió y la tercera parte del núcleo se quedó sin refrigeración.

En opinión de los expertos, poco antes de la conexión del dispositivo de enfriamiento de emergencia, o poco después de su conexión, por lo menos unas veinte mil varillas de combustible, de un total de treinta y seis mil (177 ensamblajes de combustible de 208 varillas cada uno), se quedaron sin refrigeración. Las capas de protección de circonio de las varillas combustibles se fueron agrietando y desintegrando. Comenzaron a despedir productos de fisión altamente radiactivos, lo que hizo subir la radiactividad del agua del primer circuito.

Cuando quedaron al descubierto las partes superiores de las varillas de combustión, la temperatura dentro del cuerpo de reactor superó los cuatrocientos grados y los indicadores del cuadro de mandos dejaron de funcionar. En la pantalla del ordenador que controlaba la temperatura del núcleo empezaron a aparecer los signos de interrogación, que siguieron saliendo durante las once horas siguientes...

Once minutos después de iniciarse la avería, el operador de nuevo conectó el sistema de refrigeración de emergencia que antes había desconectado por error. Las bombas que proporcionaban el agua al sistema de refrigeración comenzaron a vibrar con fuerza y el operador desconectó las cuatro bombas que había: dos de ellas después de una hora y quince minutos y otras dos después de una hora y cuarenta minutos. Por lo visto, el operador pensó que las bombas estarían dañadas.

A las cinco y media de la tarde, por fin, fue puesta de nuevo en funcionamiento la bomba principal desconectada al principio de la avería. El agua volvió a circular por el núcleo. Esa agua cubrió de nuevo la parte superior de las varillas de combustible, que se habían quedado sin refrigeración, y se fueron desintegrando a lo largo de casi once horas.

En la noche del 28 al 29 de marzo, en la parte superior del cuerpo del

reactor, comenzó a formarse una burbuja de gas. El núcleo se recalentó hasta tal punto que la capa de circonio de las varillas, debido a sus cualidades químicas, provocó la división de las moléculas de agua en hidrógeno y oxígeno. La burbuja, de unos treinta metros cúbicos de volumen, compuesta principalmente de hidrógeno y gases radiactivos —criptón, argón, xenón y otros—, dificultaba notablemente la circulación del agua refrigeradora, debido a que la presión dentro del reactor había subido demasiado.

Aún más peligrosa era la posibilidad de explosión de la mezcla de hidrógeno y oxígeno (lo que sucedió en Chernóbil. G. M.). De haberse producido, su potencia equivaldría a la de tres toneladas de trinitrotolueno, lo que hubiera provocado la destrucción del cuerpo del reactor. Otra variante era que la mezcla de hidrógeno y oxígeno podría salir del reactor, acumulándose bajo la cúpula del almacén de protección. De explotar allí, todos los productos radiactivos de fisión habrían penetrado en la atmósfera (lo que ocurrió en Chernóbil. G. M.). El nivel de radiación dentro del almacén de protección había alcanzado por entonces 30.000 roentgens por hora, lo que superaba en seiscientas veces la dosis mortal. Además, si la burbuja siguiera creciendo, poco a poco, expulsaría del cuerpo del reactor todo el agua refrigeradora, y entonces la temperatura aumentaría tanto que el uranio se fundiría (como sucedió en Chernóbil. G. M.).

En la noche del 30 de marzo, el volumen de la burbuja disminuyó un 20 por ciento y el 2 de abril ya era tan sólo de 1,4 metros cúbicos. Para acabar definitivamente con la burbuja y liquidar el peligro de explosión, los técnicos aplicaron el llamado “método de la desgasificación” del agua.

Como ya indicamos antes, bajo el almacén de protección se acumuló mucha radiactividad con isótopos de larga duración, por lo que ya no era económicamente rentable seguir explotando esa planta. Según los cálculos previos, los gastos para liquidar las consecuencias de la avería ascendían a cuarenta millones de dólares (en Chernóbil, a ocho mil millones de rublos. G. M.). El reactor fue parado por un largo período de tiempo. Para aclarar las causas de la avería fue creada una comisión.

Diversas asociaciones acusan a la compañía Metropolitan Edison de haberse precipitado demasiado al procurar iniciar la explotación de la planta n.º 2 el 30 de diciembre, veinticuatro horas antes del Año Nuevo, con el fin de ahorrarse cuarenta millones de dólares en impuestos. Poco antes, a finales del año 1978, ya habían sido observadas imperfecciones en el funcionamiento de los dispositivos mecánicos y la planta tuvo que detener su actividad varias veces durante el período de pruebas. Sin embargo, los inspectores federales permitieron su explotación comercial. En enero de 1979, el funcionamiento de la planta recién estrenada se suspendió durante dos semanas, ya que fueron descubiertas fugas en las tuberías y las bombas.

Incluso después del accidente, la compañía Metropolitan Edison siguió transgrediendo las normas de seguridad. Así, el viernes 30 de marzo, tercer día del comienzo de la avería, fueron vertidos al río Susquehanna 52.000 metros cúbicos de agua radiactiva. La compañía no pidió para ello el permiso a la Comisión reguladora de la energía nuclear, argumentando que «necesitaba los depósitos para el agua todavía más radiactiva extraída por las bombas de drenaje del caparazón del reactor...».

Ahora, después de conocer los pormenores de la catástrofe de Pennsylvania, y antes de pasar a la de Chernóbil, echemos una rápida ojeada a los últimos treinta y cinco años, desde el comienzo de los años cincuenta. Veamos si lo de Pennsylvania y Chernóbil fue algo casual, si a lo largo de esos treinta y cinco años hubo más accidentes en las CN de EE.UU. y de la URSS que pudieran servir de lección y advertir a los hombres sobre la necesidad de tomarse en serio uno de los más difíciles problemas actuales, el del desarrollo de la energía nuclear.

Los signos precursores de la catástrofe

¿Realmente funcionaron de forma segura y eficaz las centrales nucleares de ambos países durante todos esos años? Resulta que no del todo. Si nos fijamos en la historia del desarrollo de la energía nuclear, nos daremos cuenta que las averías de los reactores atómicos comenzaron con su aparición.

En Estados Unidos.

Año 1951. Detroit. Avería en el reactor de pruebas. Sobrecalentamiento del material de fisión a causa del aumento de la temperatura por encima de lo permitido. Contaminación del aire por gases radiactivos.

24 de junio de 1959. Se funde una parte de los elementos de combustible al estropearse el sistema refrigerador del reactor energético experimental en Santa Susanna, estado de California.

3 de enero de 1961. Explosión de vapor en el reactor experimental cerca de Idaho Falls, estado de Idaho. Hubo tres muertos.

5 de octubre de 1966. Se funde parcialmente el núcleo del reactor «Enrique Fermi», cerca de Detroit, debido a un fallo en el sistema refrigerador.

19 de noviembre de 1971. Casi doscientos mil litros de agua contaminada por sustancias radiactivas del depósito de residuos del reactor de Monticello, en el estado de Minnesota, fueron a parar al río Mississippi.

28 de marzo de 1979. Se funde el núcleo de la CN de Three Mile Island al cesar la refrigeración. Fuga de gases radiactivos a la atmósfera y de desechos radiactivos líquidos al río Susquehanna. Evacuación de la población de la zona afectada.

7 de agosto de 1979. Cerca de mil personas recibieron una dosis de radiación seis veces superior a la permitida, como consecuencia de la fuga de uranio enriquecido de la fábrica de combustible nuclear situada cerca de Evring, estado de Tennessee.

25 de enero de 1982. Como consecuencia de la rotura de la tubería del generador de vapor en el reactor de Ginna, cerca de Rochester, se produjo un escape de vapor radiactivo a la atmósfera.

30 de enero de 1982. Situación de emergencia en la central atómica situada al lado de la ciudad de Ontario, estado de Nueva York. Al producirse una avería dentro del sistema refrigerador del reactor, hubo un escape de sustancias radiactivas a la atmósfera.

28 de febrero de 1985. En la CN de Samer Plant se alcanzó el estado crítico antes de tiempo, lo que quiere decir que se produjo una dispersión incontrolada.

19 de mayo de 1985. En la CN de Indian Point 2, cerca de Nueva York y propiedad de la compañía Consolidated Edison, tuvo lugar una fuga de agua radiactiva. La avería surgió como consecuencia del mal funcionamiento de la válvula. Provocó el escape de varios centenares de litros de agua, incluso fuera de los límites de la CN.

Año 1986. Webbers Falls. Explosión del depósito de gas radiactivo en la planta de enriquecimiento de uranio. Murió una persona. Ocho resultaron heridas...

En la Unión Soviética.

Septiembre de 1957. Avería en el reactor cerca de Cheliábinsk. Dispersión nuclear incontrolada de los desechos del combustible, acompañada de fuertes fugas radiactivas. Un gran territorio quedó contaminado por radiación. La zona contaminada fue vallada con alambre de espino y rodeada por un canal de drenaje. La población fue evacuada, el suelo allanado, el ganado sacrificado y enterrado.

7 de mayo de 1966. Dispersión de los neutrones del reactor nuclear de agua en ebullición de la central nuclear próxima a la ciudad de Melekess. Recibieron radiaciones el dosimetrista y el jefe de turno de la CN. El reactor fue apagado después de que se echaran dentro dos sacos con ácido bórico.

1964-1979. A lo largo de quince años, más de una vez se destruyeron (sobrequemaron) los ensamblajes de combustible en el núcleo de la primera planta de la CN de Beloyarsk. Las reparaciones del núcleo se realizaron con la sobreexposición a las radiaciones del personal.

7 de enero de 1974. Explosión del gasómetro de hormigón armado para

gases radiactivos en el bloque de la CN de Leningrado. No hubo víctimas.

6 de febrero de 1974. Rotura del circuito intermedio en la primera planta de la CN de Leningrado, como resultado de que el agua del reactor hirvió y provocó choques hidráulicos. Murieron tres personas. Las aguas altamente tóxicas con la pulpa del detergente filtrador fueron arrojadas al exterior de la central.

Octubre de 1975. Destrucción parcial del núcleo («fusión local») en la primera planta de la CN de Leningrado. El reactor fue parado y veinticuatro horas después purgado por la carga de emergencia de nitrógeno, que por el tubo de ventilación fue expulsado a la atmósfera. Al medio ambiente fueron a parar cerca de un millón y medio de curios de radionúclidos superactivos.

Año 1977. Se funde la mitad de los ensamblajes de combustible del núcleo en la planta n.º 2 de la CN de Beloyarsk. Las obras de reparación, con las sobredosis de radiación que afectaron al personal, duraron cerca de un año.

31 de diciembre de 1978. Se quema la planta n.º 2 de la CN de Beloyarsk. El incendio se originó cuando la plancha de la cubierta de la sala de máquinas cayó sobre el depósito de aceite de la turbina. El reactor quedó sin control. Al organizar el bombeo de agua refrigeradora al reactor, ocho personas fueron expuestas a la radiación.

Septiembre de 1982. Destrucción del principal ensamblaje de combustible en la primera planta de la CN de Chernóbil, por culpa de un error del personal. Se produjo el escape de radiactividad a la zona industrial y a la ciudad de Prípyat. Sobreexposición a la radiactividad del personal de reparación durante la reparación.

Octubre de 1982. Explosión del generador en la planta n.º 1 de la CN de Armenia. Ardió la sala de máquinas. El personal organizó el suministro de agua de refrigeración al reactor. Un grupo de operadores de la CN de Kolskiy llegado en avión ayudó a salvar el núcleo.

27 de junio de 1985. Avería en la primera planta de la CN de Balakovo. Durante las obras preliminares a la puesta en funcionamiento, fue arrancada la válvula de seguridad y el vapor de 300° entró en la sala donde estaban los trabajadores. Murieron catorce personas. La avería se produjo como resultado de acciones precipitadas y el nerviosismo del personal poco experimentado, que cometió errores.

Silencio de las autoridades

Ninguna de las averías en las CN de la URSS fue hecha pública, exceptuando las de las primeras plantas de las centrales de Armenia y Chernóbil, ocurridas en 1982. De ellas informó de pasada un editorial de

Pravda, ya después de que Andrópov fuera elegido secretario general del CC del PCUS.

También fue mencionada implícitamente la avería en la planta n.º 1 de la CN de Leningrado en marzo de 1976, durante una reunión en el Ministerio de Energía. Habló el presidente del Consejo de Ministros, A. N. Kosiguin, quien dijo que los gobiernos de Suecia y Finlandia habían pedido al gobierno soviético información acerca de las causas del aumento de radiactividad sobre sus países. Kosiguin dijo también que el CC del PCUS y el Consejo de Ministros querían mantener las CN de la URSS en régimen de máxima seguridad y eficacia.

Ocultar las averías en las centrales nucleares a la opinión pública se convirtió en una norma cuando el ministro de Energía y Electrificación de la URSS era P. S. Neporozhni. Las averías se ocultaban no sólo a la opinión pública y al gobierno, sino incluso a los trabajadores de las CN, lo que era más peligroso aún, pues la falta de información sobre las experiencias negativas siempre trae consecuencias desastrosas. Crea una actitud de despreocupación y de descuido en el personal.

El sucesor de Neporozhni en el puesto de ministro, A. I. Mayorets, poco competente en cuestiones energéticas, sobre todo en energía atómica, continuó con la tradición del silencio. Ya medio año después de ocupar el cargo, Mayorets firmó una orden del Ministerio de Energía de la URSS, fechada en 19 de mayo de 1985, en la que se decía: «Las informaciones sobre los efectos negativos de las instalaciones energéticas (campos electromagnéticos, irradiación, polución de la atmósfera, de los ríos y de la tierra) sobre el personal de las centrales, las poblaciones circundantes y el medio ambiente, quedan prohibidas en la radio, la prensa y la televisión».

Ya durante los primeros meses de su trabajo en el Ministerio, Mayorets sentó las bases dudosas de su futura actuación.

En ese ambiente de la bien planeada «inexistencia de accidentes», Petrosiantz podía escribir sus numerosos libros sin temer que alguien pudiera desenmascarar el engaño de su propaganda acerca de la total seguridad de las CN...

Mayorets actuaba protegido por un sistema bien montado. Después de asegurarse a sí mismo con la orden del silencio, pudo ponerse a dirigir la energía nuclear.

Pero para dirigir un organismo como el Ministerio de la Energía de la URSS, cuya red energética abarcaba, de hecho, todo el sistema económico soviético, hacía falta mostrar competencia, sabiduría y cautela. Era necesario en principio actuar siguiendo elevadas normas morales, recordando siempre el

peligro potencial de la energía nuclear. Pues todavía Sócrates dijo: «Uno es sabio en aquello que conoce bien».

¿Cómo pudo suceder que al mando de la energía nuclear llegara una persona que no entendía nada en ese trabajo complicado y peligroso? Y, si bien no son los dioses los que cuecen el barro en el horno, sino los alfareros, también era cierto que no se trataba de simple barro, sino de reactores nucleares, que, llegado el caso, sí que podrían quemar a más de uno...

Sin embargo, el entusiasmado Mayorets enseguida puso manos a la obra que desconocía y, gracias a la ligereza del vicepresidente del Consejo de Ministros, B. E. Scherbina, que le proporcionó el puesto, comenzó a «cocer el barro nuclear».

Nada más ser nombrado ministro, A. I. Mayorets liquidó el departamento ministerial que se encargaba de la planificación y de los trabajos de investigación científica. Abandonó así a su suerte a ese importante sector de actividades científicas y de ingeniería.

Luego, gracias a la reducción de las reparaciones de la maquinaria en las centrales eléctricas, el ministro aumentó el coeficiente de aprovechamiento de la potencia instalada, reduciendo drásticamente la reserva de las potencias efectivas en las centrales eléctricas del país.

La frecuencia en el sistema energético se hizo más estable, pero aumentó considerablemente el riesgo de que se produjera alguna importante avería...

El vicepresidente del Consejo de Ministros, B. E. Scherbina, consideró necesario destacar dicho logro desde la tribuna de la sesión ampliada del colegio ministerial celebrada en marzo de 1986 (un mes antes de Chernóbil). El propio Scherbina encabezaba por entonces en el Gobierno la sección encargada de las fuentes energéticas. De esa forma se entienden mejor sus alabanzas de las actividades de Mayorets.

Aquí habría que hablar un poco de B. E. Scherbina como hombre. Experimentado administrador, implacablemente exigente, aplicó en el campo energético los mismos métodos que utilizaba en la industria del gas, donde permaneció mucho tiempo como ministro. Persona muy ruda y no muy competente en las cuestiones energéticas, sobre todo nucleares, así era el hombre quien dentro del Gobierno se encargó del campo de las fuentes de energía. Ese hombre bajito y endeble tenía una tenacidad realmente increíble. Además, poseía una capacidad asombrosa para imponer a los constructores de las CN sus propias fechas de entrega, lo cual no le impedía más tarde acusarlos de haber incumplido el «compromiso adquirido».

Por otro lado, Scherbina imponía sus fechas sin tener en cuenta el tiempo tecnológicamente necesario para levantar las centrales, montar las

instalaciones y realizar las obras preliminares a la puesta en funcionamiento.

Recuerdo cómo el 20 de febrero de 1986, en el curso de una reunión de los directores de las CN y los encargados de obras de construcción de las centrales celebrada en el Kremlin, se impuso un reglamento muy peculiar. Los directores y los encargados no hablarían más de dos minutos cada uno, en tanto que Scherbina hablaba cada vez treinta y cinco o cuarenta minutos, sin dejar hablar a nadie más.

La intervención más interesante fue la del director de las obras de construcción de la CN de Zaporozhie, R. G. Jenoj, quien se armó de valor y con voz de bajo profundo (en reuniones así semejante tono se consideraba descortés), anunció que la tercera planta de la CN de Zaporozhie, en el mejor de los casos, entraría en funcionamiento en agosto de 1986 (la central se inauguró al final el 30 de diciembre de 1986), debido a los retrasos en la entrega de maquinaria y la ausencia del complejo de cálculo que sólo ahora empezaba a montarse.

—¡Miren a ese héroe! —se indignó Scherbina—. ¡Se atreve a imponer sus propias fechas! —Y terminó hablando a grito pelado—. ¿Quién le dio el derecho, camarada Jenoj, de establecer sus propias fechas en lugar de las gubernamentales?

—Las fechas están dictadas por el ritmo tecnológico de los trabajos —se resistía el director de las obras.

—¡Cállese! —le interrumpió Scherbina—. ¡No se justifique! La fecha determinada por el Gobierno es mayo de 1986. ¡Haga el favor de terminar en mayo!

—Pero sólo a finales de mayo terminaremos de recibir los armazones especiales —contestó Jenoj.

—Pues hay que traerlos antes —aleccionaba Scherbina. Y, dirigiéndose a Mayorets, que estaba sentado al lado, añadió—: Vea, Anatoli Ivánovich, cómo sus directores se escudan tras la falta de maquinaria para cambiar las fechas...

—Acabaremos con ello, Borís Evdokímovich —prometió Mayorets.

—No entiendo cómo se puede construir e inaugurar una central nuclear sin la maquinaria... Porque de entregar la maquinaria no me ocupo yo, sino la industria a través del encargado... —murmuró Jenoj, y se sentó amargado.

Ya después de la reunión, en la antesala del palacio del Kremlin, Jenoj me comentó:

—Ahí está nuestra tragedia nacional. Mentimos nosotros y enseñamos a mentir a nuestros subordinados. La mentira, aun sirviendo a una causa noble, sigue siendo mentira. Y no llevará a nada bueno...

Resaltemos que esa frase fue pronunciada dos meses antes de la catástrofe de Chernóbil.

En abril de 1983 escribí un artículo sobre la planificación fluctuante en la construcción energética y lo ofrecí a uno de los principales periódicos. (La planificación fluctuante consiste en que, una vez frustrada la fecha de entrega de la construcción, se la pospone múltiples veces sin tomar medidas contra los culpables de no cumplir el encargo del Gobierno). El retraso, a menudo, alcanza varios años, con lo que superan con mucho los gastos de inversión calculados. El artículo no fue publicado. Decía:

«¿Cuáles son, pues, las causas de la planificación poco real en la rama de la construcción nuclear, y de los constantes incumplimientos en las fechas de entrega? Son tres:

1. La incompetencia de las personas encargadas de planear la entrega de las instalaciones energéticas y de dirigir la rama de la construcción nuclear.

2. El poco realismo de los planes y, en consecuencia, la planificación fluctuante, provocada por estimaciones poco serias.

3. La falta de preparación de los ministerios encargados de fabricar la maquinaria para las instalaciones nucleares en cantidad suficiente y de buena calidad».

Tanto la construcción de centrales nucleares como su explotación, exige de sus responsables un alto grado de competencia. Como dijo, el 2 de noviembre de 1982, en la Sesión General de la ONU, el entonces ministro de Exteriores de la URSS, A. A. Gromiko, una importante avería en alguna CN con la consiguiente deshermetización del cuerpo del reactor equivaldría por algunas de sus consecuencias a la explosión de una bomba atómica de una megatonelada de potencia (Gromiko presintió Chernóbil).

Sólo personas realmente entendidas deberían dirigir la construcción y explotación de las CN. Si esto parece evidente en el caso de la explotación de las CN, multitud de infracciones de esta índole llevaron a la catástrofe de Chernóbil. No resulta tan evidente la especialización en el caso de la construcción de las centrales. Puede parecer que no es necesario tener grandes conocimientos en el campo nuclear. Se piensa que la etapa de la construcción es mucho más fácil, que sólo hay que saber dónde colocar el hormigón y ya está... Pero es así sólo en apariencia. Esta sencillez aparente engañó a Scherbina y a Mayorets.

La construcción de una central nuclear se complica desde el mismo momento de la colocación del primer bloque de hormigón, por la futura radiactividad de la instalación, y más aún, por la necesidad de observar rigurosamente las fechas de entrega previstas para las instalaciones

radiactivas, como lo son las centrales nucleares.

En otras palabras, la competencia de las personas influye directamente tanto en el diseño efectivo y real de las fechas como en la seguridad de las centrales nucleares. Se trata de verdades bien simples, pero, desgraciadamente, todavía hay que repetir las. Y es que en la industria nuclear muchos puestos de responsabilidad están ocupados por personas que no tienen ningún derecho a ellos...

En vísperas de la catástrofe de Chernóbil, se puede decir que el aparato central del Ministerio de la Energía, incluyendo al ministro y a varios viceministros, era incompetente en las cuestiones nucleares. La rama atómica, dentro de la construcción de centrales energéticas, era dirigida por el sexagenario viceministro A. N. Semiónov, quien llevaba tan sólo tres años en ese difícil cargo, siendo por sus estudios y experiencias constructor de centrales hidroeléctricas. Tan sólo en enero de 1987 fue destituido del cargo como consecuencia del incumplimiento de la entrega de centrales energéticas en el año 1986.

Las cosas no iban mejor en la dirección de la explotación de las centrales nucleares activas, de las que en vísperas de la catástrofe se encargaba la Unión Industrial de Energética Nuclear de la URSS (VPO Soyuzatomenergo). Su director, G. A. Vereténnikov, jamás trabajó en la explotación de las CN. Desconocía por completo la tecnología nuclear, pero después de quince años de trabajo en el Gosplan de la URSS, decidió buscar un trabajo más animado (tras la catástrofe de Chernóbil, en julio de 1986, Vereténnikov fue expulsado del Partido y destituido del cargo).

Ya después de la avería de Chernóbil, en la sesión ampliada del colegio del Ministerio de la Energía celebrada en julio de 1986, Scherbina declaró, dirigiéndose a los especialistas sentados en la sala:

—¡Ibais camino de Chernóbil todos estos años!

Si es así, debemos añadir que Scherbina y Mayorets precipitaron aún más la marcha hacia la catástrofe.

Lo nuclear en el Este y el Oeste

Creo oportuno abrir aquí un pequeño paréntesis para presentar al lector un fragmento del interesante artículo de F. Olds titulado «Dos enfoques en la energía nuclear», publicado en la revista *Power Engineering*, de octubre 1979.

«... Mientras que los países miembros de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE) tropiezan con numerosas dificultades para la realización de sus programas nucleares, los países miembros del CA-ME han puesto en marcha un plan conjunto que prevé el aumento de la potencia

instalada de las CN en 150.000 megavatios hacia 1990 (lo que representa más de un tercio de potencia de todas las CN del mundo). En la Unión Soviética se planea producir 113.000 megavatios.

»En la 30.^a sesión conmemorativa del CAME, celebrada en junio de 1979, se elaboró el programa de desarrollo conjunto. Parece que detrás de esa resuelta determinación de potenciar el desarrollo de la energía atómica, se escondían determinados temores, provocados por la posible falta de petróleo en el futuro. La URSS exporta petróleo a los países de Europa Oriental y también a Occidente, a razón de ciento treinta mil toneladas por día. (Debemos añadir que, según los datos de 1986, la URSS proporciona a Occidente trescientos treinta y seis millones de toneladas de combustible al año: petróleo y gas. G. M.). Sin embargo, en 1978 la extracción de petróleo en la URSS no llegó a las cantidades previstas. Tampoco se cumplirán las previsiones para el año 1979. Según los pronósticos, es poco probable que ni siquiera en 1980 se alcancen las cuotas planeadas. Todo indica que la explotación de los gigantescos yacimientos de petróleo siberianos choca con numerosas dificultades.

»El presidente del Consejo de Ministros de la URSS, A. N. Kosiguin, en su discurso pronunciado durante la Sesión Conmemorativa del CAME, destacó que el desarrollo de la energía nuclear representa la clave para la solución del problema energético.

»Llegan noticias de que la URSS y la RFA mantienen negociaciones para exportar hacia la URSS la tecnología e instalaciones necesarias, lo que impulsará la puesta en el programa nuclear de los países del CAME. (Las negociaciones fueron interrumpidas debido a las condiciones inaceptables que puso Alemania Occidental. G. M.).

»A principios de 1979, Rumanía firmó con Canadá un acuerdo por una suma total de veinte millones de dólares. En virtud de este acuerdo, en Rumanía se construirían cuatro reactores nucleares de tipo CANDU, de 600 megavatios de potencia cada uno. Llegan informaciones de que Cuba piensa construir también una o varias CN basadas en un proyecto soviético. Los especialistas creen que ese proyecto no prevé la construcción de elementos tan importantes para Occidente como son el armazón de protección del reactor y el sistema suplementario de refrigeración del núcleo. (Aquí F. Olds se equivocó. En las CN cubanas que se construyen siguiendo el proyecto soviético, se prevén tanto los armazones como los sistemas refrigeradores suplementarios. G. M.).

»La Academia de Ciencias de la URSS, tal y como era de esperar, asegura que los reactores nucleares soviéticos son absolutamente seguros y que las consecuencias de la avería en la CN de Three Mile Island, fueron

excesivamente dramatizadas por la prensa occidental. El conocido científico nuclear soviético A. P. Alexándrov, presidente de la Academia de Ciencias y director del Instituto de Energía Nuclear Kurchátov, concedió una entrevista al corresponsal del Washington Star. En ella, Alexándrov dijo que el eventual fracaso de la energía nuclear tendría graves consecuencias para toda la Humanidad.

»Alexándrov lamenta que los EE. UU. hayan utilizado el accidente en la CN de Three Mile Island como pretexto para detener el ritmo de desarrollo de la energía nuclear. Está convencido de que dentro de unos 30-50 años se agotarán las reservas mundiales de petróleo y gas natural, por lo que es necesario construir las CN en todo el mundo. De lo contrario, habrá conflictos bélicos por la posesión de los restos del combustible mineral. Alexándrov cree que los conflictos tendrán lugar sólo entre los países capitalistas, ya que la URSS, para entonces, tendrá energía atómica de sobra.

»En los países industrialmente desarrollados existen dos organizaciones, la OCDE y el CAME, que disponen de enormes reservas de petróleo. Curiosamente, ambas tienen opiniones distintas sobre el problema de los recursos energéticos.

»El CAME hace hincapié en el desarrollo de la energía nuclear y no presta mucha atención a la energía solar y otras fuentes alternativas de energía. Así, por ejemplo, la RDA piensa recurrir a esas fuentes sólo para satisfacer el 20 por 100 de su demanda energética. Se asigna un lugar destacado a la protección del medio ambiente. Sin embargo, ante todo, piensa en aumentar el rendimiento de la maquinaria y mejorar el nivel de vida de la población.

»Los países de la OCDE elaboraron toda una serie de programas particulares de desarrollo de la energía nuclear. Francia y Japón alcanzaron en ese campo un nivel más alto que el resto de los países miembros. Los EE.UU. y la RFA de momento aguardan, Canadá duda y el resto de los países no se dan mucha prisa en aplicar sus propios programas.

»Durante muchos años, los EE. UU. iban a la cabeza de los países miembros de la OCDE, tanto en el campo de la aplicación práctica de la energía nuclear como por el volumen de inversiones en los trabajos de investigación científica y de diseño experimental. Pero la situación cambió pronto. Actualmente, el desarrollo de la energía nuclear en los EE. UU. ya no se considera como un objetivo estatal de primer orden, sino simplemente como un medio extremo para resolver el problema energético. A la hora de debatir cualquier proyecto de ley relativo al problema energético, siempre se da la prioridad a la defensa del medio ambiente. De manera que los principales países miembros de la OCDE y del CAME mantienen posturas diametralmente opuestas en el tema del desarrollo de la energía nuclear...».

Esas posturas no son tan diametralmente opuestas, sobre todo en las cuestiones relacionadas con la seguridad en las CN. Aquí, F. Olds comete un error. Ambas partes prestan máxima atención a ese asunto, aunque también existen diferencias en las apreciaciones de los problemas relacionados con el desarrollo de la energía nuclear: En EE. UU., una crítica desmesurada y clara exageración del peligro de las centrales nucleares.

En la URSS, la completa ausencia de crítica a lo largo de esos treinta y cinco años, a la vez que una clara subvaloración del peligro de las CN para el personal y el medio ambiente en la URSS.

Sorprende también el conformismo mostrado por la sociedad soviética, que creía a pies juntillas las declaraciones de los académicos y otros personajes incompetentes.

¿No será por eso que Chernóbil se nos cayó encima como una bomba y cambió radicalmente las creencias de muchos?

De muchos, pero no de todos. Desgraciadamente, siguen existiendo el conformismo y la credulidad. Claro que es más fácil creer en algo, antes que someterlo al análisis crítico. En un principio, esta postura crea menos problemas...

En la sesión del CAME celebrada en Bucarest el 4 de noviembre de 1986, es decir, siete años después de la publicación del artículo de F. Olds, los participantes de nuevo defendieron con toda firmeza la necesidad del rápido desarrollo de la energía nuclear.

El presidente del Consejo de Ministros de la URSS, N. I. Rizhkov, dijo, entre otras cosas:

«La tragedia de Chernóbil no solamente no borró las perspectivas del desarrollo conjunto de la energía nuclear, sino que, por el contrario, colocó en el primer plano la necesidad de proporcionarle una mayor seguridad, evidenciando que la energía nuclear se ha convertido en la única fuente energética segura del futuro... Los países socialistas participarán todavía más activamente en la colaboración internacional en ese campo, basándose en las propuestas que hemos presentado a la AIEA. Además, construiremos centrales nucleares de energía térmica para ahorrar el caro y escaso combustible orgánico: gas y petróleo».

Debemos resaltar que las centrales nucleares generadoras de energía térmica se construirían cerca de los cascos urbanos de grandes ciudades, por lo que se debe prestar una especial atención a su seguridad.

El enfoque del desarrollo de la energía nuclear, tanto en la URSS como en los países del CAME, obliga a profundizar aún más en la lección de

Chernóbil. Sólo será posible en el caso de un análisis extremadamente sincero de las causas, la esencia y las consecuencias de esa catástrofe en la central nuclear situada en la región bielorruso-ucraniana de Polesie y que nos afectó a todos, a toda la Humanidad. Intentemos hacerlo, observando día tras día, hora tras hora, el desarrollo de los acontecimientos que precedieron y que siguieron a la avería.

II

Los elementos de la tragedia

25 de abril de 1986: sobrevolando Ucrania

En vísperas de la catástrofe yo trabajaba como subdirector de la sección del Ministerio de la Energía de la URSS encargada de la construcción de las centrales nucleares.

El 18 de abril de 1986 viajé a la CN de Crimea, aún en construcción, para inspeccionar las obras.

El 25 de abril de 1986, a las dos y cincuenta minutos de la tarde (8,5 horas antes de la explosión), inicié el vuelo de Simferópol a Moscú en un avión «IL-86». No recuerdo haber sentido ningún presentimiento o intranquilidad. Aunque durante el despegue y el aterrizaje se sentía el fuerte olor de keroseno; durante el vuelo se respiraba muy bien en el avión. Únicamente molestaban los chirridos constantes del carrito que subían y bajaban las azafatas con los refrescos. Sus movimientos eran demasiado ajetreados, parecía como si hiciesen más trabajo del necesario.

Estábamos sobrevolando Ucrania, sumergida en sus jardines florecientes. Tan sólo unas siete u ocho horas después comenzaría para esa tierra, granero de nuestro país, una nueva era, la era de la desgracia y de la contaminación radiactiva.

Me puse a mirar la tierra a través de la ventanilla. Envuelto en una nube azulada pasó por debajo Járkov. Recuerdo haber echado de menos que no sobrevoláramos Kíev. Fue allí, a ciento treinta kilómetros de la capital de Ucrania, donde en los años setenta trabajé como ayudante del ingeniero jefe en la planta n.º 1 de la CN de Chernóbil. Por entonces yo vivía en la ciudad de Prípyat, en la calle Lenin, situada en el distrito número uno, el más contagiado por la radiación tras la explosión.

La CN de Chernóbil se encuentra en la parte oriental de la región ucraniano-bielorrusa llamada Polesie, en la orilla del río Prípyat, que

desemboca en el Dniéper. Se trata de una región llana, de escaso relieve, con una ligera inclinación de la superficie hacia el río y sus afluentes.

El río Prípyat tiene 748 kilómetros de extensión hasta su desembocadura en el Dniéper. Su ancho es de unos trescientos metros; la velocidad del agua, un metro y medio por segundo; el gasto medio del agua, 400 m³ por segundo. La capacidad de la presa para recibir el agua procedente de la central nuclear es de 106.000 km². Justamente desde la presa la radiactividad irá a parar al suelo, y también será llevada a los ríos por las lluvias y la nieve derretida.

¡Qué bello es el río Prípyat! Su agua tiene un tono marrón, debido a que el río nace en los pantanos de turba de Polesie y está impregnado de ácidos grasos. Su corriente es poderosa y rápida. Al bañarte en sus aguas, la corriente te arrastra enseguida. Sientes cómo se te encoge la piel del cuerpo y los brazos, cruje al pasar la mano por encima. Muchas veces me bañé en esas aguas y practiqué el deporte del remo. Habitualmente, después del trabajo, solía venir al embarcadero en el cauce viejo, sacaba el bote monoplaça y durante unas dos horas surcaba las aguas de ese río tan antiguo como la Rusia misma. Sus orillas son tranquilas, arenosas, pobladas de pinos jóvenes. A lo lejos se veía el puente ferroviario sobre el que a las ocho de la tarde pasaba con estruendo el tren de pasajeros «Jmelnitski-Moscú».

Había sensación de prístino silencio y pureza. Dejas de remar por un momento, coges el agua marrón con la mano y sientes cómo se encoge la palma de la mano por la acción de los ácidos grasos de los pantanos. Después de la explosión del reactor y de la contaminación radiactiva, se convertirán en buenos coagulantes —portadores de partículas radiactivas y fragmentos de fusión...

Pero volvamos al relieve de la zona en la que está situada la CN de Chernóbil. Es una cuestión bastante importante.

El nivel del agua que abastece las necesidades de la región se encuentra a una profundidad de unos 10-15 metros respecto al nivel del río Prípyat. Está separado de los sedimentos cuaternarios por margas arcillosas casi impermeables. Lo cual significa que la radiactividad, tras llegar a esa profundidad, sería llevada en dirección horizontal por las aguas subterráneas...

En la región bielorruso-ucraniana de Polesie, la densidad de la población no es muy alta. Antes de la construcción de la central nuclear de Chernóbil, era aproximadamente de unas setenta personas por kilómetro cuadrado. En vísperas de la catástrofe, en la zona de treinta kilómetros que rodea a la central, vivían ya cerca de ciento diez mil personas, de ellas casi la mitad en la ciudad de Prípyat, situada al oeste de la zona de exclusión de tres kilómetros de la que disponía la central. Otras trece mil personas vivían en la capital de distrito, Chernóbil, situada a dieciocho kilómetros al sureste de la central

nuclear.

A menudo recordaba esa agradable ciudad en la que vivían los nucleares. Su construcción comenzó casi desde cero todavía en mi época. Cuando me marché a Moscú, ya existían tres distritos habitados. Era una pequeña ciudad acogedora, cómoda para vivir y muy limpia. A menudo se oía exclamar a los visitantes: «¡Prípyat, qué maravilla de ciudad!». Aquí venían a quedarse también muchos jubilados. A veces conseguían con gran dificultad, a través de las instituciones gubernamentales, e incluso por los juzgados, el derecho a quedarse en ese rincón paradisíaco que combinaba una maravillosa naturaleza con las comodidades urbanas.

Hace muy poco, el 25 de marzo de 1986, estuve de nuevo en Prípyat en mi viaje de inspección de la planta n.º 5 de la CN de Chernóbil, que entonces se estaba construyendo. Había la misma frescura del aire puro y embriagador, el mismo silencio acogedor de la ya ciudad de cincuenta mil habitantes...

Kiev y la CN de Chernóbil quedaron al noroeste de la ruta aérea. Los recuerdos dejaron paso a la realidad del enorme salón del avión. Dos pasillos, tres filas de asientos semivacíos. No sé por qué me parecía estar en un enorme granero. Pensé que si gritaba oíría el eco. A mi lado se escuchaba el constante ruido y los chirridos del ascensor que subía y bajaba. Da la sensación de que no estoy viajando en un avión, sino que voy en un enorme y vacío carruaje por una carretera de adoquines azules. Y en el maletero retumban los bidones para leche, vacíos...

Ya eran las nueve de la noche cuando llegué a casa desde el aeropuerto de Vnúkovo. Faltaban cinco horas para la explosión...

Un experimento inseguro

El mismo día 25 de abril de 1986, en la CN de Chernóbil, se estaban preparando para parar la planta n.º 4 con el fin de realizar una revisión reglamentaria.

Mientras la planta estuviera parada, se pensaba realizar un experimento siguiendo un programa elaborado por el ingeniero jefe, N. M. Fomín. Se desconectarían los sistemas de defensa del reactor y las instalaciones de la CN quedarían sin corriente, utilizándose tan sólo la energía mecánica del generador (giro por inercia) para obtener energía eléctrica.

Se había propuesto realizar ese mismo experimento a muchas otras centrales nucleares, pero, debido a su riesgo, todas se negaron. La dirección de la CN de Chernóbil había accedido a llevarlo a cabo...

¿Para qué servía ese experimento?

En caso de que las instalaciones de una central nuclear se queden sin

corriente, lo que puede suceder durante su funcionamiento, se pararán todos los mecanismos, incluyendo las bombas que suministran el agua refrigeradora al núcleo del reactor. Como resultado, el núcleo se fundirá, lo que equivale a una avería nuclear grande.

El experimento con la energía por inercia del turbogenerador permite evitar este peligro y conocer las posibilidades de aprovechamiento de otras posibles fuentes de energía eléctrica, pues mientras el rotor del generador siga girando, habrá energía eléctrica. Se la puede y se la debe utilizar en casos extremos.

Semejantes experimentos, pero con las defensas del reactor conectadas, se habían realizado antes en otras centrales nucleares. Y tuvieron un éxito completo. Yo también participé en ellos personalmente.

Generalmente, los programas de tales trabajos se elaboran de antemano, se consultan con el diseñador del reactor, con el proyectista jefe de la central y con la Comisión Estatal de Vigilancia de la Energía Atómica. El programa debe incluir una variante alternativa de generación de energía para la maquinaria consumidora mientras dure el experimento. En realidad, la ausencia de la corriente que alimenta las necesidades propias de la central es puramente teórica durante el experimento y en la práctica la corriente nunca se desconecta.

En esos casos, obligatoriamente la energía necesaria para uso propio se obtiene del sistema energético gracias al transformador principal y al de arranque de reserva, y también de la alimentación autónoma que proporcionan los generadores diésel...

Para mayor seguridad, durante el período de pruebas tiene que estar funcionando el sistema protector de emergencia del reactor (la introducción de emergencia de las barras absorbentes en el núcleo), que se acciona en caso de que aumenten los parámetros más de lo programado.

También debe estar funcionando el sistema de alimentación de emergencia que proporciona el agua de refrigeración al núcleo.

Si esos trabajos se llevaban a cabo siguiendo las normas y adoptando las medidas de seguridad suplementarias, su realización en una CN activa, por regla general, no se prohibía.

Habría que subrayar, además, que las pruebas con el rotor del generador sólo pueden iniciarse cuando se pone en marcha el sistema de protección de emergencia del reactor (abreviado, PE), es decir, a partir del momento en el que se pulsa el botón de PE. Antes de hacerlo, el reactor debe estar funcionando en un régimen estable y controlable, teniendo la reserva reglamentaria operativa de reactividad.

Sin embargo, el programa aprobado por el ingeniero jefe de la CN de Chernóbil, N. M. Fomín, no cumplía ninguna de las normas mencionadas.

Antes de proseguir, haré algunas aclaraciones necesarias para el lector inexperto en el tema.

Simplificando al máximo, se puede decir que el núcleo del reactor tipo RBMK representa un cilindro de aproximadamente catorce metros de diámetro y siete de altura.

Dentro, ese cilindro está completamente relleno con barras de grafito, en cada una de las cuales hay un canal tubular. En esos canales es donde se coloca el combustible nuclear. El cilindro del núcleo está atravesado simétricamente por agujeros pasantes (tuberías), en las que se mueven las barras reguladoras que absorben los neutrones. Si todas las barras se encuentran abajo (dentro del núcleo), el reactor está inactivo. A medida que las barras son extraídas comienza la reacción en cadena de la fusión del núcleo, y la potencia del reactor va en aumento. Cuanto más se extraen las barras, más aumenta la potencia del reactor.

Cuando el reactor está cargado de combustible fresco, su reserva de reactividad (simplificando, su capacidad para aumentar la potencia neutrónica), supera la capacidad de las barras absorbentes para parar la reacción en cadena. En este caso, se extrae una parte de los ensamblajes del combustible y en su lugar se colocan barras absorbentes fijas (denominadas absorbentes suplementarios, AS), para ayudar a las barras móviles. A medida que el uranio se gasta, esos absorbentes suplementarios son extraídos y su lugar lo ocupa el combustible nuclear.

Sin embargo, existe una regla inquebrantable: a medida que el combustible se va gastando, el número de las barras absorbentes colocadas en el núcleo no puede bajar de 28-30 unidades (después de la avería de Chernóbil, su número fue aumentado hasta 72), porque en cualquier momento la capacidad del combustible para acrecentar su potencia puede superar la capacidad de absorción de las barras reguladoras.

Esas 28-30 barras que se encuentran en la zona de alta actividad son las que constituyen la reserva operativa de reactividad. En otras palabras, a lo largo de todas las etapas de explotación del reactor, su capacidad de aceleración no debe superar la capacidad de las barras absorbentes para frenar la reacción en cadena.

Breve historia de la central

La planta n.º 4 de la CN de Chernóbil comenzó a funcionar en diciembre de 1983. Cuando la planta fue parada para su revisión y puesta a punto, planeada para el 25 de abril de 1986, el núcleo del reactor contenía 1.659

ensamblajes de combustible (cerca de 200 toneladas de bióxido de uranio), un absorbente suplementario cargado en el canal tecnológico y un canal tecnológico sin cargar. La mayor parte de los ensamblajes generadores de calor (75%) estaba compuesta por los estuches de primera carga, con una profundidad de combustión próxima a los valores máximos. Esto testimonia la presencia de la máxima cantidad de radionúclidos de larga vida en el núcleo...

El tipo de pruebas que debían iniciarse el 25 de abril de 1986 ya se habían realizado en la misma central anteriormente. Entonces se comprobó que la tensión en las llantas del generador decaía mucho antes de que se gastase la energía de salida del rotor del generador. En el experimento previsto se pensaba utilizar el regulador especial del campo magnético del generador con el fin de corregir ese fallo.

Aquí surge la interrogante: ¿por qué en las pruebas anteriores no se produjo ninguna avería? La respuesta es sencilla: el reactor trabajaba en régimen normal, controlable, todo el complejo de protección seguía funcionando.

Pero volvamos al programa de pruebas para el turbogenerador n.º 8 de la CN de Chernóbil. La calidad del programa, tal y como ya dije antes, era muy baja. El apartado dedicado a las medidas de seguridad era puramente formal. Únicamente se indicaba que, durante el experimento, cualquier cambio de parámetros debería contar con la aprobación del jefe de turno de la planta, y que en el caso de que surgiese una situación de emergencia, el personal tendría que actuar siguiendo las instrucciones locales.

También se preveía que antes del comienzo de las pruebas, el encargado de la parte eléctrica del experimento, el ingeniero-electricista Guennadi Petróvich Metlenko, que no trabajaba en la CN y no era especialista en reactores, daría oportunas instrucciones al personal que estaba de guardia. Además de que el programa no incluía las medidas de seguridad suplementarias, autorizaba la desconexión del sistema refrigerador de emergencia del reactor (abreviado, SRER). Eso significaba que durante todo el período de pruebas previsto, es decir, durante casi cuatro horas, la seguridad del reactor quedaría considerablemente disminuida.

Como en el programa no se había dedicado suficiente atención a la seguridad de las pruebas, el personal no estaba preparado para ellas y desconocía los posibles peligros. Aparte de eso, y como se verá ahora, el propio personal de la CN no se ajustaba del todo al programa, creando aún más condiciones propicias para una avería.

Los operadores también desconocían que el reactor RBMK posee una serie de efectos positivos de reactividad que en algunos casos pueden producirse a la vez, llevando a lo que se suele denominar «el parón positivo», es decir, a la

explosión. Fue ese efecto instantáneo de creación de potencia el que desempeñó su papel fatal.

Pero volvamos al programa de las pruebas. Intentemos descubrir por qué no fue coordinado con los organismos superiores, responsables, al igual que la dirección de la central, no solamente de la seguridad nuclear de la propia CN, sino de todo el Estado.

En enero de 1986, el director de la CN, V. P. Briujánov, envió ese peligroso programa experimental al diseñador general, al Instituto Hidroproekt y a la Comisión Estatal de Vigilancia de la Energía Atómica. Sin embargo, no recibió ninguna respuesta.

El silencio no preocupó lo más mínimo a la dirección de la CN, ni a la empresa explotadora, Soyuzatomenergo. Tampoco se mostraron preocupados el Instituto Hidroproekt ni la Comisión Estatal.

La negligencia y el abandono de las instituciones estatales llegaron a tal grado, que todas ellas prefirieron mantenerse calladas, sin aplicar ninguna sanción, aunque tanto el proyectista general como la empresa explotadora (VPO Soyuzatomenergo) y la Comisión Estatal tienen derecho a hacerlo. Más aún, es su obligación directa. Pero, en esas organizaciones hay personas concretas responsables de todo ello. ¿Quiénes son? ¿Dan la talla para ocupar sus cargos?

En Hidroproekt, proyectista general de la CN de Chernóbil, el responsable para la seguridad de las centrales nucleares era B. S. Konviz. Es un experimentado proyectista de centrales hidroeléctricas, candidato a doctor en ciencias técnicas en la rama de construcciones hidroeléctricas. Durante muchos años (desde 1972 hasta 1982) había sido director de la sección de proyecciones de las CN. Desde 1983 era el responsable de la seguridad de las centrales nucleares. Cuando en los años setenta Konviz comenzó a proyectar las centrales nucleares, es poco probable que supiera lo que era un reactor nuclear. La física nuclear le era conocida sólo por los manuales de colegio, y para participar en la proyección nuclear, Konviz invitó a especialistas en el campo de la hidrotécnica.

Todo parece claro. Semejante persona no podía prever la catástrofe a la que podía llevar el programa y el propio reactor.

—¿Pero por qué se dedicó a un trabajo que no era el suyo? —exclamará el lector estupefacto.

—Porque era un trabajo prestigioso, se ganaba mucho dinero y era cómodo —contestaría yo—. ¿Y por qué se dedicaron a lo mismo Mayorets y Scherbina? La misma pregunta y respuesta es aplicable a una larga lista de nombres...

VPO Soyuzatomenergo, la empresa del Ministerio de Energía y Electrificación de la URSS, dedicada a la explotación de las CN y responsable, de hecho, de todas las actuaciones del personal de explotación, era dirigida por G. A. Vereténnikov, hombre que nunca trabajó en la explotación de las centrales nucleares. Desde 1970 hasta 1982, Vereténnikov trabajó en el Gosplan de la URSS (Organismo responsable de la planificación de la economía soviética. N. del T.), primero como especialista jefe y luego como jefe de una subsección dentro de la sección de Energética y Electrificación. Se encargaba de planificar las entregas de maquinaria para las centrales nucleares. Debido a distintas causas, las entregas se realizaban mal. Cada año un 50 por 100 de las entregas planificadas no se llevaban a cabo.

Vereténnikov a menudo se ponía enfermo. Según se decía, padecía de dolores de cabeza a causa de los espasmos en los vasos sanguíneos del cerebro. Pero, por lo visto, tenía bien desarrollado el deseo de ocupar altos cargos. En 1982, utilizando todos sus contactos, consiguió simultáneamente el cargo, entonces vacante, de viceministro-director de la unión industrial Soyuzatomenergo. Demostró no estar a la altura del cargo incluso físicamente. De nuevo comenzaron sus espasmos de los vasos sanguíneos del cerebro, los desmayos y las largas temporadas en el hospital del Kremlin.

Uno de los antiguos miembros de la Dirección, Yu. A. Izmáilov, solía comentar:

—Con Vereténnikov es casi imposible encontrar en la dirección a un especialista nuclear que sepa de reactores y física nuclear. Sin embargo, se han ampliado hasta extremos inverosímiles la oficina de contabilidad, la sección de suministros y la de planificación...

En 1984 fue suprimido el cargo de «viceministro», y Vereténnikov se convirtió en simplemente director de Soyuzatomenergo. El golpe fue para él más duro que la explosión de Chernóbil. Se multiplicaron sus desmayos, y tuvo que ser ingresado otra vez en el hospital.

El jefe de la sección de producción de Soyuzatomenergo, E. S. Ivanov, poco antes de Chernóbil, justificaba así las cada vez más numerosas situaciones de emergencia en las centrales nucleares:

—Ninguna CN cumple como es debido el reglamento tecnológico. Y tampoco es posible cumplirlo. La práctica de la explotación introduce cambios constantes...

Tan sólo la catástrofe nuclear de Chernóbil pudo provocar la expulsión de Vereténnikov del Partido y de su sillón de director de Soyuzatomenergo. Es una lástima que solamente a base de explosiones se pueda echar a nuestros burócratas de sus blandos sillones de directivos...

En la Comisión Estatal de Vigilancia de la Energía Atómica se reunió gente bastante competente y experimentada con el presidente del Comité, E. V. Kulov, a la cabeza. Era un físico nuclear de mucha experiencia que estuvo mucho tiempo trabajando en los reactores nucleares Minsredmash. Pero, extrañamente, tampoco Kulov se fijó en el defectuoso programa enviado desde Chernóbil. ¿Cuál es la causa? El reglamento de la Comisión Estatal, aprobado por la Decisión n.º 409 del Consejo de Ministros de la URSS, el 4 de mayo de 1984, preveía que los objetivos principales del Comité eran:

—vigilancia del cumplimiento a nivel estatal de todas las reglas, normas e instrucciones de seguridad nuclear y técnica por parte de los ministerios, administraciones, empresas, organizaciones, instituciones y personas responsables a la hora de proyectar, construir y explotar los complejos de energía nuclear.

Al Comité se le concedía el derecho, señalado expresamente en el punto «f»:

—de adoptar las medidas necesarias, incluyendo la de parar el funcionamiento de empresas de energía nuclear, en el caso de incumplimiento de las reglas y normas de seguridad, del descubrimiento de fallos en las instalaciones, de la insuficiente competencia del personal, y en otros casos en los que se ponga en peligro la explotación de esas empresas...

Recuerdo cómo en una de las reuniones celebradas en 1984, E. V. Kulov, que acababa de ser nombrado presidente de la Comisión Estatal, explicó así cuáles eran sus obligaciones a los especialistas nucleares presentes:

—No piensen que voy a trabajar por ustedes. Hablando figuradamente, no soy más que un policía. Lo mío es prohibir, desautorizar sus actos equivocados...

Desgraciadamente, ni siquiera como «policía» fue efectivo E. V. Kulov en el caso de Chernóbil...

¿Qué le impidió parar los trabajos en la planta n.º 4 de la CN de Chernóbil? Porque el programa de las pruebas enviado y que nunca obtuvo respuesta nunca podría superar un examen crítico...

¿Y por qué no lo hicieron Hidroproekt y Soyuzatomenergo?

Pues nadie intervino, como si se hubieran puesto de acuerdo. ¿Cuál es la causa? La causa está en el pacto del silencio. En la falta de transparencia en cuanto a las experiencias negativas se refiere. Sin esa transparencia, nadie aprende las lecciones. Porque nadie informaba a nadie de las averías habidas en las CN durante los últimos treinta y cinco años, nadie exigía tener en cuenta esas experiencias a la hora de trabajar. Y, por tanto, parecía que esas averías

nunca existieron. Todo es seguro, no hay ningún peligro... Pero, no en vano Abu Talib decía: «Quien dispara al Pasado con una pistola recibirá un cañonazo del Futuro». Lo habría parafraseado especialmente para la energía nuclear: «el Futuro le contestará con la explosión del reactor atómico... Con un desastre nuclear...».

Aquí habría que añadir un detalle más que no figura en los informes técnicos sobre lo ocurrido. Se trata de lo siguiente: el aprovechamiento de la energía por inercia del rotor del generador se había planeado de antemano y no sólo fue reflejado en el programa de las pruebas, sino que además fue técnicamente preparado. Dos semanas antes del experimento, al cuadro de control de mandos fue añadido el botón de «MAP» (máxima avería prevista), cuya señal era transmitida únicamente a las redes eléctricas secundarias, pero no a los aparatos de control y medición, ni tampoco a las bombas de agua. Es decir, que la señal del botón era de simulacro y dejaba de lado todas las instalaciones principales y los sistemas de bloqueo del reactor. Lo cual era un serio error.

Como la máxima avería prevista se da en el caso de la rotura del colector de aspiración, de ochocientos milímetros de diámetro, situado en un compartimento hermético de hormigón armado, las causas por las que se acciona la protección de emergencia (PE) son:

—la bajada de la presión en la línea de absorción de las principales bombas de circulación;

—la bajada de la presión diferencial en las tuberías de agua inferiores (tambores-separadores);

—la subida de la presión en el compartimento de hormigón armado.

Cuando se producen los casos mencionados, normalmente entra en funcionamiento la protección de emergencia (PE). Entonces, todas las 211 barras absorbentes caen abajo, se conecta el agua refrigeradora de los depósitos, se conectan las bombas de agua de emergencia y se ponen en funcionamiento los generadores diésel de electricidad. Se activan igualmente las bombas de emergencia que traen el agua al reactor desde el estanque. Se puede decir que hay medios de protección más que suficientes, si es que funcionan bien y se accionan en el momento preciso...

Justamente esas defensas tenían que haber sido conectadas al botón de MAP. Pero, desgraciadamente, todas ellas fueron desactivadas por miedo a la explosión térmica del reactor, cuando el agua fría se suministra al reactor caliente. Esa idea errónea, por lo visto, dejó hipnotizados tanto a los cargos directivos de la CN (Briujánov, Fomín, Diátlov), como a los organismos superiores en Moscú. De ese modo, fue transgredida la regla básica de la

tecnología nuclear. Pues si la máxima avería prevista figuraba en el proyecto, es que podía ocurrir realmente en cualquier momento. ¿Y quién tenía derecho de dejar el reactor sin las defensas previstas por el proyecto y por las normas de seguridad nuclear? Nadie tenía ese derecho. Se lo concedieron los propios responsables...

También cabría preguntarse por qué las autoridades superiores no advirtieron al director de la CN de Chernóbil, Briujánov, y al ingeniero jefe, Fomín. Porque, en realidad, no se puede trabajar con un programa que no ha sido autorizado desde arriba. ¿Quiénes son entonces Briujánov y Fomín? ¿Qué clase de gente son, qué clase de especialistas?

Conocí a Víctor Petróvich Briujánov en el invierno de 1971, cuando llegué al pueblo de Prípyat, al solar donde se construía la CN, directamente desde un hospital de Moscú donde había estado en tratamiento del síndrome radiactivo. Me sentía débil todavía, pero ya podía andar, y pensé que estaría mejor antes si me ponía a trabajar.

Después de firmar la declaración de que abandonaba el hospital por mi propia voluntad, tomé el tren y por la mañana ya estaba en Kíev. De allí tardé dos horas en llegar hasta Prípyat en taxi. Por el camino varias veces sentí náuseas y mareos. Pero tenía ganas de comenzar mi nuevo trabajo, al que fui destinado poco antes de enfermarme.

Me estuve curando en el mismo hospital n.º 6 de Moscú al que quince años después llevarían a los bomberos que recibieron las dosis mortales de radiación y al personal de explotación, víctimas de la catástrofe nuclear de la planta n.º 4.

A comienzos de los setenta, el lugar donde se levantaría la futura CN todavía estaba vacío. Excavaban la zanja para el edificio principal. Alrededor crecían algunos pinos jóvenes, el aire era más embriagador que en ningún otro sitio. ¡Si se supiera de antemano dónde no vale la pena excavar zanjas!

Todavía llegando a Prípyat me fijé en el paisaje de arenosas colinas donde crecía un bosque de poca altura.

Había muchas calvicies de arena amarilla que destacaban sobre el fondo de musgo verde-oscuro. No se veía nieve. En algún que otro lugar, la hierba verde se calentaba bajo el sol. Reinaba el silencio y la naturaleza parecía salvaje.

—Malas tierras —me dijo el taxista—, pero son antiguas. Aquí, a Chernóbil, el príncipe Sviatoslav vino a buscar esposa. Dicen que la novia tenía un carácter de cuidado... Más de mil años tiene esa pequeña ciudad. Pero no ha desaparecido, sigue en pie...

Era un día de invierno soleado y cálido cuando llegué a Prípyat. A menudo solía hacer el mismo tiempo. Estás en invierno, pero parece que fuera la primavera. El taxista detuvo su coche frente a un largo barracón de madera donde temporalmente se instalaron la dirección de la CN, en obras, y de la construcción.

Entré en el barracón. El suelo se hundía y crujía bajo los pies. He aquí el despacho del director, un cuartucho de unos seis metros cuadrados. Es igual que el despacho del ingeniero jefe, M. P. Alexéev, el futuro vicepresidente de la Comisión Estatal. Después del análisis de las causas de la catástrofe se le hará una severa amonestación con anotación en la ficha personal. Y mientras...

Cuando entré, Briujánov se levantó para saludarme. Era un hombre de baja estatura, de pelo oscuro y muy rizado, con la cara arrugada y tostada por el sol. Sonriendo, tímidamente, Briujánov me dio la mano. De todo su aspecto se desprendía que era un hombre de carácter blando, complaciente. Más tarde mis primeras impresiones se confirmaron. También descubrí otros rasgos de él, como, por ejemplo, su testarudez interna, combinada con el desconocimiento de la psicología humana. Esta singularidad le hacía tender hacia las personas experimentadas en la vida, pero no siempre trabajadores honrados.

Por aquel entonces, Briujánov era un hombre aún muy joven, tenía treinta y seis años. Por su profesión y experiencia laboral era especialista en turbinas. Se licenció en el Instituto Energético (equivalente a la Facultad de Ingeniería. N. del T.) con matrícula de honor. Salió adelante en la central eléctrica de Slaviansk (de carbón), donde destacó. Se pasaba día y noche trabajando, resolvía los problemas con rapidez y profesionalidad. En general, después de trabajar con él varios años, pude comprobar que era un buen ingeniero, inteligente y de gran capacidad de trabajo. Lo único malo es que no era un especialista nuclear. Y como luego demostró Chernóbil, eso es lo más importante. Para trabajar en una central nuclear hay que ser antes que nada un profesional en ese campo...

El viceministro del Ministerio de la Energía de Ucrania, que se ocupaba de la central de Slaviansk, se fijó en Briujánov y le ofreció el cargo en Chernóbil...

En cuanto a la cultura general, me refiero a la amplitud de intereses, lectura, conocimientos en el campo de las humanidades, Briujánov andaba bastante mal. En parte eso explicaba su tendencia a rodearse de dudosos conocedores de la vida...

Pero entonces, en 1971, me presenté y él me contestó alegrándose:

—¡Vaya, Medvédev! Le estábamos esperando. Póngase a trabajar cuanto antes.

Briujánov salió del despacho y llamó al ingeniero jefe.

Entró Mijaíl Petróvich Alexéev, quien ya trabajaba allí desde hacía varios meses. Llegó a Prípyat desde la CN de Beloyarsk, donde trabajó como adjunto al ingeniero jefe de la planta n.º 3 en construcción, que de momento sólo figuraba sobre el papel. Alexéev no tenía experiencia en la explotación de las centrales nucleares y antes de la CN de Beloyarsk trabajó veinte años en las centrales térmicas. Y como muy pronto se vio, deseaba irse a Moscú a cualquier precio. Lo consiguió unos tres meses después de comenzar mi trabajo en la CN de Chernóbil. Del castigo que se le aplicó a consecuencia de Chernóbil ya hablé antes. Su superior en el cargo de Moscú, el presidente de la Comisión Estatal, E. V. Kulov, fue castigado más severamente. Le despidieron del trabajo y le echaron del Partido. El mismo castigo antes del juicio lo recibió Briujánov...

Pero eso ocurría quince años más tarde. Mientras tanto, durante esos quince años habían sucedido acontecimientos importantes, sobre todo en cuanto a la política seguida con el personal de las CN. La misma política era seguida por Briujánov. En mi opinión, esa política fue la culpable de lo que ocurrió el 26 de abril de 1986...

Desde los primeros meses de mi trabajo en la central nuclear de Chernóbil (anteriormente trabajé durante muchos años como jefe de turno en otras CN), comencé a formar el personal de los departamentos y servicios. Le proponía a Briujánov candidatos con muchos años de experiencia en las centrales nucleares. Normalmente Briujánov no se negaba directamente a aceptarlos, pero tampoco les daba trabajo, proponiendo a cambio o colocando directamente en su lugar a trabajadores de las centrales térmicas. Solía decir entonces que, en su opinión, en las CN debía trabajar personal experimentado, que supiera mucho de los potentes sistemas de turbinas, de las instalaciones de distribución y de líneas de transmisión de energía.

Con muchas dificultades, pasando por encima de Briujánov, conseguí completar las secciones del reactor y química especial con los especialistas que nos hacían falta. Briujánov se ocupaba de los técnicos en turbinas y electricistas. Aproximadamente a finales de 1972, a la CN de Chernóbil llegaron a trabajar N. M. Fomín y T. G. Ploji. El primero fue propuesto por Briujánov para el cargo de jefe del departamento de electricidad, y el segundo para el de jefe adjunto de la sección de turbinas. Ambos fueron propuestos directamente por Briujánov. Fomín, especialista eléctrico por su formación y trabajo, fue trasladado a la central nuclear de Chernóbil desde la central eléctrica de Zaporozhie (central térmica). Con anterioridad había trabajado en

las redes eléctricas de Poltava. Menciono esos dos apellidos porque con ellos, quince años más tarde, se relacionarán las dos averías más graves: la de Balakovo y la de Chernóbil...

Como Fomín era el adjunto del ingeniero jefe de explotación, hablé con él y le advertí que la central nuclear era un complejo radiactivo y muy complicado. ¿Ha reflexionado bien antes de abandonar el departamento de electricidad de la central eléctrica de Zaporozhie?

Fomín tiene una bonita sonrisa de dientes blancos. Parece que lo sabe y sonrío casi constantemente, aunque no venga al caso. Sonriendo, Fomín me contestó que la CN es una empresa prestigiosa, ultramoderna y que no son los dioses quienes cuecen el barro...

Fomín hablaba en un fluido tono barítono bastante agradable, interrumpido por notas altas cuando se emocionaba. Tenía una figura cuadrada y angulosa, sus oscuros ojos brillaban. En su trabajo era preciso, cumplidor, exigente, impulsivo, ambicioso y rencoroso. Sus movimientos y manera de andar son bruscos. Se veía que por dentro era como un muelle apretado siempre dispuesto a saltar... Me detengo tanto en esa persona porque en el futuro se iba a convertir en una especie de Eróstrato nuclear, un personaje ciertamente histórico, con cuyo nombre se relacionará, a partir del 26 de abril de 1986, una de las peores catástrofes nucleares de la Historia...

Tarás Grigórievich Ploji, en cambio, era una persona indolente, asentada, el típico flemático, con una forma de hablar prolija en detalles innecesarios, aburrida, pero también era un hombre meticuloso, perseverante y trabajador. Además, su proximidad a Briujánov difuminaba muchos aspectos de su carácter. (Ambos trabajaron juntos en la central eléctrica de Slaviansk). A la luz de esa amistad, Ploji parecía una figura más importante y enérgica de lo que era en realidad...

Después de que yo abandonase Prípyat para trabajar en Moscú, Briujánov comenzó a promover activamente a Ploji y a Fomín para cargos directivos en la CN de Chernóbil. Ploji iba a la cabeza. Con el tiempo se convirtió en el adjunto del ingeniero jefe de explotación, luego en el ingeniero jefe. En ese cargo no permaneció mucho tiempo; a propuesta de Briujánov, recibió el puesto de ingeniero jefe en la CN de Balakovo, entonces en construcción. Era una central equipada con un reactor de agua a presión que Ploji desconocía. En junio de 1985, durante los trabajos de la puesta en marcha, a consecuencia de la negligencia y los descuidos del personal de explotación bajo su mando, y de la grave infracción del reglamento tecnológico, se produjo una avería en la que perecieron en agua hirviendo catorce personas. Los cadáveres eran sacados de los compartimentos que rodean al pozo del reactor y amontonados a los pies del lívido ingeniero jefe incompetente...

Mientras tanto, en la CN de Chernóbil, Briujánov seguía promoviendo a Fomín. Subió de un salto al puesto de ingeniero jefe adjunto de montaje y explotación y muy pronto sustituyó a Ploji en el puesto de ingeniero jefe. Habría que destacar que el Ministerio de Energía de la URSS no apoyó la candidatura de Fomín. Para ese cargo fue propuesto V. K. Brónnikov, un especialista experimentado en reactores. Pero en Kíev no le aceptaron, diciendo que era un simple técnico. En cambio, defendieron a Fomín calificándolo de jefe duro y exigente. Moscú cedió. La sección correspondiente del CC del PCUS dio su visto bueno a Fomín y el asunto quedó zanjado. Ahora conocemos el precio de aquel arreglo...

Era el momento oportuno para detenerse, pensarlo bien, analizar la experiencia de Balakovo, mejorar la vigilancia y la precauciones, pero...

A finales de 1985, Fomín sufre un accidente automovilístico que le produce la rotura de la columna vertebral. Le esperaba una larga parálisis, el derrumbe de todas las esperanzas. Pero su fuerte organismo venció la enfermedad. Fomín se curó y salió a trabajar el 25 de marzo de 1986, un mes antes de la explosión de Chernóbil. Justamente por entonces estuve en Prípyat, en una visita de inspección de la planta n.º 5, que estaba en construcción. Las obras iban atrasadas por falta de la documentación del proyecto y de las instalaciones tecnológicas. Vi a Fomín en la reunión organizada para hablar de la planta n.º 5. Había desmejorado bastante. Se le notaba demasiada lentitud y el reflejo de los sufrimientos pasados. El accidente de coche dejó huella en él.

—Tal vez sea mejor que descanses un par de meses más, que termines de curarte —le dije—. El trauma es serio.

—No... Todo va bien —se rio él con brusquedad y, como me pareció fingiendo, sus ojos tenían la misma expresión de hacía quince años, una expresión febril, maligna y tensa.

—El trabajo no espera...

De todas maneras seguí opinando que Fomín estaba enfermo, lo cual era peligroso tanto para él como para la central nuclear, para las cuatro plantas energéticas que dependían de él. Preocupado, decidí compartir mis temores con Briujánov, pero él también intentó tranquilizarme: «Creo que no es peligroso. Ya se ha curado. Trabajando se recuperará antes...».

Semejante seguridad me había sorprendido, pero no quise insistir. Al fin y al cabo no era asunto mío. A lo mejor realmente se sentía bien. Además, ahora yo me dedicaba a las cuestiones relacionadas con la construcción de las CN. La cuestión de la explotación de la central no estaba en mi jurisdicción y no dependía de mí la decisión de apartar a Fomín del trabajo o de sustituirlo temporalmente. En cualquier caso, le habían dado de alta los médicos,

especialistas en su campo, y ellos sabrían lo que hacían... De todos modos, me quedó la duda y no pude pasar por alto ante Briujánov el hecho de que Fomín, como me parecía, no estaba bien del todo. Sin embargo, Briujánov me tranquilizó. Luego estuvimos hablando con él. Briujánov se quejó de que en la CN de Chernóbil había muchas goteras, los armazones no aguantaban lo suficiente, los drenajes y la ventilación tenían escapes. Las goteras casi constantemente llegaban a los 50 m de agua radiactiva por hora. Apenas daba tiempo de eliminarla en las instalaciones de evaporación. Había mucha contaminación radiactiva. Briujánov comentó que ya estaba muy cansado y que desearía cambiar de trabajo...

Hacia poco que había regresado de Moscú, donde participó como delegado en el XXVII Congreso del PCUS.

Las horas previas

¿Pero, qué era lo que había ocurrido en la planta n.º 4 de la CN de Chernóbil el 25 de abril, mientras yo estaba en la central de Crimea y luego en el «IL-86» que me llevaría a Moscú?

A la una de la madrugada del 25 de abril de 1986, el personal operativo comenzó a bajar la potencia del reactor n.º 4 que funcionaba con sus parámetros nominales, es decir, con 3.000 megavatios térmicos.

La disminución de la potencia se llevaba a cabo bajo las órdenes del ingeniero jefe adjunto de la instalación n.º 2 de la central, A. S. Diátlov, quien preparaba la cuarta planta para el cumplimiento del programa aprobado por Fomín.

A la una y cinco minutos el turbogenerador n.º 7 fue desconectado de la red, mientras que la potencia térmica del reactor se mantenía en 1.600 megavatios térmicos. La energía eléctrica necesaria para el funcionamiento de la propia planta (cuatro bombas de circulación principales, dos bombas de alimentación, etc.), era proporcionada por las barras colectoras del turbogenerador n.º 8, con el que se iba a llevar a cabo el experimento planeado por Fomín.

A las dos de la madrugada, siguiendo con el programa de las pruebas, fue desconectado el sistema de refrigeración de emergencia (SRER). Fue uno de los errores más graves y fatales de Fomín. Al mismo tiempo hay que resaltar que esa operación fue realizada deliberadamente, para evitar los posibles choques térmicos que se producirían al llegar el agua fría de los depósitos de emergencia hasta el reactor caliente.

Cuando comienza la aceleración brusca de los neutrones instantáneos, las bombas de circulación son arrancadas y el reactor se queda sin el agua de refrigeración. Entonces, los 350 m³ de agua de emergencia acumulada tal vez

hubieran salvado la situación y detenido el vapor radiactivo, el más importante de todos. Quién sabe cómo hubiera acabado todo entonces. Pero..., de un hombre incompetente en cuestiones nucleares, que quiere ser un líder, destacar en un trabajo prestigioso y demostrar que un reactor nuclear puede funcionar sin refrigeración, se puede esperar cualquier cosa.

Es difícil imaginar ahora qué estaría pensando Fomín en aquellas horas fatales, pero sólo una persona que no entiende nada de los procesos de física de neutrones, o alguien demasiado confiado en sí mismo, podría desconectar el sistema de refrigeración de emergencia del reactor que, en los segundos críticos, tal vez hubiera anulado la explosión haciendo bajar bruscamente el nivel de vapor en el núcleo.

Sin embargo, la desconexión del sistema de refrigeración es lo que se había hecho, y además, como ya sabemos, conscientemente. Por lo visto la excesiva autoconfianza opuesta a las leyes de la física nuclear cegó los ojos al ingeniero jefe adjunto de explotación, A. S. Diátlov, y a todo el personal directivo de la planta n.º 4. De lo contrario, en el momento de la desconexión del sistema de refrigeración de emergencia, alguno de ellos debía haberse echado atrás y exclamar:

—¡Parad! ¡Qué estáis haciendo! Mirad alrededor. Aquí al lado se encuentran ciudades antiquísimas: Kíev, Chernígov, Chernóbil, las tierras más fértiles del país, los florecientes jardines de Ucrania y de Bielorrusia... ¡En la maternidad de Prípyat gritan las mujeres que van a dar a luz, están naciendo nuevas vidas! ¡Han de vivir en un mundo limpio, limpio! ¡Deteneos!

Pero nadie se detuvo, nadie gritó. El sistema de refrigeración fue desconectado con toda tranquilidad, los cierres en la línea del suministro de agua al reactor fueron desconectados de la corriente eléctrica y cerrados de tal modo que, en caso necesario, ni siquiera podrían ser abiertos manualmente. Porque se pensaba que tal vez a algún tonto se le ocurriría abrirlos y los 350 m de agua fría golpearían al reactor caliente... Sin embargo, en el caso de la avería máxima prevista, el agua fría de todas maneras tendría que llegar hasta el núcleo. En ese caso, de los dos males, habría que elegir el menor. Es mejor suministrar el agua fría al reactor caliente que dejar el núcleo ardiendo, sin agua. Porque, perdida la cabeza, no se llora por el pelo. El agua del sistema de refrigeración de emergencia llega justamente en el momento oportuno, y las consecuencias de un golpe térmico son, sin comparación, menos graves que las de una explosión...

Psicológicamente, se trata de una cuestión difícil. La culpa la tiene el conformismo de los operadores, desacostumbrados a pensar por cuenta propia, lo mismo que la negligencia y la dejadez que reinaba en la dirección de la CN y que se convirtió en una norma. También jugó su papel la falta de respeto por

el reactor nuclear, que era visto por el personal de explotación casi como si de un samovar se tratase, tal vez algo más complejo. El personal olvidó la regla máxima de los que trabajan en técnicas con riesgo de explosión: «¡Recuerda! ¡Las manipulaciones incorrectas llevan a la explosión!». También existía la inclinación mental hacia el campo electrotécnico, pues el ingeniero jefe había hecho estudios de electricidad, y además había sufrido recientemente una importante lesión de la columna vertebral que había dejado huella en su comportamiento psíquico. Asimismo, es evidente el trabajo deficiente del servicio psiquiátrico de la enfermería de la CN, que debía vigilar el estado psíquico de los operadores y de la dirección de la CN para apartarlos del trabajo a tiempo en caso de necesidad...

Aquí habría que recordar de nuevo que el sistema refrigerador de emergencia (SRER) fue desconectado conscientemente para evitar el golpe térmico contra el reactor al apretar el botón «MAP» (máxima avería prevista). Por tanto, Diátlov y los operadores estaban seguros de que el reactor no les iba a fallar. ¿Demasiada presunción? Sí. A partir de aquí cabe pensar que los operadores no conocían bien la física del reactor, no eran capaces de imaginarse el desenlace final de la situación. Creo que el funcionamiento relativamente bueno de la CN de Chernóbil a lo largo de diez años también había contribuido a relajar a la gente. Y ni siquiera la seria advertencia de ultratumba —la fusión parcial del núcleo en la primera planta de la misma central en septiembre de 1982— sirvió de lección. Era lógico. Porque durante muchos años las averías en las centrales nucleares eran acalladas, aunque el personal de distintas CN se enteraba de ellas por sus compañeros de otras centrales. Sin embargo, no les concedían mayor importancia. «Si la propia dirección se calla, ¿nosotros qué vamos a decir?». Más aún, los accidentes eran considerados ya como inevitables, aunque desagradables componentes de la tecnología nuclear.

A lo largo de decenios se iba forjando la presunción de los operadores nucleares. Con el tiempo se convirtió en autoconfianza excesiva y en la creencia de que se podían transgredir las leyes de la física nuclear y las pautas del reglamento tecnológico...

Sin embargo, el comienzo del experimento se iba posponiendo. A las dos de la madrugada del 25 de abril de 1986, la desconexión del bloque fue detenida por orden del encargado de Kievenergo.

Al mismo tiempo, y en contra del reglamento tecnológico, la planta n.º 4 seguía en funcionamiento con el sistema refrigerador de emergencia (SRER) desconectado, aunque para ello existía una excusa formal: la presencia del botón «MAP» y el bloqueo de las defensas, por temor a que el agua fría llegara al reactor caliente en el caso de que fuera apretado dicho botón...

A las veintitrés y diez minutos (mientras las funciones del jefe de turno de la planta n.º 4 eran desempeñadas por Yuri Tregub), se seguía bajando la potencia.

A las veinticuatro horas, Alexandr Akímov sustituyó en su puesto a Yuri Tregub. Su ingeniero jefe de la dirección del reactor (abreviado IJDR), Leonid Toptunov, sustituyó al ingeniero del turno anterior...

Aquí surge una interrogante: ¿y si el experimento se llevara a cabo durante el turno de Tregub, se habría producido la explosión? Creo que no. El reactor se encontraba estable, bajo control, la reserva operativa de radiactividad estaba constituida por más de 28 barras absorbentes, el nivel de potencia se mantenía en 1.700 megavatios térmicos. Pero también durante ese turno, el experimento podía haber terminado en explosión, si al desconectar el sistema local de regulación automática (LRA), el ingeniero jefe de la dirección del reactor (IJDR) del turno de Tregub, hubiera cometido el mismo error que Toptunov, a consecuencia del cual subió el «foso de yodo»...

Es difícil prever lo que hubiera ocurrido, pero quiero creer que el IJDR del turno de Yuri Tregub habría actuado con mayor profesionalidad que Leonid Toptunov y se habría mantenido más firme a la hora de defender su postura. De modo que el factor humano salta a la vista...

No obstante, los acontecimientos se desarrollaron tal y como los programó el propio Diátlov. El presunto aplazamiento, debido al funcionario de Kievenergo, mediante el cual las pruebas no se iniciaron a las catorce horas del 25 de abril, sino a la una y veintitrés minutos del 26 de abril, no hizo más que abrir la vía directa a la explosión...

En concordancia con el programa de las pruebas, el rotor del generador para cubrir las necesidades propias debía funcionar con una potencia de 700-1.000 megavatios térmicos. Hay que subrayar que esa operación debía realizarse en el momento de la amortiguación del reactor, porque en caso de la máxima avería prevista, la protección de emergencia del reactor (PE) caería hacia abajo, atravesando cinco plantas y apagaría el aparato. Pero, al final, se eligió otra opción terriblemente peligrosa: producir la energía por inercia del rotor del generador con el reactor funcionando. Sigue siendo una incógnita el por qué se eligió ese régimen de trabajo tan peligroso. Posiblemente podemos suponer que Fomín deseaba experimentar por experimentar...

Antes de seguir, debemos aclarar que las barras absorbentes pueden manejarse conjuntamente o por grupos. Al desconectar uno de esos sistemas locales (lo que el reglamento permite en caso de la explotación del reactor a baja potencia), el IJDR Leonid Toptunov no consiguió liquidar rápidamente el desajuste en el sistema de regulación (en su parte medidora). Como resultado, la potencia del reactor bajó por debajo de los 30 megavatios térmicos.

Comenzó la contaminación del reactor por los productos de fisión. Fue el comienzo del fin...

Llega el momento en el que es necesario describir brevemente al ingeniero jefe adjunto de la explotación de la instalación n.º 2 de la CN de Chernóbil, Anatoli Stepánovich Diátlov. Alto, delgado, con un rostro pequeño y anguloso, con el pelo gris por las canas, peinado hacia atrás y los ojos huidizos, hundidos y sin brillo, A. S. Diátlov apareció en la central nuclear aproximadamente a mediados del año 1973. Briujánov me entregó de antemano su ficha personal para que la estudiara. Pasado algún tiempo, Diátlov vino a verme para la entrevista, después de visitar a Briujánov.

De su ficha se desprendía que había trabajado como jefe de un pequeño laboratorio físico en una de las empresas del Lejano Oriente, donde se dedicaba a las pequeñas instalaciones nucleares de los barcos. Esos datos fueron confirmados por él durante la entrevista.

—Investigaba las características físicas de los núcleos de pequeños reactores —me dijo entonces.

Nunca había trabajado en las CN. Desconocía los esquemas térmicos de las centrales y los reactores de uranio-grafito.

—¿Cómo piensa trabajar? —le pregunté—. Es algo nuevo para usted.

—Aprenderé —contestó él como a la fuerza—, esos cierres, tuberías... Es más sencillo que la física del reactor...

Tenía una manera de comportarse extraña: la cabeza inclinada hacia delante, la mirada huidiza de unos ojos grises y sombríos, una forma de hablar esforzada, con frecuentes pausas. Parecía que sacase las palabras arrastrándolas, separándolas por pausas, como si les quisiera dar especial importancia. No era fácil escucharlo, se sentía que tenía un carácter difícil.

Informé a Briujánov que no se podía conceder a Diátlov el puesto de jefe de la sección del reactor. Le sería difícil dirigir a los operadores no sólo por su carácter (desconocía claramente el arte de la comunicación), sino por su anterior experiencia laboral: era físico teórico, desconocía la tecnología nuclear.

Briujánov me escuchó en silencio. Dijo que lo pensaría. Un día después salió la orden por la que Diátlov era nombrado jefe adjunto de la sección del reactor. A su modo, Briujánov me hizo caso al darle a Diátlov un puesto de menor importancia. Pero el destino —«la sección del reactor»— seguía siendo el mismo. Me parece que en eso Briujánov cometió un error, y como luego demostraron los hechos, un error fatal...

Mi pronóstico respecto a Diátlov se confirmó: era torpe, lento a la hora de

pensar, pesado y conflictivo en sus relaciones con la gente...

Mientras estuve trabajando en la CN de Chernóbil, Diátlov no logró escalar puestos. Más aún, se tenía previsto trasladarlo en el futuro al laboratorio físico, donde se encontraría en su ambiente.

Después de que me marchase, Briujánov fue empujando a Diátlov hacia arriba. Primero lo convirtió en el jefe de la sección del reactor y más tarde en el ingeniero jefe adjunto de la explotación de la instalación n.º 2 de la central.

Quiero mencionar testimonios sobre Diátlov de sus compañeros, con los que trabajó codo a codo durante muchos años.

Davletbáev Razim Ilgámovich, subjefe de la sección de turbinas de la planta n.º 4.

«Diátlov es un hombre difícil, de carácter complicado. Se mantenía apartado del principal contingente de los directivos de la CN. No se esforzaba demasiado. En la práctica, la dirección técnica de la planta fue desempeñada por los jefes de secciones y sus adjuntos. Si había que resolver cuestiones que exigían la participación de varias secciones, se hacía siguiendo las “relaciones horizontales”. Eso le convenía a Diátlov, pero no a nosotros. Sin embargo, no había otra salida porque él siempre huía de los problemas complicados. Incluso la cuestión de la puesta en marcha y el normal funcionamiento de la planta n.º 4 fue resuelta sin su ayuda y sin que él la dirigiera realmente. Diátlov no mostró un sincero interés por el trabajo, aunque se escondía detrás de la máscara de un dirigente severo y exigente. Los operadores no le apreciaban. Desechaba todas las propuestas y objeciones que exigían trabajo por su parte. No se dedicaba a preparar a los operadores. Exigía que los formaran las propias secciones. Tan sólo los contabilizaba. Comenzó a participar en los exámenes un año y medio después de la inauguración. Castigaba duramente los errores y el incumplimiento de las órdenes por parte del personal, gritando y poniendo nerviosa a la gente en las reuniones técnicas. Tardaba mucho tiempo en ponerse al tanto de cada problema, a pesar de que tenía suficientes conocimientos como ingeniero. Parece que conocía la instalación del reactor. De la tecnología de otras secciones tenía conocimientos limitados. Bajo su dirección, uno no sentía satisfacción por el trabajo bien hecho. Fuera del trabajo se mostraba comunicativo, era un interlocutor interesante, provisto de un humor bastante particular. Es terco, fastidioso, no cumple la palabra dada...».

Smaguin Víctor Grigórievich, jefe de turno de la cuarta planta:

«Diátlov es un hombre pesado, lento. Solía decir a sus subordinados: “Yo no castigo enseguida. Analizo lo que la persona ha hecho durante no menos de veinticuatro horas y, cuando ya no queda ningún residuo subjetivo, tomo la

decisión...”.

»El grueso de los físicos-administradores fue formado por Diátlov con gente que trabajó en el Lejano Oriente, donde él mismo había sido jefe del laboratorio físico. Orlov, Sítnikov (ambos murieron) también eran de allí. Y muchos otros eran antiguos compañeros suyos de su trabajo anterior...

»A veces, Diátlov se mostraba injusto, incluso vil. Antes de la inauguración de la planta, durante el período del montaje y los trabajos de retoque, tuve la oportunidad de abandonar la central para ir a un cursillo y mejorar mi nivel profesional. “No tienes nada que aprender —me dijo Diátlov—. Ya lo sabes todo. Que vayan éstos (otros dos) a estudiar. Saben poco...”. Como consecuencia, la carga principal de los trabajos de montaje y puesta en funcionamiento recayó sobre nosotros, pero a la hora de repartir cargos y salarios los que fueron a estudiar lo recibieron todo. Cuando recordé a Diátlov su promesa, me dijo:

—Ellos han estudiado, vosotros no...

»La política general en la CN de Chernóbil antes de la explosión era la misma que practicaba Diátlov: “apretar las tuercas” al personal operativo de los turnos, favorecer y estimular al personal diurno (no operativo) de las secciones. Normalmente se producían más averías en la sala de turbinas y menos en la sección del reactor. De ahí la actitud más relajada en lo que al reactor se refería. Se creía que era más seguro, menos problemático...».

El mismo Smaguin dirá sobre N. M. Fomín:

«Posee gran capacidad de trabajo, es vanidoso, pujante, rencoroso, mal intencionado, pero a veces es justo. Su voz, de agradable tono barítono, salta a tono más alto cuando se pone nervioso, pero habitualmente termina en un bajo bastante agradable...».

La cuenta atrás

Lo importante es saber si Diátlov era capaz de reaccionar inmediatamente ante una situación que derivaba hacia una avería. Yo creo que no. Se puede decir, incluso, que estaba desprovisto de ese sentido de peligro y de ese cuidado esencial, tan necesario en alguien que está a cargo de los operadores nucleares. En cambio, no le faltaba vanidad, ni falta de respeto hacia los operadores y el reglamento tecnológico.

Fueron esas características de Diátlov las que se manifestaron con mayor evidencia cuando, una vez desconectado el sistema local de regulación automática (LRA), el ingeniero jefe de la dirección del reactor (IJDR), Leonid Toptunov, no consiguió mantener la potencia del reactor en 1.500 megavatios y descendió hasta los 30 megavatios térmicos.

Toptunov cometió un grave error. Con una potencia tan baja comienza la contaminación del reactor con los productos de desintegración nuclear (xenón, yodo). La recuperación de los parámetros se hace entonces difícil e, incluso, imposible. Eso significa que sería imposible realizar el experimento, lo cual fue comprendido enseguida por todos los operadores nucleares, incluidos el IJDR Leonid Toptunov y el jefe de turno de la planta, Alexandr Akímov. También lo había comprendido el ingeniero adjunto de explotación, Anatoli Diátlov.

En la sala de mandos de la planta n.º 4 se vivía una situación dramática. Normalmente lento, Diátlov corría ahora con una viveza inhabitual alrededor de los paneles de mando de los operadores, soltando tacos y maldiciones. Su voz, baja y ronca, tenía notas metálicas y furiosas.

—¡Pandilla de inútiles! ¡No sabéis! ¡Habéis fracasado! ¡Estáis hundiendo el experimento! ¡Vuestro padre!

Su cólera era comprensible. El reactor estaba siendo envenenado con los productos de la desintegración nuclear. Había que aumentar la potencia inmediatamente o esperar veinticuatro horas hasta que el reactor se descontaminase. Pero Diátlov no quiso detenerse. Lanzando improperios corría por la sala de mandos, perdiendo los minutos preciosos. ¡Y había que hacer subir la potencia inmediatamente! Pero Diátlov seguía desahogándose.

El ingeniero jefe de la dirección del reactor (IJDR), Leonid Toptunov, y el jefe de turno, Akímov, estaban pensativos, y con razón. El caso es que la potencia había bajado bruscamente del nivel de 1.500 megavatios, es decir, por debajo del nivel medio. La reserva operativa de reactividad quedaba entonces fijada en 28 barras (o sea, que había 28 barras sumergidas en el núcleo). Todavía era posible recuperar los parámetros... El reglamento tecnológico prohibía aumentar la potencia del reactor si ha disminuido ya en un 80 por 100 con la misma reserva de reactividad, pues en ese caso la contaminación es mucho más intensa. Pero los valores del 50 por 100, por debajo del cual se había situado la potencia del reactor, y del 80 por 100 establecido por el reglamento tecnológico, son valores próximos entre sí. Pasaba el tiempo y el reactor seguía contaminándose. Diátlov gritaba a los demás. Toptunov no actuaba. Comprendía con toda claridad que no conseguiría el nivel de potencia anterior, es decir, del 50 por 100, y que, si lo conseguía, sería a costa de disminuir bruscamente el número de las barras en el núcleo, lo cual exigía parar el reactor en el acto. Por tanto..., Toptunov tomó la única decisión válida.

—¡No voy a subir la potencia! —dijo con firmeza.

Akímov le apoyó. Ambos explicaron sus temores a Diátlov.

—¡Pero qué dices, maldito inútil! —se echó Diátlov encima de Toptunov —. ¡Después de la caída de potencia en un 80 por 100, el reglamento permite subirla veinticuatro horas después. Ahora la caída es de sólo el 50 por 100, por tanto, el reglamento no lo prohíbe. Y si no queréis subir la potencia, lo hará Tregub...!

Se trataba de una presión psicológica pura y simple (Yuri Tregub, que entregó el turno a Akímov, se quedó para ver el desarrollo de las pruebas y se encontraba en aquel momento dentro de la sala de mandos). No se sabe si hubiera aceptado aumentar el nivel de potencia. Pero Diátlov calculó bien, Leonid Toptunov no aguantó la presión del jefe, traicionó su intuición profesional. Claro que también era muy joven todavía, tenía veintiséis años, le faltaba experiencia. Ah, Toptunov, Toptunov... Pero él ya estaba calculando: «La reserva operativa de reactividad es de 28 barras... Para compensar la contaminación habrá que retirar unas 6-7 barras del grupo de reserva... Tal vez lo logre... Y si desobedezco me despedirán...». (Toptunov lo contó en la enfermería de Prípyat poco antes de ser enviado a Moscú). Leonid Toptunov comenzó a subir la potencia, firmando de esa manera la condena a muerte de sí mismo y de sus compañeros. Bajo esa simbólica condena también estamparon sus firmas Diátlov y Fomín. A ellas habría que añadir la de Briujánov y de otros muchos camaradas de mayor cargo...

De todos modos, en honor a la justicia, habría que decir que la condena a muerte, en cierto sentido, estaba predeterminada por el tipo de construcción del reactor RBMK. Tan sólo hacían falta las circunstancias apropiadas para que se produjera la explosión. Y esas circunstancias fueron creadas...

Pero nos estamos adelantando a los acontecimientos. Todavía se estaba a tiempo de recapacitar. Sin embargo, Toptunov siguió aumentando la potencia del reactor. Tan sólo hacia la primera hora del 26 de abril de 1986, se logró estabilizarla en los 200 megavatios térmicos. En ese momento continuaba el proceso de contaminación del reactor por los productos de desintegración y se hizo difícil proseguir con el aumento de la potencia, por la escasa reserva de reactividad, por entonces situada por debajo de los límites fijados en el reglamento. (Según el informe proporcionado por la URSS al OIEA, la reserva era de 6-8 barras, según el testimonio de Toptunov moribundo, quien vio cómo se desprecintaba el ordenador «Skalá» siete minutos antes de la explosión, era de 18 barras). Para que el lector lo entienda, recordaré que bajo el término de la reserva operativa de reactividad, se entiende un determinado número de barras absorbentes sumergidas en el núcleo y que se encuentran en la zona de alta efectividad diferencial. (Esa reserva se calcula por el número de barras completamente sumergidas en el núcleo). Para el reactor RBMK, la reserva operativa de reactividad es de 30 barras. Al mismo tiempo, la velocidad de introducción de la reactividad negativa al ponerse en marcha el sistema

protector de emergencia (PE) representa 1 β (beta) por segundo, lo cual es suficiente para compensar los efectos positivos de reactividad durante el funcionamiento normal del reactor.

Pero, en la práctica, la reserva operativa de reactividad sólo era de 6-8 barras, según el informe para el OIEA, y de 18 barras, según las palabras de Toptunov, lo que disminuía considerablemente la efectividad de la protección de emergencia del reactor, que como consecuencia se salió fuera de control.

Ello se explica por el hecho de que, al salir de la «fosa de yodo», Toptunov extrajo varias barras del grupo de la reserva intocable...

A pesar de todo, se decidió proseguir con las pruebas, aunque el reactor, de hecho, sólo se controlaba a medias. Por lo visto, estaban muy seguros de sí mismos el ingeniero jefe de la dirección del reactor (IJDR), Toptunov, y el jefe de turno, Akímov, principales responsables de la seguridad nuclear del reactor y de la CN en su conjunto. Aunque es cierto que los dos tuvieron dudas, intentaron desobedecer a Diátlov en el fatal instante de la toma de decisión, pero en ambos predominaba el convencimiento interior de que todo saldría bien. Ambos esperaban que esta vez el reactor tampoco les fallara. Como ya comenté anteriormente, su seguridad también se fundamentaba en la mentalidad conformista general. Porque, a lo largo de treinta y cinco años, nunca había ocurrido una catástrofe global en ninguna CN. Y de los accidentes que hubo nadie sabía nada. Los hechos se ocultaban concienzudamente. A los chicos les faltaban las experiencias negativas. Y los mismos operadores eran muy jóvenes y poco suspicaces. Aparte de Toptunov y Akímov (que tenían el turno de noche), los operadores del resto de los turnos del 25 de abril de 1986 tampoco mostraron suficiente responsabilidad e infringieron el reglamento tecnológico, a la vez que las normas de seguridad nuclear con demasiada facilidad.

Ciertamente, todo el mundo perdió por completo el sentido del peligro, olvidando que lo más importante en una CN es el reactor y su núcleo. Lo que más preocupaba al personal era terminar las pruebas cuanto antes. Diría también que faltaba el verdadero amor por el trabajo realizado, que necesariamente implica el sentido de responsabilidad, el auténtico profesionalismo y la vigilancia constante. Sin esas cualidades, lo mejor es no ocuparse nunca de un mecanismo tan peligroso como el reactor nuclear.

La infracción de las normas a lo largo de los preparativos y la realización de las pruebas, la negligencia en el manejo de la instalación del reactor, indican que los operadores no comprendían muy bien lo específico de los procesos tecnológicos que transcurrían en el reactor. Por lo visto, tampoco todos tenían claro el mecanismo de la estructura de las barras absorbentes.

Para la explosión faltaban veinticuatro minutos cincuenta y ocho

segundos...

Vamos a resumir los graves errores, tanto los incluidos en el programa como los cometidos durante el proceso de preparación y realización de las pruebas:

—Para salir de la «fosa de yodo», fue rebajada bajo los límites permitidos la reserva de reactividad, lo que dejó sin protección de emergencia al reactor.

—Equivocadamente se desconectó el sistema local de regulación automática, lo cual hizo que la potencia del reactor cayera por debajo de los valores fijados en el programa. De ese modo el reactor escapó del control.

—Se conectaron al reactor las ocho bombas de circulación principales, con el exceso de consumo de agua en algunas de ellas, lo cual aproximó la temperatura del refrigerador a la de saturación (operación prevista por el programa).

—Pensando, en caso necesario, repetir el experimento con la desconexión de la corriente, se bloquearon las defensas del reactor en cuanto fueron desconectadas las turbinas.

—Fueron bloqueadas las defensas dependientes del nivel de agua y la presión del vapor en los tambores-separadores, debido al empeño en proseguir con el experimento, a pesar del inestable funcionamiento del reactor. Fueron desconectadas las defensas basadas en los parámetros térmicos.

—Fueron desconectados los mecanismos de defensa para la máxima avería prevista para evitar el falso accionamiento del SRER durante las pruebas, con lo cual se perdía la posibilidad de disminuir los efectos de una posible avería.

—Fueron bloqueados ambos generadores diésel de emergencia, lo mismo que el transformador de trabajo y el de reserva, desconectándose también la planta, tanto de las fuentes de electricidad para casos de emergencia como del sistema energético principal, con lo que se pretendía llevar a cabo un «experimento puro». De hecho, se crearon todas las premisas necesarias para una catástrofe nuclear en su grado extremo...

Todos los datos mencionados resultan aún más siniestros contrastados con una serie poco propicia de coeficientes físico-neutrónicos del reactor RBMK, que posee un coeficiente de reactividad positiva de vapor de 2 β (dos betas), un coeficiente positivo de reactividad de temperatura y, además, una estructura deficiente de las barras absorbentes del sistema de mando de las defensas del reactor (abreviado, SMD).

El caso es que, mientras la altura del núcleo equivalía a siete metros, la parte absorbente de la barra tenía cinco metros de largo, en tanto que por debajo y por encima de esa parte había espacios huecos de un metro de

longitud. El extremo inferior de la barra absorbente, que en el caso de la inmersión completa sobresalía por debajo del núcleo, estaba relleno de grafito. Semejante estructura hace que las barras reguladoras situadas arriba, al ser introducidas en el reactor, primero penetran en el núcleo con su extremo inferior de grafito, luego por el núcleo pasa el trozo hueco de un metro y solamente después la parte absorbente.

En la planta n.º 4 de Chernóbil había en total 211 barras absorbentes. Según el informe que la URSS envió a la OIEA, había 205 barras situadas arriba del todo; según el testimonio del IJDR Toptunov, eran 193. Cuando semejante cantidad de barras se introduce en el núcleo, en el primer momento se produce un brusco aumento de la reactividad positiva, debido a que los canales de agua del SMD pierden agua, ya que primero en el núcleo penetran los extremos de grafito (de 5 metros) y los segmentos huecos de un metro de longitud. El aumento de reactividad alcanza entonces media beta y no presenta peligro, si el reactor se encuentra en un régimen de trabajo estable y controlado. Sin embargo, si se da el caso de la confluencia de varios factores adversos, ese aumento puede resultar fatal, pues traerá consigo la aceleración incontrolada.

Es cuando surge la pregunta: ¿lo sabían los propios operadores o lo ignoraban por completo? Creo que en parte lo sabían. En todo caso, era su obligación saberlo. Sobre todo, debía saberlo Toptunov. Pero se trataba de un joven especialista con falta de experiencia.

En cambio, el jefe de turno de la planta, Alexandr Akímov, podía desconocerlo, porque jamás había trabajado como IJDR. Pero al menos tuvo que haber estudiado la estructura del reactor, tuvo que superar un examen para ser admitido en su puesto. Esa sutileza en el diseño de la barra absorbente pudo pasar desapercibida a todos los operadores, ya que no se relacionaba directamente con el posible peligro para la vida de las personas. Sin embargo, justamente en ese detalle particular estaba escondido todo el horror y la destrucción de la catástrofe nuclear de Chernóbil.

Creo también que Briujánov, Fomín y Diátlov se imaginaban la estructura de la barra en rasgos generales, sin hablar ya de los constructores-diseñadores del reactor, pero nadie pensó que la futura explosión se produciría por unos extremos de las barras absorbentes, que constituyen el sistema de defensa más importante del reactor nuclear. Al final, la muerte vino de aquello que debía proteger, por eso nadie se esperaba que fuera a suceder de esa forma...

En realidad, los reactores deberían ser diseñados de tal manera que puedan autoapagarse en el caso de la aceleración imprevista. Ésa es la regla de oro del diseño de la maquinaria nuclear. Y debemos decir que el reactor de agua del tipo del que se instaló en la central de Novovorónezh sí que cumplía esa

exigencia.

Ciertamente, ni Briujánov, ni Fomín, ni Diátlov se imaginaban semejante desarrollo de los acontecimientos. Y eso que diez años de trabajo en una CN permiten terminar dos veces el Instituto de Física Aplicada y aprender hasta los más mínimos detalles de la física nuclear. Pero sólo en el caso de que uno se interese de verdad por lo que está haciendo, en lugar de dormirse sobre los laureles...

Aquí es necesario explicar al lector que el reactor nuclear se puede manejar solamente gracias a una parte de los neutrones retardados, que se designan con la letra griega β (beta). Según las reglas de seguridad nuclear, la velocidad de aumento de la potencia del reactor presenta seguridad con 0,0065 β efectivos cada sesenta segundos. Cuando la porción de neutrones retardados alcanza 0,5 β comienza la aceleración de los neutrones inmediatos...

Las infracciones del reglamento y la desconexión de las defensas del reactor por parte del personal operativo, ya mencionadas anteriormente, amenazaban con liberar una reacción equivalente, por lo menos, a las 5 β , lo cual implicaba la aceleración fatal que llevaría a la explosión.

¿Se imaginaban Briujánov, Fomín, Diátlov, Akímov y Toptunov toda esa cadena de reacciones? Los dos primeros, seguramente no. Los últimos tres tenían que saberlo en teoría, pero no creo que lo supieran en realidad, lo que queda confirmado por sus acciones irresponsables.

Akímov, por su parte, mientras pudo hablar y hasta su muerte, ocurrida el 11 de mayo de 1986, seguía expresando: «Lo hice todo bien. No entiendo por qué ha ocurrido».

Los datos mencionados indican también que los simulacros se hacían muy mal, quedando limitados al algoritmo de dirección más primitivo, que no tenía en cuenta los profundos procesos que se desarrollaban en el núcleo del reactor en cada fracción de tiempo operativo.

Uno se pregunta, ¿cómo se llegó a esa situación de abandono, de negligencia criminal? ¿Quién y cuándo programó en nuestro destino la posibilidad de una catástrofe nuclear en la región bielorruso-ucraniana de Polesie? ¿Por qué fue elegido precisamente un reactor de uranio-grafito para ser colocado a ciento treinta kilómetros de la capital de Ucrania, Kíev?

Volvamos quince años atrás, a octubre de 1972. Por entonces yo trabajaba como ingeniero jefe adjunto en la central nuclear de Chernóbil. Ya en aquel entonces muchos se hacían preguntas parecidas.

Un día salí junto con Briujánov para Kíev en un «todoterreno». Habíamos sido convocados por el ministro de Energía de la R. S. S. de Ucrania, A. N.

Makujin, quien precisamente había colocado a Briujánov en el puesto de director de la CN de Chernóbil. El propio Makujin, por sus estudios y profesión, era especialista en energía térmica.

De camino a Kíev, Briujánov me dijo:

—¿Estás de acuerdo en que dediquemos una hora o más a que le des al ministro y a sus viceministros una lección sobre energía nuclear y sobre el diseño del reactor? Intenta simplificar al máximo, porque ellos, igual que yo, entienden poco de las centrales nucleares...

—Con mucho gusto —contesté.

El ministro de Recursos Energéticos de Ucrania, Alexei Naúmovich Makujin, mostraba aires de gran jefe. La pétrea expresión de su rostro alargado asustaba a cualquiera. Hablaba de una manera entrecortada. Su tono era el de un maestro de obras engreído.

Explicué a los presentes cómo era el reactor de Chernóbil, la composición de la central nuclear y las particularidades de una CN de ese tipo. Recuerdo que Makujin me preguntó:

—En su opinión, ¿se eligió un reactor apropiado o...?

Me refiero a que Kíev está al lado...

—Pienso —contesté— que para la CN de Chernóbil sería mejor un reactor de agua a presión del tipo del de Novovorónezh y no el de uranio-grafito. Una central de doble circuito es más limpia, tiene menos comunicaciones de tuberías, los desechos son menos radiactivos. En una palabra, es más segura...

—¿Conoce usted los argumentos del académico Dollezhal? Desaconseja situar los reactores RBMK en la parte europea del país... Pero sus argumentos no son muy claros. ¿Ha leído sus conclusiones?

—Sí... Qué puedo decir... Dollezhal tiene razón. Es mejor no situarlos en la parte europea. Esos reactores fueron muy utilizados en Siberia. Allí tienen fama de ser «sucios», digamos. Es un serio argumento en contra...

—¿Y por qué entonces Dollezhal no se mantuvo firme a la hora de defender sus opiniones? —preguntó Makujin.

—No lo sé, Alexei Naúmovich —hice un gesto de asombro con las manos—, por lo visto había fuerzas más poderosas que el académico Dollezhal...

—¿Y cuántos desechos se calculan para el reactor de Chernóbil? —me interrogó Makujin, ya preocupado.

—Hasta cuatro mil curios cada veinticuatro horas.

—¿Y para el de Novovorónezh?

—Hasta cien curios por veinticuatro horas. Es una diferencia sustancial.

—Pero los académicos... La utilización de ese reactor fue aprobada por el Consejo de Ministros... Anatoli Petróvich Alexándrov alaba ese reactor, calificándolo como el más seguro y económico. Pero vale... Lo dominaremos... No son dioses los que cuecen el barro... El personal de explotación tendrá que arreglárselas de tal modo que nuestro primer reactor ucraniano sea más limpio y seguro que el de Novovorónezh...

En 1982 A. N. Makujin fue trasladado al aparato central del Ministerio de Energía de la URSS con el cargo de primer viceministro de explotación de las centrales y redes eléctricas.

El 14 de agosto de 1986, después del análisis de las consecuencias de la catástrofe de Chernóbil, por decisión del Comité de Control del Partido del CC del PCUS y por no haber tomado las medidas necesarias para aumentar la seguridad en la explotación de la CN de Chernóbil, el primer viceministro de Energía y Electrificación de la URSS, A. N. Makujin, recibió una severa amonestación sin la suspensión del empleo.

En 1972 se hubiera podido sustituir el reactor de Chernóbil por el de agua a presión y reducir así la posibilidad de que ocurriera lo que ocurrió en abril de 1986. En ese caso, la intervención del ministro de Energía de la R. S. S. de Ucrania hubiera sido importantísima.

Convendría recordar igualmente otro episodio significativo. En diciembre de 1979, cuando yo trabajaba en la empresa de construcción nuclear Soyuzatomenergostroy, salí en un viaje de inspección a la CN de Chernóbil para revisar las obras de construcción de la planta n.º 3.

En la reunión de los constructores nucleares que se celebró a mi llegada, el primer secretario del Comité regional del PCUS de Kíev, Vladímir Mijáilovich Tsibulko, se mantuvo callado durante mucho tiempo, escuchando a los demás, para pronunciar luego su propio discurso. Su rostro quemado, rastro de cicatrices (durante la guerra era tanquista y su tanque fue incendiado), se enrojeció. Miraba delante suyo sin detener su vista en nadie y hablaba en un tono que no admitía réplicas. Pero en su voz también había notas paternas, notas de preocupación por los demás. Le estaba escuchando, pensando sin querer en la facilidad con la que los no profesionales sueltan largos discursos sobre cuestiones complicadísimas que no entienden, siempre dispuestos a dar recomendaciones y a «dirigir» un proceso del que no tienen ni la más mínima idea.

«Fíjense, camaradas, qué ciudad tan bella es Prípyat, cómo alegra la vista —decía el primer secretario del Comité regional del Partido de Kíev, haciendo largas pausas (con anterioridad a la reunión, se había hablado del estado de las

obras de la planta n.º 3 y de las perspectivas de la construcción de la CN en general). Están hablando de cuatro plantas de energía. ¡Pero yo diré que son pocas! ¡Yo construiría aquí ocho, doce o incluso veinte plantas de energía nuclear!... ¿Y por qué no? La ciudad crecerá hasta tener cien mil habitantes. Un cuento de hadas va a ser y no una ciudad... Ustedes tienen un buen colectivo de constructores y montadores nucleares. Para qué iniciar las obras en otra parte si podemos construir aquí...».

Durante una pausa, un proyectista le interrumpió y dijo que la excesiva concentración de reactores nucleares en el mismo sitio puede tener graves consecuencias, ya que disminuye la seguridad nuclear del Estado, tanto en el caso de un conflicto militar y ataque contra las centrales nucleares como en el caso de una avería nuclear extrema...

Esa valiente contestación pasó inadvertida. En cambio, la propuesta del camarada Tsibulko fue recibida con entusiasmo, como una indicación desde arriba.

En breve fue iniciada la construcción de la planta n.º 3 de la CN, y se empezó a diseñar la cuarta...

Sin embargo, para el 26 de abril de 1986 ya faltaba poco, y la explosión del reactor de la planta n.º 4 eliminó de golpe los cuatro millones de kilovatios de potencia del sistema energético unitario del país y obligó a detener la construcción de la planta n.º 5, que iba a ser inaugurada en el año 1986.

Ahora, imaginémonos que el sueño de V. M. Tsibulko se hubiera realizado. Si eso hubiera ocurrido, el 26 de abril todos los doce bloques dejarían de formar parte del sistema energético por un largo período, la ciudad de cien mil habitantes se quedaría desierta, y las pérdidas del Estado alcanzarían no ocho, sino, como mínimo, veinte mil millones de rublos.

Habría que mencionar también que la planta n.º 4 que explotó, fue proyectada por Hidroproekt. Tenía un compartimento hermético altamente explosivo situado junto al depósito de recolección, debajo del reactor. Hace tiempo, cuando yo desempeñaba las funciones de presidente de la comisión de expertos que debía examinar dicho proyecto, protesté enérgicamente contra semejante distribución del espacio y propuse quitar esa instalación con peligro de explosión de debajo del reactor. Sin embargo, en aquel momento la opinión de los expertos fue ignorada. Como luego demostraron los propios hechos, la explosión se produjo tanto dentro del reactor como en el compartimento hermético...

La tragedia

26 de abril de 1986

Después de regresar, el 25 de abril, de mi viaje de trabajo a la CN de Crimea, revisé todas mis notas y los protocolos de reuniones, fijándome, sobre todo, en los apuntes tomados en la reunión del buró del Comité regional del PCUS de Crimea, celebrada el 23 de abril de 1986, en la que yo había participado.

Antes de esa reunión conversé con el encargado de la sección de industrias del Comité regional del PCUS, V. V. Kuráshik, y con el secretario de la misma sección, V. I. Pigarev. Me sorprendió que ambos me hubieran hecho casi la misma pregunta: si no sería demasiado precipitada la decisión de construir una central nuclear en Crimea, la zona turística más importante del país. ¿Es que acaso no había en la Unión Soviética otros lugares más apropiados?

—Sí que los hay —les contesté—. Existen muchos lugares despoblados o completamente despoblados de tierras no cultivables, donde se podrían construir las centrales nucleares...

—¿Entonces, por qué?... ¿Quién lo decidió?

—El ministro de Recursos Energéticos y el Gosplan de la URSS... De la distribución de las centrales por el territorio del país se encarga Elektrosetproekt, teniendo en cuenta las necesidades energéticas de distintas zonas...

—Pero si se han montado miles de kilómetros de cables de transmisión eléctrica para traer la corriente desde Siberia a la parte europea del país, ¿acaso no se puede?...

—Sí, tiene toda la razón.

—Entonces, ¿no hace falta construirla en Crimea? —Efectivamente.

—Y no deberíamos de hacerlo... —dijo Pigarev, sonriendo con tristeza—. Pero la construiremos... —se corrigió ya en tono decidido el secretario del Comité regional.

—Sí, lo haremos.

—De eso es de lo que hablaremos hoy en la reunión del buró. Los obreros y la dirección son muy lentos, nos están sabotando el plan. No podemos seguir tolerándolo...

Pigarev me miró como interrogando:

—Describame, por favor, la situación real en la construcción para que mi

discurso en la reunión sea más convincente.

Yo expliqué la situación. El secretario fue convincente en la reunión.

En la noche del 25 al 26 de abril de 1986, todos los futuros responsables de la catástrofe nuclear de Chernóbil dormían plácidamente. Dormían los ministros Mayorets y Slavski, el presidente de la Academia de Ciencias de la URSS, A. P. Alexándrov, y el presidente de la Comisión de la Energía Atómica, E. V. Kulov, e incluso el director de la CN de Chernóbil, V. P. Briujánov, lo mismo que el ingeniero jefe de la central, N. M. Fomín. Dormía Moscú y la mitad nocturna de la Tierra. Mientras tanto, en la sala de mandos de la planta n.º 4 de la central de Chernóbil se desarrollaban acontecimientos que bien merecen llamarse históricos.

Recordaré que Alexandr Akímov entró a trabajar a las doce en punto de la noche, es decir, una hora veinticinco minutos antes de la explosión. Dos murieron en el acto. Otros muchos murieron el día siguiente.

De manera que a la una de la madrugada del 26 de abril de 1986, la potencia del reactor de la planta n.º 4, gracias a la fuerte presión del ingeniero jefe adjunto, A. S. Diátlov, fue estabilizada en 200 megavatios térmicos. Proseguía la contaminación del reactor por los productos de desintegración nuclear. Ya era imposible aumentar más la potencia, la reserva operativa de reactividad estaba muy por debajo de lo permitido. Como dije antes, estaba en 18 barras, según el IJDR Leonid Toptunov. Ésos eran los datos proporcionados por el ordenador «Skalá» siete minutos antes de que se apretara el botón de protección de emergencia.

Se debe subrayar que el reactor estaba fuera de control y presentaba peligro de explosión. Lo cual significaba que, si el botón de PE se apretara en cualquier instante anterior al ya conocido por nosotros momento histórico «X», ello conllevaría la fatal aceleración incontrolada. Ya no quedaba nada con qué influir sobre la reactividad.

Para la explosión faltaban aún diecisiete minutos cuarenta segundos. Es mucho tiempo. Casi una eternidad. Una eternidad histórica. Porque el pensamiento tiene la velocidad de la luz. ¡Hay tanto tiempo para pensar durante esos diecisiete minutos cuarenta segundos! Uno podría recordar toda su vida, toda la Historia de la Humanidad. Pero, desgraciadamente, tan sólo se trataba del tiempo que faltaba para la explosión...

A la una y tres minutos de la madrugada y a la una y siete minutos, además de las seis principales bombas de circulación que estaban funcionando, fue conectada una bomba más por cada lado. Con eso se pretendía que, una vez terminado el experimento en el circuito de circulación, quedasen cuatro bombas para asegurar la refrigeración del núcleo.

Aquí hace falta aclarar al lector que la resistencia hidráulica del núcleo y del contorno de circulación obligatoria depende directamente de la potencia del reactor. Y como la potencia del reactor era baja (tan sólo de 200 megavatios térmicos), la resistencia hidráulica del núcleo también era baja. Mientras tanto, seguían funcionando todas las ocho bombas de circulación principales, el volumen de agua que pasaba por el reactor aumentó hasta alcanzar los 60.000 m³ por hora, cuando la norma es de 45.000 m³, lo que representaba una grave infracción del reglamento. Con semejante régimen de trabajo, las bombas podían dejar de suministrar el agua, previsiblemente habría vibraciones de las tuberías de agua del contorno como consecuencia de la cavitación (cuando el agua hierve produciendo fuertes golpes).

El brusco aumento de la circulación del agua por el reactor provocó la disminución de vapor, la caída de la presión de vapor en los tambores-separadores, a donde llega la mezcla de agua y vapor del reactor, y cambió negativamente otros parámetros.

El ingeniero jefe de la dirección de reactor, Leonid Toptunov, el jefe de turno del bloque, Alexandr Akímov, y el ingeniero jefe de la dirección de la planta, Borís Stoliarchuk, intentaron mantener manualmente los parámetros del reactor: la presión de vapor y el nivel de agua en los tambores-separadores, pero no lo lograron del todo. En aquel momento, en los tambores-separadores se observaban caídas de presión de vapor equivalentes a 5-6 atmósferas y caídas del nivel de agua por debajo de los límites indicadores de avería. A. Akímov, con el consentimiento de A. S. Diátlov, mandó bloquear las señales de protección de emergencia que se accionaban en función de esos parámetros.

La pregunta es: ¿se podría haber evitado la catástrofe en esa situación? Y la respuesta es sí. Tan sólo hacía falta abandonar el experimento, conectar al reactor el sistema de refrigeración de emergencia (SRER), poner en marcha los generadores diésel de emergencia, creando de esa forma reservas de electricidad por si la corriente se iba del todo. Manual y paulatinamente iniciar entonces el descenso de la potencia del reactor, hasta su total detención, sin desconectar en ningún caso la protección de emergencia, porque eso equivaldría a la explosión...

Sin embargo, esa posibilidad no fue aprovechada. La reactividad del reactor continuaba descendiendo lentamente...

A la una veintidós minutos y treinta segundos (un minuto y medio antes de la explosión), el IJDR Leonid Toptunov, gracias a la lectura del programa de valoración rápida de la reserva de reactividad, se dio cuenta de que su nivel exigía la detención inmediata del reactor. Es decir, que la reserva estaba compuesta por 18 barras en lugar de las 28. Estuvo dudando durante un rato. Y es que ya hubo casos en que el aparato de cálculo mentía. A pesar de ello,

Toptunov explicó la situación a Akímov y Diátlov.

Todavía quedaba tiempo para abandonar el experimento y con cuidado, manualmente, bajar la potencia del reactor, mientras el núcleo estaba entero. Pero la ocasión no fue aprovechada y las pruebas comenzaron. Se debe subrayar, además, que, aparte de Toptunov y Akímov, que tuvieron dudas al ver los datos del ordenador, el resto de los operadores se mantenían tranquilos y seguros de que estaban obrando bien. También estaba seguro Diátlov. Se dedicó a pasear por la sala de mandos y a meterles prisa a los chicos:

—Unos dos o tres minutos más y habremos terminado. ¡Más alegría, muchachos!

A la una y veintitrés minutos cuatro segundos, el ingeniero jefe de la dirección de la turbina, Igor Kershenbaum, cumpliendo la orden de G. P. Metlenko, gritó: «¡El oscilógrafo conectado!». Cerró las válvulas de retención-circulación de la octava turbina, y comenzó el funcionamiento por inercia del rotor del alternador. Al mismo tiempo, fue apretado el botón «MAP» (máxima avería prevista). De ese modo, los dos turboalternadores —el séptimo y el octavo— fueron desconectados. La eventual protección de emergencia del reactor, a partir de la desconexión de las dos turbinas, fue bloqueada también para permitir la repetición de las pruebas, en el caso de que hubiera fallado a la primera. Con ello fue incumplido de nuevo el programa de las pruebas, en las que no estaba previsto el bloqueo de la protección de emergencia del reactor dependiente de la desconexión de ambos turboalternadores. Lo más paradójico es que, si los operadores hubieran actuado correctamente y no se hubiera llevado a cabo el bloqueo, entonces, tras la desconexión de la segunda turbina, se hubiera puesto en marcha la protección de emergencia y la explosión se hubiera producido medio minuto antes...

Al mismo tiempo, o sea, a la una y veintitrés minutos cuatro segundos, había comenzado la excesiva evaporación de las bombas de circulación principales y había disminuido el volumen de agua que atravesaba el núcleo. En los canales tecnológicos del reactor comenzó a hervir el refrigerante. El proceso se desarrollaba al principio con lentitud y, algún tiempo después del inicio de las pruebas, la potencia comenzó a aumentar despacio. Quién sabe, es posible que la potencia hubiera seguido creciendo suavemente, quién sabe...

El ingeniero jefe de la dirección del reactor, Leonid Toptunov, fue el primero en notar el aumento de la potencia y en dar la voz de alarma.

—Hay que abandonar la protección de emergencia, Alexandr Fiódorovich, estamos acelerando —le dijo a Akímov.

Akímov echó un rápido vistazo a la información proporcionada por el

ordenador. El proceso se desarrollaba lentamente. Sí, lentamente... Akímov dudaba. Ciertamente, existía otro dato: las 18 barras, en lugar de las 28, pero... El jefe de turno se sentía contrariado. Porque él no había querido hacer subir la presión después de la caída hasta los 30 megavatios. No había querido... Se había resistido hasta donde pudo. Eso sí, no consiguió oponerse a Diátlov.

Le faltó carácter. Tuvo que someterse. Y cuando lo hizo llegó la certeza. Subió la potencia del reactor contradiciendo las reglas, y todo ese tiempo estuvo buscando excusas para apretar el botón de la protección de emergencia. Ahora parecía que el momento había llegado.

Tal vez sea lícito suponer que el bloqueo de la protección de emergencia fue conectado al botón de «MAP», porque al apretarlo, no se sabe por qué, las barras de PE no habían descendido hacia abajo.

Eso, seguramente, habría motivado a Akímov, quien a la una y veintitrés minutos cuarenta segundos apretó el botón de protección de emergencia, intentando así repetir la señal de avería...

Pero se trata tan sólo de una suposición. De momento no han aparecido las confirmaciones documentadas o los testimonios que pudieran confirmarla...

—¡Conecto la protección de emergencia! —gritó Akímov, y alargó la mano hacia el botón rojo.

A la una y veintitrés minutos cuarenta segundos, el jefe de turno del bloque, Alexandr Akímov, apretó el botón de la protección de emergencia de quinto orden, provocando así la entrada en el núcleo de todas las barras reguladoras que se encontraban arriba, lo mismo que de las barras de la propia protección de emergencia. Pero, en primer lugar, en el núcleo entraron los fatales extremos de las barras que provocan el crecimiento de reactividad de media beta. Y esos extremos, además, entraron en el núcleo en el mismo momento en el que allí comenzaba a formarse vapor en gran cantidad, lo que también provoca un gran aumento de reactividad. El mismo efecto hizo que la temperatura del núcleo subiera. Coincidió justamente los tres factores más adversos para el núcleo.

Esos malditos media beta fueron la última gota que colmó la paciencia del reactor.

Akímov y Toptunov tenían que haber mostrado más calma, no apretar el botón. En aquel momento hubiera hecho falta el sistema de refrigeración de emergencia del reactor (SREER), que fue desconectado, cerrado con cadena y precintado. Akímov y Toptunov tenían que haberse ocupado urgentemente entonces de las bombas de circulación, suministrar el agua fría a la línea de absorción, aminorar la cavitación, parar la evaporación, proporcionando de ese

modo el agua al reactor y disminuyendo la formación de vapor y, por tanto, la liberación de la reactividad sobrante. Tenían que haber encendido los generadores diésel y el transformador, para dar corriente a los electromotores de los consumidores. Desgraciadamente, esa orden nunca fue ejecutada antes de apretar el botón de emergencia.

El botón fue apretado y comenzó la aceleración del reactor con los neutrones inmediatos...

Las barras fueron bajando, pero se detuvieron casi enseguida. Inmediatamente se oyeron golpes provenientes de la sala central. Leonid Toptunov, confundido, se quedó parado en su sitio. El jefe de turno, Alexandr Akímov, al ver que las barras absorbentes sólo habían bajado 2-2,5 metros en lugar de 7, dio un salto hasta el panel del operador para quitar la corriente a los acoplamientos de las transmisiones, con el fin de que las barras cayeran dentro del núcleo por su propio peso. Pero eso no ocurrió. Por lo visto, los canales del reactor se habían deformado y las barras se quedaron atascadas...

Luego el reactor quedaría destruido. Gran parte del combustible, del grafito y de otras estructuras internas del reactor fueron expulsadas hacia fuera por la explosión. Pero en los indicadores de la situación de las barras absorbentes del panel de mandos de la planta n.º 4, igual que en el célebre reloj de Hiroshima, las agujas quedarán para siempre paradas en la posición intermedia, indicando la profundidad de inmersión de 2-2,5 metros, en lugar de los 7 reglamentarios, y así serán enterradas bajo la capa protectora...

Es la una y veintitrés minutos y cuarenta segundos de la madrugada...

En el momento de apretar el botón de protección de emergencia de quinto orden, se encendió con un brillo siniestro la fuerte iluminación de fondo de las escalas de indicadores. Incluso a los operadores más experimentados y fríos, les da un vuelco el corazón en un instante así. En las profundidades del núcleo ya había comenzado la destrucción del reactor, pero todavía no era la explosión. Hasta el momento «X» faltaban veinte segundos...

Recordaré que en la sala de mandos de la planta n.º 4 se encontraban entonces: el jefe de turno, Alexandr Akímov; el ingeniero jefe de la dirección del reactor, Leonid Toptunov; el ingeniero jefe adjunto de explotación, Anatoli Diátlov; el ingeniero jefe de la dirección de la turbina, Igor Kershenbaum; el subjefe de la sección de turbinas de la planta n.º 4, Razim Davletbáev; el jefe del laboratorio de la empresa de obras de Chernóbil, Piotr Palamarchuk; el jefe del turno anterior, Yuri Tregub; el ingeniero jefe de la sección de la turbina del turno anterior, Serguei Gazin; los aprendices del IJDR de otros turnos Víctor Proskuriakov y Alexandr Kudriávsev, y también el representante de Dontejenergo, Guennadi Petróvich Metlenko, con sus ayudantes, que se encontraban en las salas no operativas situadas al lado.

Metlenko y su grupo estaban encargados de anular las características eléctricas del alternador durante el funcionamiento por inercia del rotor. El propio Metlenko, desde la sala de mandos, tenía que vigilar el ritmo de disminución de las revoluciones del rotor con un tacómetro. Le tocó un destino extraño a ese hombre que permaneció en la sombra. Sin saber nada de reactores nucleares, Metlenko se convirtió, de hecho, en el director del experimento eléctrico que llevó a la peor catástrofe nuclear de la Historia. Ni siquiera conocía personalmente a las personas con las que tenía que trabajar aquella noche fatídica. Más tarde, G. P. Metlenko contó: «No conocía a los operadores. Los vi por primera vez en la noche del experimento. Estuve esperándolo veinticuatro horas. Pudo haberse llevado a cabo también durante el turno anterior. Tenía que apuntar los datos... Cuando comenzaron las explosiones no entendía nada. Recuerdo que los operadores estaban perplejos. ¿Por qué había sucedido aquello?».

¿Qué sintieron Akímov y Toptunov, los operadores del proceso tecnológico nuclear, cuando a medio camino se atascaron las barras absorbentes y se escucharon los primeros golpes amenazadores provenientes de la sala central? Es difícil saberlo, pues ambos operadores murieron con grandes sufrimientos afectados por la radiación y sin dejar ningún testimonio al respecto.

Pero podemos imaginarnos lo que sentían. Conozco lo que experimenta un operador en el primer momento de una avería. Muchas veces me encontré en su misma piel cuando trabajaba en la explotación de centrales nucleares.

En el primer instante, se te entumece el cuerpo, un alud en el pecho que lo arrastra todo, sientes cómo te invade una fría ola de miedo, en primer lugar, porque te pilla de sorpresa, y al principio no sabes qué hacer, mientras las agujas de los registros automáticos se mueven para todos los lados, y tus ojos las siguen, cuando aún no se conoce la causa y el desarrollo posterior de la avería, cuando al mismo tiempo (y también de una manera involuntaria), en tu interior, en algún tercer plano, surge el temor por la responsabilidad que exigirán y por las consecuencias de lo ocurrido. Pero ya enseguida uno siente la cabeza completamente despejada y una extrema frialdad. Y, en consecuencia, las rápidas y precisas acciones para localizar la avería...

Toptunov, Diátlov, Akímov, Stoliarchuk no saben qué hacer. Kershenbaum, Metlenko, Davletbáev no entienden nada de física nuclear, pero la preocupación de los operadores se les transmite también a ellos.

Las barras absorbentes se detuvieron a medio camino, no bajan ni siquiera cuando el jefe de turno de la planta, Akímov, quita la corriente a los acoplamientos de los transmisores. En la sala central se oyen fuertes golpes, el suelo retumba. Pero todavía no es la explosión...

Es la una y veintitrés minutos y cuarenta segundos... En esos veinte segundos que faltan para la explosión, abandonemos la sala de mandos de la planta n.º 4 de la CN de Chernóbil...

Justamente en ese momento, en la sala central de la planta n.º 4, que estaba al nivel +50 (nivel situado en el nudo de almacenamiento del combustible fresco), entró para su revisión el jefe de la sección del reactor del turno de Akímov, Valeri Ivánovich Pervózchenko. Observó la máquina de carga sobrante, enmudecida en la pared de enfrente, miró a la puerta, detrás de la cual, en un pequeño local, se encontraban los operadores de la sala central, Kurguz y Guénrij. Miró al suelo de la sala central, observó los depósitos de almacenamiento de combustible, llenos hasta los topes del combustible gastado, miró el «palmo» del reactor...

«Palmo» del reactor llamaban al círculo de quince metros de diámetro compuesto por dos mil cubitos. Esos cubitos, en su conjunto, componen la protección biológica superior del reactor. Cada uno de esos cubitos, de trescientos cincuenta kilogramos de peso, se coloca como un gorro sobre la cabeza del canal tecnológico en el que se encuentra la caseta de combustible. Alrededor del «palmo» del reactor, se extiende el suelo inoxidable, formado por la capa de protección biológica que cubre los compartimentos de tuberías de agua y vapor que van del reactor a los tambores separadores.

De repente, Pervózchenko se estremeció. Comenzaron fuertes y frecuentes golpes, y los cubitos de trescientos cincuenta kilos, que también se denominan el «ensamblaje once», se pusieron a saltar y a bajar sobre las cabezas de los canales, como si mil setecientas personas tiraran hacia arriba sus gorros. Toda la superficie del «palmo» del reactor cobró vida, empezó a moverse en una danza salvaje. Se estremecían y se ondulaban los módulos de protección biológica alrededor del reactor. Eso significaba que debajo ya se producían los estampidos de la mezcla detonante...

Arañándose los brazos y chocando contra las esquinas de la barandilla, Pervózchenko se lanzó por la empinada, casi vertical, escalera de caracol, hacia abajo, hacia el nivel +10, al pasillo de comunicación que une los compartimentos de bombas de circulación principales. De hecho, casi se dejó caer, apenas frenando por el camino, por el hueco de cuarenta metros de profundidad.

Con el corazón dándole saltos, sintiendo pánico, al comprender que algo horrible, algo irreparable estaba sucediendo, corrió a la izquierda, hacia la salida de la instalación desgaseadora, donde, a la vuelta de la esquina salvadora, a veinte metros de la puerta, comenzaba un pasillo de cien metros de largo, a mitad del cual se encontraba la entrada a la sala de mandos. Tenía prisa por llegar a informar a Akímov sobre lo que estaba ocurriendo en la sala

central...

Cuando Perevózchenko llegó al pasillo de comunicación, en el extremo más alejado del compartimento de las principales bombas de circulación, se encontraba el maquinista Valeri Jodemchuk. Vigilaba el comportamiento de las bombas de circulación que funcionaban en el régimen de revoluciones por inercia del rotor del generador. Las bombas vibraban demasiado fuerte y Jodemchuk estaba pensando en comunicárselo a Akímov, pero justo en aquel momento se produjo la explosión...

En el nivel +24, en la sala 604, situada bajo el nudo de alimentación del reactor, se encontraba de guardia el ajustador de la empresa de trabajos de Chernóbil, Vladímir Shashenok. Se dedicaba a anotar las indicaciones de los aparatos de control que funcionaban en el régimen de energía por inercia, manteniendo comunicación telefónica con la sala de mandos y con el complejo de cálculo «Skalá».

¿Qué estaba ocurriendo mientras tanto dentro del reactor? Para entenderlo hay que retroceder un poco en el tiempo y estudiar todas las actuaciones de los operadores.

A la una y veintitrés minutos era cuando los parámetros del reactor estaban más próximos a las normas de estabilidad. Un minuto antes, el ingeniero jefe de la dirección de la planta, Borís Stoliarchuk, bajó bruscamente el volumen de agua que pasaba por los tambores-separadores, lo cual, lógicamente, aumentó la temperatura del agua que entraba en el reactor.

Después de que fuera cerrada la válvula reguladora y desconectado el turboalternador n.º 8, dio comienzo el funcionamiento por inercia del rotor. Debido a la disminución del consumo de vapor en los tambores-separadores, su presión fue aumentando lentamente, con una velocidad de 0,5 atmósferas por segundo. El volumen de agua que circulaba por el reactor fue disminuyendo, porque las ocho bombas de circulación principales trabajaban con la energía por inercia del turboalternador. Sus vibraciones fueron observadas por Valeri Jodemchuk (no había energía suficiente, la potencia de las bombas caía proporcionalmente a la disminución de las revoluciones del alternador, consecuentemente bajaba el suministro de agua al reactor).

El aumento de la presión de vapor, por un lado, y la disminución de la circulación de agua por el reactor, lo mismo que por los tambores-separadores, por otro, fueron los factores que decidieron la cantidad de vapor presente en el núcleo y, por tanto, la potencia del reactor.

Como ya indiqué anteriormente, el coeficiente de reactividad por vapor (de 2 a 4 β) es el parámetro más sensible en los reactores de uranio-grafito. La efectividad de la protección de emergencia quedó bastante limitada. La

reactividad globalmente positiva en el núcleo fue creciendo cada vez más, después de la brusca disminución del nivel de agua refrigeradora.

Es decir, que el aumento de la temperatura provocaba, por un lado, el crecimiento de la presencia de vapor, y por otro, el rápido aumento de los efectos provocados por el vapor y la alta temperatura. Esto fue, finalmente, lo que provocó el accionamiento del botón de protección de emergencia. Pero, como dije antes, al apretar el botón de PE, la reactividad subió otras 0,5 β más. Tres segundos después de apretar el botón de PE, la potencia del reactor superó los 530 megavatios, y el período de aceleración supuso mucho menos de veinte segundos...

Con el aumento de la potencia del reactor subió bruscamente la resistencia hidráulica del núcleo, la circulación de agua disminuyó todavía más, el vapor se fue formando intensivamente, la generación de calor atravesaba su fase crítica, se destruían las casetas de combustible nuclear, el refrigerador empezó a hervir, recibiendo, además, partículas de combustible destruido. A continuación subió súbitamente la presión en los canales tecnológicos, que se fueron desintegrando.

Mientras la presión en el reactor estaba subiendo con fuerza, se cerraron las válvulas inversas de las principales bombas de circulación y se cortó del todo el suministro del agua al núcleo. La formación de vapor fue en aumento. La presión subía con la velocidad de 15 atmósferas por segundo.

Esa destrucción masiva de los canales tecnológicos fue la que observó el jefe de turno de la sección del reactor, Pervózchenko, a la una y veintitrés minutos cuarenta segundos...

Luego, los últimos veinte segundos antes de la explosión, mientras Pervózchenko descendía a toda prisa los cincuenta metros que le separaban del nivel +10, en el núcleo se producía una violenta reacción del vapor de circonio, que, junto con otras reacciones químicas y exoenergéticas, provocó el desprendimiento de hidrógeno y de oxígeno, es decir, de la mezcla explosiva.

En ese momento se produjo un potente escape de vapor. Funcionaron las principales válvulas de seguridad del reactor, pero las válvulas no podían aguantar tanta presión y fueron destruidas.

Al mismo tiempo, la enorme presión arrancó las tuberías de agua inferiores y las de vapor superiores. Por arriba se abrió la comunicación directa del reactor con la sala central y con el compartimento de los tambores-separadores, y por debajo, con el compartimento hermético de hormigón armado que fue diseñado por los proyectistas para localizar la máxima avería nuclear prevista. Pero nadie pudo prever la avería que se produjo en realidad y,

por tanto, en ese caso el compartimento hermético sólo sirvió de enorme almacén para el gas explosivo.

A la una y veintitrés minutos cincuenta y ocho segundos, la concentración de hidrógeno en distintos lugares de la planta alcanzó el punto crítico y, según unos testigos, se oyeron dos, y, según otros, tres o más explosiones seguidas. En realidad, el reactor y el edificio de la planta n.º 4 fueron destruidos por una serie de potentes explosiones de la mezcla explosiva.

Las explosiones se produjeron justo cuando el maquinista Valeri Jodemchuk se encontraba en el extremo más alejado de la sala de bombas de circulación, y cuando el jefe de turno de la sección del reactor, Perevózchenko, iba corriendo por la instalación desgaseadora hacia la sala de mandos...

Por encima de la planta se elevaron fragmentos incandescentes, chispas, fuego. Eran trozos del combustible nuclear y de grafito, algunos de los cuales cayeron sobre el techo de la sala de máquinas incendiándolo, ya que el tejado estaba cubierto de betún.

Para imaginarse la cantidad de sustancias radiactivas proyectadas hacia la atmósfera y sobre el territorio de la central, debemos analizar las características del campo de neutrones un minuto veintiocho segundos antes de la explosión.

A la una y veintidós minutos treinta segundos, el ordenador «Skalá» proporcionó los datos sobre los campos reales de la liberación de energía, y de la posición de todas las barras absorbentes. (Aquí se debe indicar que el ordenador tarda en calcular esos datos entre siete y diez minutos, por lo que éstos se referían a la situación del aparato aproximadamente diez minutos antes de la explosión). El cuadro general del campo de neutrones en el momento del cálculo era el siguiente: en la dirección radial-acimutal, es decir, siguiendo el diámetro del núcleo, se trataba de un campo convexo, y en cuanto a su altura, presentaba dos prominencias con mayor liberación energética en la parte superior del núcleo.

De manera que, si los datos proporcionados por la máquina eran ciertos, en el tercio superior del núcleo se formó una especie de bola aplastada de alta liberación de energía, con un diámetro de unos siete metros y una altura de unos tres metros. Precisamente en esa parte del núcleo (de unas cincuenta toneladas de peso) se desarrollaba en primer lugar la aceleración de neutrones inmediatos. Justamente ahí se inició la crisis de la devolución de calor, ahí se fue destruyendo, fundiéndose el combustible nuclear que luego se evaporó. Precisamente esa parte del núcleo fue lanzada por la explosión a la atmósfera a una gran altura, para luego ser llevada por el viento en dirección noroccidental, pasando por Bielorrusia, las repúblicas bálticas y luego saliendo del territorio soviético.

El que la nube radiactiva se moviera a una altura entre uno y once kilómetros, queda confirmado indirectamente por el testimonio del técnico de servicio del aeropuerto moscovita Sheremétievo Antónov, quien contó que los aviones que llegaban al aeropuerto (se sabe que los modernos aviones reactivos pueden alcanzar una altura máxima de trece kilómetros) estaban contaminados durante la semana que siguió a la explosión de Chernóbil...

De modo que cerca de cincuenta toneladas de combustible se evaporaron y fueron proyectadas a la atmósfera por la explosión en forma de pequeñas partículas de bióxido de uranio, de radionúclidos muy activos de Yodo-131, Plutonio-239, Neptunio-139, Cesio-137, Estroncio-90 y muchos otros isótopos radiactivos de distintos ciclos en semidesintegración. Otras setenta toneladas de combustible de las zonas periféricas del núcleo fueron a parar al almacén de construcción, al techo de la instalación desgaseadora y a la sala de máquinas de la planta n.º 4, y también a los alrededores de la central.

Una parte del combustible cayó sobre las instalaciones, los transformadores de las estaciones de apoyo, transmisores de las barras colectoras, el tejado de la sala central de la planta n.º 3 y a la tubería de ventilación de la CN. Subrayemos que la actividad del combustible expulsado llegaba a 15-20 mil roentgens por hora, y alrededor del bloque averiado se formó un potente campo radiactivo, de hecho, equivalente a la radiactividad del combustible expulsado (la actividad de la explosión nuclear). Más lejos del epicentro, la radiactividad bajaba proporcionalmente al cuadrado de la distancia.

También hace falta subrayar que la parte del combustible que se evaporó formó en la atmósfera una importante reserva de aerosoles altamente radiactivos, sobre todo muy densos y de gran intensidad de radiación, en la zona de la planta averiada y, en general, en toda la central.

Esa bolsa se llenaba rápidamente, creciendo en dirección radial, y movida por el viento cambiante, tomaba la forma de una enorme y siniestra flor radiactiva.

Unas cincuenta toneladas del combustible y cerca de ochocientas toneladas de grafito (en total, la carga de grafito se compone de 1.700 toneladas), quedaron en el pozo del reactor, formando un embudo que recordaba el cráter de un volcán. (El grafito que quedó dentro del reactor se consumió completamente en los días posteriores). Una parte del polvo nuclear cayó por los agujeros que se formaron, llenando el espacio vacío debajo del reactor. Fue a parar al suelo, ya que las tuberías de agua inferiores fueron arrancadas por la explosión...

Describo todos esos detalles para reflejar la contaminación de la planta y del terreno circundante y para que el lector pueda imaginarse en qué terribles

condiciones tenían que trabajar los bomberos y la gente del personal, quienes todavía no sabían lo que había ocurrido realmente.

Para apreciar mejor las proporciones del escape radiactivo, recordemos que la bomba atómica, arrojada sobre Hiroshima, pesaba cuatro toneladas y media, es decir, que el peso de las sustancias radiactivas formadas por la explosión equivalía a cuatro toneladas y media.

Sin embargo, el reactor de la planta n.º 4 de la CN de Chernóbil lanzó a la atmósfera cincuenta toneladas de combustible nuclear evaporado, creando una colosal balsa atmosférica de radionúclidos de vida larga (lo que equivale a diez bombas como las de Hiroshima, pero sin los factores impactantes primarios, más las setenta toneladas de combustible y cerca de setecientas toneladas de grafito radiactivo que quedaron en la zona de la planta averiada).

Resumiendo, podemos decir que la radiactividad en el área de la planta averiada alcanzaba de 1.000 a 20.000 roentgens por hora. Aunque también es cierto que había algunos lugares más alejados o protegidos, donde la radiactividad era menor.

¿Cómo deberían de ser juzgadas entonces las declaraciones del vicepresidente del Consejo de Ministros de la URSS, B. E. Scherbina; del presidente del Comité Estatal de Meteorología, Yu. A. Israel, y de su vicepresidente, Yu. S. Sedunov, hechas en la conferencia de prensa celebrada el 6 de mayo de 1986 en Moscú y, según las cuales, la radiactividad en la zona de la planta averiada de la CN de Chernóbil, era tan sólo de 15 miliroentgens/h, es decir, de 0,015 roentgens? Creo que semejante, por decirlo suavemente, inexactitud es imperdonable.

Baste con decir que solamente en la ciudad de Prípyat, la radiactividad en las calles osciló todo el día 26 y los días siguientes entre 0,5 y 1 roentgens/h. De haberse informado a la población a tiempo y de haber tomado las medidas oportunas, decenas de miles de personas no habrían recibido sobredosis de radiación, pero...

Más adelante me detendré en el tema de la contaminación del terreno y de la radiación que afectó a la población desde Prípyat hasta Kíev y Chernígov, porque sin ese análisis será difícil imaginarse el grado de heroísmo del personal que trabajó en la liquidación de las consecuencias de la catástrofe y también el grado de responsabilidad de aquellos que, por su incompetencia, no supieron dirigir las obras como era debido, provocando, de hecho, una tragedia...

Pero volvamos atrás.

Sería interesante conocer la periodicidad, la cantidad y los lugares de la explosión de la mezcla explosiva que destruyeron el reactor nuclear y el

edificio de la planta n.º 4. Tras la destrucción de los canales tecnológicos y el desprendimiento de las tuberías de agua y vapor, el vapor liberado, impregnado ya de combustible evaporado, junto con los productos de radiólisis y de la reacción de vapor con circonio (hidrógeno y oxígeno), llegó hasta la sala central, al compartimento de los tambores-separadores por la derecha y por la izquierda, a las secciones del compartimento hermético.

Al romperse las tuberías de agua inferiores, por las que llegaba el agua de refrigeración al núcleo, el reactor se quedó completamente sin agua. Desgraciadamente, como veremos más tarde, los operadores no se dieron cuenta de ello, o no quisieron darse cuenta, lo cual provocó toda una cadena de errores, de sobredosis radiactivas y de muertes que podían haber sido evitadas...

Así que volvamos a las explosiones... Como ya indiqué antes, comenzaron primero en los canales tecnológicos del reactor, que iban siendo destruidas por la enorme subida de la presión. Las tuberías de comunicación del reactor corrieron la misma suerte. Recordemos que la presión iba aumentando con una velocidad casi explosiva: de 15 atmósferas por segundo, para llegar rápidamente a las 250-300 atmósferas. Sin embargo, las estructuras funcionales de los canales tecnológicos y de las tuberías fueron diseñados para aguantar un máximo de 150 atmósferas (la presión óptima para los canales del reactor es de 83 atmósferas).

Al romper los canales y penetrar en el interior del reactor, calculado para soportar no más de 0,8 atmósferas, el vapor lo infló, produciendo una explosión que destruyó sus estructuras metálicas. La tubería de escape de vapor, situada dentro del espacio del reactor, está calculada para uno o dos canales tecnológicos, y fueron destruidos todos...

Quiero reproducir un fragmento de los apuntes hechos en el hospital de Moscú por uno de los bomberos: «Cuando se produjo la explosión me encontraba cerca del puesto de control, haciendo la guardia. De repente se escuchó un fuerte escape de vapor. No le prestamos mayor atención, porque los escapes de vapor se producían bastante a menudo (se refiere a la acción de las válvulas de seguridad durante el proceso de funcionamiento normal de la CN. G. M.). Me disponía a retirarme para descansar y entonces se oyó la explosión. Corrí hacia la ventana, tras la primera explosión, enseguida se produjeron otras más...».

¿Cuántas explosiones hubo? Según los testimonios de los bomberos, como mínimo, tres. O más.

¿Dónde se produjeron? El ruido era producido por el fuerte escape de vapor y, si las válvulas de seguridad funcionaron, enseguida resultaron destruidas. A continuación fueron arrancadas las tuberías de vapor y de agua.

Posiblemente, lo mismo sucedió con las tuberías del contorno de circulación en el compartimento hermético. Por tanto, el oxígeno mezclado con el vapor llegaron primero a los locales de las comunicaciones del agua y el vapor, produciendo, los primeros, todavía débiles, golpes de la mezcla explosiva, que fueron observados por el jefe de turno de la sección del reactor, V. Pervózchenko, a la una veintitrés minutos y cuarenta segundos.

El hidrógeno y el vapor llegaron también por ambos lados a las salas de los tambores-separadores, a la sala central, al compartimento hermético...

La presencia de un 4,2 por 100 de hidrógeno en la sala era suficiente para provocar la reacción explosiva de hidrólisis que, simplemente, produce agua.

De manera que las explosiones sonaron a la izquierda y a la derecha, en los pasadizos de las tuberías del compartimento hermético, a la derecha y a la izquierda de las salas de tambores-separadores, y en el pasillo de distribución de vapor, debajo del propio reactor. Como resultado de esas explosiones, las salas de tambores-separadores quedaron destruidas y los tambores-separadores, de ciento treinta toneladas cada uno, se movieron de su base fija y fueron arrancados de las tuberías. Las explosiones en los pasadizos de las tuberías descendentes destruyeron por la derecha y por la izquierda las salas de las bombas de circulación. En una de ellas quedó sepultado Valeri Jodemchuk.

A continuación, seguramente, siguió la gran explosión en la sala central. Esa explosión destruyó la cúpula de hormigón armado, la grúa de cincuenta toneladas y la máquina de sobrecarga de doscientas cincuenta toneladas, junto con el puente-grúa sobre el que estaba montada.

La explosión en la sala central sirvió de mecha al reactor que estaba abierto y lleno de hidrógeno. Posiblemente, ambas explosiones, la de la sala central y la del reactor, se produjeron a la vez. En cualquier caso, la más terrible y la última se produjo en el núcleo, que fue destruido por las roturas interiores de los canales tecnológicos, quedando en parte fundido y en parte convertido en estado gaseoso. Esa última explosión proyectó hacia fuera una enorme cantidad de radiactividad y de trozos candentes del combustible nuclear, que cayeron en parte sobre el techo de la sala de máquinas y de la instalación desgaseadora. Esa última explosión fue la que originó también el incendio del tejado.

He aquí la continuación de las notas dejadas por un bombero atendido en el hospital n.º 6 de Moscú: «Vi una bola negra de fuego que se elevaba sobre el techo de la sala de máquinas de la planta n.º 4...».

O esta otra anotación:

«En la sala central (en el nivel +35,6, porque la sala central ya no existía. G. M.), se observaba una especie de resplandor o de luminiscencia. Pero allí,

aparte del “palmo” del reactor, no había nada que pudiera arder. Todos decidimos que provenía del reactor...».

Ese cuadro fue observado por los bomberos ya desde el tejado de la instalación desgaseadora y desde el techo de la planta de química especial (nivel +71), a donde se subieron para apreciar mejor la situación desde arriba.

La explosión en el reactor levantó y rotó en el aire la placa superior de la defensa biológica, que pesaba quinientos toneladas. En esa posición abierta y algo inclinada, la placa volvió a caer sobre el aparato, dejando entreabierto el núcleo por los lados.

Uno de los bomberos se subió al nivel +35,6 que marcaba el nivel del suelo de la sala central y miró dentro del reactor. La boca del «volcán» proyectaba una radiación de cerca de 30.000 roentgens por hora, más una fuerte radiación de neutrones. Sin embargo, los jóvenes bomberos, aun sospechando el peligro que corrían, no se imaginaban bien la intensidad de la radiación que los amenazaba. El combustible y el grafito que ellos pisaron muchas veces mientras permanecieron en el tejado, también «irradiaba» cerca de 20.000 roentgens por hora...

Pero dejemos por el momento a los bomberos, que se portaron realmente como unos héroes. Ellos se dedicaron a apagar las llamas visibles y lo consiguieron. Pero estaban siendo quemados y muchos ya no se recuperarían nunca de esas llamas invisibles de las radiaciones de neutrones y de rayos gamma, que no pueden ser apagadas con agua...

Fueron pocos los que vieron de cerca las explosiones y el comienzo de la catástrofe. Sus testimonios son verdaderamente históricos.

En el momento de la explosión, en la Dirección de Hidroelectromontaje, situada a trescientos metros de la planta n.º 4, realizaba su guardia el vigilante Daniyl Teréntievich Miruzhenko, de cuarenta y seis años de edad. Al escuchar las primeras explosiones corrió hacia la ventana. En ese instante sonó la última y terrible explosión, se escuchó un ruido fortísimo, parecido al sonido que se produce cuando un caza reactivo supera la barrera del sonido, el interior se iluminó por una descarga de luz cegadora. Las paredes temblaron, las ventanas tintinearón y saltaron algunos cristales, el suelo se estremeció. Había explotado el reactor nuclear. Una columna de llamas, chispas y pedazos incandescentes se elevaron hacia el cielo nocturno. En el fuego de la explosión rodaban restos de estructuras de hormigón y metal.

—¿Qué ha pasado? —se preguntó el vigilante, confuso y asustado, escuchando cómo el corazón le saltaba en el pecho y sintiendo cómo su cuerpo se comprimía y se quedaba seco, como si hubiera adelgazado diez kilos en un minuto...

Una gran bola negra ardiendo se elevaba al cielo formando remolinos llevada por el viento.

Enseguida se inició el incendio en el tejado de la sala de máquinas y de la instalación desgaseadora. Se veía cómo desde el tejado caía el betún fundido.

—Está ardiendo... Por todos los santos..., está ardiendo —susurró el vigilante, que aún no se había recuperado del susto producido por la explosión y el temblor del suelo.

Los primeros equipos de los bomberos procedentes de la plataforma industrial se dirigieron hacia la planta. Iban en coches del cuerpo de bomberos VPCH-2, capitaneados por el teniente Vladímir Právik...

Miruzhenko corrió al teléfono y llamó a la dirección de las obras de la CN de Chernóbil, pero no le contestó nadie. Entonces, el vigilante llamó al director de Hidroelectromontaje, Yu. N. Vipirailo, pero tampoco estaba en casa. Seguramente se habría ido de pesca. Miruzhenko decidió esperar hasta la mañana sin abandonar su puesto de trabajo. Qué le ocurrió luego lo contaré más adelante... Al mismo tiempo, en el otro lado de la central nuclear, más cerca de la ciudad de Prípyat y de la vía de ferrocarril «Moscú-Jmelnitski», a cuatrocientos metros de la planta n.º 4, la operadora del mecanismo de mezcla de hormigón de la empresa constructora de la CN de Chernóbil, Irina Petrovna Tsechelskaia, que estaba en su turno de trabajo, también escuchó las explosiones, pero se quedó a trabajar hasta por la mañana. Y es que su mecanismo proporcionaba el hormigón para las estructuras de la planta n.º 5, en construcción, en el que en la noche del 25 al 26 de abril estaban trabajando unas doscientas sesenta personas y que estaba situado a mil doscientos metros del bloque. El fondo radiactivo allí era de uno o dos roentgens por hora, pero el aire ya estaba lleno de radionúclidos de larga y corta duración y de ceniza de grafito, cuya radiactividad es muy alta. Toda aquella gente la estaba respirando.

Cuando sonaron las explosiones, Tsechelskaia pensó involuntariamente:

«¿Será un avión que ha roto la barrera del sonido...? ¿Habrá explotado la caldera en la instalación de calderas de arranque-reserva...? ¿Será que ha explotado el hidrógeno de las tuberías condensadoras?...».

Se le ocurrían las causas que ya conocía por experiencias anteriores... Sin embargo, la instalación de calderas permanecía tranquilamente en su lugar, allí se llevaban a cabo las reparaciones de la maquinaria, según lo previsto para esas fechas (en la calle hacía calor)...

No se oía ruido de ningún avión, como suele ocurrir normalmente después del salto de la barrera del sonido. A cien metros, más cerca de la ciudad de Prípyat, pasó con estrépito un pesado tren de mercancías, y volvió a reinar el

silencio.

A continuación se oyó el chisporroteo de las llamas sobre el tejado de la sala de máquinas de la planta n.º 4. Estaban ardiendo la cerámica y el betún del techo, incendiados por la mecha nuclear.

«Ya lo apagarán», pensó segura Tsechelskaia, y siguió trabajando...

El fondo radiactivo externo, en la zona de la base de Hidroelectromontaje, alcanzaba ya 30 roentgens/h.

De las penalidades de Irina Petrovna Tsechelskaia y de su carta al ministro de Energía, Mayorets, escrita en Lvov, el 10 de julio de 1986, hablaré más tarde...

¿Pero quién más pudo haber presenciado la explosión del reactor de la planta n.º 4 en aquella fatídica noche del 26 de abril de 1986? Sí, había más gente que la vio. Se trataba de los testigos que pescaban, tanto de día como de noche, durante las horas libres, en el sitio donde el canal de desagüe desembocaba en el estanque refrigerador. Después de pasar por las turbinas y el sistema de refrigeración, el agua normalmente se calentaba y allí los peces, por regla general, solían morder el anzuelo. Además, era la primavera, la época de desove, por lo que la pesca iba muy bien.

Cerca de dos kilómetros separaban ese sitio de la planta n.º 4. El fondo radiactivo alcanzaba allí medio roentgen/h.

La mayoría de los pescadores, después de observar las explosiones y el incendio, se quedaron a pescar hasta la mañana siguiente. Otros, al sentir un extraño desasosiego, la repentina sequedad en la garganta y quemazón en los ojos, prefirieron volver a Prípyat. Los ruidos de las válvulas de seguridad, parecidos a cañonazos, acostumbraron a la gente a no prestar demasiada atención a semejantes sonidos. En cuanto al incendio... Ya lo apagarían. ¡Vaya sorpresa! También hubo incendios en las CN de Armenia y de Beloyarsk...

En el momento de la explosión había otros dos pescadores más que pescaban alevines en la orilla del canal de suministro de agua, a doscientos cuarenta metros de la planta n.º 4, justamente enfrente de la sala de máquinas. Cualquier pescador que se precie sueña con pescar un lucio-perca. Pero sin un alevín es mejor ni intentarlo siquiera. Y esos alevines, sobre todo en primavera, siempre se agolpan cerca de la central, justo donde está la estación de bombeo. Uno de los pescadores era un hombre sin ninguna ocupación fija, apellidado Pustovoit. Otro era Protásov, un ajustador enviado a la central desde Járkov. El lugar le gustó mucho: aire limpio, muy buena pesca. Incluso pensó que sería bueno venirse a vivir aquí. Si es que lo conseguía, claro. Pues se trataba de la región de la capital, Kíev, con dificultades para conseguir el permiso de residencia, así que instalarse no era cosa fácil. La pesca de alevines

tenía éxito y los pescadores estaban de buen humor. Era una cálida y estrellada noche ucraniana. Parecía mentira que tan sólo fuera abril, el tiempo recordaba más a julio. La cuarta planta, bella y blanca como la nieve, estaba enfrente. Esa inesperada combinación del esplendoroso, cegador, poderío nuclear, y de los tiernos pececillos revolcándose en el agua, sorprendía agradablemente la vista.

Primero ambos oyeron dos sordas, como subterráneas, explosiones dentro de la planta. Enseguida la tierra tembló. Luego hubo una fuerte explosión de vapor, y solamente después vieron la explosión del reactor, acompañada de un resplandor cegador y de un torrente de trozos incandescentes de combustible y grafito. Volaron en todas direcciones, dando vueltas en el aire, pedazos de hormigón y de vigas de acero.

Era una luz nuclear la que alumbró las figuras de los pescadores, pero ellos no lo sabían. Habrá explotado algo, pensaron. Tal vez un barril de gasolina... Ambos siguieron pescando los alevines, sin sospechar que ellos mismos, como si fueran alevines, habían quedado atrapados en las poderosas redes de la catástrofe nuclear. Los dos seguían pescando y observando con interés el desarrollo de los acontecimientos. Delante de ellos se movían los equipos de bomberos de Právik y Kibenok. Los bomberos se subían valientemente a una altura de treinta metros y desde allí intentaban apagar las llamas.

—¡Mira! ¿Lo has visto? ¡Uno de los bomberos hasta se ha subido a la torre «B»! (Nivel +71 metros sobre tierra. G. M.). ¡Se quitó el casco! ¡Lo que hace! ¡Es un valiente! Se ve que hace calor allí arriba...

Ambos pescadores recibieron dosis de 400 roentgens; hacia la madrugada los dos sintieron fuertes náuseas, ya estaban muy mal. Parecía como si el fuego les quemara el pecho por dentro, los párpados les escocían, la cabeza les estallaba, como después de una borrachera descomunal. Los dos vomitaban sin parar, completamente agotados. A la mañana siguiente ambos tenían un bronceado casi negro, como si hubieran estado un mes entero tomando el sol en el Mar Negro. Se trataba del célebre bronceado nuclear. Pero ellos no lo sabían.

Se dieron cuenta, ya al amanecer, que los chicos bajaban del tejado también como atontados y vomitando igual que ellos. Sintieron cierto alivio, al menos no eran los únicos... ¿Pero qué es lo que se les cayó encima de repente? ¿De qué se trataba?...

En ese estado llegaron arrastrándose hasta el ambulatorio y luego fueron a parar al hospital de Moscú...

Mucho más tarde, uno de ellos bromeaba: «La curiosidad malsana y la falta de responsabilidad nunca llevarán a nada bueno...».

Algún tiempo después, en el verano de 1986, la fotografía de Pustovoit apareció en la portada de una revista occidental. Ese hombre sin ninguna ocupación fija se hizo célebre en Europa. Pero una desgracia es una desgracia. Afecta a todos los seres vivos por igual. Y más aún una desgracia nuclear, porque por antonomasia va dirigida contra toda clase de vida...

Incluso por la mañana del día 26 de abril, seguían llegando nuevos pescadores al lugar de pesca habitual. Ese hecho habla por sí solo: nos indica el grado de despreocupación y de poca profesionalidad de los responsables, de lo habituales que eran las averías que, al no recibir publicidad ninguna, tampoco tenían consecuencias. Pero ya volveremos a hablar de los pescadores más tarde. Retornaremos a aquel lugar por la mañana, cuando el sol se eleve sobre el cielo radiactivo...

Antes de volver a la sala de mandos de la planta n.º 4 quiero reproducir el testimonio de otro testigo ocular, el exjefe de la sección de maquinaria de la dirección de montaje de Yuzhatomenergomontazh (Empresa Sur de Montaje de las CN), G. N. Petrov. He aquí su relato: «El 25 de abril salí de Minsk en mi coche en dirección a la ciudad de Prípyat, pasando por Mózir. En Minsk acababa de despedir a mi hijo, que se iba a hacer el servicio militar en la RDA. Mi hijo menor, un estudiante, se encontraba con su destacamento de trabajo en el sur de Bielorrusia. En la tarde del 26 de abril él también intentó llegar hasta Prípyat, pero la zona ya estaba acordonada y no le dejaron pasar.

»Aproximadamente a las dos y media de la madrugada estaba ya llegando a Prípyat desde el noroeste, desde Shipélich. Todavía cuando pasaba por la estación de Yánov vi las llamas sobre la planta n.º 4, iluminada por el fuego. Se veía nítidamente el tubo de ventilación con sus rayas rojas transversales. Recuerdo perfectamente que las llamas se elevaban por encima de él. O sea, que alcanzaban la altura de ciento setenta metros. No fui a casa, sino que torcí hacia la planta n.º 4 para ver mejor lo que pasaba. Llegué por donde estaba la dirección de las obras y me detuve a unos cien metros de un costado de la planta siniestrada. A la luz del incendio pude comprobar que el edificio estaba medio derruido, faltaban la sala central, las salas de separadores, los tambores separadores se habían salido de sus bases y reflejaban las llamas. Me dolió el corazón cuando vi aquel cuadro desolador. Luego miré el solar donde se guardaban los escombros de las obras y el edificio destruido de las bombas de circulación. Al lado de la planta había coches de bomberos. Hacia la ciudad se dirigía una ambulancia con la sirena puesta...».

Interrumpo el relato de Petrov para decir que en el lugar donde aparcó su coche, el fondo radiactivo alcanzaba 800-1.500 roentgens/h, principalmente a causa del grafito desparramado por la explosión, por el combustible y por la nube radiactiva.

«Estuve mirando como un minuto. Sentía una preocupación angustiosa, me quedé enmudecido, mis ojos percibían intensamente toda la escena que quedaría grabada para siempre en mi mente. La angustia me invadía cada vez más y sentí miedo. Era la sensación de un peligro próximo, pero invisible. En la atmósfera flotaba el olor que suele aparecer después de un fuerte relámpago, también olía a humo espeso, sentí picores en los ojos, mi garganta se quedó seca. Me ahogaba la tos. Además, para ver mejor, bajé un poco los cristales del coche. Al fin y al cabo, era una cálida noche de primavera. Podía observar muy bien cómo estaban ardiendo los tejados de la sala de máquinas y de la instalación desgaseadora. También podía ver las siluetas de los bomberos entre las llamas y el humo, las mangueras que partían de los coches y subían hasta arriba. Uno de los bomberos, incluso, se subió al tejado de la torre “B” al nivel +70, por lo visto, para vigilar el reactor y coordinar las acciones de sus compañeros situados en el tejado de la sala de máquinas. Ellos estaban treinta metros más abajo... Ahora, pasado el tiempo, entiendo que él se elevó entonces a una altura que ningún ser humano haya alcanzado nunca. Ni siquiera en Hiroshima la gente estuvo tan cerca del lugar de la explosión... Debajo de él estaba el cráter del volcán nuclear y 30.000 roentgens por hora. Pero entonces yo no lo sabía. Di la vuelta con el coche y me fui a mi casa, al distrito n.º 5 de Prípyat. Cuando entré, los míos estaban durmiendo. Eran cerca de las tres de la madrugada. Con mi llegada se despertaron y me comentaron que habían oído las explosiones. No sabían qué había pasado. Pronto llegó corriendo excitada nuestra vecina, cuyo marido ya tuvo tiempo de visitar la planta averiada. Nos comentó lo de la avería y nos invitó a una botella de vodka para “desintoxicar el organismo”. Nos la bebimos en compañía, bromeando, y luego nos fuimos a dormir...».

Aquí interrumpo el relato de Petrov, que terminaré de contar más tarde, cuando hable de la tarde del 27 de abril de 1986.

Volvamos ahora a la sala de mandos, que abandonamos veinte segundos antes de la explosión, en el momento en que Alexandr Akímov apretó el botón de PE y las barras absorbentes se atascaron a medio camino, sin llegar nunca al núcleo...

Sería oportuno recordar al lector, que en muchas conferencias de prensa y en los materiales que nuestro país presentó al OIEA, se decía que inmediatamente antes de la explosión el reactor fue apagado, que las barras fueron introducidas en el núcleo. Esa mentira o necedad fue repetida por muchos periodistas que lo decían seriamente y en un tono que no permitía réplicas. Lo mismo había declarado el vicepresidente del Consejo de Ministros de la URSS, B. E. Scherbina, quien aseguraba que al quedar destruido el reactor «se había perdido la criticidad», todo un nuevo hallazgo para la física nuclear...

Sin embargo, como ya quedó demostrado, la efectividad del sistema de protección de emergencia había sido reducida a cero debido a las graves infracciones del reglamento tecnológico. Una vez apretado el botón de PE, las barras absorbentes avanzaron tan sólo dos metros y medio hacia el núcleo, en lugar de los siete metros reglamentarios y en lugar de aminorar la reacción, por el contrario, contribuyeron a la aceleración de los neutrones instantáneos. En ninguna conferencia de prensa se mencionó ese grave error de los diseñadores del aparato, que finalmente se convirtió en la causa principal de la catástrofe nuclear. Y había que decirlo. Porque el reactor RBMK se convirtió justamente en aquella mina nuclear con cuya explosión se despidió de nosotros la época anterior...

De modo que el núcleo quedó destruido.

«¿Podrían provocar otra reacción nuclear, otra explosión, los restos del combustible que se quedaron en el núcleo?», fue la pregunta planteada por el secretario del CC del PCUS, V. I. Dolguij, al viceministro de Energética G. A. Shasharin, en la noche del 27 de abril de 1986.

Así es la realidad, contra la que, como se suele decir, no hay nada que hacer...

Una hora veintitrés minutos cincuenta y ocho segundos... Instantes antes de la explosión... Los presentes en la sala de mandos se distribuían de la forma siguiente: El ingeniero jefe de la dirección del reactor, Leonid Toptunov, y el jefe de turno de la planta, Alexandr Akímov, se encontraban en la parte izquierda, la del reactor y del panel de mandos. A su lado estaban situados el jefe del turno anterior, Yuri Tregub, y los jóvenes aprendices, que hacía muy poco que se habían examinado para el puesto de IJDR. Vinieron para ver cómo trabajaba su amigo Toptunov y para aprender de él. Se trataba de Alexandr Kudriávstsev y de Víctor Proskuriakov. Hace veinte segundos que el botón de la protección de emergencia fue apretado. Tanto el IJDR, como el jefe de turno miraban perplejos los indicadores del panel de los operadores, que indicaban la posición de las barras absorbentes (eran parecidos a la esfera de un reloj despertador). Después de apretar el botón de protección de emergencia (PE) se encendieron las bombillas que iluminaban las escalas, produciendo la sensación de que estaban al rojo vivo. Akímov corrió hasta la llave que desconectaba la corriente del mecanismo de desplazamiento de las barras absorbentes y la apretó, pero las barras no bajaron y se quedaron atascadas ya para siempre en una posición intermedia.

—¡No entiendo nada! —gritó Akímov visiblemente turbado.

Toptunov, también perplejo y confuso, con la expresión de sorpresa en su rostro, que palideció, se dedicaba a apretar uno tras otro los botones de suministro de agua a los canales tecnológicos y de la reserva crítica. Se

encendió el tablón con el esquema de los canales, indicando que la circulación del agua equivalía a cero, lo cual significaba que el reactor se quedó sin agua...

Los estruendos en la sala central indicaban que se produjo la crisis de refrigeración y que los canales estaban explotando.

—¡No entiendo nada! ¿Qué diablos pasa? ¡Lo hicimos todo bien! —de nuevo exclamaba Akímov.

Al panel del reactor se acercó el ingeniero jefe adjunto, Anatoli Diátlov, alto, pálido y con la canosa cabellera peinada para atrás. Estaba confuso, cosa rara en él. En su cara se leía una expresión estereotipada que se traducía por: «Lo hicimos todo bien... Lo hicimos...».

Al lado del panel «P», situado en la parte central del cuadro de mandos, desde donde se manipulaba la instalación desgaseadora de alimentación, se encontraba el ingeniero jefe de la dirección de la planta, Borís Stoliarchuk. Se encargaba de manipular el circuito de alimentación-desgasificación de la central, regulando el suministro de agua a los tambores-separadores. También estaba confuso, pero seguro de que obró bien. Los fuertes golpes que llegaban de las profundidades del edificio resonaban en su interior. Daban ganas de ponerse a hacer algo para acabar con esos ruidos amenazadores. Pero Stoliarchuk no sabía qué hacer, porque ignoraba la naturaleza de lo que estaba sucediendo.

En el panel «T» de los mandos del turbogenerador (parte derecha del cuadro de mandos), se encontraban el ingeniero jefe de la dirección de turbinas, Igor Kershenbaum, y Serguei Gazin, que le entregó el turno, pero se quedó para presenciar el experimento. Justamente fue Igor Kershenbaum quien realizó todas las operaciones para desconectar el turboalternador n.º 8 y su puesta en funcionamiento con la energía por inercia del rotor. Lo hizo todo siguiendo el programa y las indicaciones del jefe de turno, Akímov. Estaba seguro de haberlo hecho todo bien. Pero, al ver la zozobra de Akímov, Toptunov y Diátlov, también sintió preocupación. Sin embargo, estaba trabajando en lo suyo, así que no tenía tiempo para ponerse nervioso. Junto con Metlenko estaba observando el tacómetro para ver las revoluciones del rotor. Parecía que todo iba bien. Allí mismo, en el panel de control de las turbinas, se encontraba, dirigiendo la operación, el subjefe de la sección de turbinas de la planta n.º 4, Razim Ilgámovich Davletbáev...

Mientras tanto, a la izquierda, en el panel de mandos del reactor, el panel del esquema de los canales indicaba claramente: ¡no hay agua! Por tanto, la reserva había sido superada llegando a la crisis de refrigeración...

«¿Qué diablos ocurre? —indignado y a la vez preocupado, pensaba

Akímov—. ¡Si las ocho bombas principales de circulación están funcionando!».

Entonces fue cuando miró los amperímetros de carga. Las agujas se movían rozando el cero.

«¡Se han roto!... —sintió cómo todo se hundía en su interior, pero sólo por un instante. Reunió sus fuerzas y se concentró de nuevo—. Hay que suministrar el agua...».

En ese momento se escucharon unos terribles golpes por la derecha, por la izquierda, desde abajo, y enseguida una explosión demoledora. Parecía que todo se derrumbaba alrededor, la onda expansiva junto con polvo blanco como la leche, impregnada de la cálida humedad del vapor radiactivo, penetró con una presión asfixiante en la sala de mandos de la ahora excuarta planta. Como si de un terremoto se tratara, empezaron a temblar y a ondularse las paredes y el suelo. Cayeron trozos del techo. Se escuchó el ruido de los cristales rotos en el pasillo de la instalación desgaseadora. La luz se apagó, quedando encendidas solamente tres luces de emergencia que funcionaban con pila acumuladora. Los cortocircuitos producían chasquidos y centelleos, la explosión había cortado todas las líneas eléctricas y los cables de control...

Para ser oído entre tanto ruido y estruendo, Diátlov gritó su orden a voz en cuello: «¡Enfriamiento a velocidad de emergencia!». Pero más que una orden, aquello parecía un grito de terror... De todos lados se oía el silbido del vapor y el ruido de agua caliente que caía no se sabe de dónde. La boca, la nariz, los ojos, los oídos de la gente se llenaron de polvo muy fino, todos tenían la boca seca, la conciencia y los sentidos atrofiados. El inesperado golpe-relámpago les quitó todo a la vez: los sentimientos de dolor, de miedo, la sensación de culpabilidad y de una terrible desgracia. Pero todo ello aparecerá, aunque no enseguida. En primer lugar, esas personas recuperarían la intrepidez y el valor que da la desesperación. Sin embargo, aún mucho tiempo después, casi hasta la muerte, algunos de ellos seguirán aferrándose a las mentiras tranquilizadoras, a los mitos y leyendas, surgidas en las profundidades de sus conciencias ya medio desequilibradas...

«¡Mierda!... —exclamó Diátlov con pánico—. Explotó la mezcla explosiva... ¿Dónde?... Parece que en el depósito de emergencia del sistema de mandos de la defensa».

Esa versión, nacida en la conmocionada mente de Anatoli Diátlov, campó a sus anchas durante demasiado tiempo por la mente de muchos, tranquilizando las conciencias sangrantes y la voluntad paralizada que, aún, se estremecía a veces convulsivamente. Llegó hasta Moscú y fue creída hasta el mismo día 29 de abril, justificando muchas acciones a veces funestas. ¿Pero, por qué? Porque resultaba demasiado cómoda. Proporcionaba la justificación y la

salvación a los culpables de arriba y de abajo. Sobre todo para aquellos que sobrevivieron de milagro dentro de las mismas fauces radiactivas de la explosión nuclear. Necesitaban sacar fuerzas de donde fuera, y se las proporcionaba la conciencia tranquila. Porque por delante todavía quedaba la noche, insoportable, pero, a pesar de todo, vencida por ellos, la noche de la muerte...

«¿Qué está pasando? ¡¿Qué?! —gritó Alexandr Akímov, cuando la nube de polvo se había disipado algo, los estruendos cesaron y los silbidos del vapor radiactivo y del agua quedaron como únicos ruidos bastante sordos, emitidos por el moribundo gigante nuclear».

Alexandr Akímov, hombre alto, fornido, de treinta y tres años, con ancha y sonrosada cara, con gafas, el pelo oscuro y ondulado, ahora cubierto de polvo radiactivo, se sentía desgarrado por dentro, sin saber qué hacer.

«¿Sabotaje? ¡No, imposible!... Lo hicimos todo bien...».

El IJDR Leonid Toptunov —todavía jovencito, rellenito, sonrosado, con el bigote-cepillo, veintiséis años, tan sólo hacía tres que había terminado sus estudios— está perdido, pálido, parece esperar un golpe sin saber de dónde vendrá.

A la sala de mandos llegó corriendo medio sofocado Pervózchenko.

—¡Alexandr Fiódorovich! —con respiración entrecortada, pálido, todo cubierto de polvo y arañazos—, gritó a Akímov.

—Allí... —levantó la mano hacia arriba, en dirección a la sala central—. Allí pasa algo horrible... El «palmo» del reactor se está desintegrando... Las planchas del ensamblaje once saltan como vivas... Esas... explosiones... ¿Las ha oído? ¿Qué son?... —Hablaba jadeando.

En ese momento, en la planta reinaba un silencio sepulcral, solamente interrumpido por el desconocido, sorprendente silbido del vapor y el ruido del agua cayendo. Después de los ensordecedores, volcánicos estruendos de la catástrofe, ese silencio provocaba un zumbido en los oídos. De golpe comenzó a oler el aire. Parecía olor a ozono, pero más fuerte. Todos sintieron picores en la garganta...

El ingeniero jefe de la dirección de la planta, Borís Stoliarchuk, muy pálido, con expresión desesperada, impotente, miraba con una tensa interrogación, reflejada en sus ojos, a Akímov y a Diátlov.

—¡Tranquilos! —dijo Akímov—. Hemos hecho todo bien... Sucedió algo incomprensible... —Y dirigiéndose a Pervózchenko—: Corre arriba, Valeri, mira a ver qué ha pasado...

En ese momento se abrió la puerta que comunicaba la sala de mandos con

la de máquinas. Entró corriendo todo sucio, con una expresión de máxima preocupación, el maquinista jefe de la turbina, Viacheslav Brazhnik.

—¡Hay un incendio en la sala de máquinas! —gritó, añadiendo algunas palabras incomprensibles. Volvió disparado como una bala a la sala de máquinas, donde reinaban las llamas y una altísima radiación.

Tras él corrieron el subjefe de la sección de turbinas, Razim Davletbáev, y el dirigente del grupo de la Dirección de trabajos de ajuste de Chernóbil, Piotr Palamarchuk, quien aquella noche tenía que comprobar el carácter de las vibraciones del alternador n.º 8, junto con el personal enviado por la fábrica de turbinas de Járkov. Akímov y Diátlov llegaron de un salto a la puerta abierta. Detrás ocurría algo espantoso.

Había llamas en varios sitios en los niveles 0 y 12. La turbina n.º 7 estaba obstruida. Encima de ella se derrumbó una parte del techo. Estaban rotas las conducciones de aceite y el aceite caliente caía sobre el revestimiento de plástico. Sobre el suelo cubierto de plástico había desparramados bloques incandescentes de grafito y trozos de combustible. El plástico alrededor de ellos ardía despidiendo hollín. Dentro había humo, ceniza negra que descendía en copos, aceite caliente saliendo a borbotones de la tubería rota, el tejado medio derrumbado, que en cualquier momento podía venirse abajo. El tabique separador se balanceaba encima del abismo de la sala de máquinas. Y el ruido de las llamas salvajes salía de la brida rota de la bomba de circulación, estrellándose contra la pared de condensación. En el nivel 0 se observaba un fuerte resplandor de color violeta: estaba ardiendo el arco voltaico del arrancado cable de alta tensión. Los conductos de aceite fueron rotos en el nivel 0, el aceite estaba ardiendo. De la brecha abierta en el techo de la sala de máquinas caía hacia abajo, sobre la turbina n.º 7, una densa columna negra de polvo radiactivo de grafito. Esa columna se ensanchaba a la altura del nivel 12, extendiéndose horizontalmente, y bajaba, cubriendo a la gente y la maquinaria.

Akímov corrió al teléfono.

—¡«01»! ¡Rápido!... ¡Sí, sí! ¡Incendio en la sala de máquinas!... ¡También en el tejado!... ¡Sí, sí!... ¿Ya salieron? ¡Magnífico!... ¡Sois muy rápidos!...

El equipo del teniente Právik ya desplegaba sus coches bajo los muros de la sala de máquinas, ya había comenzado...

Diátlov salió corriendo de la sala de mandos y, metiendo ruido con sus zapatos, resbalando con chirridos que provocaban dentera sobre los cristales rotos, se metió a toda prisa en la sala del cuadro de mandos de reserva que estaba enfrente, pegada al grupo de ascensores y escaleras. Apretó el botón de la protección de emergencia (PE) de quinto orden y la llave que desconectaba

la corriente de alimentación.

¿Para qué? Ya era tarde. El reactor estaba destruido...

Pero Anatoli Stepánovich Diátlov tenía su versión: el reactor estaba entero, había explotado el depósito del sistema de mandos de la defensa en la sala central. Al reactor no le había pasado nada... Nada.

... Los cristales en la sala del cuadro de mandos de reserva estaban rotos y chirriaban bajo los pies, olía fuertemente a ozono. Diátlov sacó la cabeza por la ventana. Era de noche. Arriba se oía el sordo ruido del incendio. A la roja luz de las llamas se podían observar horribles montones de estructuras de construcción arrancadas, vigas, trozos de ladrillo y hormigón. El asfalto alrededor del bloque estaba cubierto de algo. Estaba lleno de algo negro. Pero la mente se negaba a admitir que era el grafito del reactor. Lo mismo ocurrió en la sala de máquinas. También allí estaban a la vista trozos al rojo vivo de grafito y combustible... Pero la conciencia rechazaba el espantoso significado de aquella visión...

Diátlov volvió a la sala de mandos. En su interior se sucedían oleadas de decidido deseo de actuar, con la apatía y la desesperación.

Una vez dentro de la sala de mandos, Diátlov agudizó el oído. Piotr Palamarchuk intentaba infructuosamente comunicarse con la sala 604, donde se encontraba con los aparatos de medición su subordinado Vladímir Shashenok. No había manera de comunicarse. Para entonces, Palamarchuk ya había tenido tiempo de recorrer el turboalternador n.º 8, de bajar al nivel O y de encontrar a los de Járkov en el laboratorio sobre ruedas, montado en un coche «Mercedes-Benz». Insistió en que abandonaran la sala de máquinas. Aunque dos de ellos ya tuvieron tiempo de acercarse a los escombros y recibir la dosis letal de radiación...

Mientras, Akímov telefoneó a todos los jefes de servicios y talleres, pidiendo ayuda. En primer lugar, a los electricistas. Comunicó que había incendio en la sala de máquinas. Era necesario expulsar el hidrógeno de los generadores, restablecer la corriente en la red de consumo.

—¡Las bombas de circulación principales están paradas! —gritaba al jefe adjunto del taller eléctrico, Alexandr Lelechenko—. ¡No arranca ninguna bomba! ¡El reactor está sin agua! ¡Necesito ayuda rápida!

Por el teléfono de la sala de máquinas Davletbáev llamó a Akímov y Kershenbaum:

—¡No hay tiempo para esperar a los electricistas, debemos expulsar el hidrógeno del octavo alternador inmediatamente!

No había comunicación con el dosimetrista. Quedó desconectada la

centralita. Sólo funcionaban los teléfonos urbanos. Todos los operadores sentían que había radiación. ¿Pero cuánta? ¿Qué fondo radiactivo había? No se sabía. No había ningún dosímetro en la sala de mandos. Tampoco tenían mascarillas de respiración tipo «pétalo». Ni pastillas de yodo de potasio. No estaría nada mal tomarse una ahora. Por si acaso... Era imposible comunicarse con la sala de dosimetría.

—Piotr —pide Akímov a Palamarchuk—, vete a ver a Nikolai Gorbachenko, averigua por qué no contesta...

—Tengo que ver a Shashenok. Allí pasa algo malo. No contesta...

—Coge a Gorbachenko y luego vais a verlo... —Akímov pensaba en otra cosa. Hay que informar a Briujánov, a Fomín... Hay que... Hay que hacer tantas cosas... El reactor se quedó sin agua. Las barras absorbentes del sistema de mandos de la defensa se quedaron atascadas a medio camino... Su mente se ofuscaba, le ahogaba... Sí, le ahogaba el sentimiento de vergüenza...

En cuanto a su conciencia, empezaba a percibir la verdadera explicación de lo sucedido, las olas sucesivas de calor y de frío le quemaban las entrañas. ¡Ese maldito shock! Un shock sentido por culpa del enorme peso de su responsabilidad. Se le cayó encima como una montaña. Tenía que hacer algo. Todos lo esperaban de él... Al lado están sin saber qué hacer los aprendices del ingeniero jefe de la dirección del reactor, Proskuriakov y Kudriávtssev... Las barras se atascaron... Claro... ¿Y si intentamos bajarlas manualmente desde la sala central?... ¡Buena idea!... Akímov se animó.

—Proskuriakov, Kudriávtssev —dijo en tono de súplica, aunque tenía el perfecto derecho de dar órdenes. Porque todos los que estaban en la sala de mandos, automáticamente debían ponerse bajo su mando desde el momento de la avería. Pero les estaba pidiendo: Muchachos, hay que llegar rápido a la sala central. Tenéis que girar las manivelas. Debemos bajar las barras absorbentes manualmente. Desde aquí no responden...

Proskuriakov y Kudriávtssev se fueron. Buenos chicos, se fueron. Jóvenes aún, tan jóvenes, tan inocentes. Fueron hacia una muerte segura...

Parece que Valeri Perevózchenko fue el primero en comprender la horrible verdad. Presenció el comienzo de la catástrofe.

Ya estaba convencido de que no se podía reparar nada, intuía hasta dónde llegó la destrucción. En la sala central había visto algo que... Después de lo que vio era imposible que el reactor existiera todavía. Es que simplemente no existía ya. Y si no existía, entonces... Había que salvar a la gente. Debía salvar a los chicos que estaban a sus órdenes. Respondía por ellos con su propia vida. Así determinó en aquellos minutos su grado de responsabilidad el jefe de turno de la sección del reactor Valeri Ivánovich Perevózchenko. Y lo primero que

hizo fue lanzarse a buscar a Valeri Jodemchuk...

Testimonio de Nikolai Fiódorovich Gorbachenko, encargado del servicio de dosimetría en el turno de Akímov:

«En el momento de la explosión, y después, me encontraba en la sala del servicio dosimétrico. Hubo varias sacudidas muy fuertes. Pensé que era el final. Pero vi que no, que estaba vivo y seguía de pie. Conmigo estaba otro compañero, mi ayudante Psheníchnikov, un chaval todavía muy joven. Abrí la puerta que daba a la instalación desgaseadora, de allí entraron nubes de polvo blanco y de vapor. Olía muy característicamente a vapor. También se veían centelleos de los cortocircuitos. Los paneles de la planta n.º 4 en el cuadro de control dosimétrico se apagaron en seguida. No indicaban nada. No sabía qué había ocurrido con la planta, qué radiactividad había. En los tableros de la planta n.º 3 (tenemos el servicio de dosimetría común) funcionaron las señales de alarma. Los indicadores de todos los aparatos subieron al máximo. Apreté el botón de la sala de mandos para comunicarme, pero el conmutador se había quedado sin corriente. No tenía comunicación con Akímov. Usando línea urbana, hablé con el jefe de turno del servicio de dosimetría, Samóilenko, quien se encontraba en la sala de control de radioprotección de la instalación n.º 1. Él llamó a la dirección del servicio de radioprotección: a Krasnozhón y a Kaplún. Intenté determinar también el nivel de radiactividad en su sala y en el pasillo, detrás de la puerta. Sólo tenía un radiómetro “DRGZ” de 1.000 microroentgens por segundo. El indicador subía hasta la señal máxima. También tenía un aparato de 1.000 roentgens por hora, pero al encenderlo, por desgracia, se fundió. Yo no tenía otro. Entonces fui a la sala de mandos e informé a Akímov. En todas partes los indicadores llegaban a 1.000 microroentgens por segundo. Lo cual quería decir que teníamos unos 4 roentgens por hora. En ese caso sólo podíamos permanecer allí unas cinco horas. Teniendo en cuenta, claro está, que estábamos en una situación de emergencia. Akímov me dijo que recorriera la planta para medir el nivel de radiactividad. Me metí en el grupo de escaleras y ascensores y subí hasta el nivel +27, pero decidí no subir más. El indicador del aparato siempre llegaba a la máxima señal. Llegó Piotr Palamarchuk y juntos fuimos a la sala 604 para buscar a Vladímir Shashenok...».

Mientras tanto, la sala de máquinas ardía por distintos sitios. Se abrió un boquete en el techo, sobre el suelo y de las máquinas cayeron fragmentos de combustible y grafito al rojo vivo. Un trozo de hormigón rompió la tubería de aceite que se había inflamado. También fue roto el cierre en la línea de absorción de la bomba de alimentación, un chorro de agua radiactiva hirviendo salía en dirección al bloque de condensación. En cualquier momento podían explotar el depósito de aceite de la turbina y el hidrógeno que se acumuló en el generador. Había que actuar rápidamente...

Pero dejemos por un momento la sala de máquinas, donde el personal mostró verdaderos alardes de heroísmo y, aun arriesgando sus propias vidas, no permitió que las llamas se extendieran a otros bloques. Realizaron toda una hazaña. No menor que la protagonizada por los bomberos...

Mientras tanto los aprendices del IJDR, Proskuriakov y Kudriáv'tsev, cumpliendo la orden de Akímov, salieron corriendo al pasillo de la instalación desgaseadora y, como de costumbre, torcieron a la derecha, donde estaba el ascensor del bloque SASR (sistemas auxiliares de la sección del reactor), pero tuvieron que detenerse al ver que el hueco del ascensor estaba destruido, y el propio ascensor, deformado por alguna fuerza desconocida, yacía sobre los restos de estructuras derrumbadas. Entonces volvieron atrás, al grupo de escaleras y ascensores. Se sentía un fuerte olor a ozono, todavía más penetrante que el que suele aparecer después de una tormenta. Los dos empezaron a estornudar. Se notaba también la presencia de alguna otra fuerza invisible. Pero ellos se encaminaron escaleras arriba...

Detrás de ellos saltó al pasillo de la instalación desgaseadora Pervózchenko, quien advirtió a Akímov y a Diátlov de que iba a buscar a sus subordinados, que podían estar entre las ruinas. En primer lugar, se acercó de prisa a las ventanas rotas para mirar afuera. El organismo entero sentía la radiación. El aire respirado era demasiado fresco, como suele ocurrir después de una tormenta, pero todavía mucho más. En el cercano cielo nocturno se reflejaban rojas las llamas del incendio en el tejado de la instalación desgaseadora y en la sala central. Cuando no hay viento, el aire normalmente no se siente tanto. Pero ahora, Pervózchenko sentía algo así como presión de unos rayos invisibles que le atravesaban de arriba a abajo. Le inundó el pánico que parecía nacer de las profundidades de su organismo. Pero la preocupación por sus compañeros era mayor. Pervózchenko sacó la cabeza cuanto pudo por la ventana y miró a la derecha. Enseguida comprendió que el bloque del reactor estaba destruido. Allí, donde antes estaba la sala de las bombas de circulación, ahora sólo se veía en la oscuridad un montón de materiales de construcción, de tuberías y maquinaria destruidas. ¿Y más arriba?... Levantó la cabeza. Tampoco existían ya los compartimentos de los tambores-separadores. De modo que la explosión se había producido en la sala central. En su emplazamiento se podían observar focos de incendio. Eran muchos...

«Y no tenemos medios de protección... No tenemos nada...» —pensó enojado, respirando a pleno pulmón el aire lleno de radionúclidos. Sintió que los pulmones le ardían. El abatimiento de los primeros momentos había desaparecido.

Pervózchenko sintió en el pecho, en la cara, en todo el cuerpo, una quemazón interior. Como si estuviera ardiendo por dentro. ¡Estaba ardiendo! ¡Ardiendo!

«¿Pero qué hemos hecho? —exclamó Valeri Perevózchenko para sus adentros—. Nuestros muchachos están muriendo... En la sala central, donde se originó la explosión, estaban Kurguz y Guenrij... En las salas de las bombas de circulación, Valeri Jodemchuk... Y en el compartimento por debajo del reactor, Vladímir Shashenok... ¿Adónde ir, a quién buscar primero?...».

Antes que nada había que comprobar el nivel de radiactividad. Resbalando sobre los trozos de los cristales rotos, Perevózchenko corrió a la sala de control de radioprotección, para hablar con Gorbachenko.

El dosimetrista estaba pálido, pero se controlaba.

—¿Qué fondo radiactivo tenemos, Nikolai? —preguntó Perevózchenko. Su rostro ya tenía un bronceado marrón.

—Pues... El aparato de 1.000 microroentgens por segundo indica el máximo nivel, los paneles de la planta n.º 4 se han apagado... —Gorbachenko sonrió con aire de culpabilidad.

—Vamos a considerar que hay unos 4 roentgens por hora. Pero parece que son muchos más...

—¿Es que ni siquiera tenéis aparatos de medición?

—Teníamos uno de 1.000 roentgens, pero se ha fundido. El otro está en el almacén que está cerrado. La llave la tiene Krasnozhón. Eché un vistazo y resulta que el almacén está sepultado bajo los escombros. Es imposible acercarse... Ya sabes qué idea predominaba. Nadie pensó en serio que la avería máxima pudiera producirse algún día. Nadie lo creía... Ahora iremos con Palamarchuk a buscar a Shashenok. No contesta desde la 604...

Perevózchenko dejó la sala dosimétrica y corrió al módulo de las bombas de circulación, donde antes de la explosión se encontraba Valeri Jodemchuk. Era el lugar que más cerca quedaba.

En dirección a la sala de dosimetría corría Piotr Palamarchuk, jefe del laboratorio de la empresa de trabajos de ajuste de Chernóbil. Junto con sus colaboradores, se encargaba de recoger datos sobre el funcionamiento de distintos sistemas durante el experimento. Ahora estaba claro que Shashenok permanecía en el lugar más peligroso, en la sala 604, situada en la monolítica planta del reactor, donde se había desencadenado la catástrofe. Shashenok no contestaba. ¿Qué le había pasado? Se encontraba en un sitio clave. Allí se situaban los indicadores que comunicaban con los principales sistemas tecnológicos. Si se rompían las membranas... El vapor de 300°, el agua sobrecalentada... No respondía a las llamadas. En el teléfono solamente se podían escuchar los pitidos cortos. De modo que el auricular quedó colgando. Cinco minutos antes de la explosión, la línea estaba en perfectas condiciones.

Palamarchuk y Gorbachenko iban corriendo hacia el grupo de escaleras y ascensores.

—¡Voy a por Jodemchuk! —les gritó Perevózchenko, mirando cómo los dos penetraban desde el pasillo en la parte monolítica de la destruida sección del reactor. Y dentro, por todos los sitios, estaban desparramados el combustible y el grafito.

Palamarchuk y Gorbachenko corrieron escaleras arriba hasta el nivel +24 (24 metros por encima del nivel del suelo). Perevózchenko se metió en el corto pasillo del nivel +10 que comunicaba con el módulo destruido de las bombas de circulación...

En ese momento los jóvenes aprendices del ingeniero jefe de la dirección del reactor (IJDR), Kudriávsev y Proskuriakov, abriéndose paso a través de los escombros, se estaban acercando al nivel +36, donde estaba situado el reactor. Arriba, ampliado por el eco del hueco del ascensor, se oía el ruido de las llamas, los gritos de los bomberos que llegaban del tejado de la sala de máquinas, y de algún lugar muy cercano, por lo visto, del «palmo» del reactor.

«¿Estará ardiendo también?...» —pensaron los muchachos.

En el nivel +36 todo estaba destruido. Sorteando montones de escombros y restos de vigas, los aprendices llegaron a la gran sala del centro de ventilación, separada de la sala del reactor por un muro monolítico ahora destruido. Se veía perfectamente que la explosión infló la sala central como si fuera una burbuja, y luego le arrancó la parte de arriba, con lo que el muro quedó ondulado. Los armazones quedaban al descubierto en forma de jirones radiales. En algunos sitios se cayó el revestimiento de hormigón y se podía observar la malla del armazón al desnudo. Los chicos se detuvieron estupefactos, reconociendo con dificultad las salas tan familiares de antaño. Se sentían invadidos por una extraña euforia, poco apropiada en esas circunstancias; al respirar, parecía como si el fuego les quemara las entrañas, el dolor se apoderaba de sus sienes, y los párpados les ardían, como si los hubieran rociado con ácido clorhídrico.

Resbalando sobre cristales, los dos se dirigieron por el pasillo a través de los ejes 50-52 a la sala central. La entrada se encontraba más cerca del muro exterior, yendo por la fila «R». El pasillo era estrecho y, además, estaba lleno de estructuras rotas y cristales. Por encima tenían el cielo nocturno poblado de rojos resplandores del incendio, en el aire se condensaba el humo y el asfixiante olor a chamusquina, y sobre todo se intuía la presencia de otra fuerza cada vez más pujante, más densa y cálida. Era la poderosa radiactividad nuclear que ionizaba el aire, convertido ahora en una amenaza para el hombre.

Desprovistos de mascarillas y de trajes protectores se acercaron a la entrada de la sala central y, después de atravesar tres puertas abiertas de par en

par, penetraron en la sala del reactor, llena de escombros y de fragmentos humeantes. Vieron las mangueras colgando, dirigidas al reactor. De ellas salía agua aún. Pero ya no se veía ningún hombre. Los bomberos acababan de retirarse hacía unos minutos, a punto de perder el conocimiento y las últimas fuerzas.

De hecho, Proskuriakov y Kudriáv'tsev estaban al lado del epicentro de la explosión nuclear (donde el nivel de radiactividad era el más alto). ¿Pero dónde estaba el reactor? O es que...

La redonda plancha de protección biológica superior, ligeramente inclinada y con trozos de finos tubitos de acero apuntando en todas las direcciones (el sistema de control de integridad de los canales tecnológicos), tapaba el hueco del reactor. El armazón de las paredes formaba una masa amorfa. Eso quería decir que la plancha había sido levantada por la explosión. Luego había vuelto a caer inclinada sobre el reactor. Del cráter del reactor salían silbando llamas rojas y azules. Por lo visto había corriente. El calor nuclear, de 30.000 roentgens de potencia, golpeó los rostros de los aprendices. Ambos, involuntariamente, levantaron la mano como se suele hacer para protegerse de los rayos solares. Estaba claro que las barras absorbentes ya no existían, que a estas alturas seguramente ya estarían dando vueltas alrededor de la Tierra en el espacio exterior. Por tanto, no quedaba nada que ellos tuvieran que bajar al núcleo. Sencillamente, nada...

Proskuriakov y Kudriáv'tsev permanecieron al lado del reactor cerca de un minuto, procurando memorizar el cuadro que se abría ante sus ojos. Fue suficiente para recibir una dosis mortal de radiación. (Ambos murieron entre horribles sufrimientos en el hospital n.º 6 de Moscú). Siguiendo el mismo camino, derrotados por dentro, presas del pánico que vino a sustituir la excitación nuclear, regresaron al nivel +10, entraron en la sala de mandos e informaron de todo a Akímov y a Diátlov. Sus caras y sus manos tenían ahora un color marrón (el bronceado nuclear). El resto de su piel tenía el mismo color, lo cual se averiguó luego en el ambulatorio médico...

—La sala central no existe —dijo Proskuriakov—. Todo fue destruido por la explosión. Arriba se ve el cielo. Del reactor sale fuego.

—No os habéis enterado bien, muchachos... —dijo Diátlov en voz baja—. Se ve que algo ardía en el suelo y pensasteis que era el reactor. Por lo visto, la explosión en el depósito de emergencia del sistema de mandos de la defensa arrancó la cúpula. Recordáis, ese depósito está montado en la pared exterior del fondo de la sala central, en el nivel +70... Así es... Y no es de extrañar. Su volumen es de 110 metros cúbicos, eso es mucho, de modo que... Esa explosión podía destrozarse todo el bloque, no sólo la cúpula... Debemos salvar el reactor. Está intacto... Hay que proporcionar agua al núcleo.

Así nació la leyenda: el reactor estaba intacto. Explotó el depósito de agua de emergencia del sistema de mandos de la defensa (SMD). Había que suministrar agua al reactor.

Esa leyenda fue contada a Briujánov y a Fomín. Luego llegó hasta Moscú. Todo ello provocó más trabajo inútil e incluso nocivo, que empeoró la situación en la central y aumentó el número de víctimas...

Proskuriakov y Kudriávtssev fueron enviados al ambulatorio. Quince minutos antes también habían sido enviados allí los operadores de la sala central Kurguz y Guénrij, que estaban cerca del reactor cuando sonaron las explosiones...

Kurguz y Guénrij permanecieron sentados en su lugar de trabajo después de examinar la sala central, esperando a que llegara Pervózchenko y diera órdenes a todo el turno.

Aproximadamente cuatro minutos antes de la explosión, Oleg Guénrij dijo a Anatoli Kurguz que estaba cansado y que iba a echar una cabezada. Entró en el local vecino, muy pequeño, de unos seis metros cuadrados y sin ventanas. Allí había un catre. Guénrij cerró la puerta y se acostó. Anatoli Kurguz se sentó a la mesa y anotó datos en el cuaderno de operaciones. De la sala central le separaban tres puertas abiertas. Cuando el reactor explotó, en el local donde estaba sentado Kurguz, entró vapor altamente radiactivo junto con combustible. En ese infierno de llamas Kurguz corrió hasta la puerta para cerrarla. La cerró. Gritó a Guénrij:

—¡Quema mucho! ¡Quema mucho!

Guénrij saltó del catre y corrió a abrir la puerta, logró entreabrir la, pero al otro lado de la puerta había un calor tan intenso, que le persuadió del intento. Guénrij se tiró instintivamente al suelo de plástico que estaba algo más frío y gritó a Kurguz:

—¡Anatoli, échate al suelo! ¡Abajo hace menos calor!

Kurguz entró a rastras al cuartucho de Guénrij y ambos se tumbaron en el suelo.

«Allí, al menos, se podía respirar. No te quemaba tanto los pulmones» — recordará más tarde Guénrij.

Esperaron unos tres minutos. El calor comenzó a disminuir (arriba, recordemos, estaba el cielo al descubierto).

Luego salieron al pasillo en los ejes 50-52. Kurguz tenía la cara y las manos quemadas. Jirones de piel colgaban de ellas. También sangraba abundantemente.

No se dirigieron al grupo de escaleras y ascensores, de donde pronto vendrían Proskuriakov y Kudriávstsev, sino que fueron en dirección contraria, hacia la escalera propiamente dicha y bajaron al nivel 10. De haberse tropezado con los aprendices, seguro que les harían darse la vuelta, salvándoles de ese modo la vida. Pero no ocurrió así. Se habían cruzado...

Camino de la sala de mandos, en el nivel 12, a Guénrij y Kurguz se les unieron los operadores del circuito de gas.

Juntos se encaminaron a la sala de mandos de la planta n.º 4. Kurguz se sentía muy mal. Se estaba desangrando. Era difícil ayudarle. La piel debajo de sus ropas también se hinchó formando burbujas. Cualquier roce le causaba un dolor indescriptible. Lo raro era que todavía conseguía caminar por su propio pie. Guénrij estaba menos quemado, le había salvado el cuartucho cerrado. Pero ambos recibieron 600 roentgens...

Ya estaban caminando por el pasillo de la instalación desgaseadora, cuando de la sala de mandos salió Diátlov. Corrió hasta ellos:

—¡A la enfermería inmediatamente!

La distancia hasta la enfermería, situada en el pabellón administrativo de la instalación n.º 1, era de unos cuatrocientos/quinientos metros yendo por el mismo pasillo.

—¿Podrás llegar, Anatoli? —preguntaron los chicos a Kurguz.

—No sé... Creo que no... Me duele todo el cuerpo... Todo me duele...

Hicieron muy bien en no ir hasta allí. La enfermería de la instalación n.º 1 estaba cerrada. En la de la instalación n.º 2 tampoco encontraron al practicante. Así de seguro estaba el camarada Briujánov de que no iba a necesitarlo. ¡No había ningún peligro! De esa forma las ideas de la época del estancamiento se llevaban a la práctica...

Llamaron a urgencias para que vinieran a recoger al herido al pabellón administrativo de la instalación n.º 2, bajaron al nivel 0, rompieron el cristal que quedó en la ventana de milagro y a través de ella salieron al exterior...

Diátlov corrió varias veces a la sala de mandos de la planta n.º 3. Ordenó a Bagdasárov apagar el reactor. Bagdasárov pidió permiso a Briujánov y Fomín para parar el reactor n.º 3, pero se lo negaron. Los operadores de la sala central de la planta n.º 3 comunicaron a su jefe que se había encendido la alarma sonora y las señales de emergencia. Parecía que la radiactividad había subido bruscamente... Aún no sabían que la culpa la tenían el combustible y el grafito que cayeron al tejado de la sala central n.º 3.

De vuelta en la sala de mandos n.º 4, Diátlov ordenó a Akímov:

—Llama otra vez al personal diurno de todas las secciones. ¡Que todos vengan al bloque averiado! En primer lugar los electricistas de Lelechenko. Hay que desviar el hidrógeno de la pila electrolítica al generador n.º 8. Sólo ellos pueden hacerlo. ¡Actúa! Yo voy a dar una vuelta alrededor de la planta...

Diátlov abandonó la sala de mandos.

Davletbáev varias veces llegó corriendo de la sala de máquinas a la sala de mandos para informar. Esta última estaba llena de gente. El dosimetrista Samóilenko acercó el aparato de medición a Davletbáev: «¡Tú, Razim, das indicaciones máximas en todas las escalas! ¡Cámbiate de ropa inmediatamente!».

El equipo de medios de protección de la sala de máquinas estaba guardado bajo candado. Enviaron al fortachón Brázhnik para que lo apalancara...

Akímov ordenó al ingeniero jefe de la dirección del reactor Stoliarchuk y al maquinista Busiguin que conectasen las bombas de alimentación para suministrar el agua al reactor...

—¡Alexandr Fiódorovich! —exclamó Davletbáev—. ¡Las instalaciones no tienen corriente! Necesitamos electricistas urgentemente para conectar la red de suministro en el nivel O... No sé cómo podrán hacerlo. Los cables se han roto. En todos lados hay cortocircuitos. Se ve resplandor ultravioleta al lado de las bombas en el nivel O. Puede ser un trozo de combustible, o el arco voltaico de un cortocircuito...

—¡Ahora vendrá Lelechenko con sus bravos muchachos!

Davletbáev desapareció de nuevo en el infierno de la sala de máquinas. En el nivel O, Tormozin taponaba con cuñas de madera los agujeros en la tubería de aceite. Para estar más cómodo se sentó encima de la tubería, lo que le causó la quemadura de los glúteos. Davletbáev corrió hasta el montón de escombros que había caído sobre la turbina n.º 7, pero no logró acercarse. Resbalaba demasiado a causa del aceite acumulado en el suelo. Conectaron el sistema de lavado. Una nube acuosa envolvió la turbina. Desde la sala de mandos desconectaron la bomba de aceite...

Al lado de la máquina n.º 7 había un teléfono con el que los maquinistas mantenían comunicación constante con la sala de mandos. Enfrente del teléfono, detrás de la ventana, se veía el transformador n.º 5, sobre el que se cayó un trozo de combustible. Nadie lo sospechaba. De esa forma Perchuk, Brázhnik y Nóvik recibieron una dosis mortal de radiación...

Mientras tanto, en la sala de mandos se pasea sin saber qué hacer el encargado de dirigir el fracasado experimento, Guennadi Petróvich Metlenko. Akímov, por fin, se dio cuenta de su presencia y le pidió:

—Hazme un favor, vete a la sala de máquinas y ayuda a girar las manivelas de los cierres. No hay corriente. Manualmente se tardará cuatro horas en abrir o cerrar cada una. Los diámetros son enormes...

Delgado, bajito, de nariz aguda, como plantada en su huesuda cara, el representante de Dontejenergo corrió a la sala de máquinas. Allí, en el nivel O, se estaba desencadenando una tragedia. Una viga que se desprendió había roto la tubería de aceite de la turbina. El aceite caliente salió fuera y se encendió al contacto con los trozos incandescentes de combustible nuclear. El maquinista Vershinin apagó el fuego y se lanzó a ayudar a sus compañeros, para impedir que se incendiara más aceite y explotara el depósito. Entre tanto, Brázhnik, Perchuk y Tormozin apagaban otros focos de incendio.

Todo el local estaba lleno de combustible altamente radiactivo y de grafito del reactor, que cayeron por el agujero abierto en el techo. Había humo, radiación, el aire estaba muy ionizado, en él flotaban cenizas negras producidas por el grafito y el betún del tejado. Un trozo de viga rompió la brida de una de las bombas de alimentación. Debían desconectar los conductos de presión y absorción que la unían a la instalación desgaseadora. Para mover las válvulas manualmente se tardaría no menos de cuatro horas. La otra bomba tenía que ser preparada con el fin de que empezase a trabajar para el «reactor». De nuevo se trataba de manipular las válvulas manualmente. Los campos radiactivos, en el nivel O de la sala de máquinas, tenían de 500 a 15.000 roentgens por hora. A Metlenko lo enviaron de vuelta a la sala de mandos.

«¡Ya nos arreglaremos! ¡No estorbes!...».

Con los electricistas del turno de Akímov, Davletbáev llevó a cabo la sustitución del hidrógeno por el nitrógeno en el generador para prevenir la explosión. Vertieron el aceite de los depósitos de la turbina a los de emergencia situados en el exterior del bloque. Los depósitos de aceite fueron llenados con agua...

En aquella siniestra noche del 26 de abril de 1986, los operadores de las turbinas llevaron a cabo una verdadera hazaña heroica. Si no hubieran hecho lo que hicieron, el incendio se hubiera extendido por toda la sala de máquinas, el techo se habría hundido, el fuego habría llegado a otros bloques, lo cual podría haber provocado la destrucción de todos los reactores. Las consecuencias serían dramáticas...

Cuando los bomberos de Teliátnikov, después de apagar el incendio en el tejado, aparecieron a las cinco de la mañana en la sala de máquinas, allí ya estaba todo apagado... También fue preparada la segunda bomba de emergencia, que comenzó a proporcionar agua para el ya inexistente reactor. Pero el agua no podía llegar, simplemente, porque todas las tuberías de abajo habían sido arrancadas por la explosión. El agua caía a la sección situada

debajo del reactor, donde había bastante combustible nuclear. Mezclada con el combustible nuclear, esa agua, altamente radiactiva, descendía hasta los niveles inferiores de la instalación desgaseadora, inundando las instalaciones de cables y de distribución eléctrica, provocando cortocircuitos y amenazando con dejar sin corriente las otras plantas nucleares, que todavía seguían funcionando. Y es que todas las plantas de la CN de Chernóbil se comunicaban entre sí a nivel de la instalación desgaseadora por la que pasan los cables principales.

A las cinco de la mañana, Davletbáev, Busiguin, Kornéev, Brázhnik, Tormozin, Vershinin, Nóvik y Perchuk ya se sentían muy mal y vomitaban constantemente. Todos fueron enviados al ambulatorio. Davletbáev, Tormozin, Busiguin y Kornéev sobrevivirían. Recibieron una dosis aproximada de 350 roentgens. Brázhnik, Perchuk, Vershinin y Nóvik recibieron 1.000 roentgens e incluso más. Morirían en Moscú entre grandes sufrimientos...

Pero volvamos al momento en el que se produjo la avería. Recorramos junto con Valen Ivánovich Perevózchenko su camino hacia la muerte. Perevózchenko quería encontrar a Jodemchuk, quería salvar a todos sus hombres. No sabía lo que era el miedo. Su valor y su sentido del deber le obligaron a descender al fondo del infierno...

Mientras tanto, Palamarchuk y Gorbachenko, sorteando los obstáculos, seguían ascendiendo hacia el nivel 24, dirigiéndose a la sala 604, donde se quedó Vladímir Shashenok.

«¿Qué le habrá pasado?... Ojalá esté vivo...» —pensó Palamarchuk.

Después de la serie de potentes explosiones, la planta estaba relativamente tranquila. Sólo a través de las brechas abiertas llegaba el ruido de las llamas desde el tejado de la sala de máquinas, los gritos de los bomberos y el aullido de fondo del reactor destruido en el que estaba ardiendo el grafito. Esos ruidos venían de más lejos, mientras que al lado se escuchaba el correr del agua radiactiva que, a veces, se convertía en verdadera lluvia. Era difícil determinar si venía de arriba o de abajo. También llegaba el sonido de los silbidos, ya muy débiles, del vapor radiactivo... El aire era denso, raro. Aspiraban el gas fuertemente ionizado, el agudo olor a ozono, sentían quemazón en la garganta y los pulmones, les atosigaba la tos, los ojos les escocían...

Iban corriendo sin mascarillas, completamente a oscuras, alumbrando el camino con las pequeñas linternas de bolsillo que suelen portar todos los operadores...

Perevózchenko cruzó corriendo el corto pasillo de comunicación en dirección a la sala de bombas de circulación, donde tenía que estar Valeri Jodemchuk, pero se paró en seco, atónito. La sala ya no existía. Arriba se

extendía el cielo lleno de resplandores de las llamas que se apoderaron de la sala de máquinas y justo enfrente de él se alzaban montones de escombros, estructuras rotas, maquinaria y tuberías destrozadas.

Entre los escombros también había mucho grafito y combustible del reactor, que «irradiaban» no menos de 10.000 roentgens por hora. Mientras la luz de la linterna de Perevózchenko recorría los escombros, en su cabeza se agitaba un único pensamiento: ¿Qué estoy haciendo aquí?... Si aquí no se puede estar... Pero venció el miedo obstinado en el deseo de encontrar, de salvar a Valeri. Tenso, Perevózchenko agudizaba el oído, intentando captar su voz, o incluso algún débil quejido...

Arriba también quedaron Guénrij, Kurguz... Justamente donde se produjo la explosión... Los va a salvar... Tiene que hacerlo... Son sus muchachos, sus subordinados... No puede abandonarlos...

Mientras tanto, el tiempo corría. Cada segundo, cada minuto, aumentaba el riesgo mortal. El organismo del jefe de turno de la sección del reactor absorbía más y más roentgens, su bronceado nuclear se volvía cada vez más oscuro. Además de la cara y las manos, se «bronceaba» todo su cuerpo debajo de la ropa. Se bronceaba... Ardía, ardía... Se quemaba por dentro...

—¡Valeri! —gritó Perevózchenko con todas sus fuerzas.

—¡Valeri-i! ¡Contesta! ¡Estoy aquí-í! ¡No temas! ¡Te salvaremo-os!

Se lanzó directamente hacia los montones de escombros, comenzó a escalarlos, buscando grietas entre las estructuras deformadas, quemándose las manos con trozos de combustible y grafito que no veía en la oscuridad.

Escuchaba atentamente por si oía algún gemido o mido, pero no se oía nada. Sin embargo, no desistió, siguió buscando, arañándose el cuerpo con retorcidos hierros de los armazones y los bloques de hormigón seccionados, consiguió abrirse paso hasta la sala 304, pero dentro no había nadie...

«Valeri debía de encontrarse en el otro extremo... Allí estaba su puesto».

Y Perevózchenko atravesó los escombros hasta el otro extremo de la sala y buscó allí. Fue en vano.

—¡Valeri-i! —gritaba Perevózchenko, elevando los brazos hacia arriba y apretando los puños—. ¡Valeri-i, amigo! —lágrimas de desesperación y amargura caían por sus ennegrecidas por la radiación e hinchadas mejillas—. ¿Pero qué voy a hacer? ¡Jodemchuk! ¡Contéstame!

No había respuesta. Tan sólo las llamas iluminaban su cara. Las furiosas llamas del incendio que azotaba el tejado de la sala de máquinas, de donde llegaban los estridentes gritos de los bomberos, como si gritaran desesperadamente pájaros heridos. Allí también se luchaba contra la muerte y

la gente se exponía a las mortíferas radiaciones.

Agotado a causa de la radiactividad, Pervózchenko volvió a atravesar los escombros, llegó tambaleante al bloque de escaleras y empezó a subirlas, pensando llegar hasta el nivel +36, donde estaba la sala central. Allí, en el infierno de fuego nuclear, se quedaron Kurguz y Guénrij...

Pervózchenko recorrió el mismo camino que los aprendices Kudriávsev y Proskuriakov, entró primero en el local de los operadores, no los encontró, y entonces se dirigió a la sala central, recibiendo otra fuerte dosis de radiactividad del reactor en llamas.

Pervózchenko era un experimentado físico, comprendió enseguida que el reactor ya no existía, que se había convertido en un gigantesco volcán nuclear y que con el agua no se le iba a apaciguar, pues las tuberías inferiores habían sido arrancadas por la explosión. Por tanto, Akímov, Toptunov y los chicos, que en la sala de máquinas estaban intentando poner en funcionamiento las bombas de alimentación, iban a morir inútilmente... Había que sacar inmediatamente a la gente de la planta. Era lo más acertado. Debía salvarlos...

Pervózchenko bajó, vomitando a cada paso, estaba mareado y a veces perdía el conocimiento por unos segundos, entonces se caía, pero luego se levantaba otra vez y caminaba, caminaba...

Al entrar en la sala de mandos, le dijo a Akímov:

—El reactor está destruido, Alexandr... Hay que sacar a la gente de la planta...

—¡El reactor está intacto! ¡Vamos a suministrarle agua! —contestó Akímov enojado—. Lo hicimos todo bien... Ve a la enfermería, Valeri, estás mal... Pero te has confundido, te aseguro... No es el reactor, son las instalaciones y las estructuras las que están ardiendo. Las apagarán...

Al mismo tiempo que Pervózchenko estaba buscando a Jodemchuk enterrado bajo los escombros, Piotr Palamarchuk y el dosimetrista Nikolai Gorbachenko, abriéndose camino a duras penas entre los escombros del nivel 24, consiguieron por fin entrar en la sección, donde en el momento de la explosión se encontraba Vladímir Shashenok. Palamarchuk y Gorbachenko encontraron a su compañero sepultado bajo una viga que se había desprendido, muy quemado por el vapor y el agua. Y en el ambulatorio se supo que tenía fracturada la columna vertebral y rotas las costillas, pero en aquel instante sólo se trataba de salvarlo...

Segundos antes de la explosión, cuando la presión en el circuito aumentaba a razón de 15 atmósferas por segundo, en ese compartimento explotaron las tuberías y los aparatos de medición, dejando escapar el vapor radiactivo y el

agua recalentada. Algo le cayó encima, y Shashenok perdió el conocimiento. Su piel recibió quemaduras térmicas y radiactivas. Los muchachos liberaron a su compañero de la viga que le oprimía. Palamarchuk, procurando no causarle más dolor y con la ayuda de Gorbachenko, se lo subió a la espalda y, atravesando con dificultad montones de cascotes de hormigón y tuberías rotas, llevó a Shashenok hasta el nivel 10. Desde allí, turnándose con Gorbachenko y a través del pasillo de la instalación desgaseadora de unos cuatrocientos cincuenta metros de largo, lo llevaron hasta la enfermería del pabellón administrativo. La enfermería estaba cerrada. Entonces llamaron a urgencias. Diez minutos más tarde llegó el enfermero Alexandr Skachok y se llevó a Shashenok. Más tarde vino con su ambulancia el pediatra Belokón, quedándose en la central hasta la mañana siguiente, cuando tuvo que ser llevado a su vez a la clínica...

Mientras Palamarchuk y Gorbachenko salvaban a su compañero, también recibieron fuertes radiaciones, por lo que poco después tuvieron que ser evacuados. Antes, Gorbachenko aún tuvo tiempo de recorrer la planta entera, midiendo la radiación gamma. También investigó en la sala de máquinas y dio una vuelta a la planta por fuera. Todo ello prácticamente no sirvió de nada. El aparato que tenía, de 3,6 roentgens, no permitía medir la monstruosa radiación real. De modo que Gorbachenko no pudo prevenir a sus compañeros...

A las dos y media de la madrugada, en la sala de mandos de la planta n.º 4, apareció el director de la central, Víctor Petróvich Briujánov. Estaba pálido, desconcertado, al borde de un ataque de histeria.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con voz ahogada a Akímov.

En aquellos momentos en la sala de mandos habría 3-5 roentgens/h y en algunos sitios de la sala más aún.

Akímov informó que, en su opinión, ocurrió una grave avería con fuga radiactiva, pero que el reactor estaba intacto, que el incendio en la sala de máquinas estaba casi sofocado, que los bomberos del mayor Teliátnikov apagaban las llamas en el tejado, que se estaba preparando la segunda bomba de emergencia, que en breve funcionaría para suministrar el agua al núcleo. Sólo faltaba que Lelechenko y su gente proporcionaran la corriente. El transformador se desconectó del bloque de protección debido a los cortocircuitos...

—Me dice que se trata de una grave avería radiactiva, pero si el reactor está bien... ¿Qué radiación hay ahora?

—El radiómetro de Gorbachenko indica 1.000 microroentgens por segundo...

—Vaya, no es mucho —dijo Briujánov más tranquilizado.

—Lo mismo pienso yo —asintió Akímov excitado.

—¿Puedo comunicar a Moscú que el reactor está intacto? —preguntó Briujánov.

—Sí, puede —contestó Akímov convencido.

Briujánov se fue a su despacho situado en el pabellón administrativo n.º 1 y desde allí telefoneó a las tres de la madrugada a Vladímir Vasílievich Maryin, jefe de la sección del CC del PCUS encargada de la energética nuclear...

Para entonces, a la planta averiada ya había llegado el jefe de la Protección Civil de la central, S. S. Vorobiov. Tenía un radiómetro de 25 roentgens. Eso ya era algo. Después de caminar por la instalación desgaseadora y visitar la sala de máquinas, Vorobiov comprendió que la situación era muy grave. El aparato de medición llegó a indicar la cota máxima en distintos lugares de la planta y en la zona cubierta de escombros.

Vorobiov informó a Briujánov de la situación.

—Tienes el aparato estropeado —contestó Briujánov—. No es posible que haya tanta radiactividad. Arregla tu medidor o tíralo a la basura...

A las cuatro y treinta minutos de la madrugada, a la sala de mandos llegó el ingeniero jefe Fomín. Perdieron mucho tiempo buscándole. En casa no contestaba al teléfono, su mujer murmuraba algo incomprensible. Alguien dijo que tal vez se hubiera ido a pescar. Por eso no cogía el teléfono. La gente sabía algo...

—¡Describame la situación!

Akímov la describió. Describió con mucho detalle las manipulaciones tecnológicas anteriores a la explosión.

—Todo lo hemos hecho bien, Nikolai Mijáilovich. No tengo nada que reprochar al personal de mi turno. En el momento de apretar el botón de PE (protección de emergencia) del quinto grado, la reserva operativa de reactividad estaba compuesta por 18 barras del sistema de mandos de defensa. Las destrucciones fueron causadas por la explosión del depósito de agua del SMD (sistema de mandos de la defensa) situado en la sala central, en el nivel +71 metros...

—¿El reactor está intacto? —preguntó Fomín con su encantador tono bajo.

—¡Está intacto! —respondió Akímov con firmeza.

—¡Que se le suministre agua ininterrumpidamente!

—Ahora mismo la bomba de emergencia suministra agua al reactor desde

la instalación desgaseadora.

Fomín se fue. En sus adentros se sentía como un animal acorralado, ora caía al abismo sin fondo, gritando mentalmente: «¡Es el fin! ¡El fin!», ora sentía una firmeza inquebrantable: «¡Aguantaremos!».

Pero no aguantó. Fue el primero en desplomarse bajo el terrible peso de la responsabilidad que aplastó su débil ser, que en realidad sólo estaba compuesto de soberbia y vanidad...

Eran las dos de la madrugada cuando, después de ordenarle a Akímov suministrar el agua al reactor, el ingeniero jefe adjunto Anatoli Diátlov abandonó la sala de mandos y salió al exterior, acompañado por el dosimetrista. El asfalto fuera del bloque estaba sembrado de fragmentos de grafito, trozos de construcción y combustible. El aire era denso y palpitante. De ese modo se dejaba sentir la presencia del altamente radiactivo plasma ionizado.

—¿Radiactividad? —preguntó Diátlov al dosimetrista.

—Máxima, Anatoli Stepánovich... —el dosimetrista tosió...—. ¡Maldita sea! Se me reseca la garganta... El indicador llega a los 1.000 microroentgens y ya no puede subir...

—¡Bastardos inútiles!... ¡No tenéis ni unos malditos aparatos! ¿A qué jugáis?...

—¿Y quién se imaginaba campos radiactivos tan altos? —se indignó de repente el dosimetrista—. En el almacén hay un dosímetro de 10.000 roentgens, pero está cerrado. Y la llave la tiene Krasnozhón. Pero ya he visto que no es posible acercarse al almacén. Está sepultado. Y hay radiación de sobra. No me hace falta ningún aparato para sentirla...

—¡Subnormales! ¡Vuestro padre! ¡Escondéis el aparato en el almacén! ¡Gilipollas! ¡Ahora, a medir con la nariz!

—Ya estoy midiendo, Anatoli Stepánovich... —dijo el dosimetrista.

—Claro... ¡Y yo también, cabrón! —gritaba Diátlov—. Y no tengo por qué. Es tu trabajo... ¿Te enteras?

Se acercaron a los escombros, más cerca de la fila «T» y del bloque de los sistemas de apoyo del reactor. Allí, el montón de escombros parecía una montaña que subía inclinada desde el suelo hasta los locales de los separadores.

—¡Madre mía! —exclamó Diátlov—. ¡Lo que hay que ver! ¡Ya es lo último!

El dosimetrista cambiaba de una escala a otra, murmurando: «Llega al

máximo... llega al máximo...».

—¡Tíralo a la mierda!... Soplagaitas... Vamos a dar una vuelta a la sala de máquinas...

En el asfalto, por todas partes, había diseminados pedazos de combustible y grafito. No se veían muy bien en la oscuridad, pero sí que se notaban. A cada paso uno tropezaba con bloques de grafito. La radiactividad real llegaba a los 15.000 roentgens/h. Por eso el radiómetro del dosimetrista saltaba por encima de las indicaciones máximas.

La conciencia se negaba a aceptar los hechos. Borearon el costado de la sala de máquinas. Bajo la pared del estanque de agua había quince coches de bomberos aparcados. Del tejado de la sala de máquinas llegaba el ruido del incendio. Las llamas eran muy altas. Más que la chimenea de ventilación.

¡Pero, cosa extraña! En la mente del ingeniero jefe de explotación de la planta n.º 4 convivían ahora dos imágenes, dos ideas distintas.

La primera:

«El reactor está bien. Hay que suministrarle agua». La segunda:

«Hay grafito y combustible en el suelo. ¿De dónde ha salido? No se sabe. La radiactividad es salvaje. La siento por dentro».

—¡Ya está! —ordenó Diátlov—. ¡Nos vamos!

Regresaron a la sala de mandos de la planta n.º 4. Gorbachenko volvió a su puesto en el panel dosimétrico. De un momento a otro tenía que aparecer el jefe adjunto del servicio de radioprotección, Krasnozhón.

La dosis total recibida por ambos equivalía a 400 rads. Hacia las cinco de la madrugada comenzaron los vómitos. Su estado empeoró. Se sentían muy débiles, les dolía la cabeza. Sus caras tenían un color marrón oscuro. Era el bronceado nuclear.

Gorbachenko y Diátlov llegaron por su propio pie al pabellón administrativo n.º 1 y de allí los llevaron en ambulancia al ambulatorio...

Testimonio de Alfa Fiódorovna Martinova, esposa de Maryin, jefe del sector de energía nuclear del CC del PCUS.

«A las tres de la madrugada de 126 de abril de 1986, recibimos en casa una llamada interurbana. Procedía de Chernóbil y dijeron querer hablar con mi marido, Maryin Briujánov. Terminada la conversación, Maryin me dijo:

—¡En Chernóbil ha ocurrido un terrible accidente! Pero el reactor está intacto...

»Se vistió rápidamente y pidió el coche. Antes de salir telefoneó a sus

superiores del CC. En primer lugar a Frólishev. Éste llamó a Dolguij. Dolguij a Gorbachov y a los miembros del Politburó. Luego se fue al CC. Me llamó a las ocho de la mañana y me pidió que preparara sus cosas para el viaje: jabón, pasta de dientes, cepillo, toalla, etc.».

A las cuatro en punto de la madrugada del 26 de abril, Briujánov recibió la siguiente orden de Moscú: «Organice la refrigeración constante del reactor nuclear».

El jefe adjunto del servicio de radioprotección, Krasnozhón, sustituyó a Nikolai Gorbachenko en su puesto de dosimetrista. A las preguntas de los operadores sobre el tiempo que podían permanecer trabajando, contestaba siempre lo mismo:

—En la escala de 1.000 microroentgens por segundo se alcanzan las cotas máximas. Se puede trabajar cinco horas, calculando la dosis radiactiva en 25 rems. (Lo cual indica que el jefe adjunto del servicio de radioprotección tampoco logró calcular la intensidad real de la radiación). Akímov y Toptunov subieron varias veces hasta el reactor para ver el funcionamiento del suministro de agua proporcionada por la segunda bomba de emergencia. Pero el fuego no cesaba.

Akímov y Toptunov tenían la piel marrón por el bronceado nuclear, estaban destrozados de tanto vomitar, ya habían sido enviados al ambulatorio Diátlov, Davletbáev, el personal de la sala de máquinas, incluso ya había llegado el jefe de turno de la planta, Vladímir Alexéevich Bábichev, para sustituir a Akímov, pero ni Akímov ni Toptunov quisieron abandonar la central. Sólo cabe inclinarse ante su valor. Porque los dos se autocondenaban a la muerte. Y, sin embargo, todo lo que hacían se derivaba del primer postulado equivocado: «¡El reactor está intacto!». Se negaban a aceptar que el reactor estuviese destruido, que el agua nunca llegaría hasta él, sino que junto con los residuos nucleares bajaría hasta los niveles inferiores, inundando cables y mecanismos de distribución de energía de alta tensión, amenazando con dejar sin corriente a las otras tres plantas de Chernóbil.

«Algo impide que el agua llegue al reactor... —pensaba Akímov—. A lo largo de la tubería debe de haber válvulas cerradas...».

Junto con Toptunov penetraron en el local de la red de alimentación, situado en el nivel +24 de la sección del reactor. El compartimento estaba medio destruido por la explosión. En el extremo opuesto se podía ver el cielo a través de un boquete abierto en el techo. El suelo estaba cubierto de agua mezclada con combustible, la radiactividad llegaba a 5.000 roentgens/h. ¿Cuánto tiempo puede el hombre sobrevivir y trabajar con tanta radiactividad? Sin duda, poco. Pero se daba el caso de un estado como de sobredoping, cuando todas las fuerzas del organismo fueron movilizadas por el sentimiento

de culpabilidad, de responsabilidad ante las personas. Y las fuerzas venían no se sabe de dónde. Tenían que haber muerto ya, pero seguían trabajando...

El aire aquí, al igual que en todas partes dentro y alrededor de la planta n.º 4, era denso y vibrante, saturado del ionizado gas radiactivo, rico en toda clase de radionúclidos de larga duración, expulsados por el reactor destruido.

Manualmente, y con gran dificultad, lograron entreabrir las válvulas reguladoras en dos segmentos de la tubería. Luego subieron, sorteando obstáculos, al nivel 27, y en un pequeño local de tuberías, donde el agua con combustible llegaba casi hasta las rodillas, consiguieron abrir dos válvulas más. Había otras dos válvulas en las tuberías derecha e izquierda, pero ni Akímov ni Toptunov, y tampoco sus acompañantes, Nejáev, Orlov y Uskov, tuvieron ya fuerzas para abrirlas...

El análisis preliminar de la situación y de la actuación del personal después de la explosión demuestra el innegable heroísmo y espíritu de sacrificio de los operadores de turbinas en la sala de máquinas, de los bomberos en el tejado y de los electricistas, guiados por el jefe adjunto de la sección eléctrica, Alexandr Grigórievich Lelechenko.

Esas personas impidieron la propagación del incendio a partir de la sala de máquinas, salvando de ese modo la central en su conjunto.

Para proteger a los jóvenes electricistas del riesgo que suponía el adentrarse en la zona de alta radiactividad, Alexandr Grigórievich Lelechenko fue personalmente tres veces a la sala de electrólisis para desconectar el suministro de hidrógeno a los generadores de emergencia. Podemos formarnos una idea del comportamiento ejemplar y heroico de ese hombre de cincuenta años, quien arriesgó su vida para salvar la de sus jóvenes compañeros, si tenemos en cuenta que la sala de electrólisis estaba situada inmediatamente al lado del área afectada por la explosión, donde la radiactividad alcanzaba de 5.000 a 15.000 roentgens/h. Después, el mismo Lelechenko se adentró en el agua radiactiva que le llegaba hasta las rodillas para comprobar el estado del mecanismo de distribución, intentando suministrar la corriente a las bombas de alimentación...

La dosis total por él recibida equivalía a 2.500 rads. Era suficiente para morir cinco veces.

Sin embargo, después de recibir los primeros auxilios en el ambulatorio de Prípyat (se le suministró el suero), Lelechenko volvió al bloque y trabajó allí varias horas más...

Murió en Kíev, de forma espantosa, entre grandes sufrimientos.

Un indudable heroísmo mostraron también el jefe de turno de la sección

del reactor Valed Ivánovich Perevózchenko, el ajustador Piotr Palamarchuk y el dosimetrista Nikolai Gorbachenko, que se lanzaron a salvar a sus compañeros.

En cuanto a las acciones de Akímov, Diátlov, Toptunov y los que les ayudaron, aun destacando su sacrificio y valentía, hay que decir que no hicieron más que empeorar la situación de emergencia. La falsa valoración de lo ocurrido, «el reactor está intacto», tranquilizó a Briujánov y Fomín, quienes enseguida transmitieron esa versión a Moscú, recibiendo la respuesta inmediata: «¡Suministrar ininterrumpidamente agua al reactor! ¡Refrigerar!», esa orden de Moscú parecía aclarar la situación temporalmente: había que suministrar el agua y todo saldría bien.

Esa orden fue la causa determinante de las acciones de Akímov, Toptunov, Diátlov, Nejáev, Orlov, Uskov y otros que hicieron todo lo posible por conectar la bomba de emergencia y suministrar agua al imaginario reactor «sano y salvo».

La misma idea esperanzadora permitió a Briujánov y a Fomín no volverse locos.

Sin embargo, la reserva de agua de los depósitos desgaseadores se iba agotando (sólo había 480 m³). Entonces fue conectada el agua de la depuradora química y de otros depósitos, con lo que eran dejados sin el agua de reserva las otras tres plantas que seguían funcionando. En ellas, sobre todo en la tercera, se creó una gravísima situación que amenazaba con dejar el núcleo sin refrigeración.

Aquí, por cierto, conviene destacar la profesionalidad del jefe de turno de la planta n.º 3, Yuri Eduárdovich Bagdasárov, quien en el momento de la avería en la planta vecina tenía en su sala de mandos tanto las mascarillas tipo «pétalo», como las pastillas de yodo potásico. En cuanto aumentó la radiactividad, ordenó a todos los operadores que se pusieran las mascarillas y tomaran las pastillas.

Cuando Bagdasárov se dio cuenta de que toda el agua de los depósitos condensadores y de la depuradora había sido desviada a la planta averiada, informó a Fomín que pararía su reactor. Fomín se lo prohibió. Por la mañana Bagdasárov detuvo el funcionamiento de la planta n.º 3 por su cuenta y puso el reactor en régimen de paro paulatino, alimentando el contorno de circulación con el agua del depósito-barbáter. Actuó con determinación y profesionalidad, impidiendo que en su turno se fundiera el reactor n.º 3.

A Moscú: a Maryin del CC del PCUS, al ministro Mayorets, al presidente de la Comisión Atómica, Vereténnikov. A Kíev: al ministro de Energía de Ucrania, Skliárov, al secretario regional del PCUS, Revenko, miles de veces

les fue enviada la misma información: «El reactor está intacto. Le suministramos agua. Explotó el depósito de agua de reserva del sistema de mandos de la defensa en la sala central. La explosión derribó la cúpula. Una persona ha muerto, Valeri Jodemchuk. Vladímir Shashenok tiene quemaduras de primer grado. Se encuentra en estado grave. El nivel de radiactividad no sobrepasa los límites permitidos...».

¡Lo que hay que ver! Claro, que sólo poseían aparatos de 1.000 microroentgens por segundo (3,6 roentgens/h). ¿Pero quién le impidió a Briujánov tener aparatos de medición de mayor escala? ¿Por qué los aparatos necesarios se encontraban cerrados bajo llave y los que tenían los dosimetristas no funcionaban? ¿Por qué Briujánov pasó por alto el informe del jefe de la Protección Civil de la CN, S. S. Vorobiov, y no envió a Moscú y Kíev sus datos sobre la radiactividad?

Está claro que se trataba de un comportamiento cobarde, de miedo a que le exigiesen responsabilidades, y, como consecuencia directa de su incompetencia, la incredulidad ante la perspectiva de semejante catástrofe. Lo que había ocurrido no se encuadraba en su mente. Sin embargo, todo ello sólo explica su actitud, pero no la justifica.

Desde Moscú se le informó a Briujánov que había sido creada una Comisión gubernamental, que el primer grupo de especialistas saldría de Moscú a las nueve de la mañana.

«¡Aguanten! ¡Refrigeren el reactor!».

Fomín, a veces, perdía el control. Caía en estupor, comenzaba a gritar, a lloriquear, a golpear la mesa con los puños y la cabeza, desarrollaba una actividad exagerada y frenética. Su bello y sonoro barítono estaba muy tenso. Presionaba a Akímov y a Diátlov, exigiendo el constante suministro de agua al reactor, lanzaba sin cesar refuerzos frescos para sustituir al personal que abandonaba la planta n.º 4.

Cuando Diátlov fue enviado al ambulatorio, Fomín sacó de casa al ingeniero jefe adjunto de la explotación de la instalación n.º 1, Anatoli Andréevich Sítnikov, y le dijo:

—Eres un experimentado físico. Determina en qué situación se encuentra el reactor. Serás como una persona ajena no interesada directamente en mentir. Te lo pido por favor. Lo mejor es subir al tejado de la torre «B» y desde arriba echar un vistazo a la sala central. ¿De acuerdo?

Sítnikov accedió y caminó hacia su propia muerte. Examinó todo el bloque del reactor, visitó la sala central. Ya allí comprendió que el reactor estaba destruido. Pero pensó que no era suficiente. Subió al tejado del bloque «B» (de química especial) y desde esa altura de vuelo de pájaro examinó el reactor.

Ante sus ojos se abrió un espectáculo de extrema destrucción. La explosión había arrancado la cúpula monolítica de la sala central y los maltrechos restos de los muros de hormigón armado estaban arqueados con los deformes tentáculos de las vigas de acero apuntando para todos lados. Recordaban a una enorme actinia, agazapada a la espera de que alguna víctima se acercase o, incluso, se sumergiese en sus infernales fauces nucleares. Sítnikov procuró alejar esa imagen de su mente y, sintiendo cómo los cálidos tentáculos radiactivos le devoraban la cara, las manos, le quemaban el cerebro y las entrañas, se puso a observar con atención los restos de la sala central. Parecía claro que el reactor había explotado. Pensó que la plancha de la biodefensa superior, con trozos de tuberías mirando en todas direcciones, debió de volar por los aires y al caer de nuevo taponó en ángulo el pozo del reactor. Por los espacios libres a los lados de la plancha salían llamas y mucho calor. Todo el cuerpo de Sítnikov y, sobre todo, su cabeza, estaban siendo bombardeados por los neutrones y los rayos gamma. Sítnikov respiraba el denso gas de radionúclidos, sintiendo que el pecho le ardía cada vez más fuerte, como si dentro alguien estuviese encendiendo una fogata. El fuego se avivaba más y más...

Su cabeza recibió no menos de 1.500 roentgens de radiactividad. La radiación afectó su sistema nervioso central. En el hospital de Moscú su organismo rechazó la médula ósea trasplantada y, a pesar de todos los esfuerzos de los médicos por salvarle la vida, Sítnikov murió...

A las diez de la mañana Sítnikov comunicó a Fomín y Briujánov que en su opinión el reactor estaba destruido. Sin embargo, su informe sólo provocó irritación y no fue tomado en consideración.

El suministro de agua «al reactor» proseguía...

Los bomberos

Como ya he comentado antes, dentro de la planta n.º 4, los primeros en sufrir las consecuencias del cataclismo fueron los operadores de la sala central, Kurguz y Guénrij; el operador de las bombas de circulación, Valeri Jodemchuk; el ajustador, Vladímir Shashenok; el jefe adjunto de la sección de turbinas, Razim Davletbáev, y los maquinistas de la turbina, Brázhnik, Tormozin, Perchuk, Nóvik y Verchinin.

Desde fuera, los primeros en enfrentarse valientemente al fuego fueron los bomberos del mayor Teliátnikov.

En el momento de la explosión, en el parque de bomberos de la zona industrial, situada a quinientos metros del bloque siniestrado, se encontraba de guardia Iván Mijáilovich Shavrei. Nada más producirse la explosión, el equipo de bomberos de Právik se dirigió hacia la central en llamas. Se trataba de un

cuerpo de bomberos militarizados, al mando del teniente Právik. Estaban encargados de vigilar la central nuclear. Casi al mismo tiempo salió de Prípyat el cuerpo de bomberos militarizado n.º 6, al mando del teniente Víctor Kibenok, que se encargaba de la protección contra los incendios en la ciudad.

El comandante del cuerpo de bomberos, Leonid Petróvich Teliátnikov, se encontraba de vacaciones y tenía que volver al trabajo dos días más tarde. Estaba justamente celebrando su cumpleaños con su hermano, cuando le telefonaron del parque de bomberos de la central:

—¡Hay un incendio en la sala de máquinas! —informó el bombero que estaba de guardia—. En la central nuclear sonó la alarma. Está ardiendo el tejado. Enviamos al equipo del teniente Právik. En Prípyat avisamos al equipo del teniente Kibenok para que también venga en nuestra ayuda.

—¡Bien hecho! —contestó Teliátnikov—. Mándame un coche. Saldré enseguida para ahí.

El coche le llevó rápidamente a la central. Después de inspeccionar el incendio, Teliátnikov comprendió enseguida que hacía falta más gente y que debían pedir ayuda de todas partes. Ordenó al teniente Právik que pidiera ayuda a toda la región. Právik envió por radio la llamada n.º 3, por la que debían acudir a la central todos los coches de bomberos de la región de Kíev, independientemente de su localización.

Shavrei y Petrovski aparcaron sus coches en la fila «B» y subieron al tejado de la sala de máquinas por las escaleras mecánicas. Allí reinaba una tormenta de fuego y humo. A su encuentro caminaban los bomberos del equipo n.º 6, que ya se sentían mal. Les ayudaron a llegar a las escaleras mecánicas y volvieron corriendo hasta las llamas...

V. A. Prischepa dio la vuelta con su coche en el ala «A», conectó el hidrante y subió con su pelotón al tejado de la sala de máquinas por la escalera de bomberos. Una vez arriba comprobaron que el revestimiento del techo estaba en malas condiciones. Algunos paneles se habían desprendido, otros se balanceaban. Prischepa bajó para avisar a sus compañeros. Se encontró con el mayor Teliátnikov y le informó de la situación. Éste respondió:

—Montad un puesto de vigilancia de campaña y no lo abandonéis hasta la victoria.

Así lo hicieron. Junto con Shevrei y Petrovski, Prischepa permaneció en el tejado de la sala de máquinas hasta las cinco de la madrugada. Luego se sintieron muy mal. Mejor dicho, mal se habían sentido enseguida, pero lo soportaban pensando que era por culpa del calor y del humo. Pero hacia las cinco de la mañana se sintieron demasiado mal, mortalmente mal. Entonces decidieron bajar. El incendio para entonces ya estaba sofocado...

Cinco minutos después de la explosión, en el lugar de la avería también se encontraba ya el coche de Andrei Polkóvnikov. Preparó el automóvil para el bombeo de agua. Polkóvnikov subió al tejado un par de veces para transmitir las órdenes de Teliátnikov...

Právik llegó el primero al lugar de la catástrofe, por eso su equipo fue enviado a sofocar el incendio en el tejado de la sala de máquinas. El equipo de Kibenok, que llegó más tarde, se encargó de la sección del reactor. Allí había fuego a distintos niveles. La sala central ardía por cinco sitios diferentes. Kibenok, Vaschuk, Ignatenki, Titenok y Tischura se lanzaron a combatir esas llamas. La lucha contra el fuego se llevaba a cabo en un verdadero infierno nuclear. Una vez extinguidos los focos en los compartimentos de los separadores y en la sala central, sólo quedaba el último y el más importante de todos: el foco del reactor. Al principio, apuntaron sus mangueras de agua al núcleo, de donde salían las llamas. Pero el agua es impotente frente al fuego nuclear. No se pueden apagar los neutrones y los rayos gamma con agua...

En ausencia de Teliátnikov, el teniente Právik se encargó de dirigir la extinción del incendio. Personalmente investigó hasta el último detalle. Se acercó varias veces al reactor, se subió al tejado del ala «V» (nivel 71), para apreciar desde allí el cuadro general de la situación y determinar mejor la táctica a seguir. Cuando llegó Teliátnikov, Právik se convirtió en su mano derecha, en su primer ayudante.

Había que detener el avance del fuego en las direcciones decisivas. Teliátnikov envió una sección de bomberos a la sala de máquinas, otras dos impedían la propagación de las llamas a la planta del reactor n.º 3, encargándose igualmente de apagar las llamas en la sala central.

Después de escuchar el informe de Právik, Teliátnikov subió varias veces al nivel 71 para ver mejor la dirección de las llamas. La situación cambiaba a cada minuto.

El betún ardiendo y el espeso humo tóxico dificultaban la visión. Impedían respirar normalmente. En cualquier momento podían aparecer más llamas inesperadas o derrumbarse las estructuras. En total, entre la sección del reactor y el tejado de la sala de máquinas, fueron sofocados treinta y siete focos de incendio.

Hacía un calor insoportable, pero los bomberos se dirigían valientemente a ese infierno. El humo irritaba sus ojos, el betún fundido se pegaba a sus botas, los cascos se llenaban de ceniza radiactiva del grafito y de ceramsita.

Leonid Shavrei, del equipo de Právik, se encontraba de guardia en el tejado del ala «V», vigilando que el fuego no se extendiera. Hacía un calor terrible. Dentro y fuera. Nadie pensaba en la radiación. Era un incendio como otro

cualquiera, nadie notaba nada anormal. Shavrei incluso se quitó el casco. Se estaba sofocando, sentía presión sobre el pecho, la tos le ahogaba. Pero uno tras otro comenzaron a retirarse los bomberos. Tenían vómitos, mareos, desmayos. Aproximadamente a las tres y media de la madrugada, Teliátnikov bajó a la sala de mandos para hablar con Akímov. Informó de la situación en el tejado. Dijo que sus muchachos se sentían indispuestos. ¿No sería la radiación? Pidió que viniera el dosimetrista. Llegó Gorbachenko. Comunicó que la situación radiactiva era confusa. Envió a su ayudante Psheníchnikov para que acompañara a Teliátnikov.

Subieron por el área de escaleras y ascensores, al final de la cual había una puerta que salía al tejado. Pero no consiguieron abrirla. Entonces bajaron al nivel 0 y salieron a la calle. Teliátnikov ya se sentía muy mal: su cara era de color marrón oscuro, tenía vómitos, le dolía la cabeza. Creía que era por el humo y el calor del incendio. De todas formas... Quería saberlo con certeza.

Psheníchnikov tenía un radiómetro de 1.000 microroentgens por segundo. En todas partes, arriba, abajo y en el tejado, las indicaciones llegaban al máximo, pero era imposible determinar la radiactividad real. La escala de su radiómetro era de 3,6 roentgens/h. En los distintos lugares del tejado, la radiación fluctuaba entre 2.000 y 15.000 roentgens. Y es que el tejado se había incendiado al caerle encima grafito y combustible ardiendo. Al mezclarse con el betún fundido, se convirtió en un amasijo altamente radiactivo, que es lo que pisaban los bomberos.

Abajo, en el suelo, la situación no era mejor. Además del grafito y los fragmentos del combustible, había una capa tóxica formada por el polvo radiactivo que se desprendió de la nube nuclear tras la explosión. El conductor V. V. Bovlav cuenta:

«Recibí la orden de dirigirme al emplazamiento del teniente Jmélik. Llegué allí. Aparqué el coche, conecté el suministro de agua. Mi coche estaba como nuevo, acababa de salir del taller de reparación, todavía olía a pintura fresca. Los neumáticos también eran nuevos, de recambio. Sólo que cuando llegaba ya al bloque, oí que algo estaba golpeando la rueda delantera derecha. Me asomé para verlo. Ya lo suponía: un trozo de armazón se había clavado en el neumático y estaba rozando el guardabarros. Maldita sea. Me dio una rabia que casi se me saltan las lágrimas. Qué lástima, el coche acababa de salir del taller. No lo puedo permitir, pensé. Salí del coche y arranqué el maldito armazón. No quería salir. Perdí algún tiempo sacándolo... Y como consecuencia, fui a parar al hospital de Moscú con graves quemaduras radiactivas en las manos... Si llego a saberlo me hubiera puesto los guantes... Así son las cosas...».

Los primeros en abandonar fueron Kibenok y sus bomberos. Con ese

primer grupo también fue evacuado el teniente Právik...

Hacia las cinco de la madrugada, el incendio había sido apagado. Pero la victoria había costado muy cara. Diecisiete bomberos, entre ellos Kibenok, Právik y Teliátnikov, fueron enviados al ambulatorio y el mismo día por la tarde, a Moscú...

En total, a la central acudieron cincuenta coches de bomberos desde Chernóbil y otros distritos de la región de Kíev. Aunque el trabajo principal ya había finalizado...

En aquella noche fatal y heroica, en el ambulatorio de Prípyat se encontraba de guardia el médico pediatra Belokón. Se encontraban de guardia también dos equipos de enfermeros y el practicante Skachok. Belokón había ido a ver a un enfermo cuando llamaron de la central. A la llamada acudió el practicante Alexandr Skachok.

A la una y cuarenta y dos minutos, Skachok telefoneó desde la central, informando que había un incendio, que llegaba gente con quemaduras y que se necesitaba un médico. Belokón, con el chófer Gumarov, se dirigió a la central. Se llevó también dos ambulancias de reserva. Por el camino se encontraron con el coche de Skachok que llevaba la luz de alarma encendida. Como averiguaron luego, Skachok llevaba a Vladímir Shashenok.

La puerta de la enfermería del pabellón administrativo n.º 1 estaba cerrada. La forzaron... Belokón se acercó varias veces a las plantas n.º 3 y n.º 4. Andaba pisando grafito y combustible. Desde el tejado bajaron en muy mal estado Titenok, Ignatenko, Tischura y Vaschuk. Belokón les prestaba los primeros auxilios, principalmente les inyectaba calmantes y los enviaba al ambulatorio. Los últimos en abandonar las llamas fueron Právik, Kibenok y Teliátnikov. A las seis de la madrugada Belokón se sintió mal, a su vez, y fue trasladado al ambulatorio.

Lo primero que le llamó la atención cuando vio a los bomberos fue su estado de excitación, tenían los nervios a flor de piel. Nunca había tropezado con nada semejante. Por eso les inyectaba el calmante. Como se supo luego, se trataba de la rabia radiactiva, que afecta al sistema nervioso, creando una falsa euforia, que después deja paso a una profunda depresión...

Testimonio de Guennadi Alexándrovich Shasharin, exviceministro de Energía y Electrificación de la URSS:

«Cuando se produjo la catástrofe me encontraba en Yalta, en un sanatorio. A las tres de la madrugada del 26 de abril de 1986, sonó el teléfono en mi habitación. Llamaban desde nuestra sucursal de Yalta informándome que en la CN de Chernóbil había ocurrido un grave accidente, que fui nombrado presidente de la Comisión gubernamental y que debía dirigirme urgentemente

a Prípyat, al lugar de la avería.

»Me vestí rápidamente, fui donde el administrador de guardia del sanatorio y le pedí que me comunicara con el encargado en Simferópol y también con la Unión Industrial de energética nuclear en Moscú. G. A. Vereténnikov ya estaba allí (eran cerca de las cuatro de la madrugada). Le pregunté:

—¿Bajaron las barras de la protección de emergencia? ¿Suministran agua al reactor?

—Sí —contestó Vereténnikov.

»Luego, la administradora del sanatorio me trajo un télex firmado por el ministro Mayorets. Indicaba que el vicepresidente del Consejo de Ministros de la URSS, B. E. Scherbina, fue nombrado presidente de la Comisión gubernamental y que yo debía de estar en Prípyat el 26 de abril. Tenía que salir en avión inmediatamente.

»Hablé con el encargado de Kievenergo, le pedí que me enviara un coche para las siete de la mañana y que me reservara un billete para volar a Kíev.

»A las siete de la tarde llegó el coche y me dirigí a Simferópol, después de unas vacaciones de tan sólo cinco días. Serían las nueve y pico cuando llegué a Simferópol. El avión para Kíev salía a las once de la noche, tenía tiempo de sobra, así que visité el Comité regional del PCUS. Allí no sabían nada. Se mostraban preocupados por la construcción de una CN en Crimea.

»Llegué a Kíev a la una de la madrugada. Allí el ministro de Energía de Ucrania, Skliárov, me dijo que de un momento a otro aterrizaría Mayorets con su equipo; debíamos esperarle...».

Testimonio de Víctor Grigórievich Smaguin, jefe de turno de la planta n.º 4:

«Tenía que sustituir a Akímov a las ocho de la mañana del 26 de abril de 1986. Dormí muy bien aquella noche y no oí las explosiones. A las siete de la mañana me desperté y salí al balcón a fumarme un cigarrillo. Vivo en la planta 14, desde la que se ve muy bien la central nuclear. Miré hacia la central y enseguida comprendí que la sala central de mi querida planta n.º 4 estaba destruida. Sobre la planta se elevaban llamas y fuego. Entendí que la cosa iba muy mal. Corrí al teléfono para llamar a la sala de mandos, pero la línea ya estaba cortada, por lo visto, para impedir salida de información. Me dispuse a salir. Mandé a mi mujer que cerrara bien las ventanas y las puertas y que no dejara salir a los niños. Le dije que ella tampoco saliera a la calle, que estuvieran todos en casa esperando a que yo volviera...

»Salí corriendo a la calle hacia la parada del autobús. Pero el autobús no llegaba. Al poco rato me enviaron un “todoterreno”, dijeron que no me

llevarían al pabellón administrativo n.º 2, como de costumbre, sino al n.º 1, donde está el primer reactor.

»Llegamos al pabellón administrativo n.º 1. Allí ya estaba todo acordonado por la policía. No dejaban entrar. Entonces enseñé mi carnet de jefe del personal operativo y me dejaron pasar, aunque con desgana.

»Cerca del pabellón n.º 1 me encontré con los subdirectores de Briujánov, V. I. Gundar e I. N. Tsarenko, que se dirigían al búnker. Ellos me dijeron:

—Vitali, ve a la sala de mandos de la planta n.º 4, sustituye a Bábichev. Él sustituyó a Akímov a las seis de la madrugada, ya debió de coger radiación... No olvides cambiarte de ropa en la sala de conferencias...

»Si hay que cambiarse aquí —pensé—, es que en el pabellón administrativo n.º 2 hay radiactividad...».

»Subí a la sala de conferencias. Allí había ropa amontonada: monos, botas especiales, mascarillas respiratorias tipo “pétalo”. Mientras me estaba cambiando, pude ver por los cristales a un general del Ministerio del Interior (era el viceministro de Asuntos Interiores de Ucrania, G. M. Berdov), que se dirigía al despacho de Briujánov.

»Me cambié rápidamente, sin saber todavía que de la planta n.º 4 iría directamente al ambulatorio con un fuerte bronceado nuclear y una dosis de 280 rads. Pero, mientras, tenía mucha prisa, me puse el traje protector, las botas, el gorro, el “pétalo-200” y corrí por el largo pasillo de la instalación desgaseadora (común para las cuatro plantas) en dirección a la sala de mandos n.º 4. Cerca de donde estaba el ordenador “Skalá” tropecé con un hundimiento, caía agua y había vapor. Miré a la sala del ordenador. Desde el techo caía agua sobre los estantes con aparatos. Entonces no sabía aún que el agua era muy radiactiva. El local estaba vacío. Proseguí mi camino. Llegué a la sala de dosimetría. Vi al jefe adjunto del servicio de radioprotección, Krasnozhón. Gorbachenko no estaba. Por lo visto, ya había sido evacuado o andaba en otro lugar de la planta. Dentro se encontraba también el jefe de turno de noche de los dosimetristas, Samóilenko. Krasnozhón y Samóilenko se insultaban mutuamente. Presté atención y comprendí que discutían porque no podían determinar el nivel de radiactividad. Samóilenko insistía en que era muy elevada, en tanto que Krasnozhón decía que se podía trabajar en turnos de cinco horas calculando la dosis en 25 rems.

—¿Cuánto tiempo se puede trabajar, tíos? —pregunté, interrumpiendo su discusión.

—La radiación es de 1.000 microroentgens por segundo, o sea, 3,6 roentgens por hora. ¿Se puede trabajar cinco horas calculando la dosis recibida en 25 rems!

—Mentira —resumió Samóilenko.

»Krasnozhón se enfureció de nuevo.

—¿Es que no tenéis otros radiómetros? —pregunté.

—Tenemos en el almacén, pero fue sepultado por la explosión. Los jefes no han previsto un accidente como éste.

«¿Y vosotros es que no sois jefes?» —pensé y seguí mi camino.

»Todos los cristales de la instalación desgaseadora habían sido arrancados por la onda explosiva. Olía fuertemente a ozono. El organismo sentía que la radiación era alta. Y todavía dicen que no hay órganos que la detecten. Por lo visto, sí que los hay. Dentro de mí comenzó a surgir una sensación de pánico instintivo, pero logré dominarme y controlarla. Ya había salido el sol y por las ventanas se podían ver montones de escombros. Todo el asfalto estaba cubierto de algo negro. Me fijé y ¡vaya, pero si es el grafito del reactor! ¡Estamos buenos! Comprendí que el reactor se había ido al cuerno. Pero mi mente aún no conseguía abarcar la situación en su conjunto.

»Entré en la sala de mandos. Dentro se encontraba Vladímir Nikoláevich Babichev y el adjunto del ingeniero jefe de la sección científica, Mijaíl Alexéevich Liútov. Liútov estaba sentado en la mesa del jefe de turno de la planta.

»Le dije a Bábichev que vine a sustituirlo. Eran las siete y cuarenta minutos. Bábichev respondió que había entrado a trabajar hacía sólo hora y media y que se sentía bien. En casos así, los del turno siguiente deben ponerse a las órdenes del anterior.

—Akímov y Toptunov todavía siguen aquí —dijo Bábichev—, están en la sala 712, del nivel 27, abriendo las válvulas en la tubería de agua que va al reactor. Les están ayudando el ingeniero jefe de la instalación n.º 1, Nejáev; el ingeniero jefe de explotación de la sección del reactor de la instalación n.º 1, Uskov, y el jefe adjunto de la sección del reactor de la instalación n.º 1, Orlov. Víctor, ve a sustituirles. Están muy mal...

»El ingeniero jefe adjunto de la sección científica, Liútov, estaba sentado sujetándose la cabeza con ambas manos y repetía sin cesar:

—Decidme, muchachos, la temperatura del grafito en el reactor... Decídmela y os explicaré todo...

—¿A qué grafito se refiere, Mijaíl Alekséevich? —pregunté extrañado—. Casi todo el grafito está en la tierra. Mire... Ya ha amanecido. Yo lo he visto.

—¿Pero qué dices? —preguntó Liútov asombrado y desconfiado—. Es imposible imaginar una cosa así.

—Vayamos a verlo —propuse.

»Salimos al pasillo del desgaseador y entramos al local en el que se hallaba el sistema de mandos de reserva que quedaba más cerca del lugar del hundimiento. Allí también se habían roto los cristales debido a la explosión y crujían y restallaban bajo nuestros pies. El aire, cargado de radionúclidos de larga duración, era espeso y punzante. Del lugar del hundimiento provenía un bombardeo directo con rayos gamma de una intensidad de 1.500 roentgens por hora. Pero entonces yo desconocía esa circunstancia. Quemaba los párpados, la garganta, resultaba difícil respirar. El rostro despedía un calor interior, la piel se reseca y se estiraba...

—Mire —le dije a Liútov—, todo está negro de grafito...

—¿Acaso es esto grafito? —Liútov no podía dar crédito a lo que veían sus ojos.

—¿Qué es si no? —exclamé indignado, pero en el interior de mi alma tampoco deseaba creer lo que veía. No obstante, ya había comprendido que, debido a la mentira, estaba muriendo inútilmente gente y que ya era hora de reconocerlo.

»Con furiosa terquedad, acalorado por la radiación, seguía demostrándole a Liútov:

—¡Mire! Son bloques de grafito. Es fácil distinguirlos. Ése es el bloque con “papá” (con un saliente) y aquél es “mamá” (con una cavidad). Y los agujeros en el centro para el canal tecnológico. ¿Es posible que no lo vea?

—Sí, lo veo... ¿Pero es realmente grafito? —seguía dudando Liútov.

Esa ceguera en la gente siempre me había puesto furioso. ¡Ver sólo lo que te conviene! ¡Pero si se trata de un desastre! ¿Entonces, qué es esto? —le gritaba yo al jefe—.

—¿Cuánto hay aquí? —dijo volviendo en sí, por fin, Liútov.

»¡Esto no es todo...! Si hubo expulsión fue en todas las direcciones. Pero no todo está a la vista... Yo a las siete de la mañana vi desde el balcón de mi casa fuego y humo que salían del suelo de la sala central...

»Regresamos al local en el que se hallaba el sistema de mandos. Allí también había un fuerte olor a radiactividad y me di cuenta de que parecía como si viese nuestro familiar sistema de protección de los mandos n.º 4 por primera vez: sus paneles, dispositivos, cuadros de mando, las pantallas, todo estaba muerto. Las agujas de los dispositivos indicadores estaban quietas, fuera de las escalas o a cero. Callaba el sistema “Skalá”, que durante el funcionamiento del reactor proporcionaba el destello constante de los parámetros. Todos esos diagramas y destellos esperan ahora su hora. En ellos

se han solidificado las curvas del proceso tecnológico, las cifras, testigos mudos de la tragedia nuclear. Pronto los cortarán, pensaba yo, y como el más preciado tesoro los enviarán a Moscú para analizar lo sucedido. A Moscú serán enviados también los registros operativos del sistema de mandos y de todos los puestos de trabajo. Más tarde, a todo eso lo llamarán “saco de papeles”, pero ahora... Sólo doscientos once indicadores Selsyn de las barras absorbentes sobresalían nítidamente sobre el fondo muerto de los cuadros de mando. Estaban iluminados desde adentro por lámparas de emergencia para la iluminación de las escalas. Las agujas de los Selsyn se pararon en posición de 2,5 metros, sin haber llegado a la parte inferior de 4,5 metros.

»Abandoné la sala de mandos n.º 4 y corrí escalera arriba hasta el nivel n.º 27 para relevar a Toptunov y Akímov en el local n.º 712. Durante el trayecto me encontré con Tolia Sítnikov, que bajaba. Estaba mal, tenía la piel de un color marrón oscuro debido al bronceado nuclear y vómitos permanentes. Venciendo la debilidad y las náuseas, me dijo:

—He revisado todo... Por indicación de Fomín y Briujánov... Están seguros de que el reactor está intacto... Estuve en la sala central, en el techo de la torre «V». Hay mucho grafito y combustible... Observé desde arriba el reactor. Me parece que está destruido... Bulle el fuego... No quiere uno creerlo... Pero es necesario...

»Ese “me parece” revelaba el terrible sentir de Sítnikov. Él, un físico nuclear, no quería creer hasta el final, no creía lo que sus ojos habían visto. A lo largo de toda la historia del desarrollo de la energía nuclear, “eso” había sido lo más temido, e intentaban encubrir ese miedo. Y “eso” había sucedido...

»Sítnikov continuó su descenso tambaleándose, mientras que yo corrí hacia arriba. El umbral de la puerta de acceso al local 712 es alto, se eleva aproximadamente trescientos cincuenta milímetros del suelo. Todo el local está inundado de agua por encima de ese umbral. De allí salieron Akímov y Toptunov hinchados, con las caras y las manos de color marrón oscuro (como reveló el chequeo médico en el ambulatorio médico-sanitario, el resto del cuerpo tenía el mismo color. La ropa no es un obstáculo para los rayos). La expresión de sus rostros era de abatimiento. Tenían inflamados los labios y la lengua... Hablaban con dificultad. El jefe de turno de la planta, Akímov, y el ingeniero jefe del mando del reactor, Leonid Toptunov, experimentaban terribles sufrimientos, pero también la sensación de perplejidad y culpa.

—No entiendo nada —dijo Akímov moviendo la lengua con dificultad—, lo hacíamos todo correctamente... Por qué... Oh, Vitia, qué mal me siento... Estamos en las últimas... Creo que hemos abierto las válvulas por orden... Comprueba la tercera en cada hilo...

»Se fueron abajo y yo entré en el pequeño local 712, de unos ocho metros cuadrados de superficie. En él se hallaba una gruesa tubería que se dividía en dos conductos o hilos, como los llamaban los técnicos de explotación, con un diámetro de doscientos milímetros cada uno. Cada uno de esos dos conductos tenía tres válvulas y éstas eran las que habían abierto Toptunov y Akímov. Akímov creía que por esa tubería el agua pasaba de la bomba de suministro al reactor... En realidad, el agua no iba a parar al reactor, sino que se derramaba al local situado debajo de la sala de mandos y de allí se esparcía cubriendo los entresijos en los que se hallaban los cables y las instalaciones eléctricas, empeorando con ello todavía más la situación...

»Es extraño, pero la mayoría de los operadores, incluyéndome a mí mismo, hacíamos pasar en esas descabelladas horas lo deseado por la realidad.

»¡El reactor está intacto!». Esa falsa, pero salvadora idea, que tranquilizaba nuestra alma y nuestro corazón, hipnotizó a muchos aquí, en Prípyat, en Kíev e incluso en Moscú, de donde llegaban órdenes cada vez más estrictas e insistentes:

—¡Bombeen agua al reactor!

»Esas órdenes resultaban tranquilizadoras, infundían seguridad, dinamismo, daban fuerzas allí donde, según todas las leyes biológicas no debían ya de existir...

»La tubería en el local 712 estaba semiinundada y el agua irradiaba cerca de 1.000 roentgens por hora. Todas las válvulas automáticas estaban despuntadas. Había que darles vuelta a mano, y eso significaba muchas horas de trabajo. Así es como Akímov y Toptunov estuvieron varias horas abriéndolas y recibiendo dosis fatales de radiación. Comprobé las aperturas. Empecé a revisar las terceras por orden, pero también estaban estropeadas. Seguí abriendo otras. Estuve dentro del local unos veinte minutos y recibí una dosis de 280 rads.

»Bajé a la sala donde se hallaba el sistema de mandos de la planta y reemplacé a Báichev. Conmigo se hallaban en el local del sistema de defensa de los mandos: los ingenieros encargados del sistema de mandos, Gashímov y Breus; el ingeniero encargado del mando de la turbina, Sasha Cheraniov; su sustituto, Bakáev; el jefe de turno de la sección del reactor, Seriozha Kamishni. Éste corría de un lado para otro por toda la sección, sobre todo por el desgaseador, para cerrar los dos depósitos desgaseadores de la izquierda, desde los cuales el agua se introducía en la bomba de alimentación destruida. Pero no consiguió cerrarlos. Las válvulas eran de sesenta milímetros de diámetro y, después de la explosión, el desgaseador se separó del monolito aproximadamente medio metro, rompiendo las varillas de acceso. Resultaba imposible manejar las válvulas incluso de forma manual. Intentamos

reconstruirlas, reajustarlas, pero los elevados campos-gamma nos lo impidieron. Las personas tenían que abandonar. A Kamishni le ayudaban el primer maquinista de la turbina, Kovaliov, y el ajustador, Kozlienko...

»Afortunadamente, a las nueve de la mañana dejó de funcionar la bomba de alimentación de emergencia. Cesó la inundación de los fundamentos y se acabó el agua en los desgaseadores.

»Yo estaba todo el tiempo sentado al teléfono. Mantenía la comunicación con Fomín y Briujánov, y ellos con Moscú. Se enviaba a Moscú el informe: “Bombeamos agua al reactor”. De allí llegaba la orden: “¡No dejen de suministrar agua!”. Pero el agua se había acabado.

»En la sala de mandos había una contaminación de 5 roentgens por hora y en toda la zona alcanzada por los escapes del hundimiento la contaminación era todavía mayor. Pero no había aparatos de medición. No sabíamos nada con exactitud. Le comuniqué a Fomín que el agua se había acabado y a él le entró pánico: “¡Suministren agua!” —gritaba—. ¿De dónde iba a sacarla?

»Fomín buscaba desesperadamente una salida y por fin la encontró. Envió al ingeniero adjunto del jefe de los nuevos bloques de la central, Leonid Konstantínovich Vodolazhko, y al jefe de turno de la planta, Bábichev, al que yo había relevado, para que organizaran el suministro de agua a los depósitos de condensación pura (tres depósitos con una capacidad de mil metros cúbicos cada uno), para después, con la ayuda de las bombas de emergencia, bombearla al reactor. Afortunadamente, esa aventura de Fomín no tuvo éxito...

»Sobre las dos de tarde abandoné el sistema de mandos de la planta n.º 4. Me sentía ya muy mal: tenía vómitos, dolor de cabeza, mareos, un estado de semiinconsciencia. Me bañé y cambié de ropa en la unidad sanitaria de control y me fui al edificio en el que se hallaba la enfermería de turno n.º 1. Allí ya había médicos y enfermeras...».

Mucho más tarde, el 26 de abril, las nuevas unidades de bomberos que llegaron a Prípyat bombearían el agua de los bajos en el que se hallaba la red de cables de la central nuclear. La trasvasarían al pantano de refrigeración, en el que la reactividad del agua en toda su superficie, de 22 km², alcanzaría un nivel del 6º Curie por litro, o sea, la misma radiactividad que poseía el agua del circuito principal durante el funcionamiento del reactor nuclear...

Como ya ha sido dicho, Fomín y Briujánov no creyeron a Sítnikov cuando les dijo que el reactor estaba destrozado. Tampoco creyeron al jefe del Estado Mayor de la defensa civil de la central nuclear, Vorobiov, cuando les avisó de que los cambios radiactivos eran muy elevados y le aconsejaron que tirase a la basura sus radiómetros. No obstante, en lo más profundo de Briujánov brilló

una idea sensata. En el fondo de su alma aceptó la información de Vorobiov y Sítnikov y, por si acaso, pidió permiso a Moscú para evacuar la ciudad de Prípyat. Pero B. E. Scherbina, con el que se comunicó por teléfono su consejero, L. P. Drach, ya que Scherbina se hallaba en ese momento en la ciudad de Barnaúl, envió una orden clara:

—¡Que no se siembre el pánico! ¡Hasta que no llegue la Comisión gubernamental, que no se lleve a cabo la evacuación!

La euforia nuclear, la tragedia, la situación catastrófica privaron a Briujánov y Fomín de la razón. Cada hora Briujánov informaba a Moscú y a Kíev que la radiación en Prípyat y los alrededores de la central nuclear estaba dentro de los límites de normalidad, que la situación estaba controlada por completo y que al reactor se le suministraba agua de refrigeración...

Cuando la bomba de suministro de agua dejó de funcionar Fomín desarrolló una febril actividad para conseguir otras fuentes de suministro de agua.

Como ha testimoniado V. G. Smaguin, Fomín envió al ayudante del ingeniero jefe de la planta n.º 5 en proceso de construcción, Vodolazhko, y al jefe de turno, Bábichev, que no había tenido tiempo de irse al ambulatorio médico, para que garantizaran el suministro y el acopio del agua contra incendios en tres depósitos, con capacidad cada uno de ellos de 1.000 m³ de condensado puro. Los depósitos estaban ensamblados en la parte exterior, junto a los sistemas auxiliares de la sala del reactor, al lado mismo del hundimiento. Desde allí debían bombearla al reactor que ya no existía. Esa férrea terquedad, que semejaba el comportamiento maniaco de un loco, sólo podía provocar un grave daño: nuevas inundaciones en los niveles inferiores y nueva radiación de más y más personas, puesto que toda la planta n.º 4 estaba sin corriente eléctrica, los dispositivos de distribución se hallaban inundados, no se podía conectar ni un solo mecanismo y todo eso iba acompañado de una fuerte radiación del personal. Por todas partes había campos radiactivos que iban desde los 800 roentgens hasta los 15.000 roentgens por hora, pero los aparatos disponibles podían medir el nivel de radiación solamente hasta 4 roentgens por hora...

En el ambulatorio médico había unas cien personas. Era hora de recobrar la razón. Pero, la locura de Briujánov y Fomín continuaba: «¡El reactor está intacto! Suministren agua al reactor».

Testimonios

El 26 de abril por la mañana temprano se constituyó en Moscú el primer grupo de especialistas que debían salir para Kíev en un vuelo especial desde el aeropuerto de Buíkovo. Durante la noche, el ingeniero jefe del Departamento

de Energía nuclear del Comité estatal para el uso pacífico de la energía nuclear, Borís Yákovlevich Prushinski, estuvo llamando por teléfono y reuniendo a la gente.

En Moscú se estaba preparando también un segundo grupo de más alto nivel con representantes del Comité Central del PCUS y del Gobierno, en el que entraban también el ayudante principal del fiscal general de la URSS, Y. N. Shadrin; el jefe de la defensa ciudadana del país, el coronel-general B. P. Ivanov; el comandante de las tropas químicas, el coronel-general V. K. Pikálov, así como ministros, académicos, mariscales... Ese grupo debía partir en un vuelo especial a las once de la mañana del 26 de abril de 1986, pero las dificultades surgidas a la hora de reunir el grupo, ya que eran días festivos, hicieron que el vuelo se aplazase hasta las cuatro de la tarde.

Entre tanto, la ciudad de los ingenieros nucleares, Prípyat, despertaba. Casi todos los niños fueron a la escuela...

Testimonio de Liudmila Jaritónovna, ingeniero principal de la sección de producción y distribución de la dirección de la construcción de la central nuclear de Chernóbil:

«El sábado día 26 de abril de 1986, ya todos nos estábamos preparando para las fiestas del 1.º de Mayo. Hacía un día templado y agradable. La primavera. Los árboles en flor. Mi marido, jefe de la sección de ventilación, después del trabajo, se proponía ir con los niños a la dacha. Yo en la mañana hice la colada y tendí la ropa en la terraza. Por la tarde ya se habían acumulado en la ropa millones de radionúclidos. Entre los obreros de la construcción y los mecánicos nadie sabía nada a ciencia cierta. Después se filtró algo acerca de la avería y el incendio en la planta n.º 4. Pero nadie sabía qué era exactamente lo que había sucedido...

»Los niños fueron al colegio, los pequeños jugaban en el patio, en la arena, o andaban en bicicleta. Todos ellos, aquella misma tarde del 26 de abril, tenían en el cabello y la ropa una elevada dosis de radiactividad, pero nosotros no lo sabíamos. No lejos de nosotros vendían en la calle unos buñuelos muy ricos y muchos los compraban. Era un día festivo habitual...

»Los obreros de la construcción fueron a trabajar, pero pronto los enviaron a casa, a eso de las doce de la mañana. Mi marido también fue al trabajo. Cuando regresó al mediodía a comer me dijo: “Hay una avería, no dejan pasar. Toda la central está acordonada...”.

»Decidimos irnos a la dacha, pero a las afueras de la ciudad los puestos de la milicia no nos permitieron pasar. Regresamos a casa. Es extraño, pero seguíamos percibiendo lo ocurrido como algo ajeno a nuestras vidas privadas. Porque ya antes había habido averías, pero tuvieron que ver sólo con la misma

central nuclear...

»Después del mediodía empezaron a lavar la ciudad. Pero tampoco eso llamó la atención. Era una cosa corriente en un caluroso día de verano. Los camiones que lavan la ciudad en verano no son cosa inusual. Reinaba un ambiente normal, pacífico. Sólo me fijé sin prestar atención en la espuma blanca que había en las cunetas, pero no le di importancia. Pensé: “el agua sale a fuerte presión...”.

»Un grupo de niños de la vecindad se dirigió en bicicleta al puente del viaducto, desde allí se veía bien la planta averiada, del lado de la estación del ferrocarril Yánov. Ese lugar, como supimos más tarde, era el de mayor contaminación en la ciudad, porque por allí había pasado la nube radiactiva. Pero eso se hizo evidente después. Entonces, la mañana del 26 de abril, a los chicos simplemente les resultaba interesante ver cómo ardía el reactor. Esos niños desarrollaron más tarde una grave radiotoxemia.

»Después del almuerzo nuestros hijos regresaron de la escuela. Les habían advertido de que no salieran a la calle y que en casa hicieran una limpieza húmeda. Entonces, por primera vez, comprendimos que se trataba de algo serio.

»Sobre la propia avería la gente fue enterándose a diferente hora, pero avanzada la tarde del 26 de abril ya lo sabían casi todos. No obstante, la reacción era de tranquilidad, ya que todas las tiendas, escuelas y oficinas funcionaban. Eso quiere decir, pensábamos nosotros, que la cosa no es tan grave.

»Hacia la noche, la situación se hizo más alarmante. No se sabía de dónde provenía esa alarma, si del interior del alma o del aire en el que empezó a percibirse un fuerte olor metálico. No puedo definirlo con exactitud, pero era metálico.

»Por la noche el fuego arreció. Dijeron que ardía el grafito. La gente veía las llamas desde lejos, pero no le prestaban mucha atención.

—Algo arde...

—Los bomberos lo han apagado...

—De todos modos, arde...».

Mientras, en la plataforma industrial, a trescientos metros de la planta hundida, en la oficina de montaje hidroeléctrico, el guardián, Danila Teréntievich Miruzhenko, esperó a que dieran las ocho de la mañana y, puesto que el jefe de la administración no contestaba a sus llamadas telefónicas, decidió caminar kilómetro y medio hasta la Dirección de la construcción y comunicarle al jefe lo que había visto durante la noche. Nadie había ido a

relevarle en la mañana. Tampoco le había telefonado nadie para decirle qué debía hacer. Así que cerró con llave la oficina y se fue a pie a la Dirección de la obra. Se sentía ya muy mal. Empezaron los vómitos. En el espejo vio que durante la noche se había bronceado mucho sin que le diera el sol. Además, mientras iba a la Dirección de la obra, durante algún tiempo caminó siguiendo el rastro de la fuga radiactiva.

Cuando llegó a la Dirección la encontró cerrada. No había nadie. Al fin y al cabo era sábado.

Junto a la entrada había un hombre desconocido. Al ver a Miruzhenko le dijo:

—Vete, abuelo, rápidamente, al ambulatorio médico. Estás muy malo.

Miruzhenko logró a duras penas llegar hasta el ambulatorio.

El chófer del jefe de la empresa de instalaciones eléctricas Anatoli Víctorovich Trapikovski, muy aficionado a la pesca, en la mañana muy temprano del 26 de abril, se dirigía en el coche de servicio hacia el canal para pescar alevines y luego percas. Pero no consiguió llegar al canal por el camino habitual. Estaba cerrado por la milicia. Entonces dio la vuelta e intentó acercarse al canal desde el lado opuesto, pero también allí había un cordón policial. Por una vereda apenas perceptible atravesó el bosque y logró salir al canal. Se acomodó para iniciar la pesca. Los pescadores que habían pasado allí la noche le hablaron de las explosiones. Dijeron que les parecía que habían funcionado las principales válvulas de protección. Así es el sonido que produce el escape de vapor. Después se oyó una explosión acompañada de un fuego de locura y chispas. Hacia el cielo se había elevado una bola de fuego...

Poco a poco, y sin que se dieran cuenta, los pescadores fueron desapareciendo. Trapikovski todavía se quedó pescando algún tiempo, pero empezó a sentir miedo y también se fue para casa...

Por la mañana salieron dos obreros de la construcción de la planta n.º 5, Alexei Dzubak y su jefe, Zapiokli, que habían estado trabajando en el turno de la noche. Se encaminaron hacia la oficina de Defensa Química, que se hallaba a trescientos metros de la planta n.º 4. Caminaban por las huellas de la masa arrojada, o sea, por el polvo radiactivo que se desprendía de la nube radiactiva. La actividad de la «huella» en la tierra alcanzaba los 10.000 roentgens por hora. La dosis total que recibieron fue de unos 300 rads cada uno. Pasaron medio año hospitalizados en la clínica n.º 6 de Moscú...

La vigilante de la entrada n.º 2, Klaudia Ivánovna Luzganova, de cincuenta años de edad, estaba de guardia en la noche del 25 al 26 de abril en el edificio en construcción para el almacenamiento de los desechos de combustible radiactivo, que se hallaba a doscientos metros de la planta averiada. Recibió

una radiación de casi 600 rads. Murió en la clínica n.º 6 de Moscú a finales de julio de 1986...

En la mañana del 26 de abril se dirigió hacia la planta n.º 5 una brigada de obreros de la construcción. Llegó también a esa planta el jefe de construcción, Vasili Trofímovich Kizima, una persona intrépida y valiente. Con anterioridad había recorrido en coche e inspeccionado el hundimiento alrededor de la planta n.º 4. No llevaba ningún dosímetro y no sabía cuánta contaminación había recibido. Más tarde me contó:

—Claro que lo sospechaba, pues sentía que el pecho se me reseca y me ardían los ojos. No me arden así por así, pensaba. Con toda seguridad, Briujánov escupió radiación... Inspeccioné el hundimiento y me dirigí a la planta n.º 5. Los obreros me hacían preguntas: ¿Cuánto hay que trabajar? ¿Cuál es el nivel de radiación? Exigían compensaciones por el riesgo. A todos, y a mí también, nos sofoca la tos. El organismo protesta contra el plutonio, cesio y estroncio. Y el Yodo-131 que se acumuló en nuestras glándulas tiroides. Nos ahoga. Nadie tiene mascarillas respiratorias. Tampoco comprimidos de yodo de potasio. Telefono a Briujánov. Me informo de la situación. Briujánov me contesta: «Estudiamos la situación». Más cerca ya de la hora del almuerzo vuelvo a llamarle. Pero seguía estudiando la situación. Yo soy un constructor, no un especialista en energía nuclear, no obstante, comprendí que el camarada Briujánov no dominaba la situación... A las doce del mediodía les permití a los obreros que se fueran a casa. A esperar nuevas órdenes de los directivos...

Testimonio de Vladimir Pávlovich Voloshko, presidente del Comité Ejecutivo Urbano del PCUS en Prípyat:

«Durante el 26 de abril, Briujánov se dedicó a confundir a todos declarando que el nivel de radiación en la ciudad de Prípyat era normal. Exteriormente, todo el día 26 de abril Briujánov estuvo fuera de sí. Parecía medio loco, perdido. Fomín estaba todavía peor, entre orden y orden que daba se ponía a llorar, a gemir. ¿Adónde habían ido a parar su insolencia, su cólera y prepotencia? Ambos se recobraron más o menos en la tarde, cuando llegó Scherbina. Ante la explosión, Briujánov se había comportado como siempre. Y no es extraño. El propio Briujánov conocía sólo la turbina y seleccionaba para trabajar en la central a personas semejantes a él, también especialistas en turbinas. Fomín seleccionaba a electricistas. Te imaginas, Briujánov cada hora enviaba un informe a Kiev sobre el nivel de radiación y siempre indicaba que la situación era normal. Ningún exceso de radiación. (Voloshko añadiría con indignación): Enviaron a Tolia Sítnikov, un excelente físico, a una contaminación de 1.500 roentgens y luego no le hicieron caso cuando informó que el reactor estaba destrozado...

»De las cinco mil quinientas personas que formaban el personal de explotación de la central, cuatro mil desaparecieron el primer día en dirección desconocida...».

A las nueve en punto de la mañana del 26 de abril de 1986, se comunicó por teléfono con la Dirección de la construcción de la central nuclear de Chernóbil, la guardia de turno de la empresa Construcción Estatal de Centrales Nucleares, Lidia Vsévolodovna Ereméeva. En Prípyat cogió el aparato el ingeniero jefe de la construcción, Zemskov. Ereméeva le pidió los datos referentes a la construcción durante las últimas veinticuatro horas: la superficie cubierta de cemento, el montaje de las construcciones metálicas, el número de trabajadores en la planta n.º 5, etc.

—Por favor, no nos moleste hoy. Tenemos aquí una pequeña avería —le contestó V. Zemskov, que acababa de inspeccionar concienzudamente el bloque averiado y había recibido una fuerte dosis de radiactividad. Después tuvo vómitos y estuvo en el ambulatorio médico...

En ese mismo momento, las nueve horas del 26 de abril, del aeropuerto de Buíkovo de Moscú partió en vuelo especial un avión «Yak-40».

A bordo viajaba el primer grupo operativo interdepartamental, en el que entraban el ingeniero jefe del Departamento de Energía Nuclear, B. Y. Prushinski; el jefe adjunto del mismo Departamento, E. U. Ignatenko; el jefe adjunto del Instituto Hidroproekt, V. S. Konviz (diseñador general de la central); los representantes del Instituto de Inspección y de Construcción en el área de Energía y Combustible (principal diseñador del reactor RBMK), K. K. Polushkin y Y. N. Cherkásov; el representante del Instituto de Energía Nuclear, Kurchátov, E. P. Riazántsev y otros.

Como ya he dicho, el grupo fue reunido para el vuelo por B. Y. Prushinski, que llamó por teléfono a cada uno de ellos.

El grupo disponía de muy poca información dada por Briujánov:

«El reactor está intacto, se refrigera con agua». Esta noticia agradaba mucho a Polushkin y Cherkásov, que eran sus diseñadores principales. También resultaba agradable al diseñador general, ya que fue precisamente Conviz quien concibió ese reactor tan seguro al proyectar la central nuclear.

«El nivel de radiación está dentro de lo normal», les decían también. Eso tranquilizaba a todos y, sobre todo, al representante del Instituto de Energía Nuclear, E. P. Riazántsev, ya que el núcleo del reactor había sido calculado por su Instituto y resultaba seguro, sólido y manejable. En una situación tan crítica, el reactor había resultado, además, intacto.

«Sólo dos casos de muerte»; para una explosión, no es mucho.

«Estalló el depósito de agua de 10.000 m³ para la refrigeración de emergencia del sistema de mandos de protección», por lo visto, debido a una explosión de una mezcla detonante. Habrá que recapacitar sobre la protección del depósito en el futuro... Éstas eran las reflexiones del grupo durante el vuelo a Kíev.

A las diez y cuarenta minutos de la mañana del día 26 de abril, el grupo operativo de emergencia de especialistas se hallaba ya en Kíev. Dos horas después, los coches llegaron al Comité urbano del PCUS en Prípyat.

Era necesario conocer cuanto antes la situación real para poder presentar un informe de datos fidedignos a los miembros de la Comisión gubernamental que debía llegar más tarde.

Antes que nada había que ir a la planta averiada para ver todo con sus propios ojos. Todavía mejor sería observar la planta desde el aire. Se supo que no lejos había un helicóptero de la Defensa civil que había aterrizado junto al viaducto que quedaba cerca de la estación de Yánov. Se perdió algún tiempo buscando unos prismáticos y a un fotógrafo con cámara fotográfica. Los prismáticos no llegaron a encontrarlos. Al fotógrafo, sí. Antes de emprender el vuelo estaban seguros de que el reactor estaba intacto y que se refrigeraba con agua. A la hora y media de la llegada del grupo operativo, el helicóptero «Mi-6» emprendió el vuelo. A bordo se hallaban el fotógrafo, el ingeniero jefe, B. Y. Prushinski, y el representante del diseñador principal del reactor, K. K. Polushkin. Sólo el piloto llevaba dosímetro, lo que permitió posteriormente comprobar la dosis de radiación que recibieron.

Se acercaron a la planta averiada por el lado de las hormigoneras y la ciudad de Prípyat. Un poco por delante y hacia la izquierda de la zona del sistema auxiliar del reactor. La altura era de cuatrocientos metros. Descendieron hasta los doscientos cincuenta metros para poder verlo mejor. La escena que vieron era sobrecogedora. Todo estaba destruido, la sala central no existía. La planta nuclear, irreconocible... Pero vayamos por orden.

—Deténgase aquí —pidió Prushinski.

En el tejado de la planta, zona de los sistemas auxiliares del reactor, junto al muro de la torre «V» (química especial), se veían montones de vigas retorcidas, trozos claros de los paneles de las paredes y cubiertas, tuberías inoxidable que brillaban al sol, trozos negros de grafito y ensamblajes de combustible deformados y enrojecidos por la corrosión. Sobre todo, eran compactos los restos de combustible y grafito junto a la chimenea de ventilación que sobresalía del tejado de los sistemas auxiliares del reactor, y que se extendía hasta el muro de la torre «V». Más adelante, otro derrumbe de tuberías retorcidas, de estructuras metálicas destrozadas, de combustible y grafito se elevaba en forma de pendiente desde la misma tierra, ocupando una

superficie de unos cien metros de radio. Eran los restos del muro del local de las principales bombas de circulación en el ala «T». Se veía el interior del local destruido de las bombas de circulación, cuyo muro exterior se divisaba del lado del edificio que albergaba residuos líquidos y sólidos y que se mantenía en pie de milagro.

Precisamente allí, bajo los escombros, quedó sepultado Valeri Jodemchuk; precisamente allí, recibiendo una dosis mortal de radiación, el jefe de turno del reactor, Valeri Ivánovich Perevózchenko, buscaba a su empleado trepando en la oscuridad por los escombros de las construcciones e instalaciones y gritando con la garganta reseca y astringida debido a la radiación: «¡Valeri! ¡Contesta! ¡Estoy aquí! ¡Contesta!».

Todo eso Prushinski y Polushkin no lo sabían y no podían saberlo. Pero conmocionados, comprendiendo que no se trataba de una simple destrucción, sino de algo mucho más grave y espantoso, observaban reteniendo hasta los más mínimos detalles el escenario del desastre que tenían ante sus ojos.

Por todas partes, en el asfalto de tono azul teñido por los rayos solares, y en el tejado del almacén de residuos líquidos y sólidos, se veían trozos de grafito de un negro intenso e incluso paquetes enteros de bloques de grafito. Había mucho grafito, todo estaba negro de grafito...

Prushinski y Polushkin observaban toda aquella destrucción estupefactos. Lo que veían en ese momento con sus propios ojos se lo imaginaban, ya le habían dado vueltas en su imaginación, pero, claro está, de forma mucho menos impresionante, más sencilla y en gran parte sólo teóricamente. Pero, al parecer, también en esos momentos actuaba la célebre frase de Kozmá Prutkov (pseudónimo con el que publicaban sus obras satíricas los hermanos Alejandro, Vladímir y Alexei Zhemchúzhinov a mediados del siglo XIX. N. del T.): «¡No des crédito a tus ojos!». Y Prushinski y Polushkin se daban cuenta de que no querían ver todo aquello, como si no tuviera que ver nada con ellos, sino con otras personas extrañas. ¡Pero, por supuesto, tenía que ver con ellos! Y sentían vergüenza de tener que ver una cosa así...

Al principio era como si no lo viesen, sólo el corazón en el pecho se comprimía de dolor y, aunque los ojos observaban con avidez toda aquella destrucción, experimentaban una sensación de vergüenza, como si se apartasen del fétido cuadro de la destrucción. ¡Si fuera posible no ver todo aquello! ¡Pero hay que verlo! ¡Es necesario!

La impresión era que el local en el que se hallaban las bombas principales de circulación había sido destruido por una explosión interna. ¡Pero, ¿cuántas explosiones hubo?! Entre los escombros que se levantaban inclinados, desde la tierra hasta el suelo de lo que fuera el local separador, se veían unas gruesas y largas tuberías. Parecían colectores, una se hallaba casi en la tierra, en

diagonal entre el muro del local del sistema auxiliar del reactor y el muro del local de las bombas de circulación. La segunda tubería se hallaba mucho más arriba: aproximadamente entre las señales +12 y +24, apoyada con su extremo superior en la larga tubería había sido despedida por la explosión de la cuba del compartimento hermético. A continuación, en el suelo, si se podía llamar suelo a unos deformes cúmulos, en la señal +32 se hallaban fuera de sus soportes los cilindros separadores de ciento treinta toneladas brillando alegremente al sol; ocho tubos de enrollado muy torcidos; todo tipo de escombros, trozos de paneles de cemento de las paredes y techumbres colgando. Las paredes del local separador habían desaparecido, sólo quedaba un trozo de pared junto a la sala central. Entre ese trozo de pared y los escombros había un agujero negro rectangular del que no sobresalía nada. Eso quería decir que se trataba del hueco que daba a la cuba del compartimento hermético o a los locales superiores de comunicación del reactor. Al parecer, parte de las instalaciones y de las tuberías fueron «barridas» de allí por la explosión. O sea, que allí también hubo explosión, por eso estaba tan «limpio» y nada sobresalía.

Pensando en ello, Prushinski recordó, sin quererlo, el circuito nuevo después de su montaje, el último grito de la tecnología. Y ahora...

Del lado del que la sala central colindaba con el desgaseador, quedaba un trozo de pared en pie en la parte baja. El tabique de la sala del reactor en el ala «T» se conservó intacto aproximadamente hasta la señal +51, o sea, hasta la base del depósito de emergencia del sistema de mandos de protección, que estaba encastrado en ese muro desde la señal +51 hasta la señal +70. Precisamente en ese depósito, según el informe de Briujánov, tuvo lugar la explosión de la mezcla detonante que destruyó la sala central. ¿Pero, qué sucedió entonces en los locales de las principales bombas de circulación, de los cilindros separadores y del compartimento hermético? ¿Qué los destruyó a ellos? ¡No! El informe de Briujánov era erróneo, si no es falso...

Y en la tierra alrededor del hundimiento todo estaba cubierto de grafito del reactor. Los ojos, sin quererlo, dirigen una y otra vez su mirada hacia allí. Si el grafito está en la tierra, eso significa...

Resultaba difícil decirse a sí mismo una simple evidencia: «El reactor está destruido». Ya que, tras ese reconocimiento, surge una enorme responsabilidad ante la gente. No... Ante millones de personas. Ante todo el planeta Tierra. Y una inconcebible tragedia humana...

Por eso era preferible simplemente observar, sin pensar en nada, impregnarse de esa pesadilla que era la planta nuclear agonizante que apestaba a radiactividad...

El muro de la torre «V» sobresale del lado del sistema auxiliar del reactor,

junto al local de las bombas de circulación, con fragmentos desiguales.

En el tejado de la torre «V» se ven claramente trozos del asentamiento de grafito del reactor, bloques cuadrados con agujeros en el centro. Es imposible equivocarse. Desde el tejado de la torre «V», hasta el helicóptero que está inmóvil en el cielo, hay muy poca distancia, no más de unos ciento cincuenta metros. El sol está en el cenit y la iluminación es muy buena, de contraste. En el cielo no hay una sola nube. Más cerca del tabique de la torre «V», el grafito forma un montículo. Hay trozos de grafito dispersos uniformemente en el tejado de la sala central de la planta n.º 3 y en el ala «V» de la central, de la que sobresale la chimenea de ventilación, de color blanco con franjas rojas. También se ve grafito y combustible en las plataformas de observación de las tuberías de ventilación. Estaba claro que esos «faroles» radiactivos alumbraban en todas direcciones. Allí estaba el tejado del desgaseador, en el que hacía tan sólo siete horas los bomberos del teniente Teliátnikov habían acabado de apagar el fuego...

El tejado plano de la sala de máquinas parecía haber sido arrancado desde dentro, sobresalía el armazón retorcido, unas rejas metálicas rotas y objetos ennegrecidos por el fuego. Brillaban al sol riachuelos endurecidos de betún, en los que durante la noche los bomberos quedaban atascados hasta las rodillas. En los tramos de tejado que quedaban había largas mangueras de bomberos enrolladas unas en otras desordenadamente.

Junto al tabique de la sala de máquinas, en las esquinas a lo largo de las alas «A» y «Y» y a lo largo del estanque de presión, se divisaban las cajitas rojas de los coches de bomberos abandonados por los hombres, ya para entonces fuertemente contaminados. Eran los testigos mudos de la trágica lucha de las frágiles personas con el elemento visible e invisible nuclear.

Más allá, a la derecha, se extendía hasta la lejanía el embalse del estanque de refrigeración. En sus doradas orillas de arena, como sandalias infantiles, se ven las lanchas y las motoras, y más lejos la superficie plana y vacía del agua todavía limpia...

—Deténgase exactamente sobre el reactor —le pidió Prushinski al piloto—. ¡Así! ¡Stop! ¡Fotografíe!

El fotógrafo tomó varias fotografías. Abrieron la puerta y miraron hacia abajo. El helicóptero se encontraba en el torrente ascendente de la masa radiactiva arrojada. Nadie en el helicóptero tenía mascarillas de respiración. Tampoco había radiómetro. Abajo, el negro rectángulo del estanque con desechos de combustible. No se ve agua en el estanque...

«El combustible se fundirá en el estanque» —pensó Prushinski.

El reactor... He ahí el «ojo» redondo de la cuba del reactor. El «ojo»

parece hacer un guiño. El enorme «párpado» de la defensa química superior del reactor estaba abierto e incandescente hasta adquirir un color rojo vivo. De un «guiño» salían llamas y humo. Parecía como si estuviese madurando y fuese a explotar de un momento a otro un gigantesco orzuelo...

—¡Retirada! —ordenó Prushinski.

El helicóptero se retiró de la sala central y tomó rumbo a Prípyat.

—Sí, muchachos, esto es el final —dijo pensativo el representante del diseñador general del reactor, Konstantín Polushkin.

Después de sobrevolar la planta averiada en el helicóptero, tomaron un coche y se dirigieron a ver a Briujánov en su búnker. Exteriormente, Briujánov y Fomín estaban muy apesadumbrados. Las primeras palabras dirigidas por Briujánov a Prushinski sonaron trágicamente:

—Es el final... La planta no existe... —la voz abatida.

Y en los oídos de Prushinski sonaba todavía la voz nocturna de Briujánov informando de lo sucedido: «Explotó el depósito de agua de emergencia. Ha sido destruido en parte el techo de la sala central. El reactor está intacto. Bombeamos agua...».

«¿Está o no está intacto el reactor?» —se preguntaba a sí mismo Prushinski.

Prushinski y Briujánov volvieron a tomar el coche y una vez más inspeccionaron la planta destruida...

Testimonio de Liubov Nikoláevna Akíмова (esposa de Alexándr Akímov):

«Mi marido era una persona muy simpática. Se relacionaba fácilmente con la gente, pero sin llegar a la familiaridad. Era muy alegre y servicial. Persona muy activa, era miembro del Comité urbano del PCUS en Prípyat. Quería mucho a sus hijos y era muy atento. Le gustaba la caza, sobre todo cuando empezó a trabajar en la planta y compramos un coche.

»Nosotros habíamos llegado a Prípyat en 1976, después de licenciarnos en el Instituto Energético de Moscú (equivale a Facultad de Ingeniería. N. del T.). Al principio, ambos trabajamos en la oficina de proyectos de Hidroproekt. En 1979 mi marido pasó a trabajar en la explotación de la central. Trabajó de ingeniero principal en el mando de las turbinas; luego, de ingeniero principal de la planta; más adelante, de jefe de turno en la sección de turbinas; de adjunto al jefe de turno de la planta. En enero de 1986 fue designado jefe de turno de la planta n.º 4. En ese cargo le cogió el accidente...

»En la madrugada del 26 de abril no regresó a casa del trabajo. Yo le llamé

por teléfono a la sección cuarta del sistema de mandos, pero el teléfono no contestaba. Llamé a Briujánov, a Fomín, a Diátlov. Pero ningún teléfono contestaba. Más tarde supe que los teléfonos habían sido desconectados. Estaba muy preocupada. Toda la primera parte del día me la pasé corriendo, preguntando, buscando a mi marido. Ya todos sabían que había tenido lugar una avería y mi inquietud aumentó. Fui al Comité ejecutivo urbano a ver a Voloshko, al Comité urbano del Partido a ver a Gamaniuk. Por fin, después de mucho preguntar, supe que estaba en el ambulatorio médico. Corrí hacia allí, pero no me permitieron verle. Me dijeron que estaba entubado. No me iba, me acerqué a la ventana de su habitación. Poco después se acercó él. Tenía la cara de un color marrón parduzco. Al verme se echó a reír, estaba muy excitado y me tranquilizaba a mí, me preguntaba a través del cristal por los hijos. Me pareció que en ese momento se alegraba mucho de tener hijos. Me dijo que no les permitiera salir a la calle. Estaba incluso alegre y yo me tranquilicé un tanto...».

Testimonio de L. A. Jaritónova:

«En la tarde del 26 de abril, alguien lanzó el rumor de que los que lo deseasen podían marcharse de la ciudad en sus coches. Muchos se fueron ese mismo día a diversas partes del país. (Llevándose en la ropa y las ruedas de los coches radiactividad. G. M.).

»Pero nosotros evacuamos el 26 de abril por la tarde en el tren “Jmelnitski-Moscú”. En la estación de Yánov patrullaban militares. Había muchas mujeres con niños pequeños. Todos estaban un poco perplejos, pero se comportaban con tranquilidad, porque las patrullas militares y la milicia se mostraban tranquilas. La gente miraba inquisitivamente a los ojos de los militares, como buscando allí miedo o preocupación. Pero los militares estaban tranquilos, sonreían amablemente. Y eso que precisamente sobre Yánov había pasado la nube radiactiva. Allí la contaminación fue muy alta. En la tierra, en los árboles, en todo. Pero entonces nadie lo sabía. Exteriormente, todo seguía igual que siempre, pero yo, de todos modos, tenía la sensación de vivir un nuevo tiempo. Y cuando el tren llegó me pareció diferente, como si hubiera llegado de aquella otra época limpia a nuestra era de Chernóbil contaminada...

»En el vagón del tren la guía calentó agua y lavamos a la niña. La ropa la metimos en una bolsa de plástico y la guardamos en la maleta. El tren arrancó. Y llevábamos en el alma cada vez más lejos de Prípyat la preocupación y el dolor».

Testimonio de G. N. Petrov, exdirector del Sector de Instalaciones de Yuzhatomenergomontaje:

«El día 26 de abril nos despertamos sobre las diez de la mañana. Era un día como otro cualquiera. En el suelo, reflejos de sol; en las ventanas, el cielo

azul. Me sentía bien en el alma, estaba en casa, descansaría. Salí al balcón a fumar. La calle ya estaba llena de chiquillos. Los más pequeños jugaban en la arena, construían casas, hacían tartas. Los mayores andaban en bicicleta. Las jóvenes mamás paseaban a los bebés en sus cochecitos... La vida habitual. Y de pronto me acordé de la noche, de cómo me acerqué a la planta nuclear. Sentí preocupación y miedo. Ahora recuerdo también la confusión. ¿Cómo es posible? Todo es habitual y al mismo tiempo terriblemente radiactivo. Es una repugnancia retardada hacia la contaminación, porque la vida sigue siendo normal. Los ojos ven todo limpio, pero en realidad todo está contaminado. La mente no lo concibe.

»A la hora del almuerzo estaba de buen humor. El aire se percibía con más fuerza. Había en el ambiente algo metálico o no metálico, pero como amargo, y en la boca, junto a los dientes, se sentía acidez, como si lamieses con la lengua una pila débil... Nuestro vecino, Mijaíl Vasílievich Metelev, que trabajaba de electricista, sobre las once de la mañana subió al tejado en bañador y se tumbó a tomar el sol. Bajó una vez a tomar agua y dijo que el bronceado era ese día formidable, como nunca. Dijo que la piel empezó a oler enseguida a chamuscado y que animaba, como si se hubiera tomado un vasito de alcohol. Me invitaba a subir, pero yo no subí. Decía que no hacía falta ninguna playa. Y que se veía bien cómo ardía el reactor muy nítido con el cielo azul de fondo...

»En el aire, en ese momento, como más tarde supe, la radiactividad alcanzaba ya los 1.000 milirems por hora. Y plutonio, y cesio, y estroncio. Y, sobre todo, Yodo-131, que en la tarde había ya saturado nuestros tiroides. En todos: niños y adultos...

»Pero entonces no sabíamos nada, vivíamos la vida normal y, como yo entiendo ahora, una vida humana feliz.

»En la tarde, el vecino que había estado tomando el sol en el tejado empezó a tener fuertes vómitos y se lo llevaron en una ambulancia al ambulatorio. Después, creo que a Moscú o Kíev. No sé exactamente adónde. Pero eso lo percibíamos como algo aparte, porque era un habitual día de verano: sol, cielo azul, calor. Sucede: alguien enferma, a alguien se lo lleva la ambulancia...

»Por lo demás, era un día normal. Ya más tarde, cuando nos dijeron todo, recordé aquella noche cuando me acerqué a la planta. Recordé los baches en el camino alumbrado por los faros, la fábrica de cemento cubierta de polvo. No sé por qué recuerdo eso precisamente. Y pienso: qué extraño, y el bache es radiactivo, pero si se trata de un bache común y corriente, y toda la fábrica de cemento es radiactiva y todo en general: el cielo, la sangre, el cerebro, los pensamientos humanos. Todo...».

Entretanto en Moscú, en el aeropuerto de Buíkovo, se preparaban para partir los miembros de la Comisión gubernamental. El vuelo especial había sido fijado para las once de la mañana, pero la gente se reunía lentamente y tuvo que ser aplazado dos veces. Primero se fijó para las dos de la tarde y luego para las cuatro.

Testimonio de Mijaíl Stepánovich Tsvirkó, antiguo director de la empresa de construcción y montaje estatales perteneciente a la Dirección general de la construcción de centrales nucleares en la URSS:

«En la madrugada del 26 de abril de 1986 me subió la tensión sanguínea, me dolía la cabeza y fui a la clínica n.º 4 de la Dirección del Ministerio de Sanidad de la URSS (se trata del hospital del Kremlin. G. M.).

»Sobre las once de la mañana llamé al trabajo para saber cómo marchaban las cosas en las obras de nuestra empresa. Estaba de guardia la especialista principal de la sección técnica, Ereméeva Lidia Vsévolodovna. Me dijo que la construcción de la central nuclear no había transmitido el informe rutinario, que el ingeniero principal o de guardia le había dicho que tenían una avería y que Kizímov había enviado a casa a sus empleados de la planta n.º 5 (la planta estaba en construcción).

»Ereméeva me dijo también que me buscaba el ministro Mayorets.

»Llamé al ayudante del ministro. Me dijo, muy excitado, que no había podido encontrarme ni en casa ni en el trabajo, que recogiese mis cosas rápidamente y que me dirigiera al aeropuerto de Buíkovo. De allí saldría un vuelo para Chernóbil. Me preparé y llegué a Buíkovo. Allí ya se paseaba por la sala de espera el viceministro Alexandr Nikoláevich Semiónov. Me dijo que en Chernóbil se habían derrumbado cuatro armazones de recubrimiento de la sala de máquinas de la planta n.º 4.

—¿Hay contaminación? —pregunté yo.

—No hay contaminación —dijo él—. Está todo limpio.

»Yo ya empezaba a reflexionar sobre qué grúas utilizar para colocar los armazones en su lugar, cuando llegó el jefe del sector de energía nuclear del CC del PCUS, V. V. Maryin, y dijo que se habían derrumbado no sólo los armazones de la sala de máquinas, sino también la cúpula del reactor.

—¿Y hay contaminación? —pregunté yo.

—Es increíble, pero no hay contaminación —dijo Maryin—. Y lo más importante: el reactor está intacto. ¡Es un magnífico reactor! ¡Dollezhal es formidable, haber construido semejante máquina!

»La tarea se complicaba y empecé a reflexionar en cómo se podría llegar con las grúas hasta la sala central...».

Aquí interrumpiré el testimonio de M. S. Tsvirkó, con el que he trabajado cuatro años en la dirección general de la construcción de centrales nucleares de la URSS. Mijaíl Stepánovich Tsvirkó, persona experta, tenaz, activa, que durante decenios estuvo construyendo fábricas para otros ministerios, había sido designado contra su voluntad para ocupar el sillón de director, que hasta entonces periódicamente no cumplía los planes de producción. En honor a Tsvirkó hay que decir que se resistió a ocupar el cargo, decía que no conocía las centrales nucleares, que era una cosa desconocida e incomprensible para él.

Pero el sector de energía nuclear del CC del PCUS y el ministro de Energía le obligaron y tuvo que obedecer órdenes. El respeto a los jefes superiores era para él una ley. Tsvirkó no sólo respetaba a sus superiores, sino que les tenía mucho miedo, cosa que no encubría.

Como Tsvirkó no conocía el funcionamiento de las centrales nucleares, se puso a estudiar los índices de los planes de producción. El dinero sabía contarlos. Los objetivos prácticos los resolvíamos nosotros, sus subordinados, y le enseñábamos el «abc» de la energía atómica a nuestro jefe sobre la marcha.

Era hombre de pequeña estatura, corpulento, casi gordo. En un pasado lejano había sido boxeador, por lo que tenía la nariz aplastada. De pómulos salientes, calvo, las mandíbulas fuertemente apretadas (costumbre de los años de boxeo), con unos inteligentes ojos azules algo rasgados de kan tártaro, esa persona, en el plazo de un año, sacó a la Dirección adelante, colocándola en los límites del plan estatal.

Pero el miedo, un miedo celestial hacia sus superiores, le dominaba. Otros se reían de él a sus espaldas, pero yo consideraba que Tsvirkó sufría, no tanto de miedo, como por remordimiento de conciencia. Le atormentaba la conciencia de que trabajábamos mal. Por aquel entonces, con frecuencia, cuando había algún fallo en el cumplimiento de los objetivos, me decía:

—¡Pero si nos van a matar! ¡Si nos van a matar! Nadie va a escuchar explicaciones...

Reconocía también que lo que más le asustaba en el mundo era la radiación, porque no entendía nada sobre la misma.

Y allí estaba, en el aeropuerto de Buíkovo. Salieron en vuelo especial a Kíev a las cuatro de la tarde. A bordo del «Yak-40» viajaban: el ayudante principal del fiscal general de la URSS, Y. N. Shadrín; el ministro de Energía y Electrificación de la URSS, A. Y. Mayorets; el encargado del reactor nuclear del CC del PCUS, V. V. Maryin; el viceministro de Energía, A. N. Semiónov; el primer viceministro del Ministerio de Construcción de Maquinaria Media, A. G. Meshkov; el director de Soyuzatomenergostroy, M. S. Tsvirkó; el subdirector de Soyuzelectromontaje, V. N. Shiskin; el director adjunto de

Soyuzatomenergomontaje, V. A. Shevelkin; el consejero de B. E. Scherbina, L. P. Drach; el viceministro de Sanidad de la URSS, E. Y. Vorobiov; el subdirector de la Dirección General del Ministerio de Sanidad de la URSS, V. T. Turovski, y otros.

En el salón del «Yak-40», todos ocuparon los sofás rojos situados unos enfrente de otros. El jefe del sector de Energía Nuclear del CC del PCUS, V. V. Maryin (a él le llamó por teléfono a las tres de la madrugada Briujánov), una y otra vez compartía sus ideas con los miembros de la Comisión gubernamental:

—Lo que más me ha alegrado es que el reactor nuclear soportó la explosión del tanque en el sistema de protección. ¡El académico Dollezhal es magnífico! Bajo su dirección fue creado un estupendo reactor nuclear. Briujánov me despertó con su llamada a las tres de la madrugada y me dijo: «¡Un accidente terrible, pero el reactor está intacto! Le suministramos ininterrumpidamente agua para la refrigeración...».

—Yo pienso, Vladímir Vasílievich —intercedió en la conversación el ministro Mayorets, que sólo conocía bien la estructura del transformador, persona absolutamente casual en el torbellino de los acontecimientos nucleares —, que no pasaremos mucho tiempo en Prípyat...

Esa misma idea Mayorets volvió a expresarla hora y media más tarde en el avión «AN-2» que transportaba a los miembros de la Comisión gubernamental desde el aeropuerto de Zhuliani de Kíev a Prípyat. En Kíev se les unió el ministro de Energía de Ucrania, V. F. Skliárov. Al oír las opiniones optimistas de Mayorets acerca de la breve estancia en Prípyat, rectificó a su patrón:

—Pienso, Anatoli Ivánovich, que dos días no serán suficientes...

—No nos asuste, camarada Skliárov —le interrumpió el ministro Mayorets—. Nuestra principal tarea y también la suya consiste en conseguir reparar en los plazos más breves posibles la planta destruida e incluirla de nuevo en el sistema...

El testimonio de M. S. Tsvirkó continúa así:

«Cuando llegamos a Kíev, el ministro de Energía de Ucrania nos informó inmediatamente de que en Prípyat había radiación. A mí personalmente eso me preocupó. Quiere decir que sucede algo con el reactor —pensé entonces—. No obstante, el ministro Mayorets seguía tranquilo:

»Pero lo más desagradable era que a las tres de la madrugada dormíamos en el hotel Prípyat y allí ya había una terrible contaminación...».

Aproximadamente a la misma hora en que llegaron a Prípyat los miembros de la Comisión gubernamental, el avión personal del vicepresidente del

Consejo de Ministros de la URSS, B. E. Scherbina, se acercaba a Moscú en vuelo de Barnaúl. Una vez en la capital, el vicepresidente se cambiará de ropa, comerá y desde el aeropuerto de Vúkovo volará a Kiev. A Prípyat llegará a las veintiuna horas...

Testimonio de G. A. Shasharin, exviceministro de Energía y Electrificación de la URSS:

«Llegó Mayorets. Tomamos el “AN-2” y salimos para Prípyat. Durante el trayecto de Kíev a Prípyat le hablé a Mayorets de la necesidad de crear en el lugar de la avería grupos de trabajo. Había estado meditando en ello mientras volábamos de Simferópol a Kiev. Según mi opinión, esos grupos deberían regular el trabajo de la Comisión gubernamental, ayudar en la preparación y toma de decisiones. Estos son los grupos que le propuse a Mayorets:

—grupo de estudio de las causas de la avería y de la seguridad de la central nuclear: responsables, Shasharin y Meshkov;

—grupo de estudio de la contaminación radiactiva real alrededor de la central: responsables, Abaguián, Vorobiov y Turovski;

—grupo para los trabajos de reparación: responsables, Semiónov, Tsvirkó y los especialistas en montaje;

—grupo de valoración de la necesidad de evacuación de la población de Prípyat y de las aldeas y caseríos próximos: responsables, Shasharin, Sidorenko y Legásov;

—grupo de abastecimiento de equipos y materiales: responsables, Glavenergoprojekt y Glabsnab (Dirección central de abastecimientos).

»Aterrizamos en un pequeño aeródromo entre Prípyat y Chernóbil. Ya nos estaban esperando coches. Nos recibieron el general Berdov; el secretario del Comité urbano del PCUS, Gamaniuk; el presidente del Comité ejecutivo urbano, Voloshko, y otros. También estaban Kizima, que llegó en un “todoterreno”. Maryin y yo subimos al “todoterreno” de Kizima y le pedimos que nos llevase a la planta averiada. Mayorets también quería ir allí, pero le convencieron para que no lo hiciera y él con su equipo se dirigieron al Comité urbano del PCUS.

»Atravesamos el cordón establecido y nos dirigimos a la zona industrial...».

Interrumpiré por un instante el testimonio de Shasharin para dar una característica del responsable del sector de energía nuclear del CC del PCUS, V. V. Maryin.

Maryin Vladimir Vasílievich, de profesión y por su experiencia laboral, es ingeniero de la construcción de centrales eléctricas.

Trabajó durante muchos años de ingeniero jefe de una empresa de construcción y montaje en Voronezh; participó en la construcción de la central nuclear de Novovorónezh. En 1969, le propusieron trabajar en el CC del PCUS como instructor del CC en cuestiones de energía nuclear dentro del sector de construcción de maquinaria.

Yo le veía con frecuencia en las reuniones del Ministerio de Energía de la URSS, en reuniones del Partido y en otras en las que se hacía un análisis crítico del trabajo de los ingenieros atómicos. Maryin tomaba parte activa en el trabajo de los consejos directivos encargados de poner en funcionamiento las centrales; conocía personalmente a los dirigentes de todas las construcciones de centrales nucleares y les ayudaba directamente, esquivando el Ministerio de Energía, a resolver los problemas de abastecimiento con equipamientos, materiales técnicos y recursos en las obras en construcción.

A mí, personalmente, Maryin me caía bien, por su sinceridad y claridad de ideas. Era muy dinámico, estaba dotado de una gran capacidad de trabajo y permanentemente perfeccionaba sus conocimientos de ingeniería. Exteriormente era una persona corpulenta, con una voz de trueno, pelirrojo, muy miope. Pero antes que nada, Maryin era un ingeniero de la construcción y no entendía de funcionamiento de centrales nucleares.

A finales de los años setenta, cuando trabajaba como jefe del Departamento de Energía Nuclear, le visitaba con frecuencia en el Comité Central del PCUS, ya que en aquella época era el único del aparato del CC que se dedicaba a los problemas de la energía nuclear.

Después de analizar los problemas, por regla general, se permitía alguna digresión lírica, se quejaba del exceso de trabajo.

«Tú tienes a diez personas trabajando en el Departamento, pero yo tengo sobre mis espaldas toda la energía atómica del país... —y me pedía—, ayúdenme con más eficacia, denme materiales, información...».

Sufría con frecuencia espasmos de los vasos sanguíneos del cerebro con pérdida del conocimiento y necesidad de ayuda urgente...

A comienzos de los años ochenta, en el CC del PCUS fue creado un sector de energía nuclear que encabezó Maryin y entonces tuvo ayudantes. Uno de ellos fue G. A. Shasharin, un experto en energía nuclear que durante muchos años había trabajado en la construcción de centrales nucleares, y futuro viceministro de Energía para la explotación de las centrales nucleares.

Precisamente, con Shasharin viajaba en ese momento Maryin en el «todoterreno» de Kizima, camino del bloque destruido. Mientras circulaban por la carretera que une Chernóbil con Prípyat, se veían coches y autobuses. Ya se había iniciado la evacuación espontánea.

Ya durante el día 26 de abril, algunos con sus familias y sus bártulos radiactivos, abandonaron la ciudad de Prípyat para siempre, sin esperar las indicaciones de las autoridades locales.

Devolvemos la palabra a G. A. Shasharin:

«Kizima nos llevó a la planta n.º 4. Salimos del coche junto al hundimiento. Sin mascarillas respiratorias ni ropa de protección. Nadie de los recién llegados se imaginaba las proporciones de la catástrofe. Y Briujánov y Fomín no tenían tiempo para atendernos. Era difícil respirar, nos quemaban los ojos, la tos nos ahogaba, apareció una excitación interior, un deseo impreciso de escapar de allí. Y algo más: daba vergüenza observar todo aquello. Pensabas involuntariamente: ¿será posible que nosotros hayamos llevado hacia eso? Todavía durante el trayecto, cuando apareció ante nuestros ojos la planta destruida, Maryin empezó a blasfemar: “Vean adónde, tal por cual, hemos llegado. Esto es también nuestro trabajo, este horror, junto con el de Briujánov y Fomín...”.

»Kizima ya había estado allí en la mañana. No teníamos, claro está, ningún dosímetro. Por todas partes había grafito, pedazos de combustible. Se veían brillando bajo el sol los cilindros separadores salidos de sus soportes. Sobre el suelo de la sala central, al parecer, junto al reactor, se veía una aureola de fuego, semejante a la corona solar. De esa corona ascendía un ligero humo negro. Entonces, pensamos que estaría ardiendo algo en el suelo. No nos entraba en la cabeza que pudiese ser el reactor. Maryin montó en cólera, blasfemaba, furioso le dio un puntapié a un bloque de grafito. No sabíamos entonces que del grafito emanaban 2.000 roentgens por hora y del combustible nada menos que 20.000... Se veía bien el depósito de emergencia del sistema de seguridad semiabollado, así que comprendí que no era el depósito el que había explotado. El valeroso Kizima caminaba como un dueño y se lamentaba de que construyes y luego tienes que andar por los escombros de tu trabajo destrozado. Dijo que había estado ya varias veces allí durante la mañana para comprobar si no se trataba de un espejismo. Pero resultaba que no era un espejismo. Incluso se pellizcó un par de veces. Dijo que del imbécil de Briujánov no esperaba otra cosa. Eso, según Kizima, debía suceder, tarde o temprano.

»Dimos la vuelta en el coche a la central y luego bajamos al búnker. Allí estaban Prushinski, Riazántsev y Fomín con Briujánov. Briujánov se mostraba inhibido, miraba hacia la lejanía, completamente abatido. Pero las órdenes las cumplían con bastante operatividad y precisión. Fomín, por el contrario, estaba sobreexcitado. Sus ojos, inflamados, brillaban con un brillo demencial, estaba al borde de la histeria, pero hacía todo con rapidez. Después explotó y vino una fuerte depresión. Todavía desde Kíev les habían preguntado a Briujánov y Fomín si estaban intactas las tuberías de suministro de agua al

reactor y también las tuberías de los cilindros separadores de los colectores. Me aseguraron que las tuberías estaban intactas. Entonces me surgió una idea: había que suministrarle al reactor una solución de ácido bórico. Ordené a Briujánov que consiguiese como fuera abastecer la planta, que pusiera la bomba suministradora a bombear agua al reactor. Yo suponía que por lo menos parte del agua iría a parar al reactor. Pregunté si tenían en la central ácido bórico. Dijeron que sí, pero poco. Me comuniqué con los suministradores en Kíev. Encontraron varias toneladas de ácido bórico y prometieron enviarlas a Prípyat hacia la tarde. Pero en la tarde ya se había hecho evidente que todas las tuberías del reactor se habían desprendido y que el ácido no era necesario. Pero eso lo entendimos en la tarde del 26 de abril. Mientras que en ese momento... Seguros de que el reactor estaba intacto y que se suministraba agua a la zona activa para su refrigeración, Maryin, Kizima y yo nos dirigimos al Comité urbano del PCUS en Prípyat para asistir a la reunión de la Comisión gubernamental...».

Testimonio de Vladimir Nikoláevich Shishkin, subdirector de electromontaje del Ministerio de Energía de la URSS, participante en la reunión que tuvo lugar en el Comité urbano del PCUS de Prípyat el 26 de abril de 1986:

«Todos nos reunimos en el despacho del primer secretario del Comité urbano del Partido, A. S. Gamaniuk. El primero en informar fue G. A. Shasharin. Dijo que la situación era grave, pero controlable. Que al reactor se le suministraba agua de refrigeración. Se estaba buscando ácido bórico y pronto se le empezaría a echar al reactor una solución de ácido bórico que al instante apagaría el fuego. Existía, sin embargo, la suposición de que no toda el agua iría a parar al reactor. Estaban inundados los entresuelos con los cables y los dispositivos de distribución. Al parecer, parte de las tuberías estaban rotas. Era posible que el reactor hubiera sufrido desperfectos. Para precisar la situación Fomín, Prushinski y varios físicos especialistas del Instituto de Energía Nuclear habían ido otra vez a inspeccionar el reactor. Esperábamos de un momento a otro su regreso y el informe...

»Estaba claro que Shasharin ya suponía que el reactor había sido destruido. Había visto el grafito en la tierra, trozos de combustible, pero no tenía fuerzas suficientes para reconocerlo. Por lo menos, así, de golpe. Necesitaba prepararse interiormente para poder asimilar esa terrible, realmente, catastrófica realidad.

—También ha ido allí el representante del diseñador general —continuó Shasharin—. Que también ellos lo vean. Es necesaria una valoración colectiva. La planta n.º 4 está sin fluido eléctrico debido a que los transformadores han sido desconectados por precaución contra cortocircuitos. Todos los entresuelos en donde se hallan los cables eléctricos están inundados

desde la planta n.º 4 hasta la n.º 1.

»Debido a que las instalaciones eléctricas estaban inundadas a un nivel inferior a cero, di orden a los electricistas de que buscasen setecientos metros de cable de fuerza y lo tuvieran preparado. También a Fomín y Briujánov se les ha ordenado que separen los bloques averiados y los no averiados en el suministro de energía eléctrica, agua y otras comunicaciones. Se encarga de los trabajos eléctricos el jefe adjunto del taller eléctrico, Lelechenko...

—¿De qué proyecto se trata? —se indignó Mayorets—. ¿Por qué no se ha previsto un proyecto de desconexión de las comunicaciones?

—Anatoli Ivánovich, estoy hablando de un hecho... ¿Por qué? Ésa ya es otra cuestión... En todo caso, se está buscando cable, se suministra agua al reactor, las comunicaciones se desconectan... Al parecer, en todas partes alrededor de la planta n.º 4 la radiactividad es muy elevada...

—¡Anatoli Ivánovich! —interrumpió Maryin a Shasharin con voz de trueno—. Guennadi Alexándrovich y yo acabamos de estar junto a la planta n.º 4. Es algo terrible. A qué hemos llegado. Huele a quemado y en todas partes hay grafito. Incluso le di un puntapié a un bloque de grafito para cerciorarme de que era real. ¿De dónde procede el grafito? ¿Tanto grafito?

—Yo también reflexiono sobre eso —dijo Shasharin—. Es posible que sea en parte del reactor... En parte...

—¡¿Briujánov?! —se dirigió el ministro al director de la central nuclear—. Usted estuvo todo el día informando que la situación radiactiva era normal. ¿De qué grafito se trata?

»Briujánov, pálido, con los párpados hinchados, enrojecidos, se levantó de su asiento lentamente y, como de costumbre, calló un buen rato. Siempre callaba largo rato antes de decir algo. Ahora, evidentemente, había en qué pensar. Dijo con voz sorda:

—Es difícil imaginárselo... El grafito que recibimos para la planta n.º 5 en construcción está intacto, todo está en su lugar. Al principio pensé que se trataba de ese grafito, pero está en su lugar... Por lo que no se puede descartar que haya sido arrojado del reactor... Una parte... Pero, entonces...

—Al parecer, alrededor del reactor la radiactividad es muy elevada —de nuevo subrayó Shasharin—. No conseguimos medirla con exactitud. No disponemos de radiómetros con la escala adecuada. Los que tenemos poseen una escala de medición de tan sólo hasta 1.000 microroentgens por segundo, o sea, 3,6 roentgens por hora. En esa frecuencia en todas partes los radiómetros alcanzan el tope. Suponemos que la contaminación es muy elevada. Teníamos un radiómetro de mayor potencia, pero quedó enterrado en el hundimiento...

—¡Qué escándalo! —masculló Mayorets—. ¿Por qué la central no está dotada de los aparatos necesarios?

—Sucedió una avería no proyectada. Sucedió lo impensable... Hemos pedido ayuda a la Defensa civil y las tropas químicas del país. Debe llegar de un momento a otro...

—¿Qué es lo que ha sucedido? —preguntó Mayorets—. ¿Cuál es la causa?

—Todavía no está claro —empezó a explicar Shasharin—. Sucedió a la una y veintiséis minutos de la madrugada, durante un experimento de desconexión del rotor alternativo...

—¡Hay que detener inmediatamente el reactor! —dijo Mayorets—. ¿Por qué sigue funcionando?

—El reactor ha sido parado, Anatoli Ivánovich —dijo Shasharin.

»Parecía que todos los culpables de la catástrofe desearan alejar cuanto fuera posible el difícil momento de su completo reconocimiento de lo sucedido, el momento de poner todos los puntos sobre las íes. Deseaban, como acostumbraban hacer antes de Chernóbil, que la mala noticia corriera por sí sola, que la responsabilidad y la culpa se repartiera entre todos y calladamente. Precisamente por eso se demoraban más que nada las respuestas cuando contaba cada minuto, cuando la tardanza llevaba a una contaminación criminal de la población inocente de la ciudad. Cuando ya a todos les daba vueltas en la mente de forma histérica la palabra “evacuación”, pero...

—Aún más, Anatoli Ivánovich —contestó Shasharin—, el reactor se encuentra en estos momentos en el “hoyo de yodo”, o sea, está profundamente envenenado...».

Entretanto, el reactor ardía. Ardía el grafito vomitando al cielo millones de curios radiactivos. Pero no ardía simplemente el reactor; había reventado el viejo y oculto absceso de nuestra sociedad, el absceso de la autocomplacencia y de las ilusiones falsas, de la corrupción y del proteccionismo, de la caución solidaria y de los privilegios. Apestaba a radiación el cadáver de una época que se iba, una época de mentiras y descomposición de los verdaderos valores espirituales.

Prosigue el testimonio de V. U. Shishkin:

«La impresión general era de que todos los responsables principales: Briujánov, Fomín, Meshkov, Kúlov y otros, subestimaban lo ocurrido, el grado de peligrosidad...

»Después de Shasharin, informó el primer secretario del Comité urbano del PCUS, A. S. Gamaniuk. En el momento de la avería se hallaba hospitalizado en observación médica, pero en cuanto se enteró de lo sucedido en la

madrugada del 26 de abril, se levantó de la cama y se fue a su trabajo.

—Anatoli Ivánovich —dijo Gamaniuk dirigiéndose a Mayorets—, a pesar de la complicada e incluso grave situación en la planta averiada, la ciudad de Prípyat está en calma y todo funciona. No hay pánico ni desorden. Transcurre la vida normal de un día festivo. Los niños pequeños juegan en la calle, se celebran competiciones deportivas, en las escuelas se imparten las clases, incluso se están celebrando bodas. Hoy se han celebrado las bodas de dieciséis parejas de las juventudes comunistas. Reprimimos los falsos rumores y las habladurías. En la planta averiada hay víctimas. Dos operadores: Valeri Jodemchuk y Vladimir Shashenok han perecido. Doce personas han sido llevadas al ambulatorio médico en estado grave. Otras cuarenta personas en estado menos grave fueron también hospitalizadas posteriormente. Siguen llegando personas afectadas. El director de la central, Briujánov, envía informes cada hora a Kíev y también nos los envía a nosotros, comunicando que la situación radiactiva está dentro de lo normal, así que esperamos indicaciones de la alta Comisión...

»Después informó Guennadi Vasílievich Berdov, general de División del Ministerio del Interior y viceministro de Asuntos Interiores de la República de Ucrania. Era un hombre alto, de cabellos blancos, tranquilo. Había llegado de Prípyat a las cinco de la madrugada del 26 de abril, vistiendo un uniforme recién estrenado con un mosaico de condecoraciones y la insignia por méritos en el trabajo del Ministerio del Interior. Pero su informe y sus cabellos blancos estaban ya muy sucios, contaminados, ya que el general había pasado toda la mañana junto a la central. Radiactivos eran ya también el cabello y la ropa de todos los presentes, incluyendo al ministro Mayorets. La radiación, como la muerte, no distingue entre un ministro y un simple mortal. Cubre y penetra en todos los que están a mano. No obstante, nadie de los presentes lo sabía. A nadie le habían entregado un dosímetro o medios de defensa, puesto que Briujánov informaba que la situación radiactiva era normal. ¿Y si todo es normal, para qué hacen falta las defensas y los aparatos medidores?

—Anatoli Ivánovich —informaba el general Berdov—. A la cinco de la madrugada, ya estaba yo en la zona de la planta averiada. La milicia tomó literalmente el relevo a los bomberos. Cerraron todos los accesos a la central nuclear y al poblado. Los accesos a la central son muy pintorescos y a la gente le gusta ir allí los días festivos. Y hoy es domingo. Pero los lugares de recreo se han convertido en zona peligrosa, por más que Briujánov nos diga que la situación radiactiva es normal. Por orden mía, la milicia cerró el acceso a esas zonas, sobre todo a las zonas de pesca en el embalse del estanque de refrigeración, del que entran y salen los canales. (Aquí es oportuno decir que el general Berdov, intuyendo el peligro, no se imaginaba cuál era el peligro real, cómo era el «enemigo», cómo atacarle y cómo defenderse de él. Por eso,

sus milicianos no llevaban dosímetros ni medios de defensa individual, por lo que todos ellos fueron contaminados. Pero, instintivamente, actuaban correctamente, impidiendo el acceso a la gente a la zona supuestamente peligrosa. G. M.). En la comisaría de policía de Prípyat fue creado y funciona un cuartel de operaciones. Han llegado grupos de refuerzo de las comisarías de Polesk, Ivankovsk y Chernóbil. A las siete de la mañana ya se hallaban en la zona de la avería más de mil funcionarios del Ministerio del Interior. A la estación de ferrocarril de Yánov fueron enviados refuerzos de la milicia de transportes. En el momento de la explosión, en la estación había varios trenes con instalaciones de gran valor y siguen llegando y saliendo los trenes según su horario habitual, brigadas de locomoción y pasajeros que desconocen lo sucedido. Ahora es verano y las ventanillas de los trenes están abiertas. La vía férrea, como saben, pasa a quinientos metros de la planta averiada. Creo que la radiación llega hasta los vagones. Hay que interrumpir el movimiento de los trenes... (Desea uno elogiar una vez más al general Berdov. De todas las altas autoridades gubernamentales allí reunidas, fue el primero en valorar correctamente la situación, a pesar de que no poseía conocimientos especiales en energía nuclear. G. M.). Montan la guardia no solamente los sargentos y auxiliares, sino también coroneles de la milicia. Yo compruebo personalmente los puestos en la zona peligrosa. Nadie abandonó su puesto, nadie se negó a hacer el servicio. Se ha llevado a cabo un gran trabajo en las empresas de transporte de Kíev. Para el caso de evacuación de la población, han sido enviados a Chernóbil mil cien autobuses, que esperan las indicaciones de la Comisión gubernamental...

—¿Por qué no hace más que hablarme de la evacuación? —estalló el ministro Mayorets—. ¿Quiere sembrar el pánico? Hay que parar el reactor y todo se acabará. La radiación volverá a la normalidad. ¿Qué le sucede al reactor, camarada Shasharin?

—El reactor está en el «hoyo de yodo», Anatoli Ivánovich —contestó Shasharin—, los operadores, según Fomín y Briujánov, lo han apagado apretando el botón de defensa de emergencia-5. Así es que el reactor está sólidamente apagado...

»Shasharin podía hablar así porque desconocía la verdadera situación del reactor. Todavía no había sobrevalorado la zona del desastre.

—¿Dónde están los operadores? ¿Se les puede llamar? —insistía el ministro.

—Los operadores están hospitalizados, Anatoli Ivánovich, su estado es muy grave...

—Propuse la evacuación todavía esta mañana —dijo sordamente Briujánov—. Hablé con Moscú para pedir indicaciones del camarada Drach.

Pero me dijeron que hasta la llegada de Scherbina que no se tomara ninguna decisión al respecto. Y que no cundiese el pánico...

—¿Quién inspeccionó el reactor? —preguntó Mayorets—. ¿En qué estado se encuentra en estos momentos?

—El reactor ha sido inspeccionado desde un helicóptero por Prushinski y por el representante del diseñador principal del reactor, Polushkin. Se tomaron fotografías. Deben de llegar de un momento a otro...

—¿Qué tiene que decir la Defensa civil? —preguntó Mayorets.

»Se levantó Vorobiov (era el jefe del cuartel de la Defensa civil de la central nuclear que en las dos primeras horas después de la explosión, con la ayuda de un radiómetro que disponía de una escala de 250 roentgens, determinó que la radiación era peligrosamente alta y se lo comunicó a Briujánov. El lector ya conoce la reacción de Briujánov. Pero hay que añadir que Vorobiov, durante la noche, envió la señal de alarma al cuartel de la Defensa civil de la República de Ucrania situado en Kíev, lo que es digno de alabanza. G. M.). Vorobiov dijo que el dosímetro de que disponía registraba campos de radiación muy intensos; que en las zonas del derrumbe de la sala de máquinas, de la sala central y en otros lugares de la planta averiada y a su alrededor, la radiación era superior a los 250 roentgens y que el dosímetro no podía detectarla correctamente.

—Es necesaria una evacuación urgente —concluyó Vorobiov.

—No empeores las cosas —le susurró Briujánov a su subordinado.

»Se puso en pie el representante del Ministerio de Sanidad de la URSS, V. D. Turovski.

—Anatoli Ivánovich, es necesaria una evacuación urgente. Lo que hemos visto en el hospital... Hablo de la inspección de los afectados... Se hallan muy graves, las dosis de contaminación que han recibido son, según cálculos superficiales, tres-cinco veces superior a las mortíferas. Se trata de una gravísima contaminación exterior e interior. Ese tono de la piel de un bronceado marrón oscuro... Es indudable que la radiación se extendió a grandes distancias de la planta nuclear.

—¿Y si usted se equivoca? —preguntó Mayorets conteniendo su enojo, como siempre exteriormente estable y tranquilo—. Analizaremos la situación y tomaremos una decisión correcta. Pero yo estoy en contra de la evacuación. El peligro a todas luces se exagera...

»La reunión interrumpió su trabajo. Fue anunciado un intervalo y el ministro Mayorets y Shasharin salieron al pasillo a fumar...».

Testimonio de V. Y. Prushinski, ingeniero jefe del Departamento de

Energía Nuclear de Soyuzatomenergo.

«Cuando K. Polushkin y yo regresamos al Comité urbano del PCUS de Prípyat, Shasharin y Mayorets estaban fumando en el pasillo. Nos acercamos y allí mismo, en el pasillo, le informamos al ministro de los resultados de la inspección de la planta n.º 4 desde el aire.

»El primero en vernos llegar fue Shasharin, que exclamó:

—¡Aquí están, por cierto, Prushinski y Polushkin!

»Nos acercamos.

—Informen de lo que han visto desde el helicóptero.

»Envuelto en el humo del cigarrillo, el ya de por sí enjuto y parecido a un hombre de juguete en las reuniones del Ministerio, en comparación con el corpulento y pesado viceministro A. N. Semiónov, Shasharin en esos momentos estaba todavía más demacrado y pálido que de costumbre. Sus cabellos castaños, siempre bien peinados, estaban ahora erizados como plumas en todas las direcciones. Sus ojos de color azul, tras los enormes cristales de unas gafas de importación, miraban en esos momentos asustados, sin pestañear. Todos estábamos asustados y desconcertados. Todos menos, al parecer, Mayorets. Él, como siempre, pulcro, bien peinado, rechoncho y con un rostro sin expresión. Es posible que no entendiera nada. Lo más probable es que así fuera.

—Anatoli Ivánovich —empecé yo animado—. Polushkin y yo hemos inspeccionado desde el aire la planta n.º 4, desde una altura de doscientos cincuenta metros. La planta está destrozada... O sea, está destruida, principalmente la parte monolítica de la sección del reactor: los locales de las principales bombas de circulación, el cilindro separador, la sala central, la cubierta superior de la defensa biológica está incandescente, hasta haber adquirido un color rojo oscuro y se halla inclinada en la cuba del reactor. En ella se ven nítidamente trozos de cables de comunicación y del sistema de refrigeración. En todas partes: en el tejado de la torre “V”, en la sala de máquinas, en el desgaseador, en el asfalto alrededor de la planta e, incluso, en el territorio de los dispositivos de distribución 330 y 750 kV, hay esparcidos grafito y trozos de combustible. Es de creer que el reactor ha sido destrozado. La refrigeración no es efectiva...

—Se acabó el reactor —confirmó Polushkin.

—¿Qué proponen ustedes? —preguntó Mayorets.

—¿Quién diablos lo sabe? Es difícil decirlo de golpe. En el reactor está ardiendo el grafito. Hay que apagarlo. Eso es lo primero. Pero, cómo y con qué... En eso hay que pensar...

»Todos volvieron a entrar en el despacho de Gamaniuk. La Comisión gubernamental seguía deliberando. Shasharin propuso crear grupos de trabajo. Cuando se empezó a hablar de los trabajos de reconstrucción, el representante del diseñador general del reactor lanzó desde su asiento:

—No hay que reconstruirlo, hay que enterrarlo.

—¡No inicie discusiones, camarada Konviz! —le interrumpió Mayolets—. Que los grupos mencionados inicien su trabajo y que en el plazo de una hora preparen medidas para informarle a Scherbina, que llegará dentro de una o dos horas...».

Testimonio de G. A. Shasharin:

«Después sobrevolé la zona en helicóptero junto con Maryin y el vicepresidente del Departamento de control nuclear estatal, miembro correspondiente de la Academia de Ciencias de la URSS, V. A. Sidorenko. Estuvimos suspendidos sobre la planta destruida, a una altura de doscientos cincuenta-trescientos metros. El piloto creo que tenía un dosímetro, aunque no, lo que tenía era un radiómetro. A esa altura, la radiactividad era de unos 300 roentgens por hora. La protección biológica superior del reactor no era de un color rojo vivo, como había informado Prushinski, sino de un tono amarillo vivo. Eso significaba que la temperatura en el reactor iba en aumento. La protección biológica se hallaba no tan inclinada como posteriormente, cuando empezaron a echar encima sacos de arena. El peso la movió... Ahí es cuando comprendí definitivamente que el reactor estaba destrozado. Sidorenko propuso echar sobre el reactor unas cuarenta toneladas de plomo para reducir la radiación. Yo me opuse categóricamente. Semejante peso y lanzado desde una altura de doscientos metros sería una enorme sobrecarga dinámica. Perforaría un agujero hasta la misma piscina de condensación y toda la masa activa fundida fluiría fuera, a la piscina. Entonces, habría que salir corriendo hasta los confines del mundo.

»Cuando Scherbina llegó, entré solo a verle, antes de la reunión. Le informé de la situación y le dije que había que evacuar la ciudad inmediatamente. Me contestó con aire reservado que eso podía producir pánico y que el pánico era todavía peor que la radiación...».

Para entonces, aproximadamente las veintiuna horas de la noche, todas las reservas de agua de la central nuclear se habían agotado. Las bombas, puestas en circulación con tanto esfuerzo por los electricistas que se contaminaron, dejaron de funcionar. Toda el agua, como ya he dicho con anterioridad, fue a parar no al reactor, sino a los niveles inferiores, inundando las instalaciones eléctricas de todas las plantas. La radiactividad aumentaba en todas partes vertiginosamente, el reactor destrozado seguía lanzando de su candente interior millones de curios radiactivos. En el aire había todo el espectro de

isótopos radiactivos, incluyendo el plutonio, ameno y el curie. Todos esos isótopos penetraron en el organismo de la gente, tanto de los que trabajaban en la central nuclear como de los habitantes de Prípyat. Durante los días 26 y 27 de abril, hasta el momento de la evacuación, seguían acumulándose radionúclidos en el organismo de las personas y, además, eran sometidos a radiación exterior gamma y beta...

En el centro médico de Prípyat

El primer contingente de afectados, o como ya sabemos, fue trasladado al centro médico treinta o cuarenta minutos después de la explosión. Hay que tener en cuenta las características especiales y la gravedad en las condiciones en que tuvo lugar la catástrofe nuclear de Chernóbil, ya que la radiación recibida por la gente fue múltiple: una fuerte radiación externa e interna, complicada con quemaduras térmicas y con el humedecimiento de la epidermis. El cuadro real de las lesiones y de las dosis de radiación recibidas no pudo ser establecido con rapidez por los médicos, debido a que carecían de datos de los servicios de protección de la central nuclear sobre la verdadera contaminación atmosférica.

Como ya he dicho con anterioridad, los radiómetros que había en la central atómica sólo alcanzaban a indicar una radiación de 3-5 roentgens por hora. Al mismo tiempo, una información más precisa proporcionada por el jefe del cuartel de la Defensa civil de la central, S. S. Vorobiov, no fue tomada en consideración. La información «atenuada» de los servicios de la central, como es natural, no puso lo suficientemente en guardia a los médicos del centro médico-sanitario que, por otro lado, no estaban debidamente preparados para semejantes situaciones.

Y sólo las primeras reacciones de los afectados: una fuerte eritema (bronceado nuclear), hinchazón, quemaduras, náuseas y vómitos, debilidad, en algunos casos un estado de shock, hicieron suponer a los médicos que la contaminación era grave. Además, el centro médico-sanitario que atendía a la central nuclear de Chernóbil no estaba dotado de aparatos dosimétricos necesarios, ni con un diapasón de las escalas de medición lo suficientemente amplio como para determinar con exactitud el carácter y el grado de contaminación interior y exterior. Es evidente que los médicos del centro médico de Chernóbil no estaban preparados de forma organizada para atender de semejantes afecciones. Por eso, los afectados no fueron clasificados urgentemente como debe de hacerse en tales casos, según la fase de desarrollo de la enfermedad cuando existe el síndrome de una radiotoxemia aguda. Cada una de esas fases desarrolla unos síntomas característicos tempranos, cuya determinación es importante para establecer la terapia de la enfermedad. El criterio fundamental en esos casos es el probable desenlace de la enfermedad:

1. La curación no es posible o es poco probable.
2. La curación es posible si se utilizan en el tratamiento medios y métodos terapéuticos modernos.
3. La curación es probable.
4. La curación está garantizada.

Esa clasificación es importante, sobre todo, si como resultado de la avería han resultado contaminadas muchas personas y es necesario establecer quién de esas personas puede salvarse si se le presta inmediatamente una adecuada ayuda médica. O sea, esa ayuda debe extenderse a los afectados del segundo y tercer grupos, ya que su suerte depende en gran parte de las medidas terapéuticas que se tomen a tiempo.

Es muy importante saber cuándo se inició la radiación, cuánto tiempo duró, si la epidermis estaba seca o húmeda (a través de la piel húmeda los radionúclidos penetran con mayor facilidad en el interior del organismo, sobre todo a través de la piel afectada por quemaduras y heridas).

Sabemos que, prácticamente, todo el turno de Akímov no disponía de mascarillas respiratorias y de comprimidos de protección de yodo de potasio, y que esas personas trabajaron sin una medición adecuada de la radiación.

Los afectados que fueron llegando al centro médico no fueron clasificados según el grado de contaminación recibida y se comunicaban entre sí con toda libertad. No se llevó a cabo una desactivación efectiva de las capas superiores de la piel de los afectados. Sólo fueron bañados bajo una ducha, lo que resultaba muy poco o nada efectivo, debido a la difusión de los radionúclidos y a su acumulación en las capas granuladas de la epidermis.

Se prestó mayor atención a la terapia de los afectados del primer grupo que mostraban reacciones graves primarias, a los que inmediatamente les fueron colocados cuentagotas y de aquellos que tenían graves quemaduras térmicas (los bomberos Shashenok y Kurguz).

Sólo catorce horas después de la avería llegó de Moscú una brigada especializada que incluía físicos, terapeutas-radiólogos y médicos hematólogos. Se realizaron de uno a tres análisis de la sangre de los afectados, se rellenaron las hojas médicas con el cuadro clínico de los enfermos registrados después de la avería, sus dolores, el número y la fórmula de leucocitos.

Testimonio de V. G. Smaguin, jefe de turno de la planta n.º 4 (relevo en el turno de Akímov):

«Sobre las dos de la tarde abandoné la sala de mandos: tenía vómitos, dolor de cabeza, mareos y un estado de semiinconsciencia. Me lavé y me

cambié de ropa en el compartimento sanitario. Después me dirigí al edificio de administración y atención médico-sanitaria. Allí ya había médicos y enfermeras. Intentaron tomar nota de dónde había estado y de los campos radiactivos de la zona. ¿Pero qué sabíamos nosotros? No sabíamos nada a ciencia cierta, sólo que los dosímetros dejaban de funcionar en la señal 1.000 microrentgens por segundo, eso era todo lo que sabíamos. ¿Dónde has estado? ¿Acaso puedes decir dónde? Sería necesario mencionarles toda la central. Además, todo el tiempo sentía náuseas. Entonces, a unas cinco personas nos montaron en la ambulancia y nos llevaron al hospital de Prípyat.

»Nos llevaron al recibidor del hospital y con un aparato comprobaron la radiactividad de cada uno: todos estábamos contaminados. Volvimos a bañarnos, pero seguíamos dando radiactividad. Nos llevaron a la tercera planta a que nos vieran los terapeutas. A mí me vio enseguida y me llevó consigo la doctora Liudmila Ivánovna Prilépskaia. Su marido también era jefe de turno en la planta averiada y nuestras familias se hicieron amigas.

»Todos nosotros empezamos a tener vómitos. Vimos a nuestro paso un cubo o una papelerera, lo cogimos y empezamos a vomitar en él. Prilépskaia tomó datos, averiguó en qué lugar de la planta había estado y cuál era la radiación del lugar. No terminaba de entender que allí había radiación por todas partes, que todo estaba contaminado. Toda la central nuclear era un enorme campo radiactivo. Prilépskaia intentaba establecer mi dosis de contaminación. En los intervalos entre los vómitos procuraba contarle lo que podía. Le dije que nadie de nosotros tenía idea de la intensidad de la radiación, que en los 1.000 microrentgens por segundo el dosímetro dejaba de marcar. Me sentía muy mal. Sentía una gran debilidad, mareos, náuseas.

»Me llevó a una habitación y me acostó. Inmediatamente me puso el cuentagotas en la vena. Duró eso mucho, unas dos o tres horas. Me echaron tres frascos de suero: en dos de ellos había un líquido transparente y en el tercero amarillento. Todos lo llamábamos solución fisiológica.

»Pasadas unas dos horas empecé a sentirme animado. Cuando me quitaron el cuentagotas, me levanté y empecé a buscar un cigarrillo. En la habitación había dos pacientes más. En una de las camas estaba un guardia de la defensa civil de la central. Todo el tiempo repetía:

—Me escaparé a casa. Mi esposa y mis hijos están preocupados, no saben dónde estoy. Y yo no sé qué ha sido de ellos.

—No te levantes —le dije—. Estás contaminado, así que debes seguir el tratamiento...

»En la otra cama estaba un joven ajustador de una empresa de Chernóbil. Cuando se enteró de que Volodia Shashenok había muerto a las seis de la

madrugada, empezó a gritar que por qué le habían ocultado su muerte, por qué no se lo habían dicho. Se trataba de una verdadera histeria. Y al parecer se había asustado. Si Shashenok había muerto, entonces él también podía morir. Gritaba mucho.

—¡Todo lo ocultan! ¿Por qué no me lo han dicho? —dijo.

»Después se tranquilizó, pero le entró un hipo agotador.

»El hospital estaba contaminado. El dosímetro indicaba radiactividad. Movilizaron a mujeres que se dedicaron a fregar los suelos en las habitaciones y los pasillos. Por el hospital se paseaba un dosimetrista midiendo la radiactividad y murmuraba:

—Limpián, limpián, pero todo sigue contaminado...

»Parecía que no estaba satisfecho con el trabajo de las mujeres, pero ellas limpiaban a conciencia y no tenían culpa de nada. Las ventanas estaban abiertas de par en par, en la calle hacía mucho calor, en el aire había radiactividad. El aire estaba saturado de rayos gamma, por eso el dosímetro no indicaba correctamente. Mejor dicho, indicaba correctamente la existencia de contaminación, que penetraba de la calle y quedaba depositada dentro del hospital.

»Oí por la ventana abierta que me llamaban. Me asomé y vi a Seriozha Kamishni, jefe de turno de la sala del reactor en mi turno. Me preguntó que cómo me iban las cosas. Le contesté:

—¿Tienes cigarrillos?

—Sí.

»Con la ayuda de una cuerda que hice descender me envió los cigarrillos.

»Le dije:

—¿Y tú, Seriozha, por qué andas por ahí? Tú también te has contaminado. Ven aquí.

»Y él me contestó:

—Me siento bien. Me he desactivado —y me enseñó una botella de vodka que llevaba en el bolsillo. Luego me preguntó si yo también quería vodka, y le contesté que no, que a mí ya me habían echado dentro líquido...

»Fui a ver a Lionia Toptunov, que también estaba hospitalizado. Estaba acostado y tenía el color de la piel de un marrón oscuro. Tenía muy inflamados la boca y los labios, la lengua hinchada. Casi no podía hablar.

»A todos nos atormentaba la misma pregunta:

—¿Por qué sucedió la explosión?

»Le pregunté a Toptunov sobre la reserva de radiactividad. Con mucha dificultad me contestó que el “Skalá” indicaba la existencia de 18 barras, pero que a lo mejor mentía. Las máquinas a veces mienten...

»Volodia Shashenok murió de las quemaduras y la radiación a las seis de la madrugada. Creo que ya le habían enterrado en el cementerio rural. Entre tanto, el adjunto del jefe del servicio eléctrico, Alexandr Lelechenko, después del cuentagotas se sintió tan bien que escapó del hospital y regresó a la planta nuclear. La segunda vez tuvieron que enviarle a Kíev en estado muy grave. Allí murió en medio de terribles sufrimientos. La dosis total que recibió de radiación alcanzó los 2.500 roentgens. No pudieron salvarle ni una terapia intensiva ni el trasplante de médula ósea...

»Después del cuentagotas todos nos sentíamos mejor. Encontré en el pasillo a Proskuriakov y Kudriávtsev. Ambos sostenían las manos apretadas en el pecho. Era la posición de los brazos junto al reactor, en la sala central, para defenderse de la radiación y así se les quedaron, doblados, sin poder estirarlos debido al terrible dolor que el intento les causaba. Tenían la cara y las manos muy hinchadas y de un color marrón oscuro. Ambos se quejaban del espantoso dolor que sentían en la piel del rostro y de las manos. No podían hablar mucho y no quise molestarles más.

»Pero Valeri Pervózchenko, después del cuentagotas, no se levantó. Seguía acostado en silencio de cara a la pared. Dijo solamente que sentía un terrible dolor en todo el cuerpo. El suero fisiológico no le había levantado el ánimo.

»Tolia Kurguz estaba cubierto de ampollas debido a las quemaduras. En algunas partes la piel le había estallado y colgaba. Tenía la cara y las manos muy hinchadas y cubiertas de costras. Al menor gesto se le agrietaban, produciéndole un terrible dolor. Se quejaba de que todo el cuerpo se le había convertido en un dolor continuo.

»En el mismo estado se hallaba Petia Palamarchuk, que había sacado a Volodia Shashenok de aquel infierno atómico...

»Los médicos, por supuesto, hacían mucho por los afectados, pero sus posibilidades eran limitadas. Ellos mismos se contaminaron. La atmósfera en el hospital estaba contaminada. También despedían radiación los pacientes más graves, ya que habían aspirado radionúclidos y su piel también los había filtrado.

»En el mundo no había sucedido nada similar. Éramos los primeros después de Hiroshima y Nagasaki, pero no había motivos para enorgullecerse de ello.

»Todos los que se sentían mejor fueron al cuarto de fumar. Pensábamos sólo en una cosa: ¿por qué hubo una explosión? Allí estaba Sasha Akímov muy triste y terriblemente bronceado. También Anatoli Stepánovich Diátlov fumaba y meditaba. Alguien le preguntó:

—¿Cuánta radiación has pescado?

—Pienso que unos 40 roentgens —contestó Diátlov—, veremos...

»Se equivocó exactamente en diez veces. En la clínica n.º 6 de Moscú le detectaron 400 roentgens. Presentaba el tercer grado de radiación aguda. Y se había quemado considerablemente las piernas cuando anduvo por el combustible y el grafito alrededor del bloque destruido.

»¿Pero, por qué sucedió? Todo iba bien. Todo se hacía bien y el régimen del reactor era relativamente tranquilo.

Y de repente... En unos segundos, todo se vino abajo... Así pensaban todos los operadores. Y sólo Toptunov, Akímov y Diátlov podían, según parecía, contestar a esa pregunta. Pero resultaba que ellos tampoco podían contestar. A muchos les daba vueltas en la cabeza la palabra «sabotaje», porque, cuando no puedes explicártelo, piensas en el mismo diablo...

»Akímov, a mi pregunta, contestó:

—Hacíamos todo correctamente, no sé por qué sucedió...

»Estaba perplejo y enojado.

»Entonces, realmente, muchos no entendían lo sucedido. Todavía no habíamos tomado conciencia de la gravedad de la desgracia ocurrida. Diátlov también estaba seguro de haber actuado correctamente.

»Hacia la noche llegó un equipo de médicos de la clínica n.º 6 de Moscú. Iban de habitación en habitación viendo a los afectados. Un doctor, creo que Gueorgui Dimítrievich Selidokin, seleccionó el primer grupo, veintiocho personas, para enviarlas urgentemente a Moscú. Seleccionaba orientándose por el bronceado radiactivo. No había tiempo para análisis. Casi todos los de ese grupo de veintiocho murieron...

»Desde las ventanas del hospital se veía bien la planta averiada. En la noche empezó a arder el grafito. Las llamas eran gigantescas. Se arremolinaban alrededor de la chimenea de ventilación, como una imponente tromba de fuego. Era un espectáculo espantoso y doloroso.

»La evacuación del primer grupo la dirigía el vicepresidente del Comité ejecutivo de la ciudad, Sasha Esaúlov. Veintiséis personas ocuparon los asientos del rojo autocar “Ikarus”. A Kurguz y Palamarchuk se los llevaron en ambulancia. Salieron para Moscú en avión desde Borispolie a las tres de la

madrugada.

»A los demás enfermos menos graves, entre los que me hallaba, nos enviaron a Moscú, a la clínica n.º 6, el día 27 de abril. De Prípyat salimos sobre las doce de la noche. Éramos más de cien personas distribuidas en tres autocares “Ikarus”. Se oían los gritos y los llantos de los que nos despedían. Íbamos todos con las ropas rayadas del hospital...

»En la clínica n.º 6 de Moscú me detectaron una dosis radiactiva de 280 rads...».

El 26 de abril de 1986, sobre las nueve de la noche, llegó a Prípyat el vicepresidente del Consejo de Ministros de la URSS, Borís Evdokímovich Scherbina. Le tocó desempeñar un papel realmente histórico. Ocupó el cargo del primer presidente de la Comisión gubernamental creada para la eliminación de las consecuencias de la catástrofe nuclear de Chernóbil. Toda la política energética de Scherbina llevada a cabo por el incompetente Mayorets, a mi modo de ver, aceleró los acontecimientos de Chernóbil.

De baja estatura, enjuto, todavía más pálido que de costumbre, con la anciana boca fuertemente apretada y las arrugas autoritarias de sus hundidas mejillas, Scherbina se mostraba tranquilo y circunspecto.

Todavía no entendía que todo alrededor, en la calle y en los edificios, estaba impregnado de radiactividad, que todo irradiaba rayos gamma y beta, a los que les daba lo mismo a quién contaminar: a los simples mortales o a Scherbina. Esos simples mortales en la ciudad nocturna eran cerca de cuarenta y ocho mil personas, incluidos ancianos, mujeres y niños. Pero a Scherbina tampoco eso parecía importarle mucho, pues sólo él podía decidir si se evacuaba o no la población, si se consideraba o no lo sucedido como una catástrofe nuclear.

Scherbina se comportaba como de costumbre. Al principio se mostró modesto, exteriormente incluso apático. Un enorme poder incontrolable había sido puesto en manos de ese pequeño y enjuto personaje y eso le proporcionaba la agradable sensación de un ilimitado poder, como si él, igual que el Señor, pudiera decidir a quién condenar y a quién perdonar...

Pero Scherbina era un hombre y sus reacciones serán las de una persona: primero, en su interior, bajo una aparente calma, irá gestándose la tormenta; después, cuando empiece a entender lo que había sucedido, se desencadenará una tormenta real, furiosa e impaciente:

—¡Rápido! ¡Rápido!

En Chernóbil se había desencadenado una tragedia cósmica. Pero, para vencer el Cosmos no es suficiente sólo una fuerza cósmica, era necesaria la

razón viva más poderosa.

Sobre la actividad de las comisiones de trabajo creadas, el primero en informar fue Mayorets. Se vio obligado a reconocer que la planta n.º 4 había sido destruida y también su reactor. Brevemente informó de las medidas a tomar para su enterramiento. Dijo que había que echar sobre el bloque más de 200.000 m³ de hormigón; que por lo visto habría que cerrarlo primero en una especie de cuba metálica y luego echar el hormigón. No se sabía qué hacer con el reactor incandescente. Dijo que había que pensar en la evacuación, pero que no estaba seguro de ello. Que si el reactor era apagado, la radiactividad debía disminuir o desaparecer...

—No se precipite con la evacuación —dijo Scherbina, con aparente calma, pero se notaba que en su interior bullía una importante furia.

¡Cómo deseaba que no hubiera evacuación!

Todo había comenzado tan bien para Mayorets en el nuevo Ministerio. Había mejorado el coeficiente de utilización de los sistemas energéticos, y ahora...

Después de Mayorets intervinieron Shasharin, Prushinski, el general Berdov, Gamaniuk, Vorobiov; el jefe de las tropas químicas, el general coronel Pikálov; en representación de los ingenieros de la oficina de diseño, Kuklin y Konviz; de la dirección de la central, Fomín y Briujánov.

Scherbina escuchó a todos y después les propuso reflexionar conjuntamente.

—Reflexionen, hagan propuestas. Inicien un «brain storming» (tormenta de ideas). No puedo creer que no sea posible apagar semejante reactor. Hemos apagado escapes de gas con unas llamas mucho más poderosas, auténticas tormentas de fuego. ¡Y lo conseguimos!

Y todos se pusieron a «atacar» con sus ideas. Cada quien decía lo primero que se le ocurría. En eso consistía el «brain storming». Cualquier idea, por muy estúpida que fuera, podía sugerir otra idea valiosa. Se proponía de todo: levantar al aire una enorme cuba de agua, dejarla caer sobre el reactor, construir una especie de «caballo de Troya» en forma de un enorme cubo de hormigón vacío por dentro, meter dentro a gente y empujarlo hasta el reactor y ya desde allí echarle agua...

Alguien hizo una buena pregunta:

—¿Y cómo vamos a mover ese mastodonte de hormigón, o sea, ese «caballo de Troya»? Se necesitarán ruedas y un motor...

La idea fue desechada.

El propio Scherbina propuso que fueran llevadas al canal de conducción de agua lanchas motoras de los bomberos y desde allí lanzar agua al reactor. Pero uno de los físicos explicó que el fuego nuclear no se puede extinguir con agua, por el contrario, aumentará la radiactividad, puesto que el agua se evapora y el vapor con el combustible cubrirá todo a su alrededor. Y la idea de las lanchas motoras también fue desechada.

Por fin, alguien se acordó de que el fuego, también el nuclear, se puede extinguir sin complicaciones con arena...

Entonces se hizo evidente que sin la aviación no se podría hacer nada. Se envió a Kiev una solicitud urgente para que enviaran pilotos de helicópteros.

El segundo del comandante de las fuerzas aéreas de la región militar de Kiev, el general mayor Nikolai Tomoféevich Antoshkin, estaba ya camino de Chernóbil.

En la tarde del 26 de abril había recibido la orden: «Parta urgentemente a la ciudad de Prípyat. Se ha decidido cubrir con arena la planta nuclear averiada. La altura del reactor es de treinta metros. Sólo pueden utilizarse helicópteros. En Prípyat actúe según las circunstancias... Mantenga comunicación permanente con nosotros...».

Los pilotos de helicópteros militares tenían sus bases muy lejos de Prípyat y Chernóbil. Había que localizarlos más cerca...

Mientras el general N. T. Antoshkin se hallaba camino de Prípyat, la Comisión gubernamental decidía la evacuación. Insistían sobre todo en la evacuación la Defensa civil y los médicos del Ministerio de Sanidad de la URSS.

—¡Es necesaria una evacuación urgente! —insistía acaloradamente el viceministro de Sanidad, E. J. Vorobiov—. La atmósfera está saturada de plutonio, cesio y estroncio... El estado de los internados en el hospital indica que la radiactividad es muy elevada. El tiroides de la gente, incluyendo a los niños, está saturado de yodo radiactivo. Nadie lleva a cabo medidas profilácticas con yoduro de potasio... ¡Es increíble!

Scherbina le interrumpió:

—Evacuaremos la ciudad en la mañana del 27 de abril. Los mil cien autobuses preparados, que sean llevados esta noche a la carretera entre Chernóbil y Prípyat. A usted, general Berdov, le ruego que coloque puestos de guardia delante de cada casa. Que no se permita salir a la calle a nadie. La Defensa civil que comunique mañana por la mañana las medidas a tomar a la población por la radio. Y también la hora fija de la evacuación. Que se distribuyan por los pisos comprimidos de yoduro de potasio. Que lo hagan los

miembros de las juventudes comunistas. Ahora, Shasharin, Legásov y yo sobrevolaremos el reactor, de noche se ve mejor...

Scherbina, Shasharin y Legásov se alzaron al cielo radiactivo de Prípyat en el helicóptero de la Defensa civil y sobrevolaron la planta averiada. Scherbina observaba con unos prismáticos el reactor incandescente de color amarillo vivo, en cuyo fondo destacaban nítidamente el humo oscuro y las lenguas de las llamas. En las grietas del reactor destruido brillaban, de uno y otro lado, las estrellas en el azul del cielo. Parecía como si alguien omnipotente soprase unos enormes fuelles invisibles hinchando la gigantesca fragua nuclear de veinte metros de diámetro. Scherbina observaba con respeto ese monstruo nuclear en llamas que, indudablemente, tenía más poder que él como vicepresidente del Consejo de Ministros de la URSS. Un poder tan grande que ya había tachado el destino de muchos altos cargos y que también a él, Scherbina, podía dejarle sin su puesto... Un serio enemigo, sin duda...

—¡Cómo arde! —decía Scherbina, como si hablase consigo mismo—. ¿Y cuánta arena hay que echar en ese cráter?

—El reactor montado y con el combustible pesa diez mil toneladas —contestó Shasharin—. Si el reactor arrojó la mitad del grafito y del combustible, su peso será de unas mil toneladas; el hoyo que se formó tiene unos cuatro metros de profundidad y unos veinte metros de diámetro. La arena tiene mayor peso específico que el grafito... Pienso que habrá que echar unas tres mil o cuatro mil toneladas de arena...

—Los pilotos de los helicópteros tendrán mucho trabajo —dijo Scherbina—. ¿Cuál es la radiación a una altura de doscientos cincuenta metros?

—300 roentgens por hora. Pero cuando le echen peso al reactor se levantará una nube de polvo radiactivo y la radiación a esa altura aumentará bruscamente. Y habrá que «bombardear» la arena desde menos altura...

El helicóptero salió de la zona del cráter. Scherbina estaba relativamente tranquilo. Pero esa tranquilidad se debía no sólo al dominio de sí mismo, habitual en él, sino, en gran medida, a sus escasos conocimientos en los temas de energía nuclear y también a lo impreciso de la situación. Horas más tarde, cuando se tomen las primeras decisiones, le gritará a sus subordinados a pleno pulmón, dándoles prisa, culpándoles de lentitud y de todos los pecados mortales...

IV

27 de abril de 1986

Relata el coronel V. Filátov:

«Era más de la medianoche del 27 de abril cuando en el local del Comité urbano del PCUS entró el teniente general de aviación, N. T. Antoshkin. Todavía en las afueras de la ciudad, Antoshkin se había fijado en que, en todas las ventanas de todas las oficinas, la luz estaba encendida. La ciudad no dormía, zumbaba como un avispero. El Comité urbano estaba lleno de gente.

»Antoshkin informó inmediatamente a Scherbina de su llegada.

»Scherbina le dijo:

—Toda la esperanza está ahora puesta en usted y sus pilotos de helicóptero, general. Hay que sellar herméticamente el cráter con arena desde el aire. Desde ningún otro lado es posible acercarse al reactor, sólo desde arriba. Así que sólo sus pilotos de helicóptero...

—¿Cuándo hay que empezar? —preguntó el general Antoshkin.

—¿Cuándo empezar? —preguntó a su vez extrañado Scherbina—. Ahora mismo, inmediatamente.

—No es posible, Borís Evdokímovich. Los helicópteros todavía no han llegado. Hay que encontrarles una pista de aterrizaje, un lugar desde el cual se puedan dirigir los vuelos... Sólo al amanecer.

—Entonces, al amanecer —estuvo de acuerdo Scherbina—. ¿Me entiende, verdad, general? Tome el asunto en sus manos.

»Desconcertado por las palabras del presidente de la Comisión gubernamental, el general Antoshkin reflexionaba febrilmente:

»¿De dónde sacar la arena? ¿De dónde los sacos? ¿Quién va a cargarlos en los helicópteros? ¿Cuáles son las rutas de aproximación por el aire a la planta n.º 4?

»Antoshkin recordó, de pronto, que mientras viajaba en el coche de Kíev a Prípyat, a su encuentro circulaba una interminable fila de autobuses y coches particulares repletos como en las horas punta. Entonces pensó si no se trataría de una evacuación. Aquello era una evacuación espontánea. Parte de la población, a iniciativa propia, abandonó la ciudad radiactiva por sus propios medios ya durante el día y la noche del 26 de abril.

»Antoshkin pensaba dónde colocar sus helicópteros y no encontraba respuesta. De pronto, se dio cuenta de que estaba observando atentamente la plaza frente al Comité urbano del PCUS.

»“¡Aquí, precisamente!” —le vino la idea—. “No hay otro lugar más que esa plaza para el aterrizaje de los helicópteros”».

Se lo comunicó a Scherbina. Después de algunas dudas debido al ruido de los motores que iba a molestar a la Comisión gubernamental en su trabajo, recibió el permiso.

Sin tomar en consideración la radiación existente, Antoshkin se dirigió en su coche a la planta averiada e inspeccionó las posibilidades de acercarse a ella en helicóptero. Todo sin medios de protección. La administración de la central, desconcertada, no había proporcionado a los recién llegados los medios necesarios de defensa. Todos seguían con la misma ropa con la que habían llegado. La contaminación en los cabellos y la ropa, a las veinticuatro horas de haber llegado, alcanzaba ya decenas de millones de partículas desintegradas.

Mucho después de la medianoche del 27 de abril, el teniente general Antoshkin llamó por la radio personal a los primeros helicópteros. Pero, sin un mando terrestre, en tales circunstancias no podían aterrizar. Antoshkin subió al tejado del hotel «Prípyat», de once plantas, con su aparato de radiocomunicación y empezó a dirigir los vuelos. Desde allí se veía, como en la palma de la mano, la planta nuclear n.º 4 destruida con una corona de fuego sobre el reactor. Más allá, tras la estación de ferrocarril de Yánov, se veía la carretera de Chernóbil y en ella una columna de multicolores autobuses esperando una orden.

Había mil cien autobuses ocupando veinte kilómetros de carretera entre Prípyat y Chernóbil. Era un cuadro deprimente el que presentaban esos autobuses inmóviles y vacíos, simbolizando que en aquella antigua, siempre pura y ahora radiactiva tierra, la vida se había detenido.

A la una y veinte minutos de la madrugada la columna de autobuses iniciará la marcha, atravesará el viaducto y se desperdigará parándose cada autobús junto a una de las casas blancas. Después abandonarán Prípyat para siempre, llevándose a su gente y en las ruedas millones de partículas radiactivas, contaminando las carreteras y los caminos de las ciudades y aldeas a su paso...

Habría que haber pensado en cambiar las ruedas en el límite de la zona de diez kilómetros de radio. Pero nadie pensó en ello. La radiactividad del asfalto en Kíev durante mucho tiempo después alcanzaba de 10 a 30 milirads/h y durante muchos meses hubo que lavar las carreteras...

En la madrugada ya estaba todo decidido respecto a la evacuación. Pero la mayoría opinaba que se trataba de una evacuación por poco tiempo, de dos a tres días nada más. Los científicos, reunidos en el Comité urbano del PCUS, suponían que una vez que el reactor fuera cubierto con arena y arcilla, la radiactividad descendería. Es cierto que los científicos todavía no lo tenían muy claro, pero la opinión de que la radiación no duraría mucho era la que

predominaba. Por eso se recomendó a la gente que se vistiera con ropa ligera y que se llevaran alimentos y dinero sólo para tres días. El resto de la ropa que la guardarán en los armarios, desconectarán el gas y la electricidad y cerrarán las casas con llave. La integridad de las viviendas estaría asegurada por la milicia.

Si los miembros de la Comisión gubernamental hubieran sabido cuál era en realidad el nivel de radiación, la decisión tomada habría sido distinta. Muchos habitantes podrían haberse llevado su ropa dentro de bolsas de plástico, pues continuaba el flujo natural del polvo radiactivo al interior de las viviendas, a través de los resquicios en las puertas y ventanas. Una semana después, la radiactividad de la ropa y demás cosas dentro de las casas alcanzaba ya un roentgen/h.

Muchas mujeres y niños evacuaron vestidos con ligeras ropas llevándose en ellas y los cabellos millones de partículas radiactivas...

Testimonio de V. N. Shinkin:

«Al principio se pensó evacuar la ciudad por la mañana temprano. En ello insistían Shasharin, los representantes del Ministerio de Sanidad de la URSS, Vorobiov y Turovski, y los representantes de la Defensa civil.

»Los científicos no opinaban acerca de la evacuación. Y en general, me pareció que los científicos minimizaban el peligro. También era evidente su incertidumbre, no sabían qué hacer con el reactor. La decisión de cubrirlo de arena era considerada sólo como una medida preventiva para extinguir el fuego...».

Testimonio de B. Y. Prushinski:

«El día 4 de mayo me dirigí en helicóptero al reactor junto con el académico Vélijov. Después de observar detenidamente el reactor desde el aire, Vélijov dijo preocupado:

—Es difícil imaginar cómo se podrá dominar el reactor...

»Y eso fue dicho después de que ya hubieran sido arrojadas al cráter nuclear cinco mil toneladas de diversos materiales».

Testimonio de V. H. Shishkin:

«A las tres de la madrugada del 27 de abril se hizo evidente que, por razones de organización y técnicas, sería imposible evacuar a la población durante la mañana. Había que avisar a la gente. Se decidió reunir por la mañana a los representantes de todas las empresas y organizaciones de la ciudad y comunicarles los detalles de la evacuación.

»Todos los miembros de la Comisión gubernamental carecían de mascarillas de protección. Nadie les había dado comprimidos de yoduro de

potasio. Tampoco nadie lo había solicitado. Los científicos, al parecer, no entendían nada al respecto. Briujánov y las autoridades locales se hallaban en completa postración. Mientras que Scherbina y muchos de los miembros de la Comisión, incluido yo, no entendíamos nada sobre dosímetros y física nuclear...

»Más tarde supe que la radiación en la habitación en que nos encontrábamos había alcanzado los 100 milirems/h, o sea, 3 roentgens por día, si no se salía a la calle, y en la calle era de 1 roentgen/h, o sea, 24 roentgens por día. Pero ésa es radiación exterior. La acumulación de Yodo-131 en la glándula tiroides estaba sucediendo con mayor rapidez y, como me explicaron después dos dosimetristas, hacia mediodía del 27 de abril, la radiación del tiroides en muchas personas era ya de 50 roentgens/h. La tasa de radiación del organismo a través del tiroides es de una proporción de uno por dos. O sea, que la gente recibió de su propia glándula tiroides 25 roentgens más sobre la radiación que había recibido cada uno de los habitantes de Prípyat y de los miembros de la Comisión gubernamental, hacia las dos de la tarde del 27 de abril, era de 40 o 50 rads como término medio.

»A las tres y media de la madrugada, yo ya no me tenía en pie debido, como después se supo, al cansancio nuclear y me fui a dormir un rato.

»Me desperté sobre las seis y media de la madrugada del 27 de abril y salí al balcón a fumar. Desde el balcón vecino del hotel "Prípyat", Scherbina observaba detenidamente con unos prismáticos la planta n.º 4 destruida...

»A las diez de la mañana reunieron a los representantes de las empresas y organizaciones de la ciudad. Les explicaron cuál era la situación y lo que había que hacer. Les hablaron detalladamente de la evacuación, que fue fijada para las dos de la tarde. La tarea principal, en esos momentos, consistía en no permitir que la gente saliera de sus casas, en que todos tomaran comprimidos de yoduro de potasio, en que se hiciese una limpieza húmeda en las viviendas y en las calles.

»Seguían sin proporcionarnos dosímetros. Simplemente, no los había en cantidad suficiente. Los que había en la planta estaban contaminados.

»Todos los miembros de la Comisión almorzaron y cenaron el día 26 de abril y desayunaron y almorzaron el 27 de abril en el restaurante del hotel "Prípyat", sin que se tomaran medidas cautelares. Los radionúclidos penetraban en el organismo junto con los alimentos. Sólo en la cena del día 27 de abril, gracias a la insistencia de la Defensa civil, se distribuyó comida fría: salchichón, pepinos, tomates, queso fundido, café, té y agua. Todos comieron menos Mayorets, Scherbina y Maryin. Por lo visto, esperaban que a ellos les llevaran comida preparada, pero cuando se dieron cuenta de que no se les serviría comida caliente, ya no quedaba nada. Por ese motivo hubo muchas

bromas y risas.

»El 27 de abril a mediodía todos los miembros de la Comisión gubernamental presentaban los mismos síntomas: un enorme cansancio (ese cansancio nuclear se siente antes y con mayor intensidad que el cansancio habitual haciendo el mismo volumen de trabajo), irritación de la garganta, la boca reseca, tos, dolor de cabeza y comezón de la piel. A los miembros de la Comisión se les empezó a suministrar yoduro de potasio sólo el día 28 de abril.

»Durante el 27 de abril se inició en Prípyat la medición de la radiación durante cada hora. Tomaban pruebas del asfalto, del aire y del polvo de las cunetas. Los análisis mostraban que el 50 por 100 de la radiactividad provenía del Yodo-131. En la superficie del asfalto, la radiactividad ya era de 50 roentgens/h, y a una altura aproximada de dos metros sobre la tierra era de 1 roentgen/h...».

Testimonio de M. S. Tsvirkó, jefe de la empresa Soyuzatomenergomontaje:

«El 27 de abril en la noche, todos los cocineros habían escapado. De los grifos no salía agua. Era imposible lavarse las manos. Nos trajeron cajas de cartón: en una había pan, en otra pepinos, en la tercera conservas y algo más. Yo mordía el pan con asco y tiraba la parte que había sostenido en la mano. Después comprendí que mis precauciones habían sido inútiles, pues el trozo de pan que me comía estaba tan contaminado como el que sostenía en mis dedos. Todo estaba terriblemente contaminado...».

Testimonio de U. P. Tschelskaia, empleada de la hormigonera de la central nuclear:

«A mí, como a los demás, me dijeron que la evacuación duraría sólo tres días y que no era necesario que llevásemos con nosotros las cosas. Yo me fui con un ligero vestido puesto, nada más. Sólo me llevé el documento de identidad y un poco de dinero que muy pronto se me acabó. Al término de los tres días no nos permitieron regresar. Logré llegar a Lvov. No tenía dinero. Si lo hubiera sabido me habría llevado la libreta de ahorros, pero había dejado todo en casa. El sello en el documento de identidad que demostraba que estaba empadronada en Prípyat y que yo enseñaba como prueba de ello, no surtía el menor efecto. Todos mostraban una completa indiferencia. Solicité una subvención y me la denegaron. Le escribí una carta al ministro de Energía de la URSS, Mayorets. No sé, pero por lo visto el vestido y todo lo que llevo encima está muy contaminado. A mí nadie me midió la radiación...».

La respuesta del ministro a la carta enviada por Tschelskaia dice así:

«La camarada Tschelskaia U. P. puede dirigirse a cualquier oficina del Ministerio de Energía de la URSS. Le serán entregados doscientos cincuenta

rublos».

Pero ese visado está fechado el día 10 de julio de 1986. Mientras tanto, el 27 de abril...

Testimonio de G. N. Petrov, exjefe de la sección de instalaciones en Prípyat de Soyuzatomenergomontaje:

«El 27 de abril por la mañana anunciaron por la radio que no saliésemos de casa. Chicas del equipo sanitario andaban de casa en casa repartiendo comprimidos de yoduro de potasio. En cada portal pusieron a un miliciano sin mascarilla respiratoria, no obstante, que, como después se supo, en la calle la radiación era de 1 roentgen/h y el aire estaba saturado de radionúclidos.

»Pero no todos hicieron caso de las instrucciones dadas por la radio. Hacía calor y era un día soleado. Además, era domingo. Pero, tosíamos, la garganta estaba reseca, en la boca se sentía un sabor metálico y nos dolía la cabeza. Algunos fueron al ambulatorio médico a medirse la radiación. Les examinaron el tiroides y dieron más de 5 roentgens/h. Pero no había otros dosímetros con mayor escala y era imposible establecer la contaminación real. La gente estaba preocupada. Pero al rato se olvidaba de ello. Todos estábamos muy excitados...».

Testimonio de L. A. Jaritónova, ingeniero jefe de la dirección de la construcción de la central nuclear de Chernóbil:

«Todavía el 26 de abril en la tarde, a algunos, en particular a los niños en el colegio, les avisaron de que no debían salir a la calle. Pero, la mayoría no siguió el consejo. Ya más hacia la noche se hizo evidente que la preocupación tenía fundamento. La gente andaba visitándose unos a otros y comentando sus preocupaciones. Yo no lo he visto, pero decían muchos, sobre todo los hombres, que intentaban desactivarse tomando alcohol. En las barriadas obreras, los borrachos son frecuentes sin necesidad de averías nucleares. Y con lo de la avería recibieron un nuevo estímulo para beber. Posiblemente, porque no había ningún otro remedio para desactivarse realmente. Prípyat estaba muy animada, llena de gente, como si la ciudad se estuviese preparando para un gran carnaval. Claro, que a la vuelta de la esquina estaban ya las fiestas de mayo. Pero saltaba a la vista que la gente estaba sobreexcitada...».

Testimonio de L. H. Akíмова:

«En la mañana del 27 de abril dijeron por la radio que nadie saliese de sus casas y que no nos acercásemos a las ventanas. Las alumnas de las clases superiores nos trajeron comprimidos de yoduro de potasio. A las doce nos anunciaron, ya de forma más precisa, que habría evacuación, pero sólo por dos o tres días, que no nos preocupásemos y que no llevásemos muchas cosas. Los niños, todo el tiempo intentaban acercarse a la ventana a ver qué sucedía en la

calle. Yo los apartaba de la ventana. Estábamos alarmados. Me acerqué a la ventana y vi que no todos seguían las instrucciones recibidas. En el banco, junto al portal, estaba sentada nuestra vecina tricotando y junto a ella jugaba en la arena su hijo de dos años. Y allí, como después supimos, el aire estaba impregnado de rayos gamma y beta. Sobre todo había muchas partículas radiactivas de larga duración que se acumulaban en el organismo. Más que nada, el yodo radiactivo en el tiroides, especialmente peligroso para los niños. Todo el tiempo dolía la cabeza y nos asfixiaba la tos...

»Por lo demás, la vida transcurría como siempre. Preparábamos los desayunos, los almuerzos, las cenas... Durante todo el día 26 de abril estuvimos saliendo a hacer compras en las tiendas, incluso el 27 de abril. E íbamos de visita a casa de los amigos...

»Entretanto, los alimentos ya eran radiactivos... A mí me preocupaba también mucho el estado de mi marido: tenía un color de piel marrón oscuro, estaba muy excitado y tenía un brillo febril en los ojos...».

Testimonio de G. N. Petrov:

«A las dos en punto de la tarde, delante de cada portal de todas las casas, se paró un autobús. Por la radio avisaron: “vestirse con ropa ligera, llevar un mínimo de cosas, dentro de tres días estarán de regreso”. Yo entonces pensé que si llevábamos muchas cosas, ni cinco mil autobuses serían suficientes.

»La mayoría hizo caso de los consejos e incluso se llevó consigo muy poco dinero. En general, nuestra gente es buena: bromeaban, se daban ánimos unos a otros, tranquilizaban a los niños... Les decían que iban a ver a la abuela, o al cine, o al circo... Los niños más mayores estaban pálidos, tristes y silenciosos. En el aire, junto a la radiación, se palpaba una falsa animación y alarma. Pero todo se hacía en orden. Muchos, ya de antemano, habían bajado de los pisos y esperaban junto al portal con los niños. Les rogaban que entrasen dentro de la casa. Cuando llegaron los autobuses, salimos del portal directamente al autobús. Aquellos que se entretuvieron fuera y corrían de autobús en autobús, lo único que hicieron fue coger mayor número de rems. Ya en un día de vida “normal”, nos habíamos contaminado por fuera y por dentro más que suficiente.

»Nos llevaron a Ivankov, a sesenta kilómetros de Prípyat, y allí nos distribuyeron por las aldeas próximas. No todos nos acogían de buen grado. Un campesino no nos dejó entrar en su enorme casa ni a mí ni a mi familia, pero no por miedo a la contaminación, eso él no lo entendía y las explicaciones no le causaban efecto, sino por avaricia. “No he construido mi casa para que la ocupen extraños” —decía.

»Muchos de los que habían sido dejados en Ivankov no se quedaron allí.

Continuaron viaje hacia Kíev, unos a pie, otros en coches que pasaban y les recogían. Un piloto de helicóptero que conocí más tarde, me contó que vio desde el aire enormes multitudes de personas vestidas con ropas ligeras y sin equipaje, niños, ancianos, mujeres, que caminaban por la carretera y las cunetas en dirección a Kíev. Vio a esa gente ya a la altura de las regiones de Irpeñ y Brovar. Los coches quedaban atrapados entre esas multitudes como en rebaños de ganado. En el cine, con frecuencia, ves situaciones así en el Asia Central y enseguida pensé que, aunque la comparación resultaba molesta, es válida. Y la gente caminaba y caminaba...».

Fue trágica la separación de la gente que se iba de sus animales domésticos: perros y gatos. Los gatos con el rabo erguido miraban ansiosamente a sus amos y maullaban lastimeramente; los perros de las más variadas razas ladraban tristes, intentaban subir a los autobuses, aullaban y enseñaban los dientes cuando los sacaban fuera. Pero no estaba permitido llevarse consigo a los animales con los que, especialmente los niños, estaban muy encariñados. El pelaje de los animales estaba muy contaminado, lo mismo que el cabello de las personas. Pero los animales se pasaban día y noche en la calle y con toda seguridad habían recibido altas dosis de radiactividad.

Los perros abandonados por sus dueños corrieron todavía un buen rato tras el autobús en el que se iba el dueño. Pero era inútil correr y regresaron a la ciudad abandonada. Empezaron a reunirse en manadas.

Hace ya tiempo, los arqueólogos leyeron una interesante inscripción en unas tablas de barro de la antigua Babilonia: «Si en la ciudad los perros se reúnen en manadas, la ciudad caerá y se destruirá».

La ciudad de Prípyat no se ha destruido, se ha convertido en una ciudad abandonada, radiactiva por varias decenas de años. Es una ciudad radiactiva esperpéntica...

Los perros reunidos en manadas lo primero que hicieron fue comerse a los gatos radiactivos, empezaron a hacerse salvajes y a ensañarse con la gente. Hubo intentos de atacar a las personas y al ganado doméstico...

Se formó con urgencia un grupo de cazadores con escopetas, y en tres días, los días 27, 28 y 29 de abril (o sea, antes del día de la evacuación de la Comisión gubernamental de Prípyat a Chernóbil) fueron aniquilados todos los perros radiactivos y salvajes, muchos de ellos de buena raza. El 29 de abril se acabó la redada y las calles de Prípyat resultaron sembradas de cadáveres de perros de las más variadas razas...

También fueron evacuados los habitantes de las aldeas y de los caseríos próximos a la central nuclear. Entre otras aldeas, las de Semijodi, Kopachi,

Shiliévichi, etc.

Anatoli Avánovich, Zaiats, ingeniero jefe, con un grupo de ayudantes entre los que había cazadores con escopetas, se dedicó a recorrer las casas de las aldeas explicándole a la gente que era necesario abandonar sus casas.

Era triste y doloroso ver la pena y las lágrimas de la gente que debía abandonar la tierra de sus antepasados, posiblemente para siempre... ¿Pero qué es esto? ¿Cómo voy a abandonar la casa y el ganado? La huerta... ¿Cómo, hijo?

—Es necesario, abuela —explicaba Zaiats—. Todo alrededor está contaminado de radiactividad, y la tierra y la hierba. No se puede dar de comer al ganado esa hierba y no se puede beber su leche. Todo es radiactivo. El Estado la compensará, le pagará todo. Todo irá bien...

Pero la gente no podía entenderlo, no quería entender semejantes palabras. Veían la tierra verde, todo floreciente y el sol radiante como siempre...

Zaiats intentaba explicarles que la radiactividad no se ve y que por eso es tan peligrosa, que las vacas, las ovejas y las cabras estaban contaminadas, sobre todo su lana, y que no podían llevárselas.

Muchos campesinos, al enterarse de que no se podía alimentar el ganado con hierba, subieron a los tejados de los establos y de los cobertizos a las vacas, las ovejas y a las cabras. Allí las tenían para que no fueran a comer la hierba. Pensaban que esa situación no duraría más de dos días y que luego todo volvería a la normalidad.

Hubo que explicarles todo una y otra vez. El ganado fue aniquilado y la gente evacuada.

Pero volvamos a la ciudad de Prípyat, donde se hallaba el teniente general de aviación N. T. Antoshkin.

En la mañana llegaron, por orden suya, los dos primeros helicópteros «Mi-6» pilotados por dos expertos pilotos, B. Nésterov y A. Serebriakov. El ruido de los motores de los helicópteros que aterrizaron en la plaza, enfrente del Comité urbano del PCUS, despertó a todos los miembros de la Comisión gubernamental que se habían acostado sólo a las cuatro de la madrugada a dormir un par de horas.

El teniente general Antoshkin dirigía el vuelo y el aterrizaje de los helicópteros desde el tejado del hotel «Prípyat». No había dormido en toda la noche.

Nésterov y Serebriakov sobrevolaron e inspeccionaron concienzudamente todo el territorio de la central nuclear y sus alrededores y trazaron el esquema de aproximación al reactor para lanzar la arena.

Las rutas de aproximación al reactor desde el aire eran peligrosas. Dificultaba la aproximación la chimenea de ventilación, que tenía una altura de ciento cincuenta metros. Nésterov y Serebriakov midieron la radiactividad sobre el reactor a diferentes alturas. No bajaron más de ciento cincuenta metros, porque a partir de esa altura la radiactividad aumentaba bruscamente. A la altura de ciento cincuenta metros era de 500 roentgens/h. Pero con toda seguridad después de «bombardear» el reactor con la arena aumentaría todavía más. Para lanzar la arena sería necesario quedar inmóviles durante unos tres o cuatro minutos sobre el reactor. La dosis de radiación que recibirá el piloto en esos minutos será entre 20 y 80 roentgens, según sea el nivel de contaminación de la atmósfera. ¿Y cuántos vuelos habría que efectuar? Todavía no estaba claro. Se vería ese primer día... Era una situación de combate en una guerra nuclear...

En la plaza situada delante del Comité urbano del PCUS aterrizaban y despegaban helicópteros. El ensordecedor ruido de sus motores dificultaba el trabajo de la Comisión gubernamental, pero lo soportaban. Había que subir la voz, incluso vociferar. Scherbina estaba nervioso: «¿Por qué no han empezado a echar los sacos de arena sobre el reactor?».

Durante el descenso y despegue de los helicópteros, sus hélices levantaban de la superficie de la tierra polvo altamente radiactivo junto con partículas de la fisión. En el aire, junto al Comité urbano y dentro de los edificios próximos, la radiactividad aumentó considerablemente. La gente se ahogaba.

Entretanto, el reactor destruido seguía escupiendo más y más millones de curios radiactivos...

El teniente general Antoshkin dejó su puesto en el tejado del hotel «Prípyat» al coronel Nésterov, para que dirigiese los vuelos, mientras él personalmente sobrevolaba en helicóptero el reactor para inspeccionarlo. Durante un buen rato no pudo entender dónde se hallaba el reactor. Para el que no conoce la construcción de la planta es difícil orientarse. Antoshkin comprendió que para «bombardear» el reactor serían necesarios especialistas de montaje o de explotación de la central...

Iban llegando más helicópteros y el ruido ensordecedor era ya permanente.

La zona del reactor había sido ya explorada y determinados los accesos por aire.

Hacían falta sacos, palas, arena, gente para llenar los sacos y subirlos a los helicópteros.

Todos esos problemas Antoshkin se los expuso a Scherbina. Todos los presentes en el Comité urbano del PCUS tosían, tenían la boca reseca y les resultaba difícil hablar.

—¿Es que no tienen en el ejército gente suficiente? —preguntaba Scherbina—. ¿Me hace a mí esas preguntas?

—¡Los pilotos no deben transportar los sacos! —contestaba el teniente general—. Tienen que conducir los helicópteros, llevar los mandos del aparato y conseguir que el aparato se dirija al reactor con precisión y garantía. No deben temblarles las manos. ¡Por ello, no pueden trabajar con las palas y cargar los sacos!

—Ahí tienes, teniente general, a dos viceministros, Shasharin y Meshkov, que se dediquen ellos a conseguir los sacos, las palas y la arena y a cargar los sacos... Arena hay por aquí en todas partes. El terreno es arenoso. Encuentren en las proximidades un terreno libre de asfalto y adelante... Shasharin, organice para ese trabajo a los obreros de la construcción.

—¿Dónde está Kizima?

Testimonio de G. A. Shasharin, exviceministro de Energía y Electrificación de la URSS:

«El teniente general de aviación Antoshkin trabajó muy bien. Es un teniente general enérgico y activo. No daba reposo a nadie. A unos quinientos metros del Comité urbano, junto al café “Prípyat”, situado al lado del puerto fluvial, había una arena estupenda. La habían estado dragando del río para la construcción de nuevas barriadas en la ciudad. Trajeron un fajo de sacos y empezamos a trabajar los tres: el viceministro de Construcciones Mecánicas Medianas, A. G. Meshkov, el teniente general Antoshkin y yo. Llenábamos los sacos de arena. Muy pronto estábamos ya agotados. Trabajábamos con la ropa que llevábamos puesta al llegar de Moscú y el teniente general con su uniforme de gala. No teníamos mascarillas respiratorias ni dosímetros.

»Al poco tiempo llamé para que nos ayudaran al director de la empresa Yuzhatomenergomontaje, N. K. Antoschuk; a su ingeniero jefe, A. I. Zaiats; al jefe de la Dirección de la empresa de Instalaciones Hidroeléctricas, Y. N. Vuipirailo, y a otros.

»Antoschuk se me acercó con una lista para las primas de riesgo que en esos momentos me pareció ridícula, pero se la firmé. Era la lista de las personas que iban a llenar los sacos de arena, atarlos y transportarlos a los helicópteros. Ese tipo de listas, con anterioridad, se hacía, por regla general, cuando se trataba de obreros que trabajaban en el montaje o construcción de centrales nucleares en una zona contaminada. Pero, aquí...

»Antoschuk y los demás todavía actuaban de acuerdo con los viejos esquemas, sin entender que la zona contaminada era en ese momento todo Prípyat y que habría que pagar primas a todos sus habitantes. Pero no quise entretener a la gente con explicaciones. Había que trabajar... Pero hacía falta

más gente. Le pedía al ingeniero jefe A. I. Zaiats que fuera a los koljós (granjas agrícolas colectivas) próximos y pidiera ayuda...».

Testimonio de Anatoli Ivánovich Zaiats, ingeniero jefe de Yuzhatomenergomontaje:

«El día 27 de abril en la mañana, había que ayudar a los pilotos de los helicópteros a llenar los sacos de arena. Antoshkin y yo fuimos a los caseríos del koljós “Druzhba”. Íbamos de casa en casa. Los campesinos estaban trabajando en sus parcelas, pero muchos estaban en el campo. Era primavera, tiempo de siembra. Empezamos a explicarles que la tierra ya era inservible, que había que taponar el reactor y que necesitábamos ayuda. Era una mañana calurosa, todos estaban de buen ánimo y no tomaban en serio nuestras palabras. Seguían trabajando. Entonces, fuimos a buscar al presidente del koljós y al secretario del Partido. Juntos nos dirigimos de nuevo al campo y empezamos a explicarle a la gente la situación una y otra vez. Por fin, entendieron. Reunimos a ciento cincuenta hombres y mujeres voluntarios que, después, trabajaron infatigablemente transportando los sacos de arena a los helicópteros. Y todo el trabajo se hacía sin mascarillas respiratorias u otros medios de protección.

»El 27 de abril fueron realizados ciento diez vuelos al reactor. El 28 de abril, trescientos vuelos...».

Testimonio de G. A. Shasharin:

«Scherbina nos metía prisa. Bajo el estruendo de los helicópteros nos gritaba a pleno pulmón que no sabíamos trabajar, que nos movíamos lentamente. Nos azuzaba como a animales, a todos: ministros, viceministros, académicos, mariscales, generales, sin hablar ya de los demás.

—¡En cuanto a hacer explotar el reactor saben hacerlo, pero no hay quien llene los sacos de arena!

»Por fin los primeros seis sacos de arena fueron cargados en un “Mi-6”. Salían con los helicópteros a “bombardear” el reactor por turno: N. K. Antoschuk, V. D. Deigraf y V. P. Tokarenko. Ellos habían montado el reactor y era necesario indicarles a los pilotos con exactitud dónde debían arrojar los sacos de arena».

El primero en salir a «bombardear» el reactor fue el piloto militar de élite, el coronel B. Nésterov. En línea recta, con una velocidad de 140 km/h, volaban hacia la planta n.º 4. Como punto de referencia les servían las dos chimeneas de ventilación de ciento cincuenta metros de altura. A ciento diez metros, el radiómetro indicaba 500 roentgens/h. Quedaron suspendidos sobre la brecha creada debido a la inclinación de la protección biológica superior sobre la cuba. Era una brecha de unos cinco metros de ancho. Había que dar

en el blanco. La protección biológica estaba incandescente hasta haber alcanzado el tono del disco solar. Abrieron la puerta del helicóptero, de abajo llegaba aire incandescente. Un potente flujo ascendente de gas radiactivo ionizado por neutrones y rayos gamma. Nadie llevaba mascarilla respiratoria. El helicóptero no había sido protegido con plomo. Eso se les ocurriría más tarde, cuando ya habían sido lanzadas toneladas de arena. Pero en ese momento... Asomaban la cabeza por la puerta abierta del helicóptero y miraban al cráter nuclear, apuntando a simple vista, y lanzaban los sacos. Así todo el tiempo. No había otra forma de hacerlo...

Las primeras diecisiete tripulaciones, así como Antoshuk, Deigraf y Tokarenko, que les ayudaban, rápidamente quedaron fuera de juego y fueron enviados a Kíev para su tratamiento médico. La radiactividad a la altura de ciento diez metros, después de que se lanzaran los sacos, se elevó a 1.800 roentgens/h. Los pilotos se sentían mal ya en el aire...

Al lanzar los sacos desde esa altura, el impacto sobre la zona incandescente activa era considerable. La radiactividad aumentó bruscamente, sobre todo el primer día. También aumentó la expulsión de fragmentos de fisión y de polvo radiactivo del grafito quemado. Los ocupantes de los helicópteros inhalaban todo eso. Durante un mes después de esos vuelos, a los héroes les estuvieron extrayendo de la sangre sales de uranio y plutonio con la ayuda de numerosas transfusiones de sangre.

Los días siguientes, los propios pilotos tuvieron la idea de colocar láminas de plomo en sus asientos y empezaron a usar mascarillas respiratorias. Esas medidas consiguieron hacer bajar el nivel de contaminación de los pilotos...

Testimonio del coronel V. Filátov:

«A las siete de la tarde del 27 de abril, el teniente general N. T. Antoshkin informó al presidente de la Comisión gubernamental, Scherbina, que al cráter del reactor habían sido arrojadas ciento cincuenta toneladas de arena. Lo dijo no sin cierto orgullo. Esas ciento cincuenta toneladas habían sido conseguidas penosamente.

—Mal, general —dijo Scherbina—, ciento cincuenta toneladas para un reactor así son lo mismo que para un elefante un tronco. Es necesario acelerar el ritmo...

»Scherbina puso verdes también a Shasharin y Meshkov, culpándoles de lentitud y confió la dirección de los trabajos de transporte de la arena a M. S. Tsvirkó, director de Soyuzatomenergostroy».

Testimonio de M. S. Tsvirkó, director de Soyuzatomenergostroy:

«En la tarde del 27 de abril, cuando Shasharin y Antoshkin informaron

acerca de la cantidad de sacos arrojados, Scherbina estuvo gritando largo rato, decía que trabajaban mal. Y en lugar de Shasharin me nombró a mí para dirigir los trabajos de llenar los sacos de arena y de llevarlos después a los helicópteros. Yo renuncié a seguir sacando la arena de donde la habían estado extrayendo hasta ese momento. La arena allí, según las mediciones de los dosimetristas, era muy radiactiva y las personas, sin necesidad, recibían fuertes dosis de radiación. Encontramos una cantera de arena a diez kilómetros de Prípyat. Al principio conseguíamos los sacos en almacenes y tiendas, vaciándolos de grano, harina y azúcar. Después trajeron sacos de Kíev. El 28 de abril nos dieron dosímetros ópticos, pero había que cargarlos con pilas y, al parecer, no lo habían hecho. Mi dosímetro todo el tiempo marcaba 1,5 roentgens. La aguja no se movía lo más mínimo. Entonces cogí otro dosímetro. Ése marcaba 2 roentgens y ni un ápice más. Así que no les hacía caso. Recibimos una dosis de unos 70 o 100 roentgens. Creo que no menos...».

El teniente general Antoshkin no se tenía en pie de cansancio y sueño y la valoración que le hizo Scherbina del trabajo realizado lo desanimó. Pero sólo por un instante. Inmediatamente se lanzó de nuevo al combate. Entre las diecinueve y las veintiuna horas ya había conseguido organizar y distribuir el trabajo entre los dirigentes de los que dependía el abastecimiento de los pilotos de los helicópteros con sacos, arena y gente para cargarlos. Tuvieron la idea de utilizar los paracaídas para aumentar el rendimiento. En los paracaídas volcados hacia arriba se transportaban hasta el helicóptero quince sacos de una vez. Resultaban como una gran bolsa. Las cuerdas de la cúpula se aseguraban al helicóptero y al llegar al reactor se volcaba la carga.

El 28 de abril fueron lanzadas 300 toneladas de arena.

El 29 de abril, 750 toneladas.

El 30 de abril, 1.500 toneladas.

El 1 de mayo, 1.900 toneladas.

A las siete de la tarde del 1 de mayo, Scherbina anunció que había que reducir los lanzamientos a la mitad. Surgió el temor de que las construcciones de hormigón en las que se apoyaba el reactor no soportasen el peso y que todo se hundiera en la piscina de condensación. Se corría el riesgo de que se produjese así una explosión térmica, con una enorme expulsión de radiactividad.

En total, desde el 27 de abril hasta el 2 de mayo, fueron lanzadas al reactor cerca de cinco mil toneladas de materiales diversos.

Testimonio de Y. N. Filimónov, jefe adjunto de la dirección principal técnica y científica del Ministerio de Energía y Electrificación de la URSS:

«Llegué a Prípyat en la tarde del 27 de abril. Estaba muy cansado después del viaje. Estuve un rato en el Comité urbano, donde se hallaba la Comisión gubernamental, y luego me fui al hotel a dormir. Llevaba conmigo un radiómetro de bolsillo que me habían regalado en la central nuclear de Kursk cuando me trasladaron a trabajar a Moscú. Era un buen aparato con dispositivo para sumar. En diez horas de sueño recibí 1 roentgen, lo que significaba que la radiación dentro del edificio era de 100 miliroentgens/h. En la calle, en diferentes lugares, oscilaba entre los 500 miliroentgens/h hasta 1 roentgen/h...».

Más adelante continuaremos con el testimonio de Filimónov.

V

28 de abril de 1986

A las ocho de la mañana del 28 de abril me dirigí a mi trabajo y entré en el despacho de Evgueni Alexándrovich Reshétnikov, director de la Dirección general para la construcción de centrales del Ministerio de Energía de la URSS en Moscú; informé de los resultados de mi viaje en comisión de servicio a la central nuclear de Crimea.

Debo aclarar que esa Dirección se dedicaba a todo lo relacionado con la construcción y montaje de centrales térmicas, hidráulicas y nucleares. Como director adjunto, yo encabezaba la sección nuclear. Y, aunque soy especialista técnico y durante muchos años he trabajado en la explotación de centrales nucleares, después de haber padecido una enfermedad por radiación, me era contraindicado seguir trabajando con fuentes de radiación ionizante. De la explotación de centrales me trasladaron a trabajar a una empresa de construcción y montaje de Soyuzatomenergostroy, en la que coordinaba los trabajos de construcción y montaje de centrales nucleares. Se trataba de un trabajo en el punto de contacto de la tecnología con la construcción. Trabajando en Soyuzatomenergostroy bajo las órdenes de M. S. Tsvirkó, Reshétnikov me propuso pasar a trabajar a la nueva Dirección. En otras palabras, para mí lo determinante en mi nuevo trabajo era la ausencia de contacto con la radiación, pues ya había acumulado en mi organismo 180 roentgens.

Reshétnikov es un organizador de la construcción experimentado y enérgico, que pone gran empeño en el éxito de la empresa. Sin embargo, su mala salud le impedía dedicarse más de lleno al trabajo, ya que padecía del corazón. Durante muchos años había estado trabajando en provincias, en la

construcción de fábricas, minas, centrales térmicas y nucleares. Pero no conocía la cuestión tecnológica de las centrales nucleares y menos aún la física nuclear.

Al entrar en su despacho empecé a informarle sobre mi viaje a Crimea, pero Reshétnikov me interrumpió:

—En la planta n.º 4 de la central nuclear de Chernóbil hay una avería...

—¿Qué ha sucedido, cuál es la causa? —pregunté yo.

—La comunicación es muy mala —me contestó—. Los teléfonos de la central están desconectados. Funciona sólo el teléfono especial, pero también mal. El aparato ha sido instalado en el despacho del viceministro Sadovski. Las noticias que llegan son imprecisas. Al parecer, hubo una explosión en el depósito del sistema de protección de la sala central. La explosión arrancó la cúpula de la sala central y el tejado de la sala de los cilindros separadores. El local donde se hallaban las bombas de circulación ha sido destruido.

—¿El reactor está intacto? —pregunté yo.

—No se sabe... Al parecer está intacto... Voy ahora mismo a ver a Sadovski para conocer las últimas noticias, y te ruego que, por favor, revises los planos y prepares un informe para presentarlo al secretario del Comité Central del PCUS, V. I. Dolguij. El informe redáctalo de forma clara y comprensible. Irá a informar Sadovski. Como sabes, es técnico hidráulico y no entiende de sutilezas nucleares. Te iré informando a medida que vayan llegando noticias. Y si tú te enteras de algo, comunícamelo...

—Habría que volar allí, ver todo en el lugar de los hechos —dije yo.

—Por ahora, espera. Ya se ha ido para allí demasiada gente. En el Ministerio de Energía no hay quien prepare los materiales para los informes. Volarás cuando regrese el ministro con el segundo equipo. Puede que yo mismo vaya. ¡Buena suerte!

Me fui a mi despacho, cogí los planos y empecé a examinarlos. El depósito de agua de emergencia para la refrigeración del sistema de mandos de protección es necesario para el caso de que falle el sistema ordinario de refrigeración. Está instalado a una altura que va desde +50 hasta +70 metros en la parte exterior del tabique de la sala central. La capacidad del depósito es de 110 m³. Está conectado directamente al exterior por una chimenea. Si allí se acumulaba hidrógeno radiolítico, debería salir del depósito a través de la chimenea de evacuación. Era difícil creer que el depósito había explotado. Además, las destrucciones eran muy grandes. Más bien, la explosión del gas detonante pudo haberse producido abajo, en el colector de vertidos al que va a parar el agua que retorna de los canales del sistema de mandos de protección,

que no está completamente lleno. Seguía reflexionando. Si la explosión se produjo abajo, la onda expansiva pudo haber lanzado fuera del reactor las barras absorbentes y entonces... Entonces, la aceleración de los neutrones y la explosión del reactor. Además, si se ha de creer a Reshétnikov, la destrucción es enorme; veamos... Explotó el depósito del sistema de mandos de protección, cosa poco probable; fue arrancado el armazón de protección de la sala central y el tejado de los locales separadores. Pero, al parecer, también fueron destruidas las salas de bombas del circuito primario, que pudieron ser destruidas sólo como resultado de una explosión interior, por ejemplo, en el compartimento hermético...

Sentí un escalofrío al pensar en eso. Pero tenía poca información. Intenté comunicarme por teléfono con Chernóbil. Inútil, no había comunicación. Llamé también al Departamento de Energía Nuclear. El director Vereténnikov no quería decir lo que sabía, o realmente sabía muy poco. Me dijo que el reactor estaba intacto y que lo estaban refrigerando con agua, pero que el nivel de radiación era alto. No conocía los detalles. Ninguna otra persona me pudo informar con precisión. Todos se dedicaban a hacer conjeturas. En la Dirección de la construcción de centrales nucleares, el funcionario de servicio me dijo que en la mañana del 26 de abril habían hablado por teléfono con el ingeniero jefe de la construcción de la central, Zemskov, que les había dicho que tenían una pequeña avería en la central y que no les molestasen.

Datos para el informe había realmente pocos. Escribí el informe basándome en la explosión en el sistema de mandos de protección y en la posibilidad de que hubiera habido una explosión en el colector de vertidos inferior, con la consiguiente aceleración y explosión del reactor. Pero antes de la explosión, con toda seguridad, tuvo que haber un escape de vapor a través de las válvulas de seguridad a la piscina de condensación. Entonces se explicaría la explosión en el compartimento hermético y la destrucción de las salas de las bombas del circuito primario...

Como se supo más tarde, yo no estaba tan alejado de la verdad. En todo caso, adiviné la explosión del reactor...

A las once de la mañana, Reshétnikov me comunicó muy preocupado que había conseguido con dificultad comunicarse por el teléfono especial con Prípyat y que la radiactividad sobre el reactor era de 1.000 roentgens por segundo.

Le dije que eso era una evidente mentira, que podía que fuese de 10 roentgens por segundo. En el reactor en funcionamiento la radiactividad alcanza los 30.000 roentgens/h, como en el núcleo de una explosión nuclear.

—¿Entonces, el reactor está destruido? —pregunté.

—No lo sé —me contestó vagamente Reshétnikov.

—Está destruido —dije yo con firmeza, más bien contestándome a mí mismo—. Entonces hubo explosión y destruyó todas las comunicaciones...

Me imaginé todo el horror de la catástrofe.

—Están echando arena —dijo de nuevo vagamente Reshétnikov—. Tú eres especialista nuclear. ¿Qué más puedes aconsejar que se eche sobre el reactor para extinguirlo?

—Hace veinte años tuvimos una aceleración de los neutrones instantáneos en un reactor abierto. Entonces desde la sala central arrojamos a la cuba del reactor sacos de ácido bórico y lo apagamos... En este caso creo que hay que echar carburo de boro, cadmio y litio. Son excelentes materiales absorbentes...

—Se lo comunicaré inmediatamente a Scherbina...

El 29 de abril por la mañana, Reshétnikov me comunicó que el viceministro Sadovski informó a Dolguij y Ligatchov de lo sucedido en Chernóbil basándose en nuestro informe.

Después se supo que ardía el tejado de la sala de máquinas y que estaba en parte destruido.

En los últimos días en Moscú, en el Ministerio de Energía, se había hecho evidente que en la central nuclear de Chernóbil había sucedido una catástrofe nuclear sin precedentes.

El Ministerio de Energía de la URSS organizó el envío masivo a Chernóbil, vía Vuíshgorod, de técnica y materiales especiales de construcción. Desde otras construcciones se enviaban a Chernóbil mezcladores de hormigón, grúas, bombas de hormigón, camiones, todo tipo de vehículos, bulldozers y también mezcla seca de cemento y otros materiales de construcción.

Le expresé a Reshétnikov mi preocupación: si la zona activa funde bajo sí el hormigón y se une con el agua en la piscina de condensación, se producirá una terrible explosión térmica con arrojado de masa radiactiva. Para evitarlo era necesario decantar el agua de la piscina.

—¿Pero cómo hacerlo? —me preguntó Reshétnikov.

Si no es posible acercarse a la piscina, hay que disparar con obuses contra los depósitos blindados. Esos obuses perforan el blindaje de los depósitos, así que con más facilidad perforarán el hormigón.

Esa idea le fue transmitida a Scherbina.

El 29 de abril de 1986 la Comisión gubernamental se trasladó de Prípyat a Chernóbil.

Testimonio de G. A. Shasharin, exviceministro de Energía y Electrificación de la URSS:

«El 26 de abril tomé la decisión de parar la planta n.º 1 y n.º 2. Aproximadamente, a las veintiuna horas, empezamos a pararlos, y hacia las dos de la madrugada del 27 de abril ya estaban parados. Ordené que a cada reactor se le añadiesen en cada canal vacío uniformemente, por toda la zona activa, veinte barras absorbentes complementarias, y que, si no había canales vacíos, que se extrajesen los ensamblajes de combustible y en su lugar se colocasen los absorbentes complementarios. De esa forma se conseguiría aumentar artificialmente la reserva disponible de reactividad.

»En la noche del 27 de abril estábamos reunidos Sidorenko, Meshkov, Legásov y yo. Reflexionábamos sobre cuál habría podido ser la causa de la explosión. En un principio, pensamos en el hidrógeno radiolítico, pero después, no sé por qué, yo pensé que la explosión se había producido en el mismo reactor. También habíamos pensado que pudiera tratarse de un sabotaje, que en la sala central hubiesen sido colocados en el sistema de mandos explosivos y los hubieran hecho explotar a distancia desde el reactor. Eso fue lo que nos hizo pensar en la aceleración de los neutrones instantáneos. Esa misma noche del 27 de abril, informé de la situación a V. Dolguij. Me preguntó si era posible otra explosión. Le dije que no. Para entonces ya habíamos medido alrededor del reactor la intensidad del campo de neutrones. Había no más de veinte neutrones por centímetro cuadrado en un segundo. Posteriormente, eran ya 17-18 neutrones. Eso significaba que, por lo visto, no había reacción nuclear. También era cierto que la reacción se había medido desde cierta distancia y a través del hormigón, por lo que no conocíamos la verdadera densidad neutrónica. Desde los helicópteros no se había medido.

»Esa misma noche se decidió cuál era el mínimo personal necesario para atender las tres primeras plantas. Hice las listas reducidas de personal y se las entregué a Briujánov.

»El 29 de abril, ya en la reunión celebrada en Chernóbil, dije que había que parar las restantes catorce centrales dotadas con el reactor RBMK. Scherbina me escuchó en silencio y luego, cuando salíamos de la reunión, me dijo:

—Guennadi, no hagas ruido al respecto. ¿Te imaginas lo que supone dejar al país sin catorce millones de kilovatios de potencial establecido?».

En el Ministerio de Energía de la URSS y en la Dirección general de la construcción de centrales nucleares, se organizó un servicio de guarda permanente, de control de todo lo que se enviaba a Chernóbil, atendiendo en primer lugar las necesidades más urgentes.

Se hizo evidente que no disponíamos de robots para recoger objetos

radiactivos (trozos de combustible, grafito), que la explosión había diseminado alrededor del reactor averiado y bastante más lejos. El país carecía de esos robots. Nos pusimos en contacto con una empresa de la RFA para comprarles, por un millón de rublos-oro, tres robots para recoger combustible y grafito en el territorio de la central nuclear. Fueron enviados con urgencia a la RFA un grupo de ingenieros soviéticos encabezados por el ingeniero-mecánico N. N. Konstantínov, con el fin de que fueran instruidos en el manejo de los robots y para traerlos al país.

Desgraciadamente, esos robots no pudieron ser utilizados ya que estaban diseñados para trabajar en terreno plano y en la central de Chernóbil todo eran montones de escombros. Entonces, los subieron al tejado para recoger combustible y grafito sobre el desgaseador, pero los robots se enredaron allí en las mangueras que habían dejado los bomberos. Y, en resumidas cuentas, hubo que recoger el combustible y el grafito a mano. Pero me estoy anticipando...

Los días 1, 2 y 3 de mayo estuve de guardia en la Dirección general de construcción de centrales nucleares controlando los transportes de envíos a Chernóbil. La comunicación con Chernóbil prácticamente no existía.

4 de mayo de 1986

Testimonio de G. A. Shasharin:

«El 4 de mayo encontramos la válvula de escape que había que abrir para vaciar de agua la parte inferior de la piscina de condensación. Había poca agua. Mirando por un orificio del acceso de reserva, se pudo comprobar que en la piscina superior no había agua. Conseguí dos trajes de buzo y se los di a los militares. Iban a abrir las válvulas los militares. Se utilizaban también bombas móviles y pasos flexibles. El nuevo presidente de la Comisión gubernamental, I. S. Siláev, les prometía a los que fueran voluntarios: “al que abra las válvulas, en caso de que perezca, le prometo que su familia tendrá coche, dacha, un piso y asegurada su vida para siempre”. Fueron Ignatenko, Saákov, Brónnikov, Gréschenko, el capitán Zborovski, el teniente Zlobin y los sargentos Oleinik y Navava».

El 4 de mayo llegaron a Moscú de regreso de Chernóbil Scherbina, Mayorets, Maryin, Semiónov, Tsvirkó, Drach y otros miembros de la Comisión gubernamental. En el aeropuerto de Vnúkovo les esperaba un autobús que les llevaría directamente a la clínica n.º 6, menos a Tsvirkó que solicitó su coche oficial y se fue por su cuenta.

Testimonio de M. S. Tsvirkó, director de Soyuzatomenergostroy, perteneciente al Ministerio de Energía y Electrificación de la URSS:

«Llegamos a Moscú y, a mí, la tensión me había subido una barbaridad. Tuve derrame sanguíneo en ambos ojos. Mientras en el aeropuerto de

Vnúkovo reunían a los recién llegados para enviarlos en autocar a la clínica n.º 6, yo llamé a mi coche oficial y me fui a mi clínica habitual n.º 4 (el hospital del Kremlin). El médico me preguntó por qué tenía los ojos rojos. Le contesté que había tenido un derrame por lo visto debido a que se me había disparado la tensión sanguínea. El médico me tomó la tensión y tenía 220/ 110. Más tarde supe que la radiación hace subir la tensión sanguínea. Le dije al médico que acababa de llegar de Chernóbil y que por lo visto estaba contaminado. Pedí que me comprobasen la radiación. El médico me contestó que en ese hospital no sabían curar la radiación, que debía ir a la clínica especializada en tratamientos de contaminación radiactiva n.º 6. Pero insistí en que me hiciesen análisis. Me envió a hacer análisis de la sangre y de la orina y me fui para casa. En casa me bañé concienzudamente. Antes de partir para Moscú también había tomado un buen baño en Chernóbil y Kíev. Luego del baño me acosté. Pero ya me estaban buscando. Llamaron por teléfono y dijeron que fuera inmediatamente a la clínica n.º 6, que me estaban esperando allí. Me dirigí a la clínica de muy mala gana y al llegar les dije:

—Vengo de Chernóbil, de Prípyat.

»Me enviaron a la sala de recepción. El dosimetrista me midió la radiación. Al parecer no estaba contaminado, pues acababa de bañarme muy bien y pelo no tengo.

»En la clínica n.º 6 vi al viceministro A. N. Semiónov. Ya le habían rapado como a los enfermos de tifoidea. Se quejaba de que después de haber estado acostado en la cama del hospital, tenía la cabeza más contaminada que cuando llegó. Resultó que los habían alojado en las habitaciones y las camas que con anterioridad habían ocupado los bomberos y los empleados de la central contaminados y llevados a Moscú el día 26 de abril. O sea, que por lo visto no habían cambiado la ropa de las camas y los recién llegados se contaminaron unos a otros a través de la ropa de la cama. Yo exigí categóricamente que me permitiesen regresar a mi casa y por fin me dejaron ir. Estuve en cama en mi casa...».

A los demás llegados de Chernóbil, en la clínica n.º 6 les midieron la radiación, los bañaron y les cortaron el cabello. Todo estaba muy contaminado. Sólo Scherbina no permitió que le cortasen el cabello. Después del baño se puso ropa limpia y se fue a su casa con el cabello radiactivo. A Scherbina, Mayorets y Maryin los trataron separadamente, en otras dependencias médicas de la clínica n.º 6.

A todos, menos a Scherbina y Tsvirkó, que abandonaron la clínica rápidamente, y a Mayorets, que después del baño no dio contaminación, les dejaron en la clínica en observación y tratamiento. Estuvieron internados en la clínica n.º 6 entre dos semanas y un mes. Para sustituir a Scherbina voló a

Chernóbil un nuevo equipo de Comisión gubernamental encabezado por el viceministro del Consejo de Ministros de la URSS, I. S. Siláev.

5 de mayo de 1986

Chernóbil ha sido evacuado. Un grupo de cazadores mató a todos los perros de la ciudad. El drama del despido de los habitantes de sus amigos cuadrúpedos...

Se demarca una zona de exclusión de treinta kilómetros de radio. Son evacuados la población y el ganado.

La Comisión gubernamental se desplaza a Ivankov. Hay una nueva expulsión de masa radiactiva y la radiactividad en la atmósfera aumenta bruscamente.

El mariscal S. J. Oganov estuvo entrenándose en la planta n.º 5 con sus ayudantes para hacer explotar cargas acumulativas. Le ayudaban oficiales y obreros de la construcción. El 6 de mayo deberían disparar ya en realidad sobre el bloque averiado. Era necesario hacer un agujero para introducir una tubería por la que circulase el nitrógeno líquido hasta la base del reactor, para su enfriamiento.

6 de mayo de 1986

Conferencia de prensa de B. E. Scherbina. En su intervención, indica un nivel de radiación inferior al real tanto alrededor de la planta averiada, como en Prípyat. ¿Para qué?

El presidente del Comité gubernamental para la energía atómica de la URSS, A. M. Petrosiantz, pronunció unas monstruosas palabras para justificar la catástrofe de Chernóbil: «La ciencia exige víctimas». Pensaba que había pronunciado unas sabias palabras y en realidad resultaron estúpidas y sacrílegas. Estaba muriendo gente...

El mariscal S. J. Oganov disparó con cargas acumulativas sobre la planta averiada. Colocaron las cargas en el muro de los sistemas auxiliares de la sala del reactor del lado de la planta n.º 3 y encendieron la mecha. Fueron perforados tres orificios en los muros de tres salas. Pero se encontraron con tuberías e instalaciones que impedían colocar la tubería. Había que agrandar el orificio, pero no se decidieron...

V. T. Kizima propuso otra solución: no provocar explosiones, sino utilizar el arco de soldadura para perforar los muros desde el lado del pasillo transportador que había en la sala 009. Comenzaron los preparativos...

Para reducir la combustión del grafito y del hexafluoruro de uranio, y permitir el acceso del oxígeno a la zona activa, fue inyectado nitrógeno a los recipientes y conducido hasta la base del reactor.

La radiactividad en la atmósfera en Kíev era el 1 y el 2 de mayo de unos 1.000 rems. Eso lo comunicó un especialista en instalaciones que llegó de Kíev. Esos datos deben ser comprobados.

7 de mayo de 1986

Se crea en Moscú un consejo directivo adjunto al Ministerio de Energía de la URSS para prestar ayuda rápida y permanente a Chernóbil. Hay un servicio de guardia hasta las veintidós horas en el despacho del viceministro, S. I. Sadovski.

En una reunión con el ministro A. N. Semiónov, le propongo derribar la planta averiada con la ayuda de una explosión dirigida. La propuesta fue estudiada por los especialistas de la Dirección general de construcciones hidroenergéticas especiales, que dijeron que no era posible. El subsuelo de Prípyat es en su mayor parte arenoso y no permite explosiones dirigidas. Para llevar a cabo tales explosiones, se necesitan suelos firmes, pero en Prípyat no hay tales suelos. La arena se esparciría con la explosión en todas direcciones. ¡Qué lástima! Yo construiría las centrales nucleares sólo en suelos firmes para que después, en caso de necesidad, puedan ser cubiertas de tierra a semejanza de los cúmulos escitas. Una sola vida humana vale más que la más excepcional planta nuclear.

Llegaron a Chernóbil los primeros bulldozers teledirigidos: los japoneses «Kamatsu» y los nuestros «DT-250». En su funcionamiento hay gran diferencia. Los nuestros hay que ponerlos en marcha a mano y luego se manejan a distancia. En caso de que falle el motor, en la zona de alta radiactividad hay que enviar a una persona para que vuelva a ponerlo en marcha. El japonés «Kamatsu» se pone en marcha y se dirige a distancia.

Desde la ciudad de Vuíshgorod, donde se concentraba toda la técnica destinada a Chernóbil, llamó un coordinador para avisar que ya había llegado un gran número de vehículos y que también había muchos conductores. Pero resultaba difícil encontrarles alojamiento y alimentos. Bebían mucho, según decían, para descontaminarse. En Kiev y Vuíshgorod la contaminación del aire era de 0,5 miliroentgens/h y en la superficie de las carreteras y el asfalto, de 15-20 miliroentgens por hora.

Al coordinador le ordenaron que formase grupos de diez conductores y pusiese a la cabeza de cada grupo al más responsable. A los que no se sometiesen al orden, que los enviaran de regreso a sus casas. En adelante, que se aceptasen sólo los hombres absolutamente necesarios para tener una reserva permanente que fuese relevando a los que ya no pudieran seguir trabajando (o sea, a los que habían recibido una dosis de 25 roentgens).

En Chernóbil, por momentos, aumentaba la radiactividad en la atmósfera.

Estaba saturada de plutonio, transuranidos, etc. Era necesaria una rápida evacuación de los estados mayores, trasladarlos a otros lugares más alejados, dejando la ropa de cama, los muebles y demás cosas contaminadas. En el nuevo lugar había que instalarse otra vez.

Cuando visitó la zona de la catástrofe el presidente del Consejo de Ministros de la URSS, N. I. Rizhkov, la gente se quejó de la mala atención médica. El presidente les dio un tremendo rapapolvo al ministro de Sanidad y a sus viceministros...

Desgraciadamente, se puso en evidencia que nuestro país carecía de la técnica especial necesaria para localizar y eliminar catástrofes nucleares semejantes a la de Chernóbil. No había máquinas con capacidad suficiente para profundizar en el terreno, robots con manipuladores, etc.

El viceministro A. N. Semiónov regresó de una reunión con el viceministro de Defensa, el mariscal S. F. Ajroméev. Contó que la reunión había sido muy representativa, que había unas treinta personas con el grado de teniente general y capitán general. Estuvo presente el jefe de las fuerzas químicas del ejército, V. K. Pikálov. El mariscal reprendió duramente a los presentes porque el ejército resultó no estar preparado para llevar a cabo una desactivación radiactiva. No había la técnica ni los productos químicos necesarios...

Era evidente que nadie estaba preparado para la catástrofe nuclear de Chernóbil. Durante treinta y cinco años, los académicos estuvieron convenciendo a todos de que las centrales nucleares eran incluso menos peligrosas que el célebre «samovar» ruso. La vida ha demostrado la importancia que tienen los argumentos teóricos fiables en la valoración real del desarrollo de la revolución científica y técnica en general, y de la energía atómica en particular: Y también es importante conocer la verdad.

El 7 de mayo, el nivel de radiación en la zona de la catástrofe, según los datos recibidos en el Ministerio de Energía de Chernóbil, eran los siguientes:

Alrededor y junto a la central nuclear, el grafito: 2.000 roentgens/h; el combustible: hasta 15.000 roentgens/h. En general, la radiación alrededor de la planta era de 1.200 roentgens/h (medida junto al hundimiento).

—En Prípyat: entre 0,5 y 1 roentgen/h (en el aire); en los caminos y el asfalto: entre 10 y 60 roentgens/h. En el tejado de los almacenes de residuos sólidos y líquidos: 400 roentgens/h.

—En Chernóbil: 15 miliroentgens/h (en el aire) y hasta 20 roentgens/h (en la tierra).

—En Ivankov, a sesenta kilómetros de Chernóbil: 5 miliroentgens/h.

Llamada de Chernóbil. El jefe de la construcción de la central, V. T.

Kizima, se queja de que los vehículos ligeros enviados son insuficientes. Los chóferes que llegaron de diversas construcciones con automóviles «Moskvich», «UAZ», «Volga», en cuanto se contaminaban, se iban sin solicitar el permiso, en sus vehículos contaminados. Resultaba imposible lavar los vehículos. La radiación dentro de los automóviles alcanzaba entre 3 y 5 roentgens/h. Kizima pidió que le enviaran dosímetros: acumuladores y ópticos. Faltaban muchos dosímetros porque los robaban. Los que se iban se los llevaban consigo como souvenir. La cuestión más urgente era la de organizar el servicio dosimétrico entre los constructores y los obreros de montaje. El servicio de explotación estaba desmoralizado y no se protegía incluso a sí mismo...

Me puse en contacto por teléfono con la Defensa civil del país y recibí autorización para obtener dos mil equipos de dosímetros ópticos, con sus bloques de alimentación y carga, de la base de Kíev. Se lo comuniqué a Kizima, le dije que enviase vehículos a recogerlos...

Al consejo directivo del Ministerio de Energía de la URSS llaman por teléfono y van muchos voluntarios pidiendo que se les envíe a Chernóbil para participar en los trabajos contra las consecuencias de la catástrofe. Muchos, por supuesto, no tienen idea del trabajo que allí les espera. Pero a nadie le preocupa la contaminación. Dicen que la dosis calculada no superará los 25 roentgens... Algunos reconocen abiertamente que desean ganar dinero. Se enteraron de que en la zona situada junto a la planta averiada, pagan cinco veces más que el sueldo normal...

Pero en la mayoría de los casos se ofrece ayuda desinteresada. Un excombatiente de Afganistán dijo: «¿Qué importa que haya peligro? En Afganistán tampoco se trataba de un paseo. Quiero ayudar al país».

Se preparó un proyecto de Decreto del Gobierno respecto a Chernóbil: «Sobre las medidas para eliminar las consecuencias de la avería» (ayuda técnica, medios de transporte y productos químicos para la desactivación, ventajas para los constructores y obreros de montaje). El ministro A. I. Mayorets informará sobre ese proyecto en la reunión del Politburó que se celebrará hoy...

A las ocho de la tarde se toma la decisión de suministrar hormigón líquido al orificio del reactor, para cubrir los trozos de combustible y grafito y, de esa forma, hacer disminuir el nivel de radiación. Para montar la tubería de suministro de hormigón, son necesarios urgentemente sesenta soldadores. El viceministro A. N. Semiónov envía al director de Soyuzatomenergomontaje, P. P. Triandafilidi, la orden de que mande urgentemente a los soldadores a Prípyat. Triandafilidi le grita a Semiónov: «¡Contaminaremos a todos los soldadores! ¿Quién va a montar las tuberías en todas las centrales nucleares en

construcción?».

Una nueva orden de Semiónov a Triandafilidi exigía que enviase la lista de todos los soldados e instaladores de la construcción al Ministerio de Defensa para su movilización.

Debido a las lluvias torrenciales que se preveían en la región de la central nuclear de Chernóbil, el presidente de la Comisión gubernamental, vicepresidente del Consejo de Ministros de la URSS, I. S. Siláev, dio la orden: «Iniciar con urgencia el traspaso de la canalización de drenaje de la ciudad de Prípyat al embalse de refrigeración (con anterioridad al río Prípyat). Todo el consejo directivo de la Comisión gubernamental, que se desplace a la planta averiada, con el fin de organizar con urgencia los trabajos pertinentes para cubrir los trozos de grafito y de combustible arrojados por la explosión».

Sobre los trabajos que se llevaron a cabo en esa dirección hablaré más adelante.

Por delante quedaban todavía muchos meses de un trabajo intenso y peligroso en condiciones de alta radiación. Y en esas condiciones radiactivas trabajarán decenas de miles de personas que no entendían nada sobre la radiación...

8 de mayo de 1986

El 8 de mayo, a las diez de la mañana, recibí la orden de Reshétnikov de salir en el vuelo de las tres de la tarde de ese mismo día desde el aeropuerto de Buíkovo de Moscú con destino a Kíev y de allí dirigirme a Chernóbil.

La orden era lacónica: analizar la situación, valorarla e informar.

Al firmar la orden de partida, el viceministro de Energía Nuclear, A. N. Semiónov, me dijo:

—Por favor, aclárate con el nivel de radiación. Cuando estuvimos allí, nadie sabía a ciencia cierta cuál era la radiación y ahora lo encubren y mienten. Te ruego que lo averigües y que en cuanto regreses me expliques a mí, que soy un ignorante, el peligro que representa esa radiación. Estoy aquí con el pelo rapado y la tensión sanguínea subiéndome por las nubes. ¿No se deberá eso al átomo?

Salimos del aeropuerto de Buíkovo sobre las cuatro de la tarde. Estuvimos mucho tiempo esperando al ministro.

Llegó con una hora de retraso acompañado de su ayudante, al que se había llevado a trabajar consigo, en el Ministerio de Energía de la URSS, del Ministerio de Industria Electrotécnica, en el que también había sido ministro.

Además, volaban en el mismo avión tres subdirectores del Ministerio de

Energía de la URSS: I. S. Popel, subdirector de la Dirección general de abastecimientos; Y. A. Jiesalu, de la Dirección de equipamiento, y V. S. Mijáilov, subdirector de Soyuzatomenergostroy, persona de carácter despierto, bromista y comportamiento sociable, pero con una mirada muy atenta, fija y analizadora. Era una persona muy inquieta, el típico colérico que no podía estarse quieto ni un momento. No hacía más que proponer ideas, iniciativas, con frecuencia faltas de sentido común. En una palabra, el subdirector en asuntos sociales y de personal de Soyuzatomenergostroy era una persona vivaracha y astuta.

Por el contrario, Yulo Ainovich Jiesalu era persona tranquila, callada, que no pronunciaba una palabra de más y cuando hablaba lo hacía con un fuerte acento estonio. Pero era muy agradable y honesto.

Igor Serguéevich Popel era enérgico, de pómulos salientes y muy alegre.

Los tres iban por primera vez en su vida a una zona de alta radiactividad. Y es comprensible que eso les inquietase y de antemano se sentían animados. Durante todo el viaje hasta Chernóbil me estuvieron preguntando una y otra vez qué era la radiación, en qué consistía, cómo defenderse de ella y cuántos roentgens se podían o no se podían recibir.

El vuelo especial lo hicimos en un avión «Yak-40» arrendado por el Ministerio de Energía de la URSS y acondicionado especialmente para llevar a altos cargos. En el interior había dos pequeños compartimentos: el delantero estaba destinado a los dirigentes de más alto rango y el posterior era para el resto. Esa subordinación se mantuvo hasta la catástrofe de Chernóbil. La catástrofe democratizó de golpe las relaciones durante los vuelos especiales.

En el compartimento delantero del lado izquierdo, iban sentados en los sillones, junto a una pequeña mesa, enfrente uno de otro, el ministro y su ayudante. Del lado derecho del compartimento había cuatro pares de sillones, en los que se sentaron los directores adjuntos, los jefes de las secciones de producción y de diferentes servicios de las Direcciones generales del Ministerio.

De todos los que volábamos en ese avión, sólo yo había trabajado durante muchos años en centrales nucleares. El ministro, aunque había pasado ya la primera semana nuclear en Prípyat y Chernóbil, se había contaminado y llevaba la cabeza rapada. Todavía no entendía en toda su magnitud lo que había sucedido. Los acontecimientos los percibía superficialmente. No era capaz de tomar ninguna decisión más o menos importante, acerca de los problemas surgidos, sin la ayuda de los especialistas.

Rechoncho, incluso gordo, con la cara cuidada e hinchada, estaba callado y no habló una sola vez con ninguno de sus subordinados. En su cara había

dibujada una leve sonrisa casi imperceptible.

Me dedique a observarlo a escondidas y me pareció que estaba asombrado con lo sucedido, con esa catástrofe nuclear que inesperadamente le cayó encima. Parecía que en su rostro estuviese escrito: «¿Por qué me habré metido en esa energética que no conozco, para qué me eché auestas la construcción y explotación de las centrales nucleares de las que no entiendo nada? ¿Para qué me habré ido de mis familiares motores eléctricos y de los transformadores? ¿Para qué?».

Quizá no fuese en eso en lo que pensaba, pero sin duda estaba perplejo ante el problema nuclear que se le vino encima. Perplejo, pero no asustado. No podía asustarse porque no acababa de entender que una catástrofe nuclear es peligrosa. Es más, no estaba de acuerdo con que lo sucedido fuese una catástrofe. Simplemente una avería... Un pequeño accidente...

Volaba también con nosotros Kafánov, el subdirector de Construcciones hidráulicas especiales de la URSS, un hombre alto, de aspecto sombrío, con la cara hinchada y grisácea. Exteriormente mostraba una tranquilidad olímpica. Pero también tendría que vérselas por primera vez con la radiación.

Yo iba sentado en la primera fila junto a la ventana. Ya se veía abajo el río Dniéper desbordado. Hacía poco que se había terminado la crecida del río y menos mal, porque de lo contrario, si la catástrofe hubiera sucedido un mes antes, toda la radiactividad caída sobre la tierra hubiera ido a parar a los ríos Prípyat y Dniéper.

Detrás de mí se impacientaba Mijáilov. Le preocupaba el futuro desconocido, quería saber todo de antemano y preguntaba susurrando, por lo visto intimidado por el ministro:

—¿Dime, Grigori Ustínovich, cuánta radiación se puede coger, bueno... sin consecuencias? ¿Sin que suceda nada?

—No te apures —le susurré yo también en voz baja—, ya estamos aterrizando. En tierra te lo diré.

También Popel estaba preocupado. Se oía en la parte de atrás su bonita y clara voz:

—Yo soy hipertenso. He oído que con la radiación la tensión sube mucho. ¿Para qué quiero yo eso?

Kafánov y Yulo Ainovich Jiesalu callaban. No oía sus voces. De vez en cuando, yo miraba al ministro con su sonrisa de maniquí. Su rostro no cambió de expresión durante todo el vuelo. Sus ojos grises, sin expresión, con cierto matiz de perplejidad, miraban al espacio reducido que tenían ante sí, observando algo invisible para los demás.

A Kíev llegamos pasadas las cinco de la tarde. Aterrizamos en el aeropuerto de Zhuliani. Sobre Kíev volamos a poca altura. Las calles están extrañamente desérticas, tratándose de hora punta. Hay muy pocos transeúntes. ¿Dónde está la gente? Yo había volado a Kíev en otras ocasiones, había estado allí cuando trabajaba en la central nuclear de Chernóbil, pero nunca había visto la ciudad tan desierta. Sentí tristeza en el alma.

Por fin aterrizamos. El ministro nos abandonó y se fue en coche. Le recibieron el ministro de Energía de Ucrania, V. F. Skliárov, pálido como la muerte, y el secretario regional del PCUS. A nosotros, los simples mortales, nos recibió el director de la Dirección general de abastecimiento del Ministerio de Energía de Ucrania, G. P. Maslak, delgado, cordial, alegre y calvo. Todos nosotros, encabezados por Maslak, subimos a un minibús azul. Mijáilov y Popel se abalanzaron sobre Maslak con preguntas. Maslak era una persona de la nueva, ahora radiactiva, tierra ucraniana, ¡quién lo iba a decir!

Maslak dijo que la radiactividad en la atmósfera en Kiev era, según anunciaban por la radio, de 0,34 miliroentgens/h, que en el asfalto era bastante más elevada, pero que eso no lo comunicaban por la radio. La verdadera radiactividad no se sabía, pero se comentaba que era cien veces más elevada de la anunciada. Lo que significaba eso Maslak tampoco lo sabía, ya que con anterioridad, jamás en su vida tuvo nada que ver con el átomo. Nos contó también que en la semana siguiente a la explosión, se fueron de Kíev cerca de un millón de personas. Los primeros días, en la estación de ferrocarril, la situación era inimaginable. Había más gente intentando irse de la ciudad, que en los días de la evacuación durante la segunda guerra mundial. Los especuladores revendían los billetes para el tren a doscientos rublos, a pesar de que se pusieron en circulación trenes especiales. Los vagones eran tomados por asalto, se iban en los tejados y en los estribos de los vagones. Pero ese pánico duró sólo unos tres o cuatro días. Cuando nosotros llegamos se podía ya salir de Kiev con toda normalidad. Y todo empezó, según nos contó Maslak, porque los altos jefes empezaron a evacuar a escondidas a sus hijos. Se descubrió eso de forma muy sencilla: en las escuelas empezaron a faltar muchos alumnos a las clases...

En las fábricas la situación era difícil. En algunas empresas no se podían organizar ni dos turnos, sin hablar ya de tres. Los que se quedaron eran mayoría y mostraban un alto espíritu y responsabilidad.

—¿Pero qué son 0,34 miliroentgens/h? ¡Por todos los diablos! —exclamó con impaciencia V. S. Mijáilov con su nariz aguileña y la barba entrecana—. Explíquenoslo, Grigori Ustínovich.

—¡Explícalo! ¡Explícalo! —pedían todos a coro, incluyendo al kievita Maslak. Y tuve que explicarles lo que sabía.

—La dosis radiactiva máxima permitida para los que trabajan en las centrales nucleares es de 5 roentgens por año. Para el resto de la población es diez veces menor, entre 0,5 y 500 miliroentgens por año. Si dividen esas dosis entre trescientos sesenta y cinco días obtendrán que el simple mortal puede recibir una dosis diaria de 1,3 miliroentgens. Esa dosis ha sido fijada por la Organización Mundial de la Salud. En el momento actual, o sea, el día 8 de mayo, en Kíev, si se admiten los datos oficiales de 0,34 miliroentgens/h o de 8,16 miliroentgens por día, la dosis supera en seis veces la admitida por la OMS. En el asfalto, si creemos a Maslak, la dosis diaria supera en trescientas veces la norma de la OMS.

El minibús circulaba por las calles desiertas de Kíev. Eran las siete de la tarde.

—Dicen —dijo Maslak—, que los tres primeros días después de la explosión la radiactividad en Kíev alcanzaba los 100 miliroentgens/h.

—Eso significa —expliqué yo— que la dosis total del día era de 2,4 roentgens o, aproximadamente, de dos mil dosis, partiendo de las normas de la OMS para los simples mortales.

—¡Será posible! —exclamó el expansivo Mijáilov. Y de pronto grita—: ¡Maslak! ¿Dónde están tus dosímetros? ¡Eres el proveedor principal, proporciónanos dosímetros!

—Los dosímetros los recibirán en Ivankov, ya hay reservados para ustedes.

—¡Para, para! —empezó a exhortar Mijáilov al chófer—. Ahí, junto a la tienda de vinos. Hay que llevar vodka para la desactivación.

El chófer sonrió pero no se detuvo. En los diez días transcurridos desde la catástrofe, ya se había convencido que no había muerto y que todavía se podía vivir.

—¡De veras! —exclamó Popel—. Es increíble. A mí ya me ha subido la tensión, me duele la nuca. Además, ¿qué falta hago yo allí, si no entiendo nada? Cuando llegemos iré a ver a Sadovski y le preguntaré si me necesita. Si dice que no, regreso inmediatamente. No te vayas, espera a que aclaremos todo —se dirigió al chófer.

Éste asintió afirmativamente.

—Yo también le preguntaré a Sadovski —dijo Yulo Ainovich Jiesalu.

—Sadovski también es un ignorante en los asuntos atómicos. Es especialista en centrales hidráulicas —explicó Mijáilov.

—Pero ante todo es el primer viceprimer ministro —replicó Popel.

Yo iba mirando por la ventanilla, observaba a los transeúntes. Los rostros

de la mayoría reflejaban preocupación, tristeza y abatimiento.

Dejamos atrás la plaza Shevchenko, la estación interurbana de autobuses desde la que regresaba con frecuencia, en los años cincuenta, de las comisiones de servicio, en autobús de línea a Prípyat, y salimos fuera de la ciudad.

Observaba el bosque de altos pinos que bordeaba la carretera, sabiendo que también allí había contaminación, aunque en apariencia todo siguiera igual que antes.

Se veía mucha menos gente alrededor que de costumbre: estaba más triste, parecía más solitaria. En dirección contraria, desde Chernóbil, circulaban muy pocos coches.

Dejamos atrás Petrivtsi, Dimer, Dachi —poblados junto a la carretera—. Muy pocos transeúntes. Hay niños con sus cartapacios que regresan de la escuela, del segundo turno. Y todos, al parecer, son los mismos y al mismo tiempo ya son otros.

Antes había por allí mucha gente, mucho tráfico, la vida bullía. Ahora era como si todo se moviese con mayor lentitud. Menos gente y menos movimiento. En el alma siento tristeza y un involuntario sentimiento de culpabilidad. Todos nosotros, los especialistas en energía nuclear, somos culpables ante esa gente inocente, ante el mundo entero. Yo también soy culpable. Y aquellos pocos colegas míos que entienden bien el peligro real de las centrales nucleares para la población y la naturaleza circundante. Eso significa que nosotros, los que lo entendíamos, no fuimos lo suficientemente insistentes para hacer llegar a la conciencia de todos ese peligro. No supimos abrirnos paso entre la oleada de propaganda oficial, que insistía en la completa seguridad de las centrales nucleares. Y ese sentimiento involuntario de culpabilidad inundaba mi alma. Otra vez me vinieron los pensamientos sobre Chernóbil, Briujánov, sobre los quince años de energía nuclear en tierra ucraniana, sobre las causas de la catástrofe.

Lo que he descrito en los capítulos anteriores acerca de los acontecimientos que tuvieron lugar los días 26 y 27 de abril, son pensamientos que se definieron en mí después de visitar Chernóbil y Prípyat, de haber conversado hasta la saciedad con mucha gente, con Briujánov, con los jefes de las diversas secciones y de turno de la central, todos ellos partícipes de aquellos trágicos acontecimientos. También me ayudaron a aclararme en aquella complicadísima situación y a reconstruir todo lo sucedido en mi larga experiencia de trabajo en centrales nucleares, la radiación de la que había sido víctima y mi estancia en el hospital n.º 6 de Moscú debido a la contaminación que sufrí en los años sesenta. Nadie tenía una visión global de lo sucedido. Cada uno de los participantes o testigos de los acontecimientos conocía sólo

una pequeña parte de la tragedia. Yo, sin embargo, estoy obligado a dar una visión completa y verídica, hasta donde sea posible, de lo sucedido. Sólo la verdad absoluta acerca de la catástrofe nuclear más grande del planeta Tierra, puede ayudar a la gente a comprender realmente lo sucedido, a aprender la lección y a alcanzar un nivel superior de entendimiento y responsabilidad. Eso se refiere no sólo al círculo reducido de especialistas, sino a todas las personas sin excepción en todos los países del mundo.

Pero, de momento, viajábamos hacia Chernóbil teniendo a nuestra disposición muy pocos datos de carácter general acerca de lo sucedido: sólo los recibidos en Moscú entre los días 26 de abril y 8 de mayo.

El minibús corría por la autovía Kíev-Chernóbil completamente vacía y diez días antes tan animada.

Eran las ocho y media de la tarde y hasta Ivankov quedaban unos veinte kilómetros. Mis compañeros de viaje ya habían hablado de todo lo referente a la radiación y su acción sobre el organismo humano, estaban cansados y callaban intranquilos. Sólo de vez en cuando Mijáilov o Popel pronunciaban con un suspiro:

—Sí, compañeros, así están las cosas... —y de nuevo se quedaban callados.

—¿Hay ropa especial en Ivankov? —le pregunté yo a Maslak que nos acompañaba.

—Debe haberla. He llamado allí.

—¿Dónde pernoctará el ministro?

—También en Ivankov. Ha sido alquilada una casa rural a su dueña. Shasharin también alquila casa. Todas las residencias y alojamientos disponibles en Ivankov están ya repletos. Hace unos días evacuaron allí desde Chernóbil a los obreros. La radiactividad aumentó considerablemente.

—Habría que ir hoy al consejo directivo de Chernóbil —dije yo—. Desde Ivankov hay una hora de viaje, tomando en cuenta el tiempo necesario para cambiar de ropa y cenar, hora y media. Habría que llegar a tiempo para asistir a la reunión vespertina de la Comisión gubernamental.

—Veremos —contestó con evasiva Maslak.

Eran las doce de la noche cuando nuestro minibús entraba en el patio de la red energética de Ivankov. Cenamos allí mismo a toda prisa en un barracón de madera. En el barracón habían instalado un pequeño comedor para el personal que atendía la red energética.

Maslak fue a enterarse dónde estaba la ropa de radioprotección y dónde

pasaríamos la noche.

Esperamos unos diez minutos. No lejos de nosotros conversaban animadamente tres obreros que acababan de llegar de Chernóbil. Uno de ellos llevaba un mono blanco, los otros dos monos azules y los tres tenían un dosímetro en el bolsillo del pecho. Uno de ellos, el del mono blanco, alto, calvo, todo el tiempo indicaba con el gorro que tenía en la mano, hacia el Noroeste, señalaba el cielo crepuscular cubierto de un velo de humo grisáceo, y decía:

—Hoy quema, dos mil dosis de plutonio, ahogan —tosía y se limpiaba la cara arrugada con el gorrito.

—Yo siento comezón —dijo otro—, como si tuviera alergia...

—Sobre todo en las piernas —dijo el tercero, que tiró hacia arriba de las perneras del mono y, agachándose, empezó a rascarse frenéticamente las piernas hinchadas y de color púrpura.

Nosotros también miramos hacia aquel lado. El cielo estaba tenebroso y silencioso. Mirábamos con insistencia, con un sentimiento como si allí hubiese guerra, estuviera el frente.

—Aquí en el patio ahora hay 5 miliroentgens/h —dijo el calvo del mono blanco.

En la garganta se sentía una leve irritación. Mijáilov se inquietó:

—¿Han oído? ¡Cinco miliroentgens! Seguro que esa porquería me produce alergia. Y me pregunto: ¿Cuál es la dosis por día para el personal de la central?

—17 miliroentgens.

—¿Han oído? En tres horas se alcanza la dosis de un día. ¿Cuánta contaminación vamos a pescar?

—Toda la que consigamos será nuestra, no te preocupes.

Regresó Maslak y nos dio una desagradable noticia:

—No hay ropa de protección, no hay dosímetros y no hay donde pasar la noche. No hay suficientes camas, duermen apretujados, muchos en el suelo. Iremos a dormir a Kíev, en Chernóbil, tal como vemos, no nos lo permitirán. Sólo los primeros días dicen que iba cada uno vestido con lo que fuera. He hablado por teléfono con Kíev y he dado la orden de que nos dejen la ropa y los dosímetros en el hotel. Pasarán allí la noche. Mañana a las seis de la madrugada el minibús pasará a recogerles y les llevará a Chernóbil.

No se podía hacer nada. Subimos al minibús y regresamos a Kíev. Llegamos a las once y media de la noche. En el hotel ya nos esperaba un

enorme saco con monos de algodón de color azul, botas y boinas negras de lana. Las boinas de lana no eran las adecuadas, ya que la lana absorbe muy bien la radiactividad. Debería ser de algodón, pero no las había. Mejor eso que nada...

Mientras nos inscribían en el hotel salí al patio. Lo mismo que en Ivankov, en Kíev el aire también irritaba los pulmones. Lo que significaba que la contaminación no era inferior. Unos 3 o 5 miliroentgens/h. Mientras que por la radio que había en el vestíbulo decían que era de 0,34 miliroentgens/h. Era evidente que daban cifras inferiores a las reales. ¿Para qué?

Por la mañana, el cielo estaba azul y había veinticinco grados de calor. Subimos animados al minibús Mijáilov, Medviédiev, Popel, Jiesalu, Kafánov, Razumnig y Filónov. Tomamos la ruta de Vuíshgorod. El espectáculo era el mismo: Kíev silencioso, los rostros de los escasos transeúntes que se apresuraban a sus trabajos mostraban preocupación, ensimismamiento.

A la salida de Vuíshgorod, en el puesto de inspección de vehículos, había un dosimetrista. También en Petrivtsi, Dimer e Ivankov había dosimetristas con radiómetros en el pecho y largas varillas de medición junto a los puestos de inspección de vehículos. Detenían a los pocos vehículos procedentes de Chernóbil y les acercaban las varillas a las ruedas. A nosotros nos dijeron que podíamos pasar. Nos detuvieron junto al puesto de inspección de Ivankov, para comprobar el permiso de entrada en la zona. Todo estaba en orden. Al borde de la carretera estaba aparcado un pequeño «Zhigulí» color azul con las puertas y el maletero abiertos. Dentro había fardos, alfombras... Sus propietarios, un hombre y una mujer, estaban junto al coche notablemente turbados.

—¿De dónde proceden las cosas? —preguntó el inspector mientras el dosimetrista medía el nivel de radiación de los fardos.

—De Chernóbil... Pero si todo está limpio... —dijo el hombre.

—No del todo —replica el dosimetrista—, 500 milirems por hora...

—¡¿Pero qué es esto?! —empezó a quejarse la mujer—. Son nuestros bienes y no podemos llevárnoslos.

Continuamos adelante. Desayunamos en el mismo comedor de la red eléctrica de Ivankov, en el que la víspera habíamos cenado. Inmediatamente partimos para Chernóbil.

A ambos lados de la carretera hasta donde alcanza la vista, hay verdes campos desiertos. No hay signos de vida en las aldeas, caseríos y pueblos. O es que todavía duermen o los han abandonado. Escarban en el polvo las gallinas, docena y media de ovejas sin pastor se dirigen por el borde de la

carretera hacia Chernóbil. Aparece un niño con su cartapacio camino de la escuela. Nos observa con curiosidad, todos vamos vestidos con iguales monos azules. Una anciana tira de una cabra que se resiste a caminar. Hay poca gente. Los ojos y los pulmones están cada vez más irritados.

—Hoy el aire es malo —dijo el chófer, y se colocó la mascarilla respiratoria de hule espuma, llamada por nosotros «hocico de cerdo», por su forma recortada que recuerda el hocico «cortado» del cerdo.

Dejamos atrás una columna de camiones hormigoneras que se dirigían a Prípyat.

Llegamos a la zona de exclusión de los treinta kilómetros. Hay una patrulla militar y de control radiactivo.

Unos llevan puesta las mascarillas respiratorias y otros no. Comprobaron la hoja de ruta y el permiso de entrada en la zona. Todo está en orden y proseguimos el viaje.

En dirección contraria pasó un carro blindado. Su conductor llevaba mascarilla y su expresión era severa, circunspecta.

Cada vez resulta más difícil respirar, nos arden los párpados. Tras el chófer todos se colocaron las mascarillas respiratorias menos yo. No sé por qué vergüenza. ¡Me da vergüenza doblegarme ante la radiación, maldita sea!

Delante, en el asfalto de la carretera, hay polvo abundante. Nos pasa un «Volga» con el ministro. Una nube de polvo radiactivo, de unos 30 roentgens/h, envuelve nuestro minibús. Me pongo la mascarilla. El «Volga» del ministro desapareció tras una curva de la carretera.

De vez en cuando dejamos atrás algún camión mezclador de hormigón, que avanza pesadamente. Y otra vez se hace el silencio y la soledad. En los extensos campos, en las aldeas y caseríos no hay nadie. Las plantas están todavía verdes, pero por experiencia sé que empezarán a ponerse oscuras, cada vez más negras. Las agujas de los pinos y abetos se secarán y adquirirán un tono rojizo. Las verduras empezarán a languidecer y, al igual que la lana de los carneros, esos «cabellos» de la tierra empezarán a almacenar radiactividad. Las plantas absorberán dos o tres veces más radiación que la superficie de los caminos.

Una y otra vez me veo obligado a contestar a las preguntas de mis acompañantes, a explicarles qué es la radiación, cómo se absorbe. Quería decirles que absorberla en esos momentos era muy fácil, ya que la había por todas partes, fuera y dentro de nosotros, la respirábamos. Pero no lo hice. Lo expliqué científicamente y no entendieron casi nada. Las explicaciones anteriores que les di en Kíev las habían olvidado casi por completo y no es de

extrañar. Exceptuándome a mí, ninguno más de los que viajaban en el minibús había tenido nada que ver antes con la radiactividad.

Popel se queja de que le duele la cabeza.

—Me ha subido la presión —concluye él—. ¿Para qué quiero esto? He hecho la guerra, he sufrido tanto... Cuando llegemos inmediatamente le preguntaré a Sadovski si hago falta aquí. Yo puedo resultar más útil en Moscú que en Chernóbil, mil veces más... Y hacer las cosas en Moscú cien veces más de prisa...

Mijáilov, Razumnig y Kafánov miraban de vez en cuando los indicadores de sus dosímetros. La aguja de la escala indicaba la cantidad de roentgens absorbidos. Los dosímetros que nos dieron eran muy primitivos, con una escala de 50 roentgens. En la situación actual hacían falta dosímetros más sensibles.

—A mí la aguja se me ha ido a la escala negativa, a la izquierda del «cero» —dijo Razumnig—. ¡Vaya calidad, en todas partes la misma chapuza!

—Es que ya no absorbes, sino que emanas roentgens —bromeó Filónov—. Ya has dado más de lo que has absorbido.

—Mi aguja marca exactamente «cero» —anunció Mijáilov—. Pero me arden los ojos y siento comezón en las piernas. —Empezó a rascarse las piernas frenéticamente.

—Son figuraciones tuyas, Valentín Serguéevich —dijo Razumnig—. Eso puede producir no sólo alergia, sino también diarrea...

Pasó en dirección contraria un camión de riego que iba lavando la carretera. La disolución produce espuma en el asfalto. Aparece el conocido olor dulzón de las soluciones desabsorbentes. Al asfalto ese lavado no le sirve de nada. El betún absorbe bien la radiactividad. Para que el asfalto esté limpio, hay que quitarlo y cubrir la carretera con otro nuevo o, por lo menos, el asfalto contaminado hay que cubrirlo con otro limpio.

Alrededor no se ve una sola alma. No se ven pájaros, aunque sí, a lo lejos, vuela perezosamente un cuervo. Sería interesante saber su nivel de radiactividad, cuánta radiación absorbieron sus alas. Unos kilómetros más adelante nos encontramos con otro ser vivo. De Chernóbil, a nuestro encuentro, corre por el borde de la carretera, levantando el polvo radiactivo, un potro. Desconcertado y huérfano mira a todos lados buscando a su madre y relincha lastimeramente. Por esos lugares, el ganado ya ha sido sacrificado. El pequeño se salvó de milagro.

—¡Corre, corre lejos de aquí, pequeño! Aunque su pelaje también es ya altamente radiactivo. Pero de todos modos corre, vete de aquí. A lo mejor

tienes suerte...

Ya estamos cerca de Chernóbil. A la derecha y a la izquierda hay campamentos militares, tiendas de campaña, soldados, mucha técnica: carros blindados, bulldozers, vehículos técnicos antiobstáculos, con manipuladores y cuchillas de bulldozer. A semejanza de tanques, pero sin las torretas del armamento.

Otra vez campamentos de tiendas de campaña. Tropas y más tropas. Son las unidades químicas del Ejército soviético.

Atravesamos una aldea muerta. Ni un solo ser vivo. Ese silencio inusual deprime. Otra vez, a derecha e izquierda, se ven campos radiactivos que se pierden en la lejanía. Unas gallinas pican algo en el polvo radiactivo.

Entramos en Chernóbil. Brilla el sol, en el cielo azul no hay ni una sola nube, sólo una ligera bruma. El asfalto está húmedo debido a las soluciones desactivadoras. En todas partes hay carros blindados. Hay movimiento de vehículos: como supimos más tarde, van de un estado mayor a otro. En todas partes hay estados mayores pertenecientes a diversos ministerios y administraciones. Circulamos por la calle principal.

—¿Adónde? —preguntó el chófer—. Al Comité regional del PCUS o a la escuela técnico-profesional, en la que Kizima tiene instalada su Dirección general de la construcción de la central nuclear de Chernóbil.

—Al Comité regional, por favor —dije yo.

Las patrullas llevan sus mascarillas respiratorias tipo «hocico de cerdo». A veces se ven otras tipo «pétalo-200». En algunos carros blindados abiertos están sentados los soldados y fuman. Algunos sin mascarilla, otros le han hecho un agujero a la mascarilla e introdujeron en él el cigarrillo. Hay transeúntes que llevan mascarilla. Son los que por alguna razón no disponen de vehículo para desplazarse a otro estado mayor.

Llegamos a la plaza donde se encuentra el Comité regional del PCUS. Está llena de vehículos, sobre todo ligeros de diversas marcas, autobuses, minibuses, blindados adscritos a los miembros de la Comisión gubernamental. Hay muchos centinelas con mascarilla: en la plaza, en el edificio del Comité regional del PCUS, junto a los coches aparcados...

Todos esos coches, pasado algún tiempo, tendrán que ser enterrados. En uno o dos meses de trabajo aquí acumulan tanta radiación que en el interior del vehículo alcanza más de 5 roentgens/h.

A la entrada del edificio está el subdirector de Soyuzatomenergó, E. I. Ignatenko, y dos hombres más que no conozco. Ignatenko lleva la cabeza descubierta, la cazadora desabrochada, la mascarilla en el cuello y fuma.

—¡Hola! Incumples las normas de protección contra la radiación —dije yo.

—¡Hola! ¿Has llegado? Preséntate a Sadovski. —¿Está aquí el ministro?

—Sí, acaba de llegar.

Junto a la entrada hay un dosimetrista. Lleva el radiómetro en el pecho y pasa la varilla medidora por la superficie de la calle y su diapason cambia.

—¿Cuánta hay? —pregunto yo.

—En la superficie, 10 roentgens/h. Y en el aire, 15 miliroentgens/h. ¿Y en el interior del edificio?

—5 miliroentgens/h.

Entré en el Comité regional. Detrás de mí entraron Popel y Jiesalu. Ambos quieren informar inmediatamente a Sadovski de su llegada.

Recorrí el pasillo de la planta baja. Cada una de las habitaciones está ocupada por una organización diferente. En las puertas hay unos anuncios fijados con chinchetas que indican: Instituto de Energía Nuclear, Hidroproyecto, Ministerio de la Industria del Carbón, diseñador general del reactor, Academia de Ciencias de la URSS, etc. Entré en la oficina de coordinación.

Ya se encontraban allí Popel y Jiesalu. Sadovski les interrogaba:

—¿Para qué han venido?

—No lo sabemos, Stanislav Ivánovich —dijo con esperanza en la voz Popel.

—¡Regresen inmediatamente! Hoy mismo. ¿Tienen coche?

—¡Sí, Stanislav Ivánovich!

Popel y Jiesalu corrieron radiantes hacia el minibús. Su gran deseo de irse lo más lejos posible de la radiación se había cumplido. Yo me alegré sinceramente por ellos.

También yo informé al viceministro de mi llegada. Le comuniqué la tarea encomendada por Semiónov y Reshétnikov.

Sadovski se fue a la escuela técnico-profesional donde estaba instalada la Dirección de la construcción de Kizima y que se hallaba a unos dos kilómetros del Comité regional del PCUS.

Me asomé a la habitación con el anuncio de «Instituto de Energía Nuclear». Junto a la ventana y enfrente una de otra, había dos mesas. En la mesa de la izquierda estaba sentado Evgueni Pávlovich Vélijov, en la de la derecha, el ministro A. I. Mayorets, vestido con un mono color azul igual que el mío y con una boina de lana sobre la cabeza rapada. Por lo visto habíamos

recibido la ropa del mismo fardo. Al lado de ellos, sentados en sillas, estaban V. Sidorenko, vicepresidente de la Dirección estatal de control de la energía nuclear, y el miembro correspondiente de la Academia de Ciencias de la URSS, el académico V. A. Legásov; el viceministro G. A. Shasharin y E. I. Ignatenko. Entré y me senté en una silla libre.

Mayorets acosaba al académico Vélijov:

—¡Evgueni Pávlovich! Alguien debe hacerse cargo de la organización. Aquí están trabajando en estos momentos decenas de ministerios. El Ministerio de Energía no está en condiciones de coordinarlos a todos.

—Pero la central nuclear de Chernóbil pertenece al Ministerio —replica Vélijov—. Ustedes deben organizar y coordinar los trabajos.

Vélijov está pálido, lleva una camisa a cuadros desabrochada en su velludo vientre. Tiene un aspecto cansado. Ya ha absorbido más de 50 roentgens.

—Y en general, Anatoli Ivánovich —prosiguió Vélijov—, hay que entender lo que ha sucedido aquí. La explosión de Chernóbil es peor que otras explosiones atómicas. Peor que Hiroshima. Allí fue una bomba y aquí fueron lanzadas a la atmósfera diez veces más sustancias radiactivas. Y hay que añadir media tonelada de plutonio. Ahora, Anatoli Ivánovich, hay que contar con la gente, las vidas humanas.

Valoré, con respecto a Vélijov, que el académico se preocupase por la salud de la gente.

Más tarde supe que la frase «contar las vidas humanas» había adquirido en aquellos días otro significado. En las reuniones matutinas y vespertinas de la Comisión gubernamental, cuando se hablaba de resolver tal o cual tarea, por ejemplo, recoger combustible y grafito del reactor junto al bloque averiado, o adentrarse en la zona de alta radiactividad y abrir o cerrar una llave, el presidente de la Comisión gubernamental, vicepresidente del Consejo de Ministros de la URSS, I. S. Siláev, decía:

—Para esto hay que sacrificar una o dos vidas... Para esto otro, una vida...

Se pronunciaban esas palabras con sencillez, normalidad, pero sonaban siniestras.

Entre tanto, Vélijov y Mayorets seguían discutiendo acerca de quién debía hacerse cargo de la situación. Salí del despacho. Estaba impaciente por encontrar a Briujánov y hablar con él. Había sucedido aquello de lo que yo le previne quince años atrás en Prípyat, cuando trabajaba en la central nuclear de Chernóbil. Todo lo que yo decía entonces se había cumplido y deseaba verle. Quería decirle muchas cosas, mejor dicho, expresarle toda mi indignación, mi dolor y amargura. Porque todo se había cumplido... Pero él entonces estaba

seguro de sí mismo, iba tan tercamente siguiendo su propio camino, desdeñando el peligro y la posibilidad de una catástrofe nuclear. Y ya parecía que casi tenía él la razón. Durante diez años la central nuclear de Chernóbil fue la mejor en el sistema de centrales nucleares del Ministerio de Energía de la URSS, producía kilovatios por encima de lo planificado, sufría pequeñas averías que se encubrían, figuraba en la Tabla de Honor, recibía condecoraciones y más condecoraciones, la gloria y la explosión...

Me ahogaba de rabia. Me parecía que de todas las personas allí presentes, Briujánov era el único culpable. Antes que nadie él...

Porque encarnaba la política, la ideología de los pasados quince años. Fomín era un peón, un peón ejecutor de esa ideología. ¿Pero acaso esa ideología era sólo de Briujánov? Claro que no. El propio Briujánov no era más que un peón de aquella época ya pasada, de la época del estancamiento. En el oscuro tramo del pasillo, apoyado en la pared, había un hombre pequeño, enjuto, vestido con un mono blanco, con la cabeza descubierta, el cabello rizado y cano, el rostro muy pálido cubierto de arrugas, confundido y abatido. Me mira, sus ojos están inflamados y expresan acoso...

Yo pasé de largo y de golpe pensé: ¡¿Briujánov?! Di la vuelta y pregunté: ¿Víctor Petróvich?

—El mismo —dijo el hombre que estaba junto a la pared con una voz ronca y conocida y apartó la vista.

El primer sentimiento que me invadió al verle fue el de la compasión y piedad. No sé adónde fueron a parar mi indignación y la rabia hacia él. Ante mí tenía a un pobre hombre completamente abatido. De nuevo me miró.

Estuvimos largo rato en silencio mirándonos a los ojos.

—Así es —dijo por fin él apartando la vista.

Me resulta extraño decirlo, pero en aquel instante sentí vergüenza por haber tenido yo la razón. Mejor que no la hubiera tenido. Pero entonces todo debería seguir como antes. La razón a ese precio...

—Tienes mal aspecto —comenté yo absurdamente. Precisamente resultaba absurdo porque cientos, miles de personas se estaban contaminando en esos momentos prácticamente con la ayuda de esta persona. No obstante, no podía hablar con él de otra forma—. ¿Cuántos roentgens has recibido?

—Cien o ciento cincuenta —contestó con una voz ronca que yo conocía tan bien el hombre que estaba en la penumbra apoyado en la pared.

—¿Dónde está tu familia?

—No lo sé. Creo que en Polesk... No lo sé...

—¿Por qué estás ahí?

—Nadie me necesita... Deambulo sin rumbo... A nadie le hago falta...

—¿Dónde está Fomín?

—Perdió el juicio. Le permitieron que se fuera a descansar.

—¿Adónde?

—A Poltava...

—¿Cómo valoras la situación aquí?

—No hay un dueño de la situación... Cada uno tira por su lado.

—Me dijeron que tú habías pedido permiso a Scherbina para evacuar a la población de Prípyat el día 26 de abril. ¿Es así?

—Sí... Pero me dijeron que esperásemos la llegada de Scherbina y que no levantásemos pánico... Entonces nosotros todavía no entendíamos lo que sucedía, creíamos que el reactor estaba intacto... Fue la noche más difícil y espantosa para mí...

—Para todos —dije yo.

—No lo entendimos enseguida.

—¿Por qué estamos aquí? Vamos a alguna habitación.

Entramos en una habitación vacía, junto a la que ocupaba Vélijov, y nos sentamos a la mesa, uno enfrente de otro. Otra vez nos miramos a los ojos. No teníamos de qué hablar. Sin hablar estaba ya todo claro. No sé por qué pensé: «Es delegado del XXVII Congreso del PCUS. Le vi en la televisión. La cámara buscó su rostro varias veces en la sala. Entonces era majestuoso, el rostro de una persona que había alcanzado la cúspide del reconocimiento. Y algo más, más... Era un rostro arbitrario...».

—¿Informaste a Kíev el 26 de abril que el nivel de radiación en la central nuclear de Prípyat estaba dentro de la norma?

—Sí... Era lo que indicaban los dosímetros que poseíamos en aquel momento. Además estábamos en un estado de shock... Contra la voluntad, la cabeza le daba vueltas a lo sucedido ligándolo al feliz pasado y a la completa ausencia de futuro. Recobré la razón sólo después de la llegada de Scherbina. Quería creer que todavía era posible hacer algo...

Saqué el block para tomar notas, pero él me detuvo.

—Todo aquí está muy contaminado. En la mesa hay millones de partículas de fisión. No contamines las manos y el block.

Se asomó el ministro Mayorets y Briujánov, por lo visto ya por costumbre, saltó del asiento olvidándose de mí y se fue hacia el ministro desapareciendo tras la puerta.

Entró un hombre desconocido con el rostro también de un pálido, como si lo tuviera empolvado: cuando actúan dosis de radiación que alcanzan los 100 roentgens, se produce el espasmo de los capilares exteriores de la piel y surge la impresión de que el rostro ha sido empolvado. Se presentó. Resultó ser jefe de una sección de la central. Sonriendo amargamente, dijo:

—Si no hubiera sido por el experimento con el funcionamiento por inercia del rotor generador, todo seguiría bien...

—¿Cuánta contaminación ha cogido?

—Unos 100 roentgens... El tiroides daba en los primeros días 150 roentgens/h. Ahora ya se ha desintegrado... El Yodo-131... Deberían haber permitido a la gente llevarse las cosas necesarias. Muchos ahora lo están pasando muy mal.

—Podían haberse guardado las cosas en bolsas de plástico. —Y de pronto dijo—: Yo a usted le recuerdo. Trabajaba como ingeniero adjunto del ingeniero jefe de la planta n.º 1.

—Pues yo no me acuerdo de usted, perdone...

—¿Dónde se han instalado los suyos, el personal operativo?

—En el primer piso, en la sala de conferencias y en la habitación de al lado. Era el despacho del primer secretario del Comité regional del PCUS.

Me despedí de él y me dirigí a la primera planta. «En la calle el aire está muy contaminado —pensé yo—. ¿Por qué no cubren las ventanas con plomo?».

Antes de entrar en la sala de conferencias, me paseé lentamente por el pasillo de la primera planta para ver qué despachos había y quién los ocupaba. Estaba claro... Principalmente eran ministros y académicos. Había una puerta sin anuncio. La abrí y me asomé. Era una habitación alargada con las cortinas semicubriendo las ventanas. Un hombre canoso estaba sentado a la mesa. Reconocí en él al vicepresidente del Consejo de Ministros de la URSS, I. S. Siláev. Con anterioridad había sido ministro de la Industria Aeronáutica. Había sustituido aquí a Scherbina como presidente de la Comisión gubernamental, el 4 de mayo.

El vicepresidente me mira en silencio. Sus ojos brillan autoritarios. Calla y espera a que yo hable.

—Hay que cubrir las ventanas con planchas de plomo —dije yo siguiendo

de incógnito.

Seguía callado, pero poco a poco su rostro fue adquiriendo una expresión dura.

Cerré la puerta y me dirigí a la sala de conferencias.

Diré que, mientras estuvo allí Siláev, las ventanas del edificio en el que trabajaba la Comisión gubernamental no fueron recubiertas con planchas de plomo. Eso lo hicieron mucho más tarde, el 2 de junio. Ese día, Siláev fue sustituido por otro vicepresidente del Consejo de Ministros de la URSS, L. A. Voronin, después de que el reactor inesperadamente escupiese, desde debajo de los sacos de arena y de carburo de boro, una nueva porción de radiactividad.

En el escenario de la sala de conferencias estaban sentados a la mesa del presidium los operadores con los libros de registro de las operaciones. Mantenían la comunicación telefónica con el búnker y los cuadros de mando de las primeras plantas de la central, en las que había un reducido grupo de personal de guardia que se turnaba y mantenía los reactores en estado de enfriamiento. Todos los que están sentados en el presidium tienen cara de culpables, han perdido el porte y la seguridad de los operadores de las centrales nucleares, característicos de la época del éxito y de la gloria. Todos tienen esa palidez de empolvados, están cansados y tienen los ojos inflamados por la falta de sueño y la radiación.

En diversos rincones de la sala hay pequeños grupos de personas sentados en sillas que discuten las cuestiones a plantear ante la Comisión gubernamental.

Paso por delante de la mesa del presidium convertido en un improvisado centro de mandos y me dirijo a la ventana. Allí, en la primera fila de sillas, veo a un viejo conocido, el jefe de los servicios químicos, Y. F. Semiónov. Está discutiendo con otra persona vestida con mono y que no conozco (resultó ser un contramaestre), los problemas relacionados con la desactivación de las instalaciones.

A Semiónov, que llegó a Prípyat procedente de Melekes en 1972, le admití yo al trabajo. Por entonces tenía grandes deseos de trabajar en la central de Chernóbil. Era un buen especialista, muy experto. Había trabajado muchos años en las instalaciones especiales de depuración de las aguas radiactivas. Estaba satisfecho de su trabajo en la central de Chernóbil y, como se dice, no se quejaba de su suerte.

—¡Hola, viejo amigo! —interrumpí yo su conversación.

—¡Oh! ¡Me alegro de verte! Sólo que ya ves en qué momento has

llegado...

—Pues sí...

Semiónov también tiene esa palidez de empolvado y en los últimos años que yo no le había visto, su cabello encaneció notablemente. Sus negrísimas patillas estaban ahora completamente blancas.

—Pero si hace unos años que gestionaste la jubilación. ¿Querías abandonar esto e irte lejos a un trabajo sin contaminación? —le pregunté yo.

—Sí... lo deseaba, pero me entretuve aquí... Y ahora ya no puedo... Pensaba regresar a Melekess con la familia e instalarme allí definitivamente a vivir, pero ahora ya ves... Ahora hago falta aquí.

—¿Dónde están tu esposa e hijos?

—Están en Melekess, en casa de la abuela. Sólo que no pudimos llevarnos las cosas. Todo lo que habíamos adquirido durante tantos años se ha perdido. También la dacha y el coche. Acababa de comprar un coche nuevo. En mi piso —estuve ayer allí—, todas las cosas irradian un roentgen/h. ¿Adónde las vas a llevar? Nosotros vivíamos en el barrio que recibió la mayor nube radiactiva.

En ese instante, a Semiónov le llamaron los operadores. En la sala de conferencias entró E. I. Ignatenko y al verme se acercó a mí.

—Si tu novela El experto (Ignatenko escribió la introducción a esa obra) hubiera sido editada antes de la explosión —dijo sonriendo— se habría convertido en una rareza bibliográfica. Lo adivinaste. La mezcla detonante acabó con el reactor.

—Por eso no la publicaban —dije yo—, para que su autor no se convirtiese en un profeta. Eso fue lo dicho: «Que se publique después de que se hagan públicas las conclusiones de la Comisión gubernamental». Así que aparecerá a finales de año.

—Sí, la hemos armado, tardaremos en acabar con esto —dijo pensativo Ignatenko mirando por la ventana.

Junto a la ventana hay un enorme saco repleto de cámaras para balones de fútbol de un tono blanquecino debido al talco que las cubre.

—¿Para qué son esas cámaras? —pregunté yo.

Uno de los operadores que estaba sentado a la mesa del presidium me contestó, con una sonrisa embarazosa, como si se sintiera incómodo por esas cámaras de balones de fútbol:

—Las utilizamos para tomar pruebas de aire.

—¿Dónde?

—En todas partes... En Prípyat, en Chernóbil y en toda la zona de exclusión de treinta kilómetros de radio...

—¿O sea que se utilizan en lugar de las «cámaras de Turquín»? (La llamada «cámara de Turquín» es una especie de acordeón de plástico con una válvula que, cuando se extiende y se abre la válvula, se introduce en el interior una porción de aire o gas para su análisis). El operador se echó a reír:

—Las cámaras de los balones las utilizamos por penuria. ¿Dónde vamos a conseguir «cámaras de Turquín»? Sin embargo, de estas cámaras hay de sobra.

—¿Cómo las llenan? ¿Se valen de un fuelle?

—Unas veces nos valemos de fuelle y otras de la boca. No podemos conseguir suficientes fuelles para bicicletas. En las condiciones actuales se han convertido en deficitarias.

—Llenándolas con la boca no conseguirán medir la radiación con exactitud —dije yo—. Al aspirar el aire la mitad de las sustancias radiactivas se quedan en los pulmones. Los pulmones actúan como filtros. Con cada aspiración y espiración en los pulmones se va almacenando radiactividad.

—¿Pero qué hacer? —se ríe el operador—. Hemos oído ya tantas cosas los primeros días que a semejantes bagatelas no les concedemos importancia.

Me dirigí con Ignatenko al despacho de al lado, que había sido del primer secretario del Comité regional del PCUS. A lo largo de la habitación hay una mesa en forma de «U». Sentados a la mesa se encuentran personas conocidas y desconocidas para mí, todas vestidas con monos de algodón. En una esquina de la mesa está sentado Briujánov indiferente, con el rostro pálido, como empolvado. Me doy cuenta de que también estaba así sentado a la mesa en su época feliz: cierto distanciamiento, indiferencia, como si no tuviera nada que ver con lo que sucedía.

«¡Es un calzonazos!» —recordé en ese momento la característica maximalista que había hecho de Briujánov hacía ya tiempo Kizima—. «Nunca consigues de él una decisión concreta».

En la mesa hay varias fotografías del reactor destruido tomadas desde un helicóptero, así como el plano general de la zona industrial y otros papeles. Ignatenko y yo observamos la fotografía mejor lograda. Briujánov señaló con el dedo un rectángulo negro de forma irregular en el suelo de la sala central cubierto de escombros.

—Es la piscina de desactivación del combustible ya utilizado —dijo Briujánov—. Está repleta de contenedores. En la piscina, con toda seguridad, no hay agua, se ha evaporado. Los contenedores serán destruidos por el calor residual del reactor.

—¿Cuántos contenedores hay? —pregunté yo.

—La piscina está llena, habrá unos quinientos...

—¿Y cómo piensas sacarlos? —dijo Ignatenko.

—Los enterraremos junto con el reactor.

Entró un general de edad madura, alto, esbelto, en uniforme de gala. Se dirigió a todos:

—¿Quién me puede orientar, camaradas? —preguntó—. Dirijo un grupo de dosimetristas del ejército. No conseguimos establecer contacto con la dirección de la construcción de la central, ni con el equipo de explotación. No sabemos dónde ni qué medir. No conocemos sus construcciones, los accesos a las zonas de radiación peligrosa. Es necesario que alguien coordine nuestro trabajo.

Ignatenko dijo:

—Trabajen junto con Kaplún. Es el jefe de los servicios dosimétricos de la central. Conoce todo. Y los problemas que les surjan plantéenlos en las reuniones de la Comisión gubernamental. ¿Por lo visto lleva poco tiempo aquí?

—Acabamos de llegar.

—Actúen como le he dicho.

El general se fue.

El tiempo pasaba. Yo necesitaba un coche para ir a Prípyat y a la central destruida. Le pedí ayuda a Ignatenko.

—Es una cuestión complicada —dijo Ignatenko—. Los medios de transporte son insuficientes. Yo personalmente no dispongo de coche. Hay demasiados dueños. Pídeselo a Kizima.

Bajé a la planta baja, a la oficina de los operadores de guardia. Junto al teléfono de emergencia hacía guardia el subdirector de la Dirección general de construcciones técnicas del Ministerio de Energía de la URSS, V. I. Pávlov.

—¿Tienes coche? —le pregunté—. Necesito ir a ver a Kizima.

—Desgraciadamente no tengo. Aquí cada uno tiene su vehículo. De dónde, qué y cómo es imposible saberlo. Sadovski se fue a alguna parte en su «Zhigulí».

—Bueno, me iré a pie. Saludos...

Salí a la calle.

El sol calentaba. Del asfalto lavado con sustancias de desabsorción ascendían evaporaciones venenosas con un olor dulzón y nauseabundo. Me dirigí calle arriba. Por las mañanas los pájaros habitualmente trinan entre el verde follaje saludando el sol. Ahora reina el silencio. El follaje también está como adormecido, silencioso. Ésa es la impresión. Todavía no está muerto, pero tampoco es el mismo, vibrante, como cuando el aire es puro. El verdor de las hojas no parece natural, es como si las hubieran cubierto de cerca para conservarlas y ellas, inmóviles, escucharan y olfatearan el gas ionizado que las rodea. En el aire hay unos 20 miliroentgens/h. Pero los árboles todavía siguen vivos, consiguen encontrar algo suyo en el aire contaminado, necesario para vivir. Los cerezos y los manzanos están en flor. En algunos árboles se pueden distinguir los capullos. Pero todo: flores, capullos, almacenan radiación. ¿Cómo escapar de ella? Está en todas partes.

Junto a la cerca de una casa abandonada, una joven de unos veinte años, vestida con un mono de algodón blanco, corta ramas de un cerezo. Ya tiene un gran ramo.

—¿De dónde es? —le pregunté.

—Soy de Eisk. Vine a ayudar a la gente de Chernóbil. ¿Por qué me pregunta?

—No, por nada. Aquí hay muchos jóvenes. Apuestos soldados para escoger.

La chica se echó a reír.

—No necesito a sus galanes... He venido a ayudar —y sumergió el rostro en el ramo.

—Las flores están contaminadas —dije yo.

—Déjeme en paz —dijo—, y otra vez se puso a cortar ramas.

Yo también corté varias ramas repletas de blancas flores y me dirigí con el ramo a ver a Kizima.

Di la vuelta a la izquierda por un callejón. Había mucho polvo en la acera. Una hormigonera pasó haciendo ruido y levantó una nube de polvo radiactivo. Me puse la mascarilla y me encasqueté mejor el gorro. De ese polvo se desprenden entre 10 y 30 roentgens/h.

La Dirección de la construcción de la central nuclear de Chernóbil (es todavía su antigua denominación), hoy ya brevemente llamada puesto de mando de Kizima, se encontraba en el edificio de la escuela técnico-profesional. A la entrada y por todas partes estaba lleno de gente. Unos estaban de pie, otros sentados en los bancos, andaban de aquí para allá, con motivo o sin él. Los coches que llegan y se van, levantan permanentemente

nubes de polvo radiactivo. El cielo está azul, el sol abrasa, no hay viento, silencio y quietud. La mayoría lleva las mascarillas respiratorias colgando del cuello. Algunos se las ponen cuando se levanta el polvo. A unos treinta metros de la escuela, en el patio, hay vehículos abandonados: hormigoneras, transportadores de hormigón, etc. En realidad no están estropeados, pero están contaminados de radiación hasta tal punto que trabajando en ellos a veces se puede recibir una dosis de radiación superior que de la atmósfera circundante.

La radiación en las cabinas alcanza los 10 roentgens/h. La pérdida de estos vehículos, debido a la contaminación, es ahora en Prípyat un grave problema.

No lejos de la entrada a la escuela técnico-profesional hay dos transportes blindados y varios coches de la marca «Moskvich», «Zhigulí», «UAZ», etc. Sus conductores dormitan en el interior o fuman junto a su vehículo.

Se acerca un dosimetrista con el dosímetro en el pecho. Va midiendo con una larga varilla medidora la contaminación del polvo. Junto a la entrada de la escuela hay un enorme tilo. No se oyen los pájaros. Bajo los rayos de un sol ardiente, zumba una mosca grande de color azul. No ha desaparecido todo lo vivo. Hay moscas, no sólo grandes y azules, sino también las corrientes domésticas. Hay muchas moscas dentro del edificio. Por el olor se hace evidente que los retretes funcionan mal. En el recibidor, junto a la entrada, un dosimetrista mide la radiación en la ropa —un mono verde oscuro— de un obrero. El obrero tiene el rostro de un tono marrón oscuro (el bronceado nuclear) y está muy excitado.

—¿Dónde has estado? —le pregunta el dosimetrista acercándole el dosímetro al tiroides.

—Junto al derrumbe... También en el pasillo transportador...

—No te acerques más allí... Ya tienes suficiente...

—¿Cuánto he cogido? —oí que preguntaba el obrero.

—Te digo que no vayas más allí —le contestó el dosimetrista y se alejó.

Yo le pedí que midiera la radiación del ramo de flores.

—20 roentgens/h. Tírelo lo más lejos posible.

Salí a la calle y tiré el ramo al patio en el que se hallaban los vehículos radiactivos.

Regresé y me asomé a dos o tres habitaciones. Tirados en el suelo descansaban, después de haber recibido altas dosis de contaminación, obreros vestidos con monos azules y verdes. En una de las habitaciones un muchacho joven se ha incorporado apoyándose en un codo y le dice a otro:

—Te sientes como si te hubieran dado una paliza con cadenas, tal es el

cansancio. Y un sueño terrible, pero no logro dormirme.

—Yo estoy igual —le contesta su compañero—. Así se dejan sentir los 25 roentgens de contaminación.

Voy a ver a Kizima. En el recibidor, el empleado de guardia atiende el teléfono. Habla con la ciudad de Vuíshgorod. Comprendí que hablaba con el encargado de la empresa Yuzhnoatomenergostroy, A. D. Yakovenko.

—¡Hace falta gente para sustituir a los contaminados! —grita el empleado de guardia—. ¡Hacen falta chóferes! Aquí a mi lado está el jefe de la brigada... Le paso el auricular... ¿Que no hace falta?... Pero si todos los que tenemos ya están contaminados...

Del despacho de Kizima salen varias personas. Todos muy animados. Entro. Kizima está solo. Abre una lata de zumo de mango. Tiene en las mejillas fibras del material del respirador de Petrianov tipo «pétalo».

—¡Hola, Vasili Trofímovich!

—¡Ah, saludos a los moscovitas! —contesta sin alegría. En sus saludos siempre hay gato encerrado. No sólo ahora.

Siempre ha sido así desde que le conozco. En el trabajo las personas, sea quien sea, le interesan ante todo en el plano laboral. Sin disgregaciones líricas me explica señalando la lata de zumo: «El zumo que más vitaminas tiene, todo un complejo vitamínico. Ayuda contra la radiación, restablece las fuerzas». — Bebe con avidez el zumo de mango—.

—Ya ves —dice—, trabajo de contramaestre...

Suena el teléfono. Kizima levanta el auricular.

—¡Sí, soy yo, Kizima! Le escucho, Anatoli Ivánovich... ¡Es el ministro! —me dice en voz baja tapando con la mano el aparato—. Sí, sí, escucho. ¿Que coja un lápiz y una hoja de papel? Ya lo tengo. Dibujo una línea con una inclinación de 45°, ya está... Ahora una vertical... Ya está... Ahora una horizontal. Hecha... Resultó un triángulo rectangular. ¿Eso es todo? —Siguió escuchando al ministro todavía algún tiempo y luego colgó el teléfono—. Entiendes, trabajo como contramaestre. El ministro Mayolets hace de contramaestre principal y el camarada Siláev, vicepresidente del Consejo de Ministros de la URSS, de jefe de la construcción. Un completo desbarajuste. Si no entienden un comino en la construcción. Ahí tienes, una llamada del ministro. Me comunicó por teléfono un dibujo, un triángulo... —Kizima volvió la hoja hacia mi lado—. Me obligó a representar en el papel el derrumbe junto al energobloque. Me dijo que le echáramos a ese derrumbe la mezcla de cemento. Como si yo fuese un alumno de primer grado y no entendiese nada. Yo ese derrumbe lo inspeccioné, dándole la vuelta a pie,

todavía el 26 de abril y después varias veces más. Y tenlo en cuenta, sin dosímetros ni mascarilla respiratoria. Y ahora acabo de llegar de allí... Y me dicen que dibuje un triángulo... ¿Lo he dibujado, y ahora qué? Para ser sincero, no necesito ni a los ministros ni a los vicepresidentes. Esto es una construcción, peligrosa, contaminada de radiactividad, pero una construcción. Y yo soy el jefe de la construcción. Tengo suficiente con Vélijov como consultante, los militares deben organizar la comandancia y velar por el orden. Hace falta gente, desde luego. Mucha gente se fue. Me refiero a los empleados de plantilla de la construcción. Y también de la dirección. Se fueron sin documentos ni despido más de tres mil personas. El servicio dosimétrico todavía no ha sido organizado, faltan radiómetros y dosimetristas. Los dosímetros ópticos que tenemos, en su mayoría no funcionan. Envío a la zona peligrosa a veinticinco personas con un solo dosímetro, que además funciona mal. Pero incluso con un dosímetro estropeado consigo un efecto mágico. La gente confía en ese aparato de hierro. Sin él se niegan a ir a la contaminación. Tú tienes un dosímetro, dámelo. Con él podré enviar a otras veinticinco personas.

—Cuando me vaya de Prípyat te lo daré —le prometí a Kizima—. ¿Has enviado a recoger los dosímetros que me prometieron en la Defensa civil del país? Mil quinientos dosímetros ya son una salida. El servicio organízalo tú mismo. No esperes ayuda... Pídele a la dirección un buen dosimetrista experimentado.

—Habrá que hacerlo así...

Entró el contraamaestre que dirigía los trabajos de abastecimiento, con cemento seco, al sector donde se preparaba la solución de cemento que sería bombeada por una tubería hasta el derrumbe.

—Vasili Trofímovich —se dirigió a Kizima—. Son necesarios conductores de vehículos para sustituir a los que ya no pueden seguir trabajando. Estamos quemando a la gente. Este turno ya absorbió toda la norma de radiación. Casi todos dan ya 25 rems o más. Se sienten mal.

—¿Y Yakovenko? —pregunté yo—. Tres días atrás, su empleado de guardia telefoneó a Moscú y se quejó de que no podían controlar a los chóferes enviados, dijo que holgazaneaban, bebían vodka, que no había dónde instalarlos ni qué darles de comer.

¡Pero por qué miente! ¡Yo necesito gente con urgencia!

—¡Me comunicaré ahora mismo con Moscú y les pediré que envíen chóferes con urgencia!

El contraamaestre salió.

—Me arde el pecho, tengo tos y me duele la cabeza —dijo Kizima—. Así todo el tiempo.

—¿Por qué no colocas pantallas de plomo en las ventanas y en las cabinas de los vehículos? Eso disminuye la radiación.

—El plomo es maligno —dice en tono seguro Kizima—. Asusta a la gente y retiene los trabajos. Ya me he convencido de ello. No hace falta el plomo...

Suena el teléfono y Kizima levanta el auricular.

—Ya..., ya... ¿Y qué dice Vélijov? ¿Está pensando? Que piense. Dejen por el momento de suministrar cemento al derrumbe. —Colgó el teléfono—. Han empezado a dispararse «geisers» de cemento líquido. Cuando el líquido cae sobre el combustible que hay en el derrumbe, por lo visto se inicia, o una aceleración de los átomos, o simplemente sube la temperatura del combustible y empeora considerablemente el nivel radiactivo.

Llaman a la puerta. Entra un general mayor joven y con él tres oficiales más: un coronel y dos tenientes coroneles.

—General mayor Smirnov —se presentó el joven general—. Me han aconsejado que me dirija a usted para pedirles ayuda.

—Siéntese, por favor —dijo Kizima—. Le escucho.

—Nuestra unidad ha llegado para vigilar el estanque de refrigeración. El agua en el estanque está altamente contaminada: seis curios por litro.

—Como en el primer circuito cuando funciona el reactor —dijo Kizima—. Los bomberos han bombeado al estanque el agua con combustible que había en la zona no contaminada de la central.

—Pues para que no haya actos de sabotaje —continuó el general—, porque podrían hacer explotar el dique y toda el agua contaminada iría a parar a los ríos Prípyat y Dniéper..., quiero colocar a lo largo de todo el perímetro del dique puestos de guardia, pero son necesarios algún tipo de refugios que defiendan a los centinelas de la radiación.

—Propongo puestos de venta ambulante —dijo Kizima—. Tenemos aquí unos de hormigón armado de dos metros de largo cada uno. Pueden ser instalados al revés, con cierto ángulo respecto uno del otro, para que resulte una especie de puerta para salir y ya tiene lista una garita. ¿Doy la orden?

—¡Dela! —se alegró el general.

Kizima telefoneó y dio la orden. Los militares se fueron.

Yo, a mi vez, me comuniqué con Moscú. Pedí que fueran enviados con urgencia chóferes para sustituir a los contaminados. Hablé de lo mismo con

Yakovenko. Prometió que a la mañana siguiente llegarían veinticinco chóferes en sustitución de los afectados.

—Necesitaría, Vasili Trofímovich —dije—, ir a la planta averiada. ¿Puedes darme un coche para un par de horas?

—Con los coches las cosas andan muy mal... Los chóferes enviados de otras construcciones de centrales nucleares, en cuanto reciben la dosis máxima permitida, se van sin avisar y sin esperar a ser sustituidos, llevándose los vehículos y en sus ruedas la contaminación radiactiva.

—Ayer en Moscú fue dada la orden para un nuevo y complementario envío de coches ligeros. Hoy, cuando regrese de Prípyat, lo comprobaré. ¿Me das un coche?

—Uno de los jefes se ha ido por un día a Kíev. Coge su «Niva». Pídele a los dosimetristas un radiómetro. Por un par de horas te lo prestarán. —Kizima me dio el número de la matrícula del coche—. El chófer se llama Volodia.

—¿No es asustadizo?

—Es un chico decidido. Acaba de hacer el servicio militar.

Abandoné el despacho de Kizima. Me presenté a los dosimetristas y me dieron un dosímetro para un par de horas. Comprobé y cargué mi dosímetro óptico DKP-50. Por fortuna, Volodia tenía un pase especial a Prípyat. Diez minutos más tarde ya circulábamos por la carretera en dirección a la central nuclear de Chernóbil. En la década de los setenta recorrí esa carretera cientos de veces y también más tarde, cuando ya trabajaba en Moscú y venía aquí en comisión de servicio. Los dieciocho kilómetros de asfalto, sólo aquí, en el trayecto que va desde Chernóbil hasta Prípyat, están cubiertos por ambos lados de la carretera con franjas de hormigón color de rosa de un metro de ancho. Son franjas protectoras para que el asfalto no se quiebre. Entonces nos alegrábamos de ser los únicos que teníamos una carretera así, porque tendríamos que gastar menos en reparaciones. Pero ahora...

—¿Y si se para el motor junto a la planta n.º 4? —me preguntó con intención Volodia—. Ya nos ha sucedido algo así, pero en Prípyat... Allí no quema tanto...

—¿Hace poco que has regresado del ejército? —le pregunté yo.

—Hará medio año —contestó Volodia.

—Entonces no hay de que asustarse —dije yo—. Si se para lo pondrás en marcha... ¿Qué especialidad tuviste en el ejército?

—Llevaba al comandante del batallón en un «UAZ469»... Ahí está el puesto de control dosimétrico. Son soldados de unidades químicas, mire —me

llamó la atención Volodia.

Al borde de la carretera había un camión-cisterna grande, color verde, con diversas instalaciones: bombas, instrumentos, mangueras...

Del lado de Prípyat se acercó un «Moskvich» y lo pararon, le midieron la radiación en las ruedas, la parte baja, el techo. A los pasajeros y al conductor les hicieron bajar. Se pusieron a lavar el coche con una solución desabsorbente. Los soldados llevaban mascarillas respiratorias y unos gorros de tela que les cubrían de forma muy ajustada la cabeza, las orejas y caían como una mantilla sobre sus hombros.

Uno de los soldados con un dosímetro en el pecho y una larga varilla medidora nos hizo una señal. Nos detuvimos. Comprobó el pase que Volodia había pegado en el cristal delantero del coche. Todo estaba en orden. Olfateó con el dosímetro nuestro «Niva».

—Pueden proseguir —dijo el soldado—. Pero tengan en cuenta que allí contaminarán el coche. Ese «Moskvich» señala 3 roentgens/h. Y no se consigue limpiarlo. ¿No les da lástima del coche?

—Tenemos radiómetro —enseñé el aparato—, tendremos cuidado.

El soldado me miró atentamente con sus azules ojos e hizo un movimiento impreciso con la cabeza, como diciendo, a mí, tío, no me engañas. Luego cerró con fuerza la portezuela y nos hizo una señal de permiso con la mano. Volodia aceleró. El «Niva» volaba mientras yo observaba la franja de hormigón color de rosa en la carretera. Nuestra alegría de entonces, cuando cubrieron con esas franjas protectoras la carretera y pensábamos que no habría necesidad de repararla, resultó inútil. Ahora todo estaba sucio, muy contaminado: y el asfalto y la franja de hormigón. Todo. ¿Por qué?...

Bajé el cristal y saqué fuera el dosímetro. Resultaba interesante comprobar cómo iba subiendo la radiación a medida que nos aproximábamos a Prípyat. Delante y hacia la derecha, entre la vegetación que desaparecía en la lejanía, se divisaba muy bien el blanco complejo, envuelto en los rayos solares de mayo, de la central nuclear de Chernóbil, una filigrana de postes de la red distribuidora de 330 y 750 voltios.

Ya sabía que, a la red distribuidora 750, la explosión había lanzado pedazos de combustible y existía allí un nivel muy alto de radiación.

A la vista de todo aquello, el aspecto terrible que tenía el negro hundimiento de la planta n.º 4 producía dolor en el alma.

La aguja del radiómetro primero indicó 100 miliroentgens/h y después empezó a subir constantemente: 200, 300, 500 miliroentgens/h. Y de repente un brusco movimiento fuera de la escala. Cambié los diapasones. 20

roentgens/h. ¿Qué significa? Lo más probable es que se trate de un vientecillo radiactivo proveniente del bloque averiado. Dos kilómetros más adelante la aguja comenzó a descender, pero esta vez hasta 700 miliroentgens/h.

A lo lejos apareció un letrero bien conocido para mí: «Central nuclear “Lenin” de Chernóbil» con una antorcha de hormigón. Más adelante una serial de hormigón: «Prípyat, 1970».

De modo que vuelta a la derecha, pasando por delante de la dirección de la construcción y de la fábrica de cemento, hacia la planta. Derecho, y un poco a la izquierda, por donde indica una flecha de hormigón, el viaducto sobre la vía férrea. A su izquierda, la estación Yánov y la ciudad de Prípyat, donde hace todavía muy poco vivían cincuenta mil personas. Y ahora...

—Volodia, vamos primero a Prípyat —le pedí yo—. Volodia torció a la izquierda, aceleró y muy pronto estábamos ya en el viaducto. Ante nuestra vista apareció la blanca ciudad bañada en los rayos del sol. En el viaducto la aguja del radiómetro volvió a desviarse hacia la derecha. Empecé a cambiar los diapasones.

—Atraviesa este lugar de prisa —le dije a Volodia—. Por aquí pasó la nube radiactiva de la explosión. Soltó mucha radiación aquí... Rápido...

Atravesamos a gran velocidad la parte alta del viaducto y entramos en la ciudad muerta. Enseguida observé y me causó dolor ver los cadáveres de perros y gatos por todas partes: en los caminos, en los patios de las casas, en los jardines. Cuerpos blancos, pardos, negros, con manchas de animales sacrificados.

Una ciudad vacía, abandonada y esas macabras huellas de abandono y desgracia irreversible. Pensé involuntariamente: «¿Por qué no los retiran? Esto es...».

—Entra por la calle Lenin —le pedí a Volodia—, desde esa calle resulta más fácil llegar a la casa en la que yo viví cuando trabajaba aquí.

Todavía recordaba el número 9 de la casa.

En medio de la calle Lenin hay un paseo, unos álamos todavía jóvenes, pero altos, a los lados del paseo hay bancos y arbustos. Al final de la calle se ve la sólida construcción del edificio del Comité urbano del PCUS; a su derecha, el hotel «Prípyat» de diez plantas; más a la derecha, el embarcadero del río Prípyat. Y luego el restaurante y el camino que lleva al hotel «Golondrina», en el que paraban los altos cargos.

La ciudad tenía un aspecto extraño. Como si fuera una mañana muy temprano. Sólo que había mucha luz y el sol estaba en el cenit. Pero todos en ella duermen un sueño eterno. La ropa tendida en los balcones. Los reflejos

del sol en los cristales, hay una ventana abierta y, como una lengua muerta, asoma por ella la cortina y se ven flores secas en el alféizar...

—Alto, Volodia, tuerce a la derecha. Baja la velocidad. La aguja del radiómetro se «arrastraba» de un lado a otro marcando desde 1 roentgen hasta 700 miliroentgens/h.

—Vete despacio —le pedí—. Ahí está mi casa... Aquí viví, en la primera planta. Cómo ha crecido el serbal. Está todo plagado de flores radiactivas. Cuando yo vivía aquí el serbal todavía no llegaba a la primera planta y ahora llega hasta la tercera.

Todo está vacío. Las ventanas con las cortinas corridas. Pero se intuye que tras esas cortinas no hay nadie. Están tristemente quietas. En los balcones hay bicicletas, cajones, un frigorífico viejo, unos esquís... Todo vacío, cerrado, muerto...

En el estrecho camino de hormigón del patio interior hay atravesado el cadáver de un perro, un dogo enorme y negro con manchas blancas.

—Detente junto al cadáver, quiero comprobar cuánta radiación absorbió su pelo.

Volodia se detuvo con las ruedas delanteras sobre un macizo de flores. El verdor de las plantas se había oscurecido debido a la radiación, las flores estaban marchitas. La radiación en el asfalto y el hormigón de la calle era de 60 roentgens/h.

—¡Mire, mire! —exclamó Volodia señalando con la mano un edificio de tres plantas de la escuela con enormes ventanales en la sala deportiva—. Allí estudiaba mi hijo. Recuerdo la fiesta, la sala de actos, los alegres rostros de los alumnos y de los maestros...

Por un callejón, junto a la escuela, pegados a los muros de un edificio largo de cinco plantas, corrían en nuestra dirección dos cerdos grandes y flacos. Se acercaron chillando al coche y aturdidos golpeaban con sus hocicos las medas y el radiador. Nos miraban con sus ojillos rojos asustados y levantaban el hocico como pidiendo algo. Sus movimientos no eran coordinados, se tambaleaban. Acerqué el radiómetro al costado de uno de los cerdos y señaló 50 roentgens por hora; después lo acerqué al cadáver del perro y dio 110 roentgens/h. El cerdo intentó agarrar con los dientes el aparato, pero tuve tiempo de retirarlo.

Entonces los cerdos radiactivos, hambrientos, se pusieron a devorar al perro. Arrancaban con bastante facilidad grandes trozos de carne ya putrefacta, zarandeando el cadáver por el asfalto de un lado a otro. Del cadáver del perro salió un enjambre de moscas azules.

—¡Repugnantes moscas, no puede con ellas ninguna radiación! Da marcha atrás, Volodia.

—¿Adónde vamos? —preguntó Volodia.

—Al viaducto y de allí a la planta destruida.

—¿Y si se para el motor? —preguntó de nuevo Volodia, sonriendo con picardía.

—Si se para lo vuelves a poner en marcha —le contesté yo siguiéndole el juego—. Vamos.

Al salir a la calle Lenin Volodia me preguntó:

—¿Vamos en dirección contraria o cómo? Nuestro lado es aquél. ¿Rodeamos el jardín?

—No hace falta.

—Es que resulta incómodo, como que infringimos las normas de circulación.

—¿Ves en alguna parte circulación?

Volodia sonrió con amargura y nos dirigimos en dirección contraria, pasando junto a los cadáveres de los perros y los gatos, hacia la planta averiada. El viaducto lo atravesamos a toda velocidad. Otra vez la aguja del radiómetro se movió bruscamente hacia arriba y luego cayó.

Circulábamos por la carretera vieja que pasa junto al edificio de administración de las obras de construcción de la central, después junto al combinado de construcción de viviendas y junto al comedor «Lisova Pisnia» y las betoneras.

A la derecha apareció el terrible cuadro de la planta destruida. Toda la destrucción y el hundimiento tenían color negro debido al fuego. Sobre el suelo de lo que fuera la sala central en la que se hallaba el reactor, manaban unos flujos de gas ascendente ionizado. Resultaba extraño y siniestro ver entre toda esa destrucción brillar al sol los cilindros separadores arrancados de sus soportes y desplazados...

Hasta la planta había unos cuatrocientos metros.

—Conecta la tracción delantera —le dije a Volodia—. Puede que necesitemos una mayor movilidad.

Volodia conectó la tracción delantera y las cuatro ruedas pasaron a ser motrices. ¿Pero qué es esto?

—¡Mira, Volodia! —Dentro del espacio rodeado por una valla, junto al

bloque destruido y pegados al derrumbe, andaban unos soldados y recogían algo...—. Tuerce a la derecha. Aquí... Más adelante... Dirígete a la parte trasera del almacén de residuos y detente junto a la valla.

—Nos va a quemar —dijo Volodia mirándome fijamente. Tiene el rostro enrojecido, tenso. Ambos llevamos puestas las mascarillas.

—Detente aquí... ¡Oh! Si hay también oficiales y un general...

—Un general coronel —me corrige Volodia.

—Debe de ser Pikálov... Recogen combustible y grafito con las manos. Ves, andan con cubos recogéndolo. Y lo echan en contenedores. Ahí están los cajones de hierro.

Había grafito también tras la valla, junto a nuestro coche. Abrí la puerta y acerqué el radiómetro casi tocando el bloque de grafito. 2.000 roentgens/h. Cerré la puerta. Huele a ozono, a quemado, a polvo y algo más. Puede que sea a carne humana chamuscada.

Los soldados y los oficiales, una vez llenos los cubos, se dirigían hacia los cajones metálicos de los contenedores, según me pareció, sin darse mucha prisa y echaban allí el contenido de los cubos.

«Queridos míos —pensé, qué terrible cosecha estáis recogiendo... La cosecha de veinte años de estancamiento... ¿Pero dónde? ¿Dónde están los millones de rublos designados por el Estado para el desarrollo de la técnica robótica y los manipuladores? ¿Dónde? ¿Los han robado? ¿Los han despilfarrado?».

Los rostros de los soldados y de los oficiales tienen un color marrón oscuro, el bronceado nuclear.

Los meteorólogos prometen lluvias torrenciales y para que la radiación no sea arrastrada por el agua al subsuelo, en lugar de robots, que no tenemos, trabajan las personas. Más tarde, al enterarse de ello, el académico Alexándrov se indignaba: «En Chernóbil no se compadecen de la gente. Todo eso caerá luego sobre mí...».

Pero no se indignó cuando escogió para Ucrania un peligroso reactor del tipo RBMK...

A lo lejos se ven montones de arena. Los trabajadores del Ministerio de Transportes ya están cavando debajo del reactor para enterrarlo. Ya han hecho dos túneles. Continuarán tras ellos los mineros.

—Están cavando para la «almohada» de hormigón —dijo Volodia—. Dicen que una botella de vodka cuesta bajo el reactor ciento cincuenta rublos... Para la desactivación...

—Vámonos —le dije a Volodia—. ¿Ves ese camino ahí adelante? Va junto al canal de suministro de agua. Por él luego torcerás a la izquierda.

Junto a la sala de máquinas hay 200 roentgens/h.

En la carretera, a lo largo de la red de transformadores electrónicos y en las proximidades de la estación, hay coches de bomberos abandonados. Conté diecinueve vehículos.

Volodia salió a la carretera. Pasamos junto a los postes de la red eléctrica-750. La aguja del radiómetro subió hasta los 400 roentgens/h. Está claro, la explosión lanzó hasta allí el combustible. Unos doscientos metros más adelante, junto a los postes de la tensión eléctrica-330, la aguja desciende hasta los 40 roentgens/h. Y de repente... ¡Diablos! Lo imprevisto. La carretera está cortada por bloques de hormigón armado. No hay paso. Y los roentgens corren como el tiempo. Hacia la izquierda del asfalto está la línea férrea.

—A ver, Volodia, muestra de lo que eres capaz. Tuerce hacia la vía férrea y circula unos cincuenta metros por la vía hasta llegar a ese otro camino asfaltado que lleva al edificio administrativo de la planta n.º 1. ¡Adelante!

El «Niva» no nos falló. Y Volodia estuvo a la altura de las circunstancias.

Junto al edificio administrativo, la radiación es de un roentgen/h. En la explanada, frente al edificio administrativo, hay varios vehículos blindados y en medio de la explanada una formación de soldados. Un oficial se pasea ante la formación y regaña a los soldados por incumplir las normas de protección contra la radiación: se sientan en la tierra, fuman, se desvisten hasta la cintura para broncearse, beben vodka, etc. Ni el oficial ni los soldados llevan puestas las mascarillas que les cuelgan del cuello. «Esa ignorancia se debe a la falta de preparación —pensé yo—. Esos jóvenes tendrán descendencia... Incluso un roentgen por año da un 50 por 100 de probabilidades de mutación...».

—Espérame aquí, Volodia, regreso enseguida... No te marches que entonces no salgo de aquí...

Volodia sonrió de forma alentadora y compasiva...

Cogí el radiómetro y corrí al búnker. Estaba limpio, no había ningún nivel de contaminación. Pero faltaba aire. Estaba lleno de gente, como en los refugios durante la guerra. Hay mesas, camas junto a las paredes para el descanso del personal. Un grupo de personas que descansan juegan al dominó y se oye el ruido de las fichas. Allí mismo están los dosimetristas de guardia, junto a los teléfonos, los operadores que mantienen comunicación con la dirección del reactor y con los estados de mando de Chernóbil y del Comité regional del PCUS. En la pared hay un mapa con los resultados de las mediciones de la radiación en toda la zona industrial. Pero no lo necesito. Yo

mismo he medido la radiación... Abandoné el búnker y subí a la primera planta del edificio administrativo. Silencio, no hay nadie. Por una galería llego a la señal 10 del desgaseador... ¡Ahora rápidamente adelante! Mi objetivo es el cuadro de mandos de la planta n.º 4. Debo ver el lugar donde se apretó el fatídico botón de la explosión, ver a qué altura se encasquilló la aguja indicadora de la situación de las barras absorbentes, medir la radiación en el local del sistema de mandos de protección y entender la situación en la que trabajaban los operadores...

A paso rápido, casi corriendo, me encaminé por el largo pasillo en dirección a la planta n.º 4, hay unos seiscientos metros de distancia. Más rápido...

El radiómetro indica 1 roentgen/h. La aguja se desvía lentamente hacia la derecha. Dejé atrás las plantas n.º 1 y 2. Las puertas están abiertas y veo a los operadores. Están enfriando los reactores. Mejor dicho, mantienen los reactores en un régimen de enfriamiento. La planta n.º 3 sufre la explosión. La radiación es de 2 roentgens/h. Sigo adelante. Siento en la boca un gusto metálico. Se sienten corrientes, huele a ozono y a quemado. Sobre el suelo de plástico hay fragmentos de los cristales rotos por la explosión. La radiación es de 5 roentgens/h. Junto al sistema informático «Skalá», señala 7 roentgens/h. El sistema dosimétrico de control de radiación de la central indica 10 roentgens/h. Tengo la impresión de caminar por pasillos y camarotes de un barco hundido. A la derecha está la puerta que lleva a la escalera y a los ascensores. A la izquierda, la puerta que da a la planta n.º 4. Aquí trabajaba gente que ahora se está muriendo en la clínica n.º 6 de Moscú. Entro en el local del cuadro de mandos de reserva, cuyas ventanas dan al derrumbe: 500 roentgens/h. Los cristales han sido rotos por la explosión, crujen bajo los pies. ¡Atrás! Entro en la planta n.º 4. En la puerta de acceso hay 15 roentgens/h. Junto al puesto de trabajo del ingeniero jefe del reactor (era Leonid Toptunov, ahora moribundo) hay 10 roentgens/h. En los indicadores Selsyn de las barras absorbentes, las agujas se han detenido a la altura de 2 o 2,5 metros. Si se hace un movimiento hacia la derecha, la radiactividad aumenta. En el extremo derecho de la planta n.º 4, hay unos 50-70 roentgens/h. Salgo del local y echo a correr hacia la planta n.º 1. ¡Rápido! Sucedió lo impensable. El átomo pacífico en toda su primitiva belleza y potencia aterradora...

Volodia sigue allí. Sol, cielo azul, calor de unos treinta grados. La formación militar hace tiempo que se dispersó, el oficial se marchó a alguna parte. Los soldados están sentados en los carros blindados. Fuman. Dos están desnudos de cintura para arriba y toman el sol. La juventud no cree en la muerte. Los jóvenes son inmortales. Aquí eso es tan evidente. No resisto y les grito:

—¡Muchachos, estáis absorbiendo radiación de más! ¡Acaban de daros

instrucciones!

Un soldado rubio sonríe irguiéndose en el blindado:

—Pero si no hacemos nada... Nos bronceamos...

—¡Vámonos!

En la tarde del 9 de mayo, aproximadamente a las ocho y media, se quemó parte del grafito en el reactor. Bajo el peso lanzado se formó un vacío y toda esa brutal carga de cinco mil toneladas de arena, arcilla y carburo de boro, se desprendió cayendo en el fondo y lanzando una enorme cantidad de ceniza radiactiva. Subió bruscamente la radiactividad en la estación, en Prípyat y en una zona de treinta kilómetros de radio. La subida de la radiación se sintió incluso en Ivankov y otros lugares situados a sesenta kilómetros de distancia.

En la oscuridad de la noche se consiguió con dificultad hacer despegar un helicóptero para medir la radiación... La ceniza cayó sobre Prípyat y los campos colindantes.

El 16 de mayo volé de regreso a Moscú.

VI

Las lecciones de Chernóbil

Reflexionando sobre las lecciones de la tragedia de Chernóbil, antes que nada pienso en los cientos de miles de personas cuya suerte, en mayor o menor grado, fue alcanzada por la catástrofe del 26 de abril de 1986.

Pienso en las decenas de muertos cuyos nombres conocemos y en aquellos cientos de seres no nacidos, en las vidas interrumpidas, cuyos nombres nunca llegaremos a saber, porque murieron debido a la interrupción del embarazo de las mujeres que fueron contaminadas los días 26 y 27 de mayo en Prípyat.

Estamos obligados a recordar el enorme precio pagado por decenios de ligereza atómica y de una complacencia criminal.

Hasta el 17 de mayo de 1986, la dirección de protección interior del Ministerio de Energía de la URSS había enterrado con honores militares, en el cementerio de Mítino, a catorce personas contaminadas el 26 de abril en la planta averiada y fallecidas en la clínica n.º 6 de Moscú. Eran empleados de la explotación de la central y bomberos. Entre tanto, los médicos continuaban la batalla para salvar a los demás enfermos graves y menos graves.

Los empleados del Ministerio de Energía de la URSS hacían guardia en el

hospital para ayudar al personal médico.

A comienzos de los años setenta, yo estuve hospitalizado en la novena planta de esa clínica, en la sección del profesor I. S. Glazunov. Entonces no existía el nuevo edificio que hay ahora a la izquierda. La sección estaba llena de enfermos de radiotoxemia, algunos muy graves.

Recuerdo a Dima, un joven de unos treinta años. Se contaminó estando a medio metro de la fuente radiactiva. Estaba de espaldas y un poco del costado derecho. El haz iba de abajo hacia arriba. La máxima radiación la recibió en la planta de los pies, en las piernas y las nalgas. En dirección a la cabeza la radiación fue menos intensa. Debido a que estaba de espaldas, no vio el centelleo del rayo, sólo su reflejo en la pared contraria y en el techo. Entendiendo de qué se trataba, corrió a desconectar algo, haciendo un tercio del recorrido alrededor de la fuente de radiación. Estuvo tres minutos en condiciones de avería nuclear. Lo sucedido lo asumió con sensatez. Calculó la dosis aproximada que había recibido. Ingresó en la clínica una hora después de la avería. Cuando ingresó en el hospital tenía treinta grados de fiebre, escalofríos, náuseas, estaba muy excitado, los ojos le brillaban. Hablaba gesticulando y relataba de forma cómica lo sucedido. Pero razonaba bien y con lógica. Todos nos sentíamos un poco incómodos por sus bromas. Era sociable, correcto, paciente.

Veinticuatro horas después de la avería al enfermo le extrajeron médula ósea de cuatro partes distintas: del esternón y de los huesos ilíacos para su análisis. En la punción se portó con tranquilidad y muy paciente. La dosis integral media de todo su organismo era de 400 rads. Al cuarto o quinto día empezó a sentir grandes sufrimientos debido a la infección de las mucosas de la boca, el esófago y el estómago. En la boca, la lengua y las mejillas le aparecieron llagas, la mucosa se desprendía por capas; no podía dormir, no tenía apetito. La fiebre se mantenía en 38°-39°, estaba muy excitado, los ojos le brillaban como a un drogadicto. Al sexto día apareció una infección de la piel en la pierna derecha; desde la rodilla para abajo, la pierna se le hinchó, se entumecía y sentía dolores fulgurantes.

El sexto día, debido a la aparición de una profunda agranulocitosis (caída del número de formas granuladas de leucocitos responsables de la inmunidad), le fueron hechas transfusiones de unos catorce millones de células de médula ósea (cerca de 750 mililitros de médula ósea con sangre).

Al enfermo lo trasladaron a la UVI, a una habitación esterilizada. Comenzó el período del síndrome intestinal. Tenía diarrea con sangre y mucosidad con evacuaciones 25-30 veces al día. Debido a la grave infección de la boca y el esófago, durante seis días no pudo ser alimentado por la boca para no dañar las mucosas. Se le administraban los alimentos por vía intravenosa.

Esos mismos días, en la parte interior de las piernas y en las nalgas le aparecieron unas ampollas muy dolorosas. La parte inferior de la pierna derecha adquirió un color amoratado, estaba hinchada, brillante, tersa al tacto.

A los catorce días empezó a perder el cabello, además de forma muy extraña. Le cayeron todos los cabellos del lado derecho de la cabeza y del cuerpo. El propio Dima decía de sí mismo que parecía un presidiario prófugo.

Mostraba mucha paciencia, a nosotros nos cansaban un poco sus bromas. Era el humor especial de la persona alegre, pero también intentaba dar ánimos a otros dos que se habían contaminado junto con él.

Aquellos dos estaban de capa caída, aunque su enfermedad transcurría, indudablemente, de forma menos grave. Dima les enviaba notas humorísticas en verso; se dedicaba a leer la trilogía de Alexei Tolstoi: El camino de los tormentos y decía que por fin podía descansar tranquilo. Pero a veces tenía recaídas e inesperadamente pasaba a la depresión. No obstante, esa depresión no resultaba insoportable para los que le rodeaban. Durante mucho rato le molestaban las conversaciones en voz alta, la música, el ruido de los tacones. Una vez en ese estado depresivo, le gritó a una doctora diciéndole que el ruido de sus tacones le producía diarrea. Las tres primeras semanas a los parientes no les permitieron visitarle.

A los cuarenta días, su estado mejoró y a los ochenta y dos días, a Dima le dieron de alta. Le quedó para siempre una úlcera trófica en la pierna derecha. Cojeaba mucho. Estuvieron a punto de amputarle la pierna.

Otro enfermo, Seriozha, tenía veintinueve años. Estaba solo en la habitación de al lado esterilizada. Ingresó desde un Instituto de investigación científica donde manipulaba sustancias radiactivas en la llamada «Cámara caliente». Debido a que dos trozos de material radiactivo en fisión se aproximaron demasiado uno al otro, se produjo una descarga radiactiva.

A pesar de que empezó inmediatamente a vomitar, pudo calcular la dosis de radiación recibida en unos 10.000 rads. Media hora después perdía el conocimiento. Lo llevaron a Moscú en avión en un estado muy grave. Tenía frecuentes vómitos, cuarenta grados de temperatura, hinchazón del rostro, del cuello y de los brazos. Tenía los brazos tan hinchados que era imposible tomarle la tensión sanguínea con un brazalete normal. Las enfermeras tenían que agrandararlo.

Serguei soportó con mucha paciencia la biopsia y la punción de la médula ósea. Lo soportó consciente. Cincuenta y cuatro horas después de la avería, la tensión sanguínea le bajó bruscamente a cero. Cincuenta y siete horas más tarde Serguei moría debido a una distrofia aguda del miocardio...

Mi médico de cabecera, con el que trabé amistad, me habló cuando me

dieron de alta en el hospital de la muerte de Serguei: «Bajo el microscopio resultaba imposible ver el tejido del corazón: los núcleos de las células formaban acumulaciones; pedazos de tejido de los músculos... Se trató de una muerte bajo el haz radiactivo debido a la acción directa de la radiación ionizante y no a las mutaciones biológicas secundarias. Es imposible salvar a tales pacientes, ya que el tejido cardíaco simplemente se desgarró...».

Su compañero, Nikolai, de treinta y seis años, estaba a su lado cuando sucedió la avería. Vivió cincuenta y ocho días, entre sufrimientos permanentes. Tenía unas gravísimas quemaduras (la piel se le desprendía por capas), neumonía, agranulocitosis. Le hicieron trasplante de médula ósea, siguiendo el viejo método, de dieciséis donantes diferentes. Gracias a todos esos tratamientos consiguieron dominar la neumonía y la agranulocitosis. Pero además padecía una gravísima pancreatitis y gritaba mucho por el dolor que le producía en el páncreas. Los narcóticos no le aliviaban el dolor. Sólo se tranquilizaba cuando le suministraban protóxido de nitrógeno.

Era temprana primavera. Creo que el mes de abril. Como ahora en Chernóbil. El sol alumbraba y el hospital estaba silencioso. Fui a ver a Nikolai. Estaba solo en la habitación esterilizada. Junto a la cama había una mesa con instrumental médico esterilizado, en otra mesita había todo tipo de ungüentos, furacilina, aceite de hipofaes, gasas. Todo eso era para tratarle la piel desnuda.

Estaba acostado en una cama alta inclinada, sobre la cual había un armazón metálico con potentes lámparas para que Nikolai no sintiera frío, porque estaba completamente desnudo. Su piel untada de aceite de hipofaes tenía un color amarillento... ¿Pero qué es eso? Nikolai... Vladímir Právik... ¡De qué forma tan terrible se ha repetido todo! Quince años después, en la misma habitación, en la misma cama inclinada, con el armazón metálico y las lámparas para calentar el cuerpo, el cuarzo que se conecta siguiendo un horario...

Vladímir Právik está acostado desnudo en la cama inclinada bajo las lámparas. Tiene todo el cuerpo quemado por la radiación y el fuego. Es difícil distinguir qué partes de su cuerpo están quemadas por la radiación y cuáles por el fuego. Tiene unos terribles edemas en el interior y en la superficie del cuerpo. Tiene los labios hinchados, la boca, la lengua, el esófago...

Hace quince años, Nikolai gritaba horriblemente debido al dolor que sentía en los órganos internos y en la piel. Entonces no se sabía bloquear el dolor. Ahora hemos aprendido. Demasiado dolor se ha acumulado en la gente... Pero el dolor nuclear es especial, es un dolor insoportable y despiadado. Todo el cuerpo del heroico bombero sufría ese dolor nuclear. Entonces, hace ya quince años, inyectaban morfina y otros narcóticos que durante algún tiempo hacían

desaparecer el dolor. A Právik y a sus compañeros les trasplantaron médula ósea. También les inyectaron en las venas extracto de hígado de muchos embriones para estimular la circulación de la sangre. Pero la muerte no cedía.

Právik ya padecía de todo: tenía agranulocitosis, el síndrome del intestino, alopecia, estomatitis con dolorosas inflamaciones y desprendimientos de la mucosa bucal...

Pero Vladímir Právik soportaba el dolor y los sufrimientos estoicamente. Ese bogatir eslavo («hércules» de la épica rusa. N. del T) hubiera sobrevivido, habría podido vencer a la muerte, si no fuera porque tenía la epidermis muerta en toda su profundidad...

Podría parecer que en ese estado no estuviese para las alegrías y las penas del mundo, para preocuparse por la suerte de sus compañeros. Él mismo estaba al borde de la muerte. Pero mientras pudo hablar, Vladímir Právik intentó saber por las enfermeras y los médicos, cuál era el estado de sus compañeros, si estaban vivos. Deseaba que lucharan contra la muerte y que su valor fuera un aliciente para él mismo. Y, cuando no se sabe cómo, les llegaban las noticias de la muerte: murió..., murió..., Právik las recibía como un soplo de la propia muerte. Los médicos le decían que no había sucedido en su hospital, sino en otra parte, en otro hospital... Era una mentira en aras de su salvación.

Y llegó el día en que se hizo evidente que ya se había hecho todo cuanto es capaz de hacer la medicina moderna. Fueron utilizados todos los métodos terapéuticos corrientes y arriesgados, que se utilizan para combatir la radiotoxemia grave, pero todo resultó inútil. Incluso el más moderno método, el «factor de crecimiento», que estimula la reproducción de las células sanguíneas, no dio resultado. Porque para que diera resultado se necesitaba que la piel estuviera viva y Právik no tenía un solo trozo de piel viva. Toda ella había sido quemada por la radiación. La radiación había matado también sus glándulas salivales. Tenía la boca reseca como la tierra durante la sequía. Por eso no podía hablar. Sólo miraba, parpadeaba con sus ojos sin las pestañas que se le habían caído, miraba con ojos expresivos en los que, a veces, aparecía un ardiente fuego de protesta y deseos de no someterse a la muerte. Después, su resistencia fue debilitándose y poco a poco se agotó. Comenzó su agonía, empezó a extinguirse, a consumirse, a desaparecer. Se momificaron su piel y los tejidos del cuerpo muertos por la radiación. La persona, cada día y cada hora que pasaba, se iba consumiendo más y más. ¡Maldito siglo nuclear! No se puede ni morir humanamente. Los muertos —ennegrecidas, apergaminadas momias— se hicieron ligeros como niños...

Testimonio de V. G. Smaguin, jefe de turno en el Energobloque n.º 4:

«En Moscú, en la clínica n.º 6 situada en la calle Schukin, nos instalaron

primero en la tercera y luego en la quinta planta. A los más graves, los operadores y los bomberos, los llevaron a la séptima planta. Entre ellos estaban los bomberos: Vaschuk, Ignatenko, Právik, Kibenok, Titenok, Tsichura; los operadores: Akímov, Toptunov, Perevózchenko, Brázhnik, Proskuriakov, Kudriávtsev, Perchuk, Vershinin, Kurguz, Nóvik.

»Fuimos instalados en habitaciones individuales esterilizadas y varias veces al día nos trataban con lámparas de cuarzo. Las lámparas de cuarzo estaban enfocadas hacia el techo para que no nos quemasen sus rayos, pues todos nosotros estábamos terriblemente bronceados, teníamos el bronceado nuclear.

»El suero que nos habían inyectado en la vena en el hospital de Prípyat, a muchos nos levantó el ánimo porque nos quitó la intoxicación producida por la radiación. Se sintieron mejor los afectados que habían recibido dosis no superiores a los 400 rads. Los demás se sintieron sólo un poco mejor, pero les atormentaban los fuertes dolores en la piel contaminada y quemada por el fuego y el vapor. El dolor en la superficie de la piel y en el interior agotaba, mataba...

»Los dos primeros días, el 28 y el 29 de abril, Sasha Akímov venía a nuestra habitación, tenía un tono de piel marrón oscuro debido al bronceado nuclear y estaba muy abatido. Repetía una y otra vez que no entendía por qué se había producido la explosión, que todo marchaba bien y que hasta que se apretó el botón de “Defensa de emergencia”, todo había funcionado con normalidad.

—Eso me tortura más que el dolor —me dijo el 29 de abril, antes de irse para siempre.

»Todos los pacientes graves estaban en habitaciones individuales con lámparas de rayos ultravioletas, acostados en camas altas inclinadas. Sobre ellos había lámparas para calentarles. Estaban acostados desnudos porque tenían toda la piel inflamada e hinchada, había que tratarla y darles vuelta a los enfermos. A todos los muy graves y medianamente graves les hicieron trasplante de médula ósea; utilizaban con ellos los “medios de crecimiento”, o sea, medicinas que aceleraban el crecimiento de las células de la médula ósea, pero a los más graves no fue posible salvarles...».

Testimonio de L. N. Akíмова, esposa del jefe de turno del bloque n.º 4, A. F. Akímov:

«Junto a Sasha se hallaban cuidándole sus padres y sus dos hermanos mellizos. Uno de los hermanos donó su médula ósea para trasplantársela. Pero ya nada ayudó. Mientras pudo hablar estuvo repitiendo continuamente a sus padres que había hecho todo correctamente y que no podía acabar de entender

qué había sucedido. Eso le atormentó hasta el día de su muerte. Dijo también que no tenía quejas hacia el personal de su turno. Que todos cumplieron con su deber.

»Yo visité a mi marido un día antes de su muerte. Ya no podía hablar. Pero en los ojos había dolor. Sé que estaba pensando en aquella maldita noche, por enésima vez analizaba lo sucedido y no podía considerarse culpable. Recibió una dosis de 1.500 roentgens, puede que hasta más, y estaba condenado. Se iba poniendo cada vez más oscuro y el día de su muerte parecía un negro, estaba carbonizado. Murió con los ojos abiertos. A él y a todos sus subordinados les atormentaba una sola idea, una pregunta:

—¿Por qué?».

Testimonio de V. A. Kazarov, jefe adjunto de Soyuzatomenergó:

«Fui a ver a Slava Brázhnik el 4 de mayo de 1986. Era un hombre joven de treinta años. Intenté que me explicara lo que había sucedido. Entonces nadie en Moscú sabía lo que realmente había ocurrido. Brázhnik estaba acostado desnudo en una cama inclinada. Estaba todo hinchado, de color marrón oscuro, la boca inflamada. Con dificultad me dijo que le dolía horriblemente todo el cuerpo, que sentía debilidad.

»Dijo que al principio se rompió el techo y en la sala de máquinas, en la señal O, cayó un trozo de un bloque de hormigón armado que rompió el oleoducto. El aceite empezó a arder. Mientras él lo apagaba y taponaba el agujero, cayó otro trozo que rompió la llave de la bomba de alimentación. Desconectaron esa bomba. Por el agujero del tejado empezó a penetrar ceniza negra... Se sentía muy mal y dejé de interrogarle. Todo el tiempo pedía de beber. Le di agua mineral.

—Qué dolor, todo me duele... Me duele terriblemente.

»Dijo que no sabía que pudiese existir un dolor tan espantoso...».

Testimonio de V. G. Smaguin:

«Fui a ver a Proskuriakov dos días antes de su muerte. Estaba acostado en una cama inclinada. Tenía la boca monstruosamente hinchada. La cara sin piel. Estaba desnudo. El pecho cubierto de esparadrapos. Sobre él había lámparas de calentamiento. Todo el tiempo pedía de beber. Yo llevaba conmigo una lata de zumo de mango. Le pregunté si quería zumo y me contestó que sí, que mucho. Dijo que estaba ya cansado de tomar agua mineral. Tenía en la mesilla una botella de agua mineral. Le di zumo en un vaso. Le dejé la lata de zumo en la mesilla y le dije a la enfermera que se lo diera. No tenía parientes en Moscú. Y no sé por qué nadie vino a Moscú a verle...

»Junto al ingeniero jefe del reactor, Lionia Toptunov, estaba atendiéndole

su padre. El padre había dado médula ósea para trasplantarla a su hijo. Pero no ayudó. Se pasaba los días y las noches junto al hijo, le daba vueltas en la cama. Lioniya estaba tan bronceado que estaba negro. Sólo tenía clara la espalda. Por lo visto la espalda no había recibido tanta radiación. Lioniya iba a todas partes con Sasha Akímov, era su sombra. Y fallecieron del mismo modo, casi al mismo tiempo. Akímov murió el 11 de mayo y Toptunov, el 14. Fueron los primeros operadores en morir.

»Muchos que se consideraban ya convalecientes, inesperadamente morían. Así murió a los treinta y cinco días el ingeniero adjunto del jefe del servicio de explotación de la primera instalación, Anatoli Sítnikov. Dos veces le trasplantaron médula ósea, pero la rechazó por incompatibilidad...

»En el cuarto para fumar se reunían todos los días los convalecientes y a todos les atormentaba la misma pregunta: “¿Por qué hubo explosión?”.

»Reflexionaban, hacían conjeturas. Suponían que el gas detonante podía haberse formado en el colector de desagüe del agua de refrigeración del sistema de mandos de protección. Pudo haber una deflagración y las barras reguladoras fueron “disparadas” del reactor. Y como resultado, la aceleración de los neutrones instantáneos. También pensaban en la posibilidad del “efecto final” de las barras absorbentes. Si coincidieron la formación de vapor y el “efecto final” de las barras, también se produjo aceleración y explosión. Todos terminaron coincidiendo en la idea de la expulsión de potencia. Pero no había, claro está, completa seguridad...».

Testimonio de A. M. Jodakovski, director general adjunto de la dirección general para el mantenimiento de las centrales nucleares:

«Yo organicé, por encargo del Ministerio de Energía de la URSS, el entierro de los fallecidos a consecuencia de la radiación de Chernóbil. Hasta el día 10 de julio de 1986 han sido enterradas veintiocho personas.

»Muchos cadáveres eran altamente radiactivos. Ni yo ni los empleados del depósito de cadáveres conocíamos esa circunstancia. Después se midió de forma casual la radiación y se comprobó que era muy alta. Empezamos a vestirlos con trajes impregnados de sales de plomo.

»El servicio epidemiológico, cuando se enteró de que los cadáveres eran radiactivos, exigió que en el fondo de las tumbas se colocasen bloques de hormigón, lo mismo que debajo del reactor atómico, para que los flujos radiactivos no fueran a parar a las aguas subterráneas.

»Eso no era posible, resultaba sacrílego. Discutimos mucho tiempo con ellos. Por fin nos pusimos de acuerdo para enterrar los cadáveres más radiactivos en ataúdes de zinc. Y así lo hicimos.

»En la clínica n.º 6, a los sesenta días de la explosión, en julio de 1986, se hallan en tratamiento diecinueve personas.

»A uno de los enfermos, inesperadamente, a los sesenta días de la contaminación, le han aparecido en el cuerpo manchas de quemadura, aunque su estado general no es malo.

—Como a mí —Jodakovski se levantó la camisa y me mostró en el vientre unas manchas de color marrón oscuro de forma indefinida—. Son manchas de quemadura, por lo visto, debido a mi contacto con los cadáveres radiactivos...».

Testimonio de V. G. Smaguin:

«En la clínica n.º 6 estuvo también en tratamiento el ingeniero jefe de la CN de Chernóbil, Nikolai Maksímovich Fomín. Estuvo internado casi un mes. Después de salir del hospital y antes de que le arrestaran, estuvimos comiendo juntos en un café. Estaba pálido, deprimido. Comía mal. Me preguntó:

—¿Vitia, qué opinas, qué debo hacer? ¿Me ahorco?

—¿Para qué, Maksímovich? —dije yo—. Ármate de valor y pasa por todo hasta el final...

»Diátlov y yo estuvimos al mismo tiempo en la clínica. Antes de ser dado de alta me dijo:

—Me van a juzgar. Está claro. Pero si me permiten hablar y me escuchan, diré que yo todo lo hice correctamente.

»Me encontré a Briujánov poco antes de su arresto y me dijo:

—No me necesita nadie, espero el arresto. He venido a ver al fiscal general para preguntarle dónde debo estar y qué debo hacer...

—¿Y qué dice el fiscal?

—Espere —dice—, ya le llamarán...».

A Briujánov y Fomín les arrestaron en agosto de 1986. A Diátlov, en diciembre.

Briujánov estaba tranquilo. Se llevó consigo a la celda manuales y textos para estudiar el inglés. Dijo que él ahora, lo mismo que Frunze (dirigente bolchevique. N. del T.), era un condenado a muerte.

Diátlov también se mostraba tranquilo y comedido. Fomín estaba fuera de sí, histérico. Intentó suicidarse. Rompió sus gafas y con los cristales se abrió las venas. Lo vieron a tiempo y le salvaron.

El juicio fue fijado para el 24 de marzo de 1987, pero tuvo que ser

aplazado debido al estado en el que Fomín se encontraba.

Localicé y me vi con el adjunto del jefe del servicio de turbinas de la planta n.º 4 de la CN de Chernóbil, Razim Ilgámovich Davletbáev. Como ya he dicho, se hallaba en el panel de mando del reactor n.º 4 en el momento de la explosión. Durante la avería recibió 400 roentgens. Tenía el aspecto de una persona muy enferma. Le atormentaba la hepatitis nuclear. Tenía el rostro muy hinchado, los ojos enfermizos inyectados de sangre. Pero se mantenía bien, con compostura. Llevaba sus finos bigotes castaños afeitados a la moda. A pesar de la invalidez, trabajaba. Es una persona con coraje.

Le pedí que me relatase lo sucedido la noche del 26 de abril de 1986. Me dijo que le habían prohibido hablar de la cuestión técnica. Sólo podía hablar con autorización del KGB. Le dije que sabía lo referente a la técnica tan bien como él, incluso mejor. Que lo que necesitaba eran los detalles sobre la gente.

Pero Razim Ilgámovich no fue muy prolijo. Todo el tiempo hablaba pensando en el KGB.

«Cuando llegaron los bomberos a la sala de máquinas, el personal de explotación de la central ya lo había hecho todo. El 26 de abril, desde la una y veinticinco hasta las cinco de la madrugada, durante los trabajos que se llevaron a cabo con motivo de la avería, yo varias veces fui a la sala de mandos a informarle al jefe de turno. Akímov estaba tranquilo, daba órdenes precisas...

»Cuando comenzó la avería, todos se mostraron serenos. Nuestra profesión nos tenía preparados para algo semejante. Aunque, claro está, no de esas magnitudes, no obstante...».

Davletbáev estaba excitado y se veía que procuraba hablar dentro de los límites permitidos por el KGB. Yo no le interrumpía.

Descubrió una característica de su jefe de turno, Alexándr Akímov:

«Akímov es una persona muy honesta y concienzuda. Es muy simpático, sociable. Es miembro del Comité urbano del PCUS en Prípyat. Buen compañero...».

De Briujánov no quiso hablar. Dijo:

«A Briujánov no le conozco».

Emitió su opinión acerca de los reportajes publicados en la prensa sobre Chernóbil: «He seguido atentamente la prensa. Hablan de nosotros, los operadores de la central, como de personas incompetentes, ignorantes, casi malvados. Por eso, influenciados por la prensa, en el cementerio de Mítino, donde están enterrados nuestros muchachos, han arrancados de las tumbas sus fotografías. Sólo dejaron la foto de Toptunov, quizá porque era el más joven,

como falta de experiencia. A nosotros nos consideran malvados. Entre tanto, la CN de Chernóbil estuvo dando electricidad durante diez años. No era un trabajo fácil usted lo sabe. Usted mismo ha trabajado allí...

—¿Cuándo abandonó la planta? —pregunté.

—A las cinco de la madrugada. Empecé a vomitar. Pero ya habíamos tenido tiempo que hacer todo: apagamos el fuego en la sala de máquinas, expulsamos el hidrógeno del generador y reemplazamos el aceite en el depósito de aceite por agua... No éramos simples ejecutores. Comprendimos muchas cosas. En gran parte el “tren” ya se había ido. Me refiero al proceso tecnológico en el momento en que tomamos el turno. Y era imposible detenerlo. Pero no éramos simples ejecutores...».

Estaba en muchos aspectos de acuerdo con Davletbáev. Los operadores nucleares no son simples ejecutores. Durante el proceso de explotación de las CN, deben de tomar muchas decisiones importantes de forma independiente y con frecuencia se trata de decisiones muy arriesgadas para salvar la planta, salir de una situación de emergencia o de un régimen de transición difícil. Ninguna instrucción o reglamento puede prever, desgraciadamente, toda la diversidad de posibles combinaciones de regímenes y de averías. Y por eso es precisa la experiencia y el auténtico profesionalismo de los operadores. Y Davletbáev tenía razón cuando dijo que después de la explosión los operadores mostraron un extraordinario heroísmo y valor. Son dignos de admiración.

Y no obstante... En aquel fatídico instante antes de la explosión, el profesionalismo y la experiencia les fallaron a Akímov y Toptunov. Los dos actuaron como simples ejecutores, aunque ambos hicieron un débil intento de resistir a la brutal presión de Diátlov. En ese momento actuó el profesionalismo, pero cedieron ante el temor a una llamada al orden por parte de Diátlov.

Tampoco le funcionó el profesionalismo al experto y cauto Diátlov, ni al jefe de turno de la CN, Rogozhkin, ni al ingeniero jefe, Fomín, ni al director de la central nuclear, Briujánov.

Pero si en el caso de los operadores después de la explosión la conducta fue valerosa y abnegada, en el caso de Briujánov y Fomín el profesionalismo y la honradez no funcionaron ni después de la explosión.

Su mentira en aras de la propia salvación, el intento de hacer pasar lo deseado por la realidad, mantenía a todos en un error y eso costó vidas humanas...

La verdad

¿En qué, pues, consiste en mi opinión la lección principal de Chernóbil?

Antes que nada en el hecho de que esa terrible tragedia nuclear exige la Verdad. Hay que contar la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Eso ante todo. Partiendo de la verdad se llega a una segunda conclusión: Los reactores RBMK son defectuosos en su diseño y llevan en sí la posibilidad de una explosión también en el futuro, a pesar de todas las medidas que se tomen, puesto que ese reactor sigue teniendo efectos reactivos positivos en los coeficientes de temperatura, vapor y terminales. El valor sumado de esos factores es demasiado elevado. Conjuguar esos factores es difícil pero posible. En Chernóbil se dieron a la vez todos ellos y nos mostraron el resultado. Chernóbil, como todas las tragedias en el pasado, mostró cuán grande es el coraje y la fuerza de espíritu de nuestro pueblo.

Pero Chernóbil también nos obliga a razonar y analizar: no olviden, hombres de buena voluntad, mirar lo sucedido con mirada lúcida, no permitan que la realidad sea tergiversada.

Indudablemente, han sido tomadas decisiones correctas para las CN que funcionan con el reactor RBMK:

—Modificar los interruptores terminales de las barras del sistema de mandos y de protección, para conseguir que en posición superior máxima las barras absorbentes estén sumergidas en la zona activa a una profundidad de 1,2 metros.

—Esa medida reforzará la rapidez de la defensa efectiva y eliminará la posibilidad de un aumento permanente de las características de regeneración de la zona activa en su parte inferior, a medida que las barras vayan descendiendo desde las señales superiores.

—El número de barras absorbentes que se hallan permanentemente en la zona activa, será elevado hasta 80-90 barras haciendo disminuir de ese modo el coeficiente de vacío de la zona activa hasta un valor admisible. Se trata de una medida temporal, que más tarde será reemplazada con el paso de los reactores RBMK al uso de combustible con un enriquecimiento inicial de 2,4 por 100 y la instalación de absorbentes complementarios fijos en la zona activa, para que en el caso de un accidente la expulsión de radiactividad no supere un beta. Mientras que durante la explosión de Chernóbil alcanzó cinco betas y más...

—Y por último: el cese progresivo del uso de las centrales nucleares con reactores tipo RBMK y su sustitución por centrales térmicas que funcionen a base de combustible gaseoso, aparece como la deducción más razonable,

partiendo de las lecciones de la tragedia de Chernóbil.

Quisiera pensar que eso sucederá. Porque al hablar de cualquier logro científico y técnico del hombre razonable, y en particular de la energía nuclear, no se puede olvidar que todos esos logros deben contribuir a una vida próspera y no a su destrucción.

La más importante lección de Chernóbil es, por tanto, una percepción todavía más aguda de la fragilidad de la vida humana, de su vulnerabilidad. Chernóbil ha demostrado que el hombre es a la vez poderoso e impotente. Y fue una advertencia para que el hombre no se deleite con su poder, no debe portarse a la ligera, ni buscar en el poder placeres banales o el brillo de la gloria. El hombre debe mirarse a sí mismo y a su obra con más detenimiento y responsabilidad. Porque es el origen, pero también la consecuencia. Toda su creación debe tender hacia un futuro de felicidad infinita que sucederá a los años difíciles. Los muertos y mutilaciones de Chernóbil resultan amargos, pero, en definitiva, los que más sufren son los cromosomas partidos, los genes muertos o deformados por la radiación. Ya se han ido al futuro. La gente todavía se encontrará con ellos. Y ésa es la lección más terrible de Chernóbil.

Y aquellos que abandonaron la vida antes, casi inmediatamente después de la explosión, aquellos que nos abandonaron agonizando entre espantosos sufrimientos producidos por la muerte nuclear, el corazón sufre por ellos, el alma recuerda. Desea uno ver a esos muchachos una y otra vez. Son pocos los que yacen en la tierra, pero con ellos se fue tanto dolor, tanto sufrimiento, que bastaría para millones de vivos. Simbolizan a miles y millones de muertos y han dejado en la tierra el severo dolor de la advertencia. Inclinémonos ante ellos, mártires y héroes de Chernóbil.

Testimonio de Y. N. Filimontsev, jefe adjunto de la dirección científica y técnica del Ministerio de Energía de la URSS:

«Después de lo de Chernóbil, fuimos a la central nuclear de Ignalinsk. Allí, a la luz de la avería de Chernóbil, comprobamos la física y el diseño del reactor. La suma de los coeficientes positivos de reactividad era todavía más alta que la de Chernóbil, por lo menos, no inferior. El coeficiente de vapor era de cuatro betas. No hacían nada. Les preguntamos por qué no escribían a las autoridades y nos contestaron que no valía la pena, que era inútil escribir...

»A pesar de todo, las conclusiones de la Comisión acerca de la necesidad de revisar el diseño del reactor RBMK para hacerlo más seguro, han sido tomadas en consideración con el máximo rigor para su cumplimiento.

»Al gobierno le fueron presentadas varias actas de investigación. Entre otras, las actas del Ministerio de Energía de la URSS, de la Comisión gubernamental y del Ministerio de Maquinaria Mediana. Todas las

organizaciones exteriores elaboraron sus conclusiones en contra del Ministerio de Energía. Esas conclusiones se reducían a señalar que la culpa de lo sucedido se debía a la mala explotación de la central y a que el reactor no tenía nada que ver en lo sucedido. El Ministerio de Energía, por el contrario, presentó unas conclusiones más sopesadas y equilibradas, indicando la mala explotación de la central, pero también los defectos de diseño del reactor.

»Scherbina reunió a todas las comisiones investigadoras y exigió que se consensuase una conclusión en común para presentarla al Politburó del CC del PCUS...».

En el cementerio de Mitino

En el primer aniversario de la catástrofe de Chernóbil, fui al cementerio de Mítino para honrar la memoria de los bomberos y operadores nucleares que perdieron la vida. Desde la estación del Metro «Plánernaya» se llega en el autobús n.º 741 en veinte minutos. Inmediatamente detrás de la aldea Mítino está la enorme ciudad de los muertos.

Es un cementerio muy limpio. Las tumbas llegan hasta el horizonte. A la izquierda hay un pulcro crematorio con paredes de baldosas de cerámica, que funciona ininterrumpidamente. De su chimenea salía un humillo negro.

A la derecha está situada la oficina del cementerio.

Es un cementerio joven. Los árboles plantados junto a las tumbas todavía no han crecido. Es primavera, pero los árboles siguen todavía oscuros, sin que despunten las hojas. En muchas tumbas se posan y vuelven a levantar el vuelo bandadas de cuervos. Se dedican a picotear los alimentos allí depositados: huevos, salchichón, bombones...

Camino por la calle principal del cementerio. A unos cincuenta metros de la entrada, a la izquierda del camino, hay veintiséis tumbas cubiertas de blancas lápidas. Sobre cada una de las tumbas hay una pequeña estela de mármol y en ella grabados con letras de oro el apellido, nombre y patronímico, las fechas de nacimiento y muerte.

Las tumbas de los bomberos son seis, están cubiertas de flores: floreros y vasijas con flores frescas, coronas de flores con cintas rojas e inscripciones de los parientes y compañeros de trabajo. Los bomberos del país recuerdan a sus héroes.

En las tumbas de los operadores nucleares hay menos flores. No hay ninguna corona. Los ministerios de Energía Nuclear y de Energía y Electrificación de la URSS, no se han acordado en el aniversario de Chernóbil de los que perecieron. Y ellos también son héroes, hicieron todo lo que pudieron, mostraron coraje y firmeza. Entregaron sus vidas...

Pero también yacen allí aquellos que por casualidad se encontraban en aquella fatídica noche en el lugar de la tragedia, sin llegar a comprender el verdadero significado de lo que allí sucedía.

El cielo está azul, es un día soleado y templado. Bandadas de cuervos se posan y levantan el vuelo. La calle principal del cementerio desaparece en el horizonte, y en ella la gente se dirige a las tumbas de sus seres queridos. No lejos de las tumbas de los fallecidos en Chernóbil se oyen ráfagas de metrallera. Miré hacia aquel lado. Una unidad militar saludaba con sus «kaláshnikov». Se acercó un hombre y dijo que estaban enterrando a los muertos en Afganistán.

En las estelas de las tumbas de los bomberos hay grabadas estrellas doradas de héroes de la URSS. Allí están enterrados Právik, Kibenok, Ignatenko, Vaschuk, Tischura y Titenok...

En las losas de mármol de los operadores nucleares no hay signos distintivos. Tampoco están las fotografías que hubo en un principio. Sólo se conserva la fotografía en la tumba de Leonid Toptunov. Todavía un chiquillo con bigotito, de cara redonda, mejillas rollizas. Su padre instaló junto a la tumba un bonito banco hecho por él mismo. Me pareció que la tumba de Toptunov era la más amorosamente cuidada.

Veintiséis tumbas... En seis de ellas los heroicos bomberos. En las otras veinte, operadores de la planta n.º 4: electricistas, especialistas en turbinas, ajustadores. Hay dos mujeres: Klavdia Ivánovna Luzganova y Ekaterina Alexándrovna Ivanenko, ambas empleadas del servicio militarizado de protección de la central nuclear. Una de ellas estaba de guardia en la entrada, enfrente de la planta n.º 4. Estuvo haciendo guardia toda la noche hasta la mañana siguiente después de la explosión. La segunda estaba de guardia junto al almacén de residuos del combustible radiactivo, todavía en construcción, y se hallaba a trescientos metros de la planta averiada.

En esas tumbas también yacen héroes cuyo coraje ayudó a salvar la central no menos que el coraje de los bomberos. Ya he hablado de ellos. Son: Vershinin, Nóvik, Brázhnik y Perchuk, mecánicos de la sala de máquinas que apagaron desde dentro el incendio en la sala; un incendio que hubiera tenido horribles consecuencias para toda la central nuclear. ¿Qué condecoración han recibido? Que yo sepa no han sido presentados para su condecoración. Tampoco ha sido condecorado el jefe de turno del servicio del reactor, Valeri Ivánovich Perevózchenko, que hizo lo posible y lo imposible por salvar al personal a sus órdenes, para sacarles de la zona de alta radiactividad.

Tampoco ha sido condecorado el ingeniero jefe adjunto de la explotación de la planta n.º 1, Anatoli Andréevich Sítnikov, que sacrificó su vida para aclarar lo que realmente había sucedido en la planta n.º 4.

Tampoco ha sido condecorado el habitante de la ciudad de Járkov, Gueorgui Ilariónovich Popov, que se encontraba allí de forma completamente casual, pero que no abandonó la sala de máquinas y ayudó cuanto pudo a los especialistas de las turbinas a apagar el fuego en la sala de máquinas. Aunque podía haberse ido y salvar así su vida.

No ha sido condecorado el electricista Anatoli Ivánovich Baránov, que junto con Lelechenko localizó la avería en las instalaciones eléctricas y, sustituyendo el hidrógeno en el generador, abastecía la planta n.º 4 en condiciones de altísima contaminación con rayos gamma. Lelechenko ha sido enterrado en Kíev y post mortem ha sido condecorado con la orden de Lenin.

Respecto a las condecoraciones debo hablar de un hecho más. Los informes para condecorar a los operadores nucleares, vivos y muertos, se prepararon bajo gran secreto. ¿Por qué, me pregunto? Yo, al menos, no lo entiendo. Y es todavía menos comprensible porque, a fin de cuentas, los auténticos héroes, aquellos de los que los vivos deben sentirse orgullosos, no fueron condecorados. De ellos deben sentirse orgullosos sus familias, los hijos y los nietos...

Y creo que la justicia triunfará. El heroísmo no se puede ocultar.

Camino junto a las tumbas y me detengo un largo rato al lado de cada una de ellas y deposito flores. Los bomberos y seis de los operadores nucleares fallecieron después de terribles sufrimientos, entre los días 11 y 17 de mayo de 1986. Habían recibido las dosis más elevadas de radiación, fueron los que absorbieron en su interior el mayor número de radionúclidos. Sus cuerpos eran altamente radiactivos y, como ya he escrito, fueron enterrados en ataúdes de zinc. Lo exigió el servicio epidemiológico y pensé en ello con amargura, porque de esa forma le han impedido a la tierra llevar a cabo su eterna función de convertir los cuerpos de los muertos en polvo. ¡Otra vez el maldito átomo! No ha permitido que ni la muerte ni el enterramiento fueran como los de la gente normal. Incluso aquí, en el final eterno del hombre, han sido transgredidas las milenarias tradiciones humanas. No ha sido posible enterrarlos humanamente, entregarlos a la tierra.

Y a pesar de ello les digo: descansad en paz, dormid tranquilos. Vuestra muerte sacudió a la gente por lo menos un ápice del letargo, de la ciega y gris sumisión...

Entretanto, los burócratas atómicos están en guardia. Algo abatidos después de la explosión de Chernóbil, vuelven a levantar la cabeza ensalzando la fuerza absolutamente «inofensiva» del átomo pacífico, sin olvidarse de encubrir la verdad. Porque ensalzar al átomo pacífico se puede hacer sólo en el caso de que se encubra la verdad. La verdad sobre las dificultades y el peligro que encierra el trabajo de los especialistas atómicos, del peligro que

representan las centrales nucleares para el medio ambiente y para la gente que vive en sus proximidades y no entiende nada sobre la radiación.

Así es como el ministro de Energía y Electrificación de la URSS, A. I. Mayorets, dio una orden el día 18 de julio de 1986 en la que prohibía terminantemente a sus subordinados decir la verdad sobre Chernóbil en la prensa, la radio o la televisión. ¿Qué es lo que teme el ministro? Está claro que teme perder su puesto. ¿Y por qué lo teme? Debería abandonarlo él mismo. Ocupa un cargo al que no tiene derecho: ni por sus conocimientos ni por su experiencia...

Pero no lo abandonaré. No hay que hacerse ilusiones. Y debería abandonarlo lo antes posible. Sería de provecho, porque todos necesitamos la verdad. Sólo la verdad y toda la verdad.

Y a continuación quiero citar unos párrafos, a mi juicio muy sensatos, de un artículo del científico nuclear norteamericano, K. Morgan, en el que llama a la gente a estar alerta.

Me hubiera gustado poder citar semejantes palabras procedentes de nuestros académicos A. P. Alexándrov o E. P. Vélijov, pero ellos no han pronunciado tales palabras.

He aquí lo que Morgan ha dicho:

«En la actualidad ya es evidente que no existe una dosis limitada de radiación ionizante que sea inofensiva o cuyo peligro de enfermar (incluso de leucemia) sea nulo...

»Los gases radiactivos nobles son la principal fuente de radiación de la población en condiciones normales de explotación de las centrales nucleares. Uno de los elementos principales es el Krypton-85, con un período de semidesintegración de 10,7 años...

»Quisiera mostrar mi gran descontento en relación a la práctica frecuente en la energética nuclear, de “quemar” a los obreros temporales que llevan a cabo los trabajos de reparación. Entendemos por ello la utilización de personal mal instruido y preparado para realizar “trabajos urgentes” (radiactivos) temporales. Debido a que esas personas no entienden el riesgo que implica la radiación crónica, pueden provocar con mucha probabilidad averías radiactivas que pueden causarles daño a ellos mismos y a otras personas.

»Considero la práctica de “quema” del personal profundamente amoral y, mientras en la energética nuclear no renuncien a esa práctica, yo dejaré de ser un partidario activo de esa rama...

»En los últimos diez o quince años los estudios llevados a cabo han demostrado que el riesgo de contraer enfermedades cancerígenas es diez

veces, o más, más alto entre las personas sometidas a la acción de la radiación que lo que suponíamos en 1960, y que no existen dosis inofensivas...».

Deseo terminar esta crónica con las palabras pronunciadas por el científico soviético, miembro de la Academia de Ciencias Médicas de la URSS, gran especialista en leucemia, Andrei Ivánovich Vorobiov. He aquí lo que dijo con motivo de la catástrofe de Chernóbil: «¿Se imaginan lo que sucederá con nuestro planeta si todas las centrales nucleares son bombardeadas, aunque sea con bombas convencionales, sin ojivas radiactivas? Ninguna persona civilizada puede imaginarse a la Humanidad amputada de esa forma. Creo que después de esta avería debe desaparecer la mentalidad medieval de la Humanidad.

»Muchas cosas hoy exigen revisión. Y aunque el número de víctimas, como resultado de la avería, es reducido, y la mayoría de los afectados vivirá y sanará, lo sucedido en Chernóbil nos ha mostrado las proporciones de una posible catástrofe. Esto debe, literalmente, reformar nuestra mente, incluyendo la mente de cualquier persona, ya sea obrero o científico. Ni una sola avería sucede por casualidad. Por eso es necesario entender que la era atómica exige la misma exactitud con la que se calculan las trayectorias de los cohetes. Nuestro siglo atómico no puede ser atómico sólo en una cosa. Es muy importante comprender que hoy la gente debe saber, por ejemplo, lo que son los cromosomas tan bien como conocer el motor de combustión interna. No se puede vivir sin ello. Si deseas vivir en la era atómica, crea una nueva cultura, una mente nueva...».

Quisiera creer que la verdad sobre Chernóbil que ofrezco al lector contribuirá a formar esa nueva cultura.

A 24 de mayo de 1987.

Cuatro años después

La verdad sobre Chernóbil fue escrita en mayo de 1987. Fueron necesarios dos años de encarnizado combate con la administración que dirige los asuntos nucleares para que esta crónica viese por fin la luz en la URSS. En marzo de 1989, Kommunist, la revista del Comité Central del Partido, abrió la primera brecha en el muro de cemento armado levantado por la censura de la energía nuclear. Publicó un extracto de La verdad sobre Chernóbil.

En junio de 1989, la revista Novy Mir publicó un relato abreviado del libro. Ese mismo mes fueron cesados los protagonistas de esta obra: el vicepresidente del Consejo de Ministros, B. E. Scherbina, así como el ministro

de Energía y Electrificación de la URSS, A. I. Mayorets. En septiembre de 1989, por fin, la barrera fue levantada definitivamente: el texto completo apareció en Ediciones Sovremennik.

Tanto en la prensa nacional como regional, se sucedieron los testimonios sobre las consecuencias de la catástrofe en Ucrania, Bielorrusia y Rusia. En esta reacción veo la mayor importancia del libro, ya que el conocimiento de la situación real suscita siempre una ayuda a las víctimas.

Han pasado cuatro años desde aquel drama espantoso. La crónica se detiene en mayo de 1986, cuando dije adiós a los vivos y muertos de Chernóbil. Desde entonces se han producido otros muchos acontecimientos, tanto en Chernóbil como en sus alrededores, que merecen ser reseñados.

Numerosos dirigentes de la energía nuclear han debido informar ante los órganos del Partido y de la Administración. Han sido excluidos del Partido y relevados de sus funciones el viceministro de la Energía, G. Shasharin; el viceministro de la Construcción Mecánica Ligera, G. Mechkov; el director del Servicio de Inspección y de Vigilancia Nuclear, E. Kulov, y otros.

En 1987, los responsables directos del accidente pasaron a juicio: el director general de la central nuclear de Chernóbil, Briujánov; el ingeniero-jefe, Fomín, y su adjunto, Diátlov, fueron condenados a diez años de prisión. El jefe de planta, B. Rogozhkin, fue condenado a cinco años; el jefe del servicio del reactor, A. Kovalenko, a tres años; el inspector del servicio de vigilancia, Lushkin, a dos años. Les compadezco porque no sólo han sido culpables, sino víctimas también.

Todavía más dolorosa ha sido para mí la muerte de los operadores y los bomberos. Es penoso constatar que el número de víctimas supera con mucho las cifras publicadas y no paran de aumentar.

Desde 1986, ha sido necesario interrumpir un millar de embarazos entre los habitantes de Prípyat. En 1986-1987, decenas de miles de jóvenes resultaron contaminados por las radiaciones, cuando combatían las consecuencias de la catástrofe, quitando el combustible y el grafito alrededor de la planta destruida, trabajando sobre el techo de la sala de máquinas y del desgaseador y en el vestíbulo central. En plena salud, estos jóvenes perdieron su capacidad de trabajo, pero hoy se les niega asistencia médica y se les acusa de mentirosos. La catástrofe continúa no sólo en lo que respecta a la radiactividad, sino también en el aspecto moral. Decenas de miles de afectados engendrarán una generación de enfermos.

Han pasado cuatro años. Todo lo que ha podido limpiarse se ha limpiado. Un sarcófago aísla a la cuarta planta: es un blindaje de hormigón armado rodeado de acero, con ventiladores que permiten el bombeo y la depuración de

los gases en el interior del sarcófago. Los gases son absorbidos por la tubería de ventilación de la segunda planta, la misma que servía de referencia a los pilotos de los helicópteros que arrojaban arena, arcilla, carburo bórico y dolomita al cráter del volcán.

A finales de 1988, unos túneles fueron abiertos por héroes anónimos en condiciones terribles, en plena zona de radiactividad, a través de las murallas de hormigón y de los montones de combustible y ruinas. Fue así como se descubrió con estupefacción el corazón del reactor (éste será el tema de mi próximo libro: Túnel).

Una gran parte del combustible y del grafito que seguían en el reactor, así como la arena, la arcilla y otros materiales arrojados sobre el reactor, se habían fundido. A través de los conductos inferiores de agua, que se habían roto por efecto de la explosión, estos materiales fundidos se habían filtrado a los pasillos de la central, donde se convirtieron en patas monstruosas, como de un animal fantástico. Se les llama patas de elefante, cada una con un volumen de muchos metros cúbicos. Son cuatro, más decenas de lenguas de lava que también se han fijado allí para siempre.

Toda esta lava petrificada, negra por el grafito, contiene una radiactividad extraordinaria. Su potencia, tanto cerca de las patas de elefante como de las lenguas de lava, alcanza los 8.000 roentgens/h. En el interior del sarcófago, el peligro principal son las partículas de plutonio acumuladas en el polvo. La zona de radiación por encima del reactor alcanza los 1.000 roentgen/h.

Una amenaza real de cierre de la central de Chernóbil, planea desde hace tiempo. La opinión pública, tanto de Ucrania como de Bielorrusia y Rusia, lo exige. Comparto esta opinión. Publiqué un artículo sobre este tema en enero de 1990, en la revista Nach Sovremennik.

La verdad sobre Chernóbil debe servir a esta causa: cerrar la central de Chernóbil y todas las construidas con el mismo principio.

Hoy no es un secreto para nadie que el trabajo científico y práctico sobre los territorios contaminados no ha dado los resultados esperados, ni ha servido para neutralizar la nociva acción de la radiación sobre la población, a pesar de todos los esfuerzos para descontaminar el territorio.

De ahí la decisión, por fin, tomada con cuatro años de retraso, de evacuar a una parte de la población de las regiones de Kíev y de Jitomir, en Ucrania, así como de muchas regiones de Bielorrusia y del sector de Briansk, en Rusia.

Es triste reconocer que centenares de miles de seres humanos han debido esperar cuatro años su traslado a otros territorios. La causa es la inercia de las conciencias y el cinismo de algunos científicos.

La vergüenza sobre Chernóbil que ha pesado tanto tiempo sobre millones de hombres, comienza a disiparse. La Verdad y la Humanidad caminan por fin unidas.